



VIVE PELIGROSAMENTE

Otto Skorzeny

Título original:
Lebe Gefährlich



Fuente: AGaramond

PRESENTACION

Otto Skorzeny no era ningún "luchador convencional"; pero después de haber empezado a participar en el funcionamiento de una división acorazada como una pequeña rueda del mismo, más tarde el destino le dio ocasión de perfeccionarse como motor propio en nuevas misiones

Su camarada y antiguo jefe de división se complace en poder decirle unas palabras de saludo y confirmarle su estima.

Durante la segunda guerra mundial, y después de ella, nacieron en ambos bandos nuevas formas de combate a cargo de destacamentos especiales, mondados por cabezas inteligentes, que se valieron principalmente de la astucia y el engaño, y cuyas acciones no tuvieron siempre el beneplácito de sus superiores.

Sobre esta cuestión se ha publicado ya algo, y la misma ha sido objeto de polémica.

Ahora el mismo Otto Skorzeny es quien toma la palabra.

Lo que él relata no se refiere únicamente al pasado, sino que interesa también al futuro.

Tales órdenes sólo pueden ser ejecutadas por hombres dispuestos para el asalto, para las más diversas acciones, con valentía —y también con suerte—, que encuentran salida incluso en una posición perdida.

Quizá el título "VIVE PELIGROSAMENTE" pueda parecer altisonante, pero no hay duda de que aquí está plenamente justificado.

Así saludamos a todos los hombres, procedentes de las diversas unidades de la Wehrmacht, que, bajo su jefe, fueron verdaderos guías que le ayudaron a alcanzar el éxito en las misiones más difíciles.

P. HAUSSER

Generaloberst der Waffen-SS a.D.

"LA CARAVANE PASSE, LES CHIENS ABOIENT"

(La caravana pasa, los perros ladran)
(Dicho popular francés)

A TODOS LOS CAMARADAS
CAÍDOS EN LA GUERRA
1939 – 1945

Skorzeny

CAPÍTULO I

Viena la ciudad imperial. – La guerra de 1914. – Primeros estudios. – Elección de carrera. – Médico o técnico. – Primer examen "de Estado". – Miembro entusiasta de la organización estudiantil. – Esgrima como medio de educación. – Disposición para la vida activa. – El primer duelo. – 15 encuentros con arma blanca. – Organización estudiantil armada. – Igualación en lugar equivocado. – Deportista. – Tirador de pistola. – Trofeos y premios deportivos. – Casa y navegación. – Herencia política de la primera guerra mundial. – Socialismo y Nacionalismo. – Derecho de autodeterminación negado. – El gran problema vital del Anschluss. – Renner, Seipel, Schober, Innitzer. – Depresión y paro. – Incendio del Palacio de Justicia. – Cuerpos Francos estudiantiles. – Fascismo austriaco. – Apolítico o no político. – Exámenes para la obtención del Diploma de ingeniero.

12 de julio de 1908. El pueblo vienés llenaba las calles de la imperial Viena, cabeza del Imperio Austro-Húngaro. La animación y la alegría eran

extraordinarias. Se celebraba, con gran entusiasmo, el LX aniversario de la coronación del emperador Francisco José I.

A primeras horas de la tarde, de aquel día, mi madre, que había presenciado y admirado el desfile y los cortejos por la mañana, me dio el ser.

Nací, pues, en la época inmediatamente anterior a la primera guerra mundial, la que sólo conozco por las referencias que me dieron mis padres después.

Escuchando a todos los que formaban parte de aquella generación, se llega, inevitablemente, a la conclusión de que la época que antecedió al nefasto año de 1914 debe ser considerada como "la época dorada". Ahora bien, yo soy un hombre que, siempre, "pisa en el suelo firmemente". Por ello, me atrevo a afirmar que toda generación puede tener su "época dorada" si sabe vivir adecuadamente y aprende a sacar partido de cada situación por muy difícil que ella sea.

Todavía existen actualmente muchas personas que recuerdan con emoción los tiempos de la monarquía austro-húngara y no se cansan de alabarlos. La mayoría de dichas personas son ancianos de nacionalidad austriaca, checa, húngara, eslovaca y polaca.

Aquellos tiempos, objeto de la admiración de dichas gentes, precedieron a la primera guerra mundial, cuyas consecuencias provocaron en el mundo un gran estado de inquietud que, todavía, late. En aquella "época dorada" cada cual tenía el convencimiento de que sólo debía de asegurar su propio futuro y el de su familia, que "el mundo era una balsa de aceite", que nunca podría perder lo que poseía...

Pero en el ámbito mundial existían ya los nacionalismos orgullosos de las naciones, que se resistían a contentarse con aquella situación.

Mis primeros recuerdos infantiles están estrechamente ligados con el hundimiento total de aquella "época dorada", y, por lo tanto, con el estallido de la primera conflagración mundial.

El mes de julio de 1914 lo pasamos, mis dos hermanos mayores y yo, con mi madre en un balneario situado cerca de Bremerhaven. Mi padre tuvo que quedarse en Viena retenido por su trabajo de ingeniero, aunque había decidido reunirse con todos nosotros más tarde. Durante los primeros días del mes de agosto, tiempo de recolección de las cosechas, los niños jugábamos en la playa. Veíamos cómo el horizonte era marcado por grandes barcos de un gris acerado que navegaban por el mar; pero ignorábamos que ellos formaban parte de la Armada alemana que ya

preparaba su primera acción bélica. Con nuestras mentes infantiles considerábamos que el espectáculo era maravilloso; no se nos alcanzaba que el objeto de nuestra admiración daría, pronto, la señal del comienzo de una sangrienta guerra que duraría cuatro años.

Pasados unos días nos vimos obligados a abandonar presurosamente las playas del Norte, y nos dirigimos a Bremer donde debíamos esperar varios días. No pudimos abandonar la ciudad debido a que los militares habían dispuesto que todas las vías férreas fueran cortadas y no circulaba ningún tren que pudiera ser utilizado por la población civil.

Las calurosas noches del mes de agosto nos hicieron ser testigos de los primeros bombardeos efectuados por los ingleses sobre el puerto de Bremer y sobre diversos centros de comunicaciones. A pesar de que entonces "la guerra todavía estaba en pañales" –sobre todo si se la compara con la segunda guerra mundial–, hubo que cumplir el "toque de queda" y las Órdenes de oscurecimiento de las ciudades; se instalaron baterías antiaéreas, y la población civil, compuesta por mujeres y niños, sufrió los efectos de la nueva situación. Es comprensible que las angustiosas noches de aquel dramático mes de agosto quedasen grabadas en nuestras mentes infantiles.

Muy posiblemente decepcione al lector si afirmo, como así lo hago, ateniéndome a la más rigurosa verdad, que mi época escolar transcurrió apaciblemente, sin que hubiera en ella ninguna aventura digna de ser mencionada. Y, tal vez, se sentirá defraudado al saber que era un chico vivaz, sí, pero completamente normal, que no sobresalía en nada de sus demás compañeros.

Mi primer año escolar coincidió con la desaparición de una época completamente pacífica, que se extinguió con el estallido de la guerra. En aquel tiempo, al llegar la hora del recreo, compraba, sólo por veinte "heller", unas suculentas salchichas y un dorado bollo de pan; el último año de mis estudios primarios, por el mismo dinero, sólo podía comer pan de maíz cubierto con una leve capa de mermelada de nabos que mi madre me preparaba para desayunar. Nosotros, niños y escolares, adquirimos rápidamente el conocimiento de la cruda realidad, lo mismo que los adultos, y tuvimos que sufrir las privaciones de todo un pueblo, a pesar de que no llegábamos a comprender totalmente las causas que motivaban tales privaciones y tal estado de cosas.

No recuerdo ningún acontecimiento de importancia que afectara sensiblemente mi espíritu durante los años que duraron mis estudios de

enseñanza media, desde 1919 hasta 1926. El derrocamiento y caída de la monarquía no afectó sensiblemente a la nueva generación de la posguerra que empezaba a formarse. La juventud tiene una disposición especial para olvidarse del pasado. Siempre está dispuesta a aceptar cualquier "mejora", si ésta tiene una faceta revolucionaria. A nosotros, los jóvenes de entonces, no nos importaba haber perdido la guerra. Sólo deseábamos sacar de ella el mejor provecho...

Durante los primeros años de la posguerra, llegamos a comprender plenamente el significado de la "Cruz Roja Internacional", puesto que nosotros, los niños y jovencitos, recibíamos ayuda, a través de ella, de muchas naciones: Estados Unidos, Holanda, Suecia, Noruega y Dinamarca.

Los alimentos y las ropas que recibimos nos ayudaron a pasar los años difíciles y duros de la inflación. Pero, desgraciadamente, también aumentaron mucho, en esta época difícil, las disensiones sociales que, incluso, repercutieron en la población infantil.

Dichas disensiones sociales motivaron que se entablaran verdaderas batallas entre escolares y estudiantes cuyos padres eran simples obreros y nosotros, los que descendíamos de la burguesía acomodada. Yo tomaba parte en aquellas luchas de las que, frecuentemente, salíamos con un labio partido o un ojo amoratado.

Las Ciencias exactas, Matemáticas, Geometría, Física y Química, me resultaron sumamente fáciles de aprender, en tanto que los idiomas extranjeros, el francés e inglés que, entonces, eran obligatorios, no siempre "querían penetrar en mi cerebro". Muchas veces me obligaron a continuar en clase durante las horas del recreo por cometer actos díscolos, propios de mi edad, como lo son de todos los muchachos de todas las generaciones. Sin embargo, los que pertenecían a mi misma clase tenían un gran sentido de la solidaridad; nadie delataba al autor de una travesura. Por esta razón, los castigos solían ser colectivos.

Durante los años de mi adolescencia sentía gran predilección hacia toda clase de deportes. Nunca dejé de asistir a las que se denominaban "tardes de entrenamiento". Estas me causaban gran placer y fortalecían mi cuerpo; se convirtieron, incluso, en una necesidad física. No alcancé ninguna calificación especial en los deportes que practiqué. Pero tampoco hice mal papel en ninguno de ellos.

Muy pronto me decidí por una carrera: ¡quería ser ingeniero! Igual que mi padre y que mi hermano. Siempre había sentido un interés acusado hacia todo lo que concernía a la técnica, y nunca dejé de experimentar viva

curiosidad hacia toda novedad relacionada con aquel vasto campo. Por ello, ingrese en la "Escuela Técnica de Viena", en el otoño de 1926, y pasé, satisfactoriamente, por los exámenes del primer semestre, llegando, incluso, a hacer una disertación sobre el desarrollo de la construcción de la maquinaria.

Entre mis amigos había muchos estudiantes de medicina; también conocía a bastantes que habían obtenido ya su título de médico. Mis relaciones con ellos me facilitaron el acceso al "Instituto Anatómico de Viena", pudiendo, por tanto, asistir a varias conferencias médicas que me hicieron sentir interés por la cirugía, lo que motivó me asaltaran algunas dudas referentes a la elección de mi futura profesión.

Durante meses enteros estuve vacilando sobre si debía o no suspender mis estudios técnicos para entregarme, totalmente, al estudio de la medicina. Pero, después de afrontar infinitas dudas, decidí resueltamente continuar fiel a la profesión que había elegido primero y proseguir mis estudios de ingeniero, si bien esto no me privó de interesarme por los progresos de la medicina, que aún hoy siguen interesándome.

No tuve necesidad de realizar grandes esfuerzos de concentración en mis estudios. Tampoco tuve especial interés en sobresalir en ellos ni en conseguir las mejores notas entre los de mi promoción. No me costó mucho presentar adecuadamente los dibujos técnicos que se nos exigían, y aprendí muy pronto a diseñar los proyectos que, más tarde, deberían ser realizados. Pasé los exámenes sin tener necesidad de prepararme concienzudamente. Mi vida privada, mis "idilios" estudiantiles, no me dejaban demasiado tiempo libre para dedicarme por entero a los estudios, lo que, por otra parte, nunca fue motivo de que tuviera que repetir un curso.

No pasó mucho tiempo sin que intimara con algunos de mis compañeros de estudios. Eran más aplicados que yo, circunstancia que me proporcionó la oportunidad de poderme aprovechar de sus notas y apuntes. También me di cuenta que se inclinaban hacia las nuevas tendencias ideológicas, sirviéndome también sus conocimientos para hacerme una idea de la situación.

Durante los primeros años de estudios de la posguerra, los Institutos y Universidades de Austria padecían las consecuencias de la primera guerra mundial. Se "respiraban" en ellas las secuelas que aquélla había dejado, principalmente porque entre los estudiantes de dieciséis y veinticuatro años que las frecuentaban se mezclaban muchos "rezagados" que, en la paz, continuaban sus estudios suspendidos por la guerra.

Aquellos hombres, mucho mayores que el resto de los estudiantes, no habían podido terminar sus estudios a causa de la guerra y de sus consecuencias; algunos de entre ellos no habían tenido siquiera la oportunidad de empezarlos. Ellos, que contaban con una gran experiencia, nos mostraron las terribles consecuencias que la guerra había dejado en la vida privada de un individuo cualquiera; eran para nosotros ejemplo vivo del grave problema de la inadaptación. Nos dejaron, en aquellos tiempos en que fueron nuestros compañeros de estudios, una profunda huella que afectó a nuestros espíritus; sus conversaciones nos ponían en contacto con los sucesos pasados. Sucesos que no habían podido ser apreciados por nosotros directamente, puesto que, entonces, no éramos más que unos niños.

También puedo afirmar que la influencia de un tiempo pasado, de toda una época por así decirlo, se notaba latente en nuestras Escuelas superiores. El profesorado estaba integrado por ancianos y caducos profesores de los tiempos imperiales, estrechamente ligados a su "dorado pasado"; muchos, incluso, habían desempeñado cargos distintos en la Corte. Esta situación era perfectamente comprensible, pues muchos de los que debían haber ocupado aquellos puestos, habían sido diezmados por la guerra, o bien estaban "envejecidos prematuramente" como consecuencia de ella.

Trabé conocimiento con un compañero de estudios que era miembro de la dinastía que había reinado en Austria. Era el duque Clemens de Habsburgo que, por cierto, no logró terminar su carrera. Acostumbrado a las ideas democrático-republicanas no di gran importancia a este hecho. Tanto yo como los demás, lo consideramos como a un igual. No obstante, sin que ello quisiera decir que nos "vendíamos al pasado", procuramos guardarle ciertas consideraciones y le llamábamos "señor colega".

Uno de mis primeros exámenes lo realicé con él, nobilísimo compañero de estudios, ante el profesor Seidel, antiguo palaciego. Nunca olvidaré la deferencia con que le trataba el citado profesor. Se dirigía a él llamándole "Su Alteza Serenísima" y se obstinaba en tratarle en tercera persona. Lo que motivó que mi compañero me dijera:

"Ignoro si he aprobado los exámenes por mis conocimientos o por ser Su Alteza Serenísima".

El año 1926 me hice miembro de un "clan" juvenil, lo que me proporcionó la ocasión de tratar a los que se denominaban "hermanos de grupo". La amistad que entablé con ellos seguí conservándola hasta mucho tiempo después de pasada mi época de estudiante.

En aquel entonces éramos, simplemente, muchachos que no teníamos más remedio que educarnos como hombres enteros, dispuestos a enfrentarnos con la lucha por la vida.

Los excesos estudiantiles, tales como el alcoholismo y el juego, tan fustigados y comentados en las películas, en mi época de estudiante formaban parte del pasado.

Ignoro el nombre del periodista que me dio el apodo de "scarface". No le guardo rencor alguno, a pesar de que su forma de apelarme me recuerde las aventuras del lejano Oeste, los tiempos de héroes como Cooper, o la idea romántica que el vulgo se ha formado sobre los "gangsters" de Chicago, considerados en su época poco menos que como reyes.

Puedo afirmar formalmente que las cicatrices de mi rostro no son consecuencias de duelos a cuchillo sostenidos en los ambientes de los bajos fondos. Me las "gané", diciéndolo de una forma simplista, de un modo "honrado".

No ignoro que la antigua costumbre, alemana y austriaca, de los duelos a espadas entre estudiantes se considera en algunos países como una salvajada. También sé que dichos duelos –que todavía se sostienen en algunos países latinos, entre círculos militares y universitarios–, no pueden ser comprendidos por la mentalidad de otros países. Sin embargo, quiero explicar el "porqué" de esta costumbre y "romper una lanza" por dichos duelos.

Es natural que se critique esta costumbre si se considera equivocadamente que se trata de un privilegio de clase, que, como tal, contribuye a fomentar una diferencia entre las distintas clases. Algunas críticas extranjeras se han apoyado en este aspecto de los duelos.

Considero justo, también, que muchas de las costumbres estudiantiles fueran consideradas como superadas y pasadas de moda. A pesar de ello, era de vital importancia que las reformas fueran introduciéndose paulatinamente y no de una forma brutal, tal y como sucedió en el III Reich, ya que la antigua costumbre de los duelos estudiantiles no perjudicaba a nadie y podía ser considerada, en cierto modo, como un apoyo de la fuerza conservadora de nuestro Estado.

El duelo a espada era sencillamente, un medio educativo y como tal fue ejercido durante mucho tiempo, Combatíamos basándonos en la idea de medir nuestras fuerzas, nuestra destreza, no siendo, por tanto, considerado como una vergüenza ser herido por nuestro adversario. No obstante, aquel que intentaba evitar la herida desviando la cabeza era sancionado. Todos

aquellos que consideran que el "boxeo" es una sustitución de aquellos duelos, están completamente equivocados. El único motivo de nuestras luchas era el tratar de conseguir un dominio completo sobre nuestros cuerpos y nervios. Estábamos obligados a luchar en actitud ofensiva, prohibiéndonos adoptar una postura defensiva. Esto, es indiscutible, tenía un sentido digno de elogio.

Todo hombre que vive y piensa pasivamente, no llegará nunca a realizar grandes cosas. Cualquier clase de vida requiere un mínimo de actividad. Y la actividad es la única que puede darnos resultados positivos. El hombre activo consigue desarrollar su personalidad de una manera más completa; y la suma de sus actos acabará dándole unos resultados que, no cabe la menor duda, le favorecerán.

Desde jóvenes se nos educó para que nos inspirásemos en dichos principios, y me siento reconocido de que así fuera.

La educación que recibí me ha permitido tener el completo dominio de mis nervios en muchas ocasiones que así lo requerían; me dio la capacidad de enfrentarme fríamente con toda clase de peligros. En el transcurso de mi vida me he visto obligado a encajar un elevado número de golpes, tanto morales como físicos; pero nunca me descorazoné y, cada vez, luché con nuevos bríos.

Nunca podré olvidar los sentimientos que surgieron en mí durante mi primer duelo, sostenido en febrero de 1927. Los diversos movimientos del cuello y del brazo que en acción protegen nuestro cuerpo de posibles heridas aceleraban los latidos de nuestro corazón de una manera vertiginosa. En tal momento, incluso, nos parece irreal la presencia de nuestro adversario; nos limitamos a concentrarnos y estar alerta para evitar el ataque siguiente. El olor de los medicamentos preparados por los médicos de ambos contendientes penetra en nosotros a través de las fosas nasales y queda ya ligado para siempre al recuerdo de todos nuestros duelos.

A fuer de sincero debo admitir que tenía miedo de mi adversario, un miedo atroz. Pero me sentía observado por centenares de ojos de personas que querían cerciorarse de que sabía comportarme como un hombre. No me quedaba más remedio que aguantar, concentrarme en lo que hacía, evitar cualquier fallo. Carecía de careta que protegiera mi cara; ello me permitía observar cómodamente a mi adversario, que habla tomado asiento sobre un banco a unos ocho metros de donde yo me encontraba, ataviado igual que yo. Teníamos aproximadamente la misma estatura, nuestras fuerzas se

asemejaban. Los organizadores de mi primer duelo me hablan elegido un adversario que poseía unas condiciones físicas similares a las mías. Sin embargo, él ya había combatido otra vez, por lo que tenía un tanto a su favor.

Sus amigos le rodeaban de la misma manera que los míos se agrupaban a mi lado; le daban las instrucciones finales al igual que ellos me las daban a mí:

"Mantente derecho; yergue los hombros, no te azares, no eches la cabeza hacia atrás si te hieren; procura dominar el dolor, puesto que muchos ya lo han hecho antes que tú..."

"¡Buena suerte!", fue lo último que dijeron mis amigos.

Me coloqué en el lugar señalado. Oí la voz de un camarada que decía:

—Ruego haya silencio. Se inicia el duelo a espada.

Sentí que mi corazón latía aceleradamente. Vi la cabeza de mi adversario como si estuviera envuelta en una neblina a través de mis lentes protectoras. Se dio la señal reglamentaria; nuestros brazos describieron un círculo sobre nuestras cabezas y ambos atacamos al mismo tiempo descargando nuestros primeros golpes. Las espadas chocaban, se oía el chasquido de los aceros, que se amortiguaban cuando la espada tocaba uno de nuestros brazos.

Es una sensación extraña la que se siente al recibir el primer golpe. La primera excitación da paso a la tranquilidad y uno se siente dueño absoluto de sus nervios. Se continúa el combate pausadamente; sólo se siente el fuerte latido del pulso promovido por el esfuerzo que hace el brazo.

Los minutos de lucha se cronometraban rigurosamente por nuestros auxiliares. La pausa se aprovechaba para curar nuestras pequeñas heridas. En tales ocasiones llega un momento en el que ambos contrincantes piensan solamente una cosa:

"¿Cómo me estoy portando? ¿Cuál será el primero de los dos que reciba una herida de importancia?"

Pero hasta tales pensamientos llegan a olvidarse en el transcurso del combate.

Creo que fue en el séptimo asalto cuando, de pronto, noté un fuerte golpe en mi cabeza; me extrañó que la herida no me doliera como había esperado; sólo noté que un líquido caliente se deslizaba por mi cuero cabelludo. Me limité a pensar:

"Me ha tocado. Espero no haber movido la cabeza para esquivar el golpe".

Me sentí completamente relajado y recordé los consejos que se me habían dado:

"Debes luchar de una forma activa; es preciso atacar; no puedes dejarte vencer por el miedo".

Pronto pude aprovechar un fallo de mi contrincante y también le herí.

Es casi increíble lo que puede llegar a cansar un duelo que apenas dura media hora. Cuando transcurrió el tiempo fijado, notamos que los músculos de nuestro brazo estaban agarrotados; nuestros cuerpos, cubiertos de sudor.

A continuación se nos dejó al cuidado de los médicos que suturaron nuestras heridas sin emplear anestesia alguna. Se hacía así para educar la resistencia física. Mi adversario había recibido tres heridas; yo, solamente una.

Mis camaradas se apresuraron a felicitarme. Pero, también, para no romper un precedente, me señalaron los fallos y faltas en que había incurrido. Esto motivó que no me sintiera tan orgulloso de mi hazaña como me había sentido pocos momentos antes; tuve conciencia de lo que me faltaba todavía por aprender y de lo mucho que debía de esforzarme en lo sucesivo.

En los tres años siguientes sostuve trece duelos a espada. Ello me permite preguntar: ¿Se puede considerar extraño que mi "tersa" cara se convirtiera con el tiempo en la "scarface" que acompaña a mi persona en el difícil camino de la vida?

Proclamo que estoy orgulloso de que mis heridas sean consecuencia de duelos estudiantiles; de haber "dado la cara" voluntariamente; de haber soportado estoicamente el dolor y de haber sabido comportarme en todo momento con dignidad.

Mis duelos fueron por lo general limpios y normales. Se mantuvieron siempre dentro de las reglas establecidas para los estudiantes. Hubo, sin embargo, otros distintos con normas resultantes de ciertas exigencias de los asesores de los duelistas; esto era una cosa frecuente en el desarrollo de los duelos estudiantiles.

El décimo combate que sostuve tuvo ese desarrollo. Más tarde se me dijo que había sido mi mejor lucha con un adversario.

Mi contrincante, un vienés miembro del Centro Estudiantil Jurídico, llamado N. Menzel, me desafió. Era considerado entonces como el mejor duelista de Viena, lo que me hizo pensar que tenía pocas probabilidades de salir airoso en tan difícil prueba. Mis amigos compartían esta impresión. Se limitaron a aconsejarme: "Procura aguantar".

Los retos hechos en tales circunstancias debían ser aceptados en el acto, lo que no permitía disponer de tiempo para prepararse adecuadamente.

El primer asalto me demostró que me las había con un adversario que me aventajaba en todo; sus golpes, seguros y rapidísimos, herían frecuentemente mi cara en su parte izquierda. Sin embargo, los golpes no eran fuertes; la espalda hería mi piel sesgadamente, desgarrando la mejilla. Pero el dolor que producen tales golpes es más agudo que el de los más fuertes que penetran directamente en la carne.

El "tempo" de nuestro duelo era muy elevado, ya que una de las reglas más importantes prescribía que cada adversario debía "devolver" cada dos golpes. Esto impedía a mi contrincante lanzar certeramente sus golpes fuertes.

En las cortas pausas recibí muy buenos consejos de mis amigos, pero éstos sólo podían ser tenidos en cuenta por hombres flemáticos, de nervios templados. Las personas nerviosas se inquietan más con los consejos, por lo que, muchas veces, carecen de valor. Se me aconsejó que atacara a Menzel sin consideración alguna y que procurara que mis golpes fueran fuertes y consecutivos. Este consejo era sumamente acertado. A pesar de que mi mejilla se inflamaba cada vez más como consecuencia de los golpes recibidos, logré herir a mi adversario infligiéndole tres fuertes golpes en la cabeza, causándole heridas de unos diez centímetros cada una. Menzel perdió tanta sangre que los árbitros le declararon inútil para continuar el combate. Cuando, al terminar el duelo, le di la mano, noté que se sentía aliviado por no verse obligado a continuar "sosteniendo el tipo", sentimiento que yo, igual que él, compartía plenamente. El éxito logrado por mí en este duelo tuvo gran importancia, ya que hasta entonces era considerado como un duelista de mediana calidad.

Cuando recuerdo aquellos tiempos, observo que muchas cosas y costumbres han sido superadas. ¡También el dogma católico advierte la ilicitud de tales costumbres! Reconozco sus argumentos; pero...muchas cosas cambian con los tiempos; yo guardé, siempre, de ellos, una herencia positiva de nuestras costumbres.

Aprendimos a "dar la cara" como hombres en defensa de todo lo que decíamos y hacíamos; aprendimos a luchar por nuestros actos y palabras con un arma en la mano y hasta la última consecuencia. Pero también aprendimos a encajar todos los golpes manteniendo una actitud impasible; a soportar el dolor y apretar fuertemente los dientes cuando estábamos a

punto de gritar de angustia y dolor. En muchas situaciones de mi vida sentí agradecimiento por haber sido formado con tanta dureza.

No obstante, nada más lejos de mi ánimo que afirmar que la dureza sólo puede ser alcanzada por medio de tales procedimientos, no. Me limito a hacer constar que los duelos estudiantiles entre nosotros tenían un significado honroso reñido con toda clase de mezquindad.

Ya antes de la primera guerra mundial existían diversas asociaciones estudiantiles que se habían formado en el Reich alemán y en todo el Imperio austro-húngaro. Estas asociaciones estaban estrechamente relacionadas entre sí, sin tener en cuenta sus respectivos países ni las fronteras que los separaban.

Las asociaciones estudiantiles alemanas seguían fieles a sus antiguas tradiciones que databan del 1848, año de acusada evolución revolucionaria. Durante él, la asociación federal de Franckfurt permitió entraran en ella representantes austriacos, si bien fueron aceptados sólo por corto tiempo. Los idealistas de 1848 veían, con los ojos del espíritu, cómo se suprimían las fronteras que separaban a los pueblos de origen alemán y pretendían crear, a pesar de que el tiempo no estaba maduro para ello, un gran Reich alemán que tuviera como enseña la de los colores negro-rojo-dorado. Estos colores eran los que flameaban en las banderas de las asociaciones estudiantiles alemanas, cuya colaboración para llegar a la abolición del absolutismo, a abrir las vías del progreso y a la implantación de una monarquía constitucional fue decidida e importante.

Fue en aquellos momentos cuando se registró el arranque de un movimiento pan-alemán, que se mantuvo activo en todo momento y nunca fue relegado al olvido. El pensamiento unitario no se debía a ningún partido en particular; estaba latente en todos los dirigentes y animadores de los grandes partidos alemanes y austriacos.

Cuando, en los años 1935–37, las asociaciones estudiantiles de Alemania se vieron obligadas a disolverse obedeciendo a las normas totalitarias del NSDAP, nosotros, los austriacos, no pasamos por alto tan serio problema que motivó un sinnúmero de discusiones y polémicas internas. Nos enteramos que el hombre encargado de disolver las asociaciones estudiantiles del III Reich se llamaba Baldur von Schirach. También llegamos a saber que él tenía motivos personales para actuar en la forma que lo hacía. Durante su época de estudiante, como consecuencia de sus actos, fue obligado a batirse en duelo; no aceptó la responsabilidad que había caído sobre él y se zafó de, entablar el combate a esgrima. Esta

conducta motivó que los estudiantes le consideraran como proscrito por no haber aceptado las leyes de honor entonces usuales. De lo que podía deducirse que Schirach se basaba en su poder para vengarse de una afrenta personal, cosa que, desgraciadamente, sucede con frecuencia.

La nueva Asociación Estudiantil Nacional-socialista Alemana (NSDSTB) tenía que demostrar de lo que era capaz. Esta opinión estaba plenamente compartida por los estudiantes austriacos que trataron sobre dicho tema en varias reuniones a las que yo asistí.

Sin embargo, nosotros, los austriacos, que, a pesar de que nuestro país fuese vecino de Alemania, éramos más extrovertidos y estábamos más compenetrados que los propios alemanes, con la idea de una reforma deseábamos hallar una forma de vida revolucionaria para nuestras asociaciones, pero que no destruyese las antiguas tradiciones que podían ser consideradas como convenientes.

Cuando, finalmente, Austria se unió a Alemania de un modo definitivo en el año 1938, afirmé públicamente: "Espero un entierro de 'primera clase' para las asociaciones estudiantiles austriacas, a pesar de que las asociaciones alemanas han tenido un entierro de 'tercera clase' y a pesar de su comportamiento estrictamente nacionalista frente a la doctrina del III Reich".

Los altos jefes del partido NSDAP me proporcionaron muchos quebraderos de cabeza en aquella época. A estos quebraderos no escaparon los prohombres y dirigentes de las asociaciones estudiantiles austriacas.

A pesar de todo no perdí las esperanzas de que las asociaciones estudiantiles llegarían a asimilar plenamente las nuevas formas educativas. Mas, desgraciadamente, tuve que enfrentarme con algunas decepciones en tal aspecto. La vida estudiantil de las Escuelas Superiores llegó a perder mucho de su antiguo brío; hasta llegó a hacerse monótona y gris. Cualquier iniciativa personal era sabotada desde arriba. Con ello se perdió el privilegio del individualismo.

Lo más interesante, en lo que se refiere a este problema, es que el dirigente de las asociaciones estudiantiles del Reich, Gustav Scheell, al que llegué a conocer personalmente al final del otoño de 1943, aceptaba, en cierto modo, las ideas que yo defendía. Coincidió conmigo cuando le propuse que se restaurasen las antiguas reglas. Hasta llegamos a planear presentarnos ante Hitler para exponerle nuestras ideas una vez que hubiésemos ganado la guerra.

Deseábamos que el Tercer Reich volviera a aceptar los duelos estudiantiles, que a la sazón restaban prohibidos terminantemente, así como sus ventajas educativas; era de vital importancia que los miembros de las diversas asociaciones disfrutasen de mayor libertad de acción y, lo más perentorio .de todo, que volviera a renacer la vida.

Durante el tiempo que cursé mis estudios superiores solía pasar una o dos tardes cada semana en el campo de deportes. No tenía un especial interés en convertirme en un "recordman", pero deseaba ser un buen deportista. Nunca llegué a destacar en las pruebas de atletismo debido a la excesiva largura de mis piernas. Pero logré destacar en saltos de pértiga, en lanzamiento de disco y en otros deportes parecidos. Hasta conseguí aprobar con facilidad los exámenes deportivos de Austria.

El Instituto Deportivo de las Escuelas Superiores de Viena tenía a disposición de las mismas varios pabellones de deportes y diversas salas destinadas a tales fines, incluyendo en ellas la destinada a los ejercicios de tiro al blanco. Estos ejercicios eran considerados de importancia y había anualmente unos exámenes especiales para ellos.

No pasó mucho tiempo sin que lograrse buenas calificaciones en el tiro a pistola; pude hasta presentarme en concursos como representante de la asociación estudiantil a la que pertenecía. Tomé parte en las competiciones nacionales entre Academias, que se celebraban todos los años.

En el concurso del año 1931 conseguí hacer 56 blancos de los 60 exigidos, colocándome a la cabeza de la clasificación general en la que estuve hasta el último día de las competiciones. ¡Había sentado un precedente; pues, hasta entonces, nadie había logrado hacer 56 blancos!

Pero el último día, en la fase final, llegó un licenciado de Graz que logró 57 blancos. ¡Uno más que yo! Aquel titulado fue el ganador absoluto de la prueba, y yo le felicité sinceramente a pesar de la decepción que sufrí: juntos festejamos por la noche su victoria. Desde entonces el tiro a pistola fue una de mis mayores aficiones, y me convertí en apasionado coleccionista de armas cortas. También me dediqué a entrenarme asiduamente.

Años más tarde, cuando tuve mi Licenciatura, en 1936, me presenté a los exámenes austriacos para conseguir el título nacional en "Phentalon". Se exigía hacer una marcha de atletismo ligero con una mochila a la espalda, que pesara cincuenta kilos, con un recorrido de 25 kilómetros de distancia, a la que iba unida una prueba de tiro Con pistola de pequeño calibre.

Durante mis años de estudiante practiqué otros varios deportes así, como la navegación a vela, que me complacía. ¡Cuántos fines de semana los he pasado navegando por nuestro amado río, el Danubio! Conozco cada centímetro de sus paisajes desde Passau hasta Budapest; cada uno de sus remolinos, su azules y límpidas aguas...

Lo conozco en todas las condiciones climatológicas: en días soleados o nublados, con lluvia y frío, al anochecer y en plena noche. He descubierto que si nuestros ojos están dispuestos a observar atentamente las bellezas de la naturaleza, siempre pueden descubrir algo nuevo, algo nunca visto hasta entonces...

¡Qué maravillosas son las antiguas ruinas de Wachau cuando están embellecidas por la luz de la luna que se refleja sobre las aguas del río! ¡Qué bellamente salvajes y primitivas se nos aparecen las extensas llanuras de Raab, en Hungría, cuando la niebla matinal las envuelve con sus brumas! ¡Qué sorprendente sensación se siente cuando el inesperado remolino del río hace dar vueltas a nuestro bote, o cuando una manada de ciervos se acerca a la hoguera que hemos encendido cuando acampamos!

El año 1929 conocí a un profesor vienés de deportes que, al mismo tiempo, era un experto navegante. Su nombre era Kupka. Dedicaba todo su tiempo a las experimentaciones y tenía siempre ideas fantásticas. Por entonces trabajaba en un proyecto para "hacer volar a los navegantes". Había construido con lino tensado dos alas que debían ser sujetadas a la espalda de un hombre con el fin de facilitarle un corto vuelo.

Al igual que todos los descubridores e inventores, Kupka era sumamente testarudo; nunca logré convencerle de que los hombres jamás conseguirían volar como los pájaros por muy corto que fuese su vuelo. Al hacer sus cálculos aerodinámicos no tuvo en cuenta el peso del cuerpo humano, que era un obstáculo infranqueable para sus ideas.

A pesar de ello se efectuaron algunas pruebas que, no obstante no dar los resultados apetecidos, plantearon el problema de una nueva forma de navegación.

Un día mi amigo vino a verme y me expuso un gran proyecto. Había escrito un guión cinematográfico que trataba de la navegación a vela y se había adjudicado él mismo el papel principal. ¡Pero lo más importante era que me pedía volase yo desde un acantilado con el artefacto de su invención! La proposición no me pareció muy sensata; tampoco tenía la idea de convertirme en "una estrella de cine", por lo que le propuse, con mucha discreción, que comenzásemos tomando algunas pruebas

fotográficas y que ensayara él mismo su vuelo sobre el acantilado. ¡No tuve que esforzarme mucho en convencerle; la película nunca llegó a realizarse!

Como Ben Akiba siempre tiene razón, debo hacer constar que los "vuelos náuticos", tal como fueron concebidos por mi amigo, se experimentaron en 1948.

Unas líneas más sobre mis pequeñas aficiones. El deporte de la caza me apasionó durante algunos años. Tenía varios amigos que me incitaban a ir de caza con ellos; conseguí cobrar varias piezas de todos los animales que poblaban los bosques y prados de mi patria, sin que, por ello, pudiese ser considerado como un cazador exageradamente entusiasta. Al cabo de algunos años de practicar tal deporte, me contentaba con situarme en un buen puesto desde el que pudiera observar cómodamente los movimientos de un espléndido corzo, por ejemplo. Muchas veces evité disparar sobre un ejemplar, por muy buena pieza que éste me pareciese.

A partir de 1926 me fue dado navegar frecuentemente por nuestros maravillosos lagos de las montañas y por el viejo e incomparable Danubio Azul, que baña gran parte de mi ciudad natal, Viena. En Attersee llegamos a formar un "Club de regatas", a las que me dediqué con entusiasmo en toda clase de situaciones personales mías, hasta en las más adversas.

Nunca podré olvidar una noche de tempestad en la que navegaba por las aguas del río Traunsee llevando conmigo a bordo a una muchacha que estaba medio muerta de espanto. Habíamos salido de Traunkirchen un hermoso anochecer; teníamos un viento favorable.; nuestro propósito era pasar una o dos horas agradables y pacíficas de navegación.

Pero, de pronto, tal como suele ocurrir en los parajes de alta montaña, en los que los cambios meteorológicos se presentan súbitamente, sin previo aviso, la luna quedó oculta tras una espesa capa de nubes y el viento comenzó a soplar con gran fuerza. Hice todo lo posible para regresar a puerto, pero la oscuridad reinante y las altísimas olas me privaban de la seguridad suficiente para conseguir atravesar su angosta entrada. Por ello decidí seguir navegando por el centro del río. Pero mi compañera perdió el domino de sus nervios y no pude contar con su ayuda en tales circunstancias. La amarré con un cabo de cuerda y enrollé el otro extremo en torno a mis caderas.

Ate a un pie el cabo que sujetaba la vela de emergencia que servía para ayudar a mantener la ruta señalada, mientras que agarraba con las dos manos el cabo de la vela principal haciendo una llamada a todas mis fuerzas, ya que el viento era cada vez más fuerte. Sólo disponía de mis

caderas para procurar sujetar con ellas los remos. La situación se hizo más y más difícil. Del aire romántico de nuestra excursión, que había predominado al principio de ella, no quedaba ya nada.

Al cabo de un rato desapareció todo vestigio de visibilidad, lo que me obligó a orientarme por el instinto. El viento soplaba cada vez con mayor violencia y las olas eran tan altas que acabaron por llenar de agua el fondo del bote. Me sucedía una cosa extraña: mi mayor preocupación era la embarcación, los sentimientos de mi pasajera me tenían completamente sin cuidado, ya que yo sabía que, en caso de verdadero apuro, me sería fácil salvarla. Al cabo de poco tiempo la tempestad amainó; más tarde nos enteramos de que no había durado tanto como a nosotros nos pareció; desapareció con la misma rapidez con que se había presentado. El oleaje siguió acompañándonos hasta que conseguimos entrar en el puerto donde nos esperaba un grupo de gente.

Lo relatado anteriormente no debe de hacer pensar a nadie que dedicaba todo mi tiempo al deporte y a las diversiones, sino solamente mis ratos de ocio. El resto del tiempo, así como mis esfuerzos, los dedicaba a menesteres más importantes. Como mis estudios me dejaban muchas horas libres, me preocupaba de aumentar el dinero que me daba mi padre para mis gastos dando clases particulares a algunos condiscípulos míos que iban retrasados en sus estudios.

Nosotros, los estudiantes, también teníamos oportunidades de ganar dinero en los medios artísticos. Algunos directores de películas, tales como Preminger, que actualmente cosecha grandes triunfos en Hollywood, nos facilitaban la oportunidad de ganarnos algunas cantidades dando representaciones nocturnas de las que exigía un máximo esfuerzo. Cuando éstas no eran de importancia no poníamos mucho interés en ellas, hasta tal punto que, en muchas ocasiones, dejábamos que algunos compañeros nuestros nos sustituyeran, lo que regocijaba a los asistentes a las mismas, sobre todo cuando un novato no entraba en escena en el momento indicado, o cuando se trataba de soltar una larga parrafada.

Si las pruebas resultaban satisfactorias se nos ofrecía representar alguna obra en el "Teatro Popular Alemán", de Viena, a pesar de que éramos simples aficionados. Fue precisamente en dicho teatro donde tuve ocasión de conocer a la famosa actriz Paula Wessely, que representaba el primer papel de la popular comedia "El viejo Heildelberg". Logré formar parte de la comparsa de la obra y no paré hasta conseguir sacar a hombros de la escena a Paula, ayudado por otro actor. La actriz llevaba una vida sencilla,

y no tenía ningún inconveniente en desplazarse en tranvía de un lugar a otro de la ciudad, lo que me dio la oportunidad de hablarla en varias ocasiones. Una vez, con su peculiarísimo acento vienés me dijo:

—Anoche estuvo a punto de dejarme caer al suelo.

De aquel tiempo me quedó para siempre cierta inclinación hacia el teatro que refleja el mundo.

Antes de 1914 un hombre todavía podía permitirse el lujo de ser apolítico; es muy posible que en dicha época, fundamentalmente pacifista, existieran muchas personas que no se molestaran en pensar lo que era la política. Pero la situación cambió totalmente a partir del año 1918. La primera guerra mundial había creado unos cambios, de vital importancia en el mundo entero; incluso había repercutido en la vida privada de innumerables personas. La paz y el Tratado de Versalles fueron causas del nacimiento y planteamiento de una serie de problemas que no podían ser pasados por alto ni en el mundo ni en Europa. Aquellos problemas y las formas de solucionarlos se convirtieron en asuntos de vital importancia para la vida de las diversas clases sociales. Esto hacía que fuera imposible eludir las repercusiones de los problemas políticos y económicos que "flotaban" en torno nuestro. Mas, a pesar de todo ello, los asuntos personales de cada ciudadano carecían de importancia, quedaban postergados ante los grandes ideales que se plantearon en aquella época, tales como el socialismo y el nacionalismo, que obligaban a cada individuo a tomar partido por uno o por otro.

Los problemas diarios de la política nacional e internacional que incidían en nuestra República recién instaurada eran causa de muchas rencillas personales, pues la gente no se limitaba a exponer sus ideas, sino que se ensañaba insultando a todo el que no comulgaba con su manera de pensar.

Esta tensión política fue la causa de que una gran parte de la población austriaca, incluso de la alemana, se alejase de la política de los partidos, afirmando que no quería inmiscuirse en aquellos "turbios" manejos. Este impulso de alejarse de todo partido político era más acusado entre la juventud, ya que no encontrábamos ningún ejemplo digno de ser tenido en cuenta entre los dirigentes de los diversos partidos que existían. Los liberales y los apolíticos llegaron a ser gran mayoría.

En líneas generales, el pueblo se sintió defraudado ante las consecuencias que trajo consigo la paz; tal estado de ánimo se dio ya en el

transcurso de la guerra. La pregunta más importante que se hacía entonces la población civil era la siguiente:

"¿Dónde han ido a parar la libertad y la democracia, conceptos e ideas que dieron origen a esta sangrienta guerra?"

La Monarquía austro-húngara había sido derrocada. ¿Por qué no se trataba, pues, de instaurar un régimen mejor, sin los fallos que caracterizaban a aquélla y que tanto se criticaron? ¿Por qué se había destrozado totalmente una economía estable que duraba desde hacía cientos de años, para sustituirla por una caricatura de la misma que no ofrecía ninguna clase de garantías? ¿Por qué se habían formado Estados autónomos tales como Polonia, Hungría, Checoslovaquia y Lituania, y se había privado de tal privilegio a grandes grupos de alemanes que vivían en el norte de Silesia y en el sur del Tirol?

En el año 1919 el Parlamento austriaco, aunque con mayoría socialdemócrata, había adoptado el lema, con sólo un voto en contra, de que "la Austria alemana era una parte integrante de la República Alemana".

Las votaciones efectuadas en el Tirol y en Salzburg dieron una mayoría del noventa por ciento de votos a favor de una unión con Alemania. Este "detalle" no lo tuvieron en cuenta los aliados, a pesar de haber sido ellos mismos los que promovieron tales votaciones, y prohibieron al pueblo que llevase a efecto su deseada unión con Alemania.

Aquella negativa nunca fue olvidada y "coleó" durante los años que siguieron a ella. Los hombres que no la olvidaron no sólo se apoyaban en razones de orden político y social; tenían en cuenta los problemas económicos que giraban en torno a dicha unión, cuya importancia no podía ser ignorada.

El canciller social-demócrata de entonces, doctor Renner, presentaba argumento tras otro en defensa de la unidad de los dos Estados; estos argumentos los expuso, de palabra y por escrito, durante todo el año 1918. El doctor Renner demostró que sabía permanecer fiel a sus ideas, ya que continuó luchando por ellas hasta 1938, y acreditó una gran sinceridad política al presenciar el triunfo de su rival nacional-socialista, que las convirtió en realidad, llegando hasta felicitar a su adversario durante una entrevista que sostuvieron ambos.

Otro prelado y canciller, doctor Ignaz Speidel, social-cristiano, también reconoció la necesidad económica de la unión. El 1º de octubre de 1926, Speidel fue nombrado canciller por segunda vez, y su política, que se basaba en la necesidad de preparar la unión con el Reich alemán, fue

aceptada unánimemente. Su divisa era la siguiente: "Austria es un Estado alemán que no debe enfrentarse con Alemania".

Por otra parte el plan económico (que solucionaba grandes problemas) del canciller doctor Johannes Schober, presentado por éste al canciller alemán, Curtius, se apoyaba en las bases de los antiguos dirigentes. ¡Y esto sucedió diez años después de terminada la guerra!

Durante el tiempo que cursamos nuestros estudios de enseñanza media aprendimos a conocer estas vicisitudes, que nos enseñaban en la clase de Historia y en las que versaban sobre la fundamentación política de entonces. Las conferencias políticas oficiales, que se celebraban anualmente en la Plaza de los Héroes, de Viena, cada mes de septiembre, y que estaban exentas de toda clase de tendencias partidistas, me instruyeron mucho, y no dejé de asistir a ninguna de ellas mientras hacía mis estudios superiores. Recuerdo que el Rector de la Universidad de Viena, el doctor Innitzer, que, más tarde, llegó a ser arzobispo de Viena y cardenal, abogaba entonces por una política de conexión.

Los debates del Parlamento eran considerados como infructuosos por la mayor parte de los jóvenes de mi generación. La economía austriaca no había logrado superar las consecuencias de la guerra; se llegó a una inflación casi imposible de superarse. Las negociaciones con el extranjero, que debían haber conseguido ciertas mejoras para la economía del país, no podían ser tenidas en cuenta, pues no se disponía del suficiente capital para invertirlo en la creación de las industrias que se proponían: también, porque la competencia suiza e italiana habría puesto dificultades a la realización de cualquier clase de estas negociaciones.

El malestar social, promovido por las distintas trayectorias de los partidos y reforzado por el paro laboral que nadie se molestaba en solucionar, se agudizó. Hasta que encontró su "punto de explosión" en los disturbios del 25 de julio de 1927, que quedaron en la historia de mi patria con la denominación de "la quema del Palacio de Justicia". No cabe la menor duda de que aquellos disturbios se dirigieron contra las leyes estatales vigentes. Fui testigo presencial de los hechos. Cuando iba a recoger a mi padre en su despacho, pude presenciar el alocado intento de las masas agolpadas ante el Palacio de Justicia, que querían penetrar en él para destruir los archivos. Todo el mundo ignoraba la causa del alboroto; cada cual daba rienda suelta a sus sentimientos personales para demostrar la existencia de una intranquilidad pública que, a falta de argumentos de peso sobre los que fundamentarse, acabó en unos simples fuegos de artificio.

Como reacción ante aquellas agitaciones, se crearon en las escuelas superiores las llamadas "Legiones Universitarias", que deseaban defender y proteger, a toda costa, la autoridad y el orden nacionales. También me inscribí yo en dichas "Legiones", que se convirtieron en "los Cuerpos Francos de Estudiantes", los cuales se unieron con otras asociaciones patrióticas creadas con anterioridad. El hombre que llevaba uno de los nombres más importantes de Austria, el duque Ernst von Starhemberg, era uno de los dirigentes más relevantes de aquellas asociaciones. Estas pretendían conseguir una estabilidad positiva y estaban enfrente de las formaciones para militares orientadas hacia la extrema izquierda, cuyo nombre era "Uniones protectoras republicanas", formadas ya en el año 1919.

El "Heimwehr", nombre de nuestra asociación, constituida por otras muchas, llegó a convertirse en un partido político.

Las nuevas ideas políticas –nada claras, por cierto– para formar un "Estado fuerte", encontraron una gran aceptación porque el sistema democrático fue deteriorándose y disolviéndose a causa de las rencillas que sostenían los diversos partidos políticos, que no proporcionaban ninguna ventaja positiva a la nación ni un alivio visible a la situación general.

Yo formé parte de los "Cuerpos Francos de Estudiantes", que se regían por las leyes militares, sin que por ello dieran una formación militar a los que los integrábamos. Comencé siendo jefe de sección y acabé siendo el abanderado de mi formación. En una reunión celebrada en la Plaza de los Héroes, durante la cual la bandera de mi formación debía ser bendecida por el cardenal Innitzer, fui el portador de la enseña. La señora Vaugoin, esposa del ministro austriaco del Interior, fue la madrina.

Por desgracia, desde mi punto de vista personal, el partido austriaco "Heimwehr" tuvo que seguir un camino trágico, ya que se vio obligado a entrar en el juego democrático para conseguir más adeptos. A medida que pasó el tiempo, se convirtió en un auténtico partido político y adoptó el nombre de "Heimatblock". Cuando, en 1930, nuestra agrupación cambió totalmente de "modo y manera de ser", tanto yo como varios de mis camaradas consideramos conveniente darnos de baja.

Si, actualmente, echo una ojeada hacia atrás, los pocos años (1927–1930) de la que nosotros llamábamos "coyuntura" de Austria, e incluso de Alemania, no tengo inconveniente en considerarlos como la "época dorada" de nuestra generación.

En aquel entonces yo era todavía un simple estudiante de la "Escuela Técnica Superior" de Viena. Y comprobaba que, después de los difíciles años de la posguerra y de la inflación, que fue una consecuencia de ellos, se había logrado una cierta estabilidad social y económica, lo que permitió que la burguesía, clase social a la que yo pertenecía, pudiera contar con un poco de tranquilidad y con una vida carente de dificultades.

Cuando se es joven se carece de la suficiente perspectiva para tener una visión del futuro; nuestras ideas no son amplias ni elásticas. Por ello, las tenebrosas profecías de un hombre como Oswald Spengler eran estudiadas por nosotros con sumo interés, sin que no obstante llegásemos a considerarlas como inevitables.

No niego que existían ciertos círculos que intuían la crisis que se cernió sobre Austria desde 1930 a 1933 y cuyas secuelas duraron hasta 1938. Las personas que integraban dichos círculos afirmaban:

"No podemos negar a la juventud el privilegio de enfrentarse con un futuro lleno de esperanzas, aunque la voz de la experiencia se obstine en movernos a cambiar de opinión".

Creo firmemente que tanto yo como mis compañeros de aquellos tiempos tuvimos una juventud que deseo para mis hijos y para la actual generación.

Por otra parte, debo añadir que durante los años de mi juventud, la lucha política que, poco tiempo después de la guerra hizo difícil la vida a la población civil, no repercutía de una forma tan amenazadora sobre la existencia de los jóvenes.

Mi educación, la que recibí en mi hogar y la que me templó durante los años de mis estudios superiores, se basaba en la idea de que el nuevo régimen democrático implantado en Austria y en Alemania sólo podía ser considerado como un indiscutible avance si se le comparaba con la monarquía absoluta. Implantada por hombres plenamente conscientes de sus deberes y ensalzada por idealistas, la democracia republicana era considerada como una bendición por los pueblos europeos. Las cuestiones políticas sólo pueden ser resueltas por los políticos, que no siempre encuentran las cosas fáciles.

Nosotros, la joven generación, no estábamos obligados a interesarnos y a participar directamente en las cuestiones políticas. Recordábamos las experiencias de los primeros años de la posguerra, durante los cuales las luchas políticas respondían más a intereses personales que al bien común. Llegamos a la conclusión de que se podía ser antipolítico, en el sentido de

rechazar la política de partidos, pero no apolítico, por cuanto no podemos sustraernos ni dejar de interesarnos por los grandes problemas de la política nacional e internacional.

Creo que el mayor éxito del Partido Obrero Nacional-socialista de Alemania, más tarde de Austria, se debió a la promesa de no obligar a nadie a que formara parte de ningún partido determinado y sí de un movimiento que englobara a toda la población, destinado a lograr mejoras laborales, aumentar el nivel de vida, y conseguir la unión de las fuerzas que tuviesen una sola idea:

"El bienestar de la Patria".

En el invierno de 1931 pasé mis exámenes de final de carrera en la "Escuela Técnica Superior". El tema escrito que debía presentar trataba del planeamiento y la construcción de un motor "Diesel". Tal como suponía, resultó satisfactorio.

Me causó extrañeza que mi examen oral fuera considerado como el mejor de mi promoción. Ello me permitió estar capacitado para colocarme en calidad de ingeniero en cualquier industria, llevando mi recién adquirido título bajo el brazo.

Pero... ¿era más fácil decirlo que lograrlo! En aquella época, tanto Austria como Alemania pasaban por una tremenda crisis que arrancaba de las mismas causas de la posguerra. Una crisis económica que parecía alcanzaba entonces su punto culminante.



CAPÍTULO II

Inicio mi vida profesional. – Contacto con el NSDAP. – La gran idea alemana. – El doctor Goebbels en Viena. – Prohibición del nacional-socialismo austriaco. – La dictadura de Dollfuss. – Estado cristiano. – El levantamiento marxista de febrero. – El gobierno de Dollfuss en minoría. – 25 de julio de 1934. – Desarrollo económico en Alemania. – Años de crisis en Austria. – Reflejos en la Prensa. – Visitas de los "prohombres" de Hitler. – La opinión de Churchill. – Política exterior de éxitos para el Reich. – Roma jubilosa. – "Il Duce", patriota y europeo. – Vida cotidiana en Viena. – Lucha económica.

No me fue posible ocupar varios puestos de trabajo que me habían sido ofrecidas debido a que las diversas firmas comerciales que me lo habían propuesto se vieron forzadas a colocar a personas de más edad. A pesar de ello, tuve la suerte de encontrar una colocación, que acepté aunque me pagaban muy poco por mi trabajo. Este empleo me permitió conocer la diferencia que existe entre la teoría y la práctica.

No tardé mucho en tener la suerte de cara. Entré en calidad de jefe comercial en una pequeña empresa que, en el transcurso de los años, se convirtió en un negocio próspero. Tenía resuelto el problema de mi vida. Sin embargo, no veía colmadas mis esperanzas. Tenía que esperar a que el

futuro decidiera mi suerte, y me enfrentaba con él con alegría, ya que siempre he sido muy optimista.

Hacia el año 1929 el NSDAP hizo su aparición en Alemania, siendo muy bien recibido. Empezó por ser un grupo muy reducido que fue aumentando a medida que pasaba el tiempo. Algunos de mis conocidos, incluso muchos de mis amigos, se hicieron miembros del pequeño partido que en Alemania empezaba a ser considerado como un movimiento de gran importancia.

Yo, por mi parte, me limité a estar a la expectativa, esperando a conocer de una manera plena su forma de actuar y su programa. Esta actitud es normal, ya que había que considerar que dicho movimiento, al ser fundado en el extranjero, podía no resultar idóneo y adecuado para nuestro país.

A pesar de todo, me interesé mucho por él; me gustaron los puntos de su programa que se referían a los problemas sociales y económicos. Incluso el que se refería al sueño ideal de todos los tiempos: "La unión con Alemania".

Mis dos primeros empleos de ingeniero diplomado me proporcionaron la oportunidad de entrar en contacto con las fuerzas laborales. Pude conocer las preocupaciones y necesidades de las clases sociales "inferiores", que eran las que más sufrían como consecuencia de la crisis que azotaba al país. Era significativo que el NSDAP consiguiera muchos adeptos en los medios obreros, a pesar de que éstos tenían las ideas socialistas muy arraigadas. Mis continuas conversaciones con los obreros y las consecuencias que saqué de las mismas me llevaron al convencimiento de que era necesario se llegara a la implantación de ciertas reformas sociales; que era de vital importancia la creación de un socialismo moderado, con lo que se podría lograr la conquista del aumento del nivel de vida de las clases más necesitadas.

No se me pasó por alto, tampoco, que los partidos socialistas de Austria y Alemania tenían una visión internacionalista más amplia que la de sus colegas franceses e italianos. Pude hacer estas comprobaciones en parte viajando por Italia y Francia, en parte durante mi época de estudiante en la Escuela Técnica Superior, cuyas vacaciones aproveché para trabajar en fábricas de Colonia y Linz. Aunque el alemán es conceptualizado como "no excesivamente despierto", hace siempre todo lo posible para superarse a sí mismo y consigue elaborar ideas muy provechosas.

La solidaridad nacional, tan cacareada y tan deseada por los partidos socialistas, sólo podía ser alcanzada, en mi opinión particular, mediante una

lenta evolución y un arduo trabajo educativo que tuviera como base un patriotismo sano, limpio y carente de toda clase de mal entendidos y reservas.

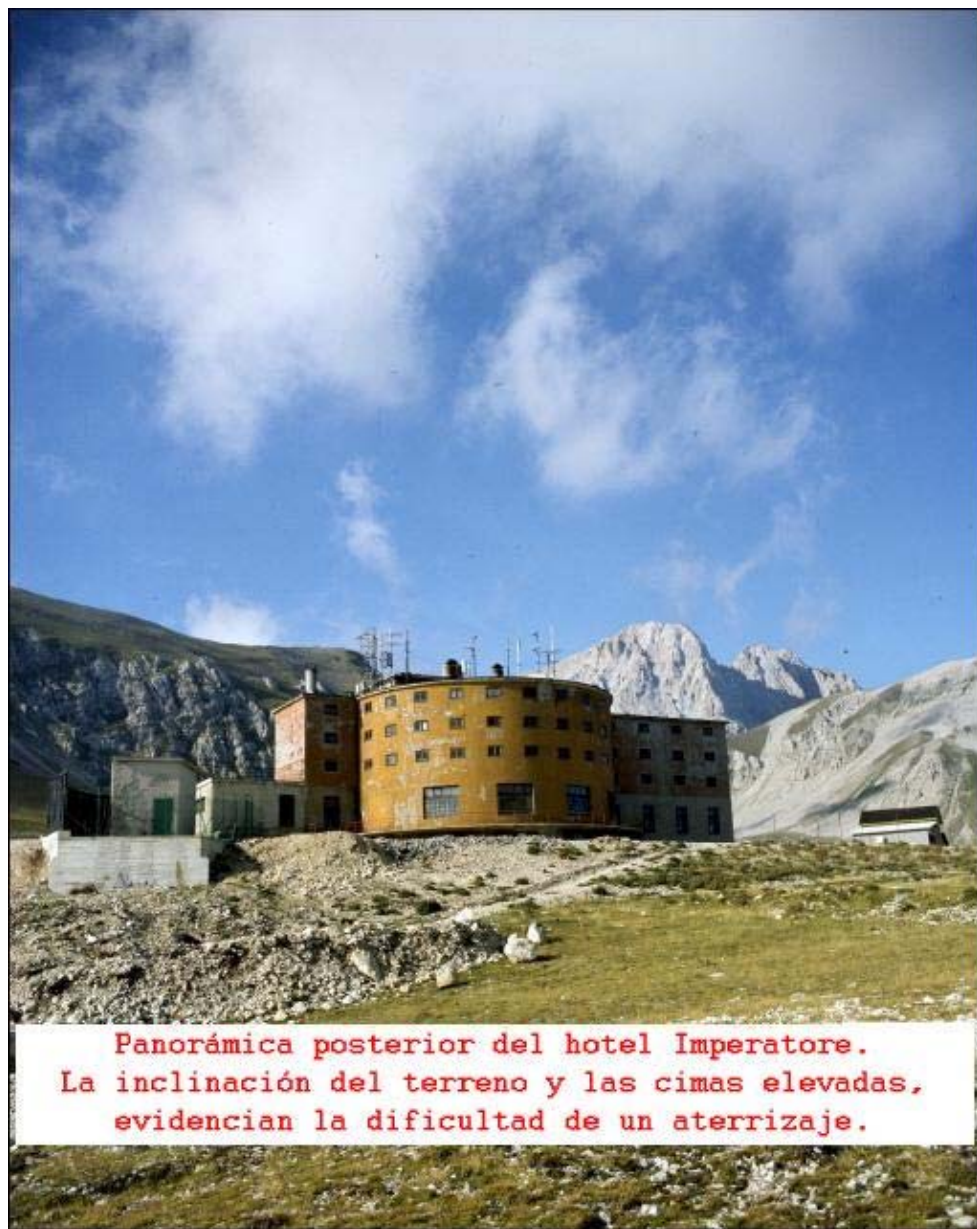
Una de las primeras reuniones políticas a las que asistí fue decisiva para la formación de mis posteriores puntos de vista referentes a aquellas cuestiones.

En el verano de 1932, el doctor Goebbels pronunció un discurso en un local de Viena completamente abarrotado de público. Nunca había tenido ocasión de comprobar personalmente que un hombre fascinase totalmente, con el maravilloso don de la palabra, a la inmensa masa de gente como la que tuvo de auditorio en aquella ocasión el doctor Goebbels. No podía caber la menor duda de que el orador era un fanático de sus ideas. Sus palabras eran tan efectistas que durante las dos horas de su discurso, el público que escuchaba permaneció sentado, inmóvil, completamente hipnotizado por su verbo, pendiente de cada una de sus expresiones, de sus ideas, de todas sus exposiciones.

Yo sentí lo mismo que los demás. No sólo sentí la influencia de la maravillosa retórica de aquel hombre, sino que comulgué plenamente con el sentido de sus ideas, que me parecieron realizables. ¿Acaso no era verdad la idea expresada por él de que el pueblo austriaco tenía, de siempre, orígenes alemanes, exactamente igual que los bávaros y los prusianos? Sólo había una solución para acabar, de una vez, con todos los problemas económicos del país: ¡Una estrecha y definitiva unión del pueblo austriaco con el pueblo alemán!

¿Acaso no era acertada la idea de basar sus argumentos en un posible aumento del nivel de vida de las clases trabajadoras? ¿Es que no era justo romper enérgicamente con las poderosas fuerzas del capitalismo, y "cimentar" el "capital" más importante de un país sobre la producción de las clases obreras, que eran las más indicadas para ayudar a establecer una economía sana y digna de toda consideración? ¿Acaso no era verdad que el Tratado de Versalles, si bien había logrado solucionar un sinfín de problemas, había sido a costa de crear un también ilimitado número de inquietudes universales difíciles de ser superadas?

Todo lo anteriormente expuesto influyó sobre mi ánimo. Pero lo que ejerció más influencia fueron las afirmaciones del doctor Goebbels en torno al programa del NSDAP, que pretendía crear una sociedad en la que no existieran diferencias entre las diversas clases sociales, y con un ideal que las uniera a todas ellas indefinidamente.



Panorámica posterior del hotel Imperatore.
La inclinación del terreno y las cimas elevadas,
evidencian la dificultad de un aterrizaje.

Las ideas y pensamientos sociales de su discurso, sobre todo las que se referían a la superación de las luchas entre los diversos partidos, fueron para mí acicates decisivos que me iluminaron y me hicieron ver la verdad. Decidí, en aquel instante, inscribirme en el NSDAP. Sin embargo, antes de dar el paso decisivo, pasé un año estudiando a fondo todos sus puntos y bases programáticas, asistiendo a todas sus reuniones; incluso pagando la cuota exigida.

En el mes de junio de 1933, las actividades políticas del NSDAP, que, estrictamente, no podían ser consideradas como tales, se terminaron al ser declarado ilegal el partido por el gobierno del canciller Dollfuss. En aquella ocasión el gabinete presidido por Dollfuss no tuvo en cuenta que todas las prohibiciones pueden ser consideradas como "un arma de doble filo". Semejante decisión, a la que no podía calificarse más que de drástica, sólo podía haberse apoyado en un factor importante, decisivo.

Medidas como aquélla sólo pueden ser coronadas por el éxito si las ideas prohibidas son sustituidas por otras que estén dotadas de tanta fuerza de persuasión como aquéllas, o cuando los dirigentes de la nación mejoran la economía de un país, deteriorada hasta el punto de que parece insostenible. Si no existen ni se dan tales premisas, un gobierno no puede continuar sosteniéndose teniendo como base de su actuación la violencia y las prohibiciones, enajenándose totalmente la simpatía del pueblo.

A partir de aquella fecha, el gobierno austriaco sólo pudo ser considerado como una dictadura, y si robusteció su poder fue debido a causas resultantes de situaciones que fueron surgiendo paulatinamente.

El gobierno se basaba en una minoría que actuaba en el Parlamento hábilmente, evitando las situaciones que pudieran conducir a unas elecciones libres, de lo que resultaba que las actuaciones gubernamentales no tenían nada de democrático. No se invitó al pueblo, ni una sola vez, a que expusiera sus opiniones; no se le dio ni la más mínima oportunidad para que accediera a los puestos directivos. No podía decirse, en propiedad, que Austria tuviese un gobierno democrático, puesto que, a partir de 1908, solamente hubo unas elecciones libres, las que tuvieron lugar entre 1929 y 1938, es decir, las que se celebraron en 1932.

El partido NSDAP, de reciente creación en Austria, fue destruido por la acción y las normas dictadas por el gobierno y, por tanto, sus ideas no dispusieron de terreno abonado para fructificar. Mas, a pesar de ello, las gentes que se identificaban con ellas no perdieron el contacto entre sí, y la ayuda generosa facilitada a sus miembros, a aquellos que se encontraban en

difícil situación, no cesó en ningún momento. Yo consideré que el ayudarnos los unos a los otros era justo y acertado, ya que creía que era indispensable que el tiempo fuese operando en favor de nuestras ideas. Y consideraba que era mejor que la dictadura instaurada en Austria se fuese pudriendo por sí sola.

Dollfus, en 1933, convirtió en régimen autoritario su sistema de gobierno. En aquella ocasión afirmó que Austria no debía unirse nunca a Alemania, pero añadió que el país era independiente, cristiano y alemán. Con esta última afirmación contradijo la premisa que había sentado, ya que un país no puede ser considerado alemán de origen y efectuar, a un tiempo, maniobras antialemanas ante el resto de las potencias europeas. Como las situaciones absurdas, política y moralmente, no pueden sostenerse indefinidamente, se vio forzado a firmar el Tratado austro

—alemán del 11 de julio de 1936. Mas, a pesar de todo, su vigencia no pudo encubrir las disensiones existentes hasta entonces, sino que, por el contrario, todavía las aumentó.

En el mes de febrero de 1934 tuvo lugar el lamentable alzamiento de los partidos de extrema izquierda, socialista y comunista, que fue reprimido sangrientamente por las tropas gubernamentales, cumpliendo las órdenes dadas por el propio canciller Dollfuss. En esta ocasión se demostró que las fuerzas democráticas no carecían de coraje, ya que los sublevados lucharon con gran valor por una causa que sabían perdida de antemano. Los hombres que se lanzaron a la revolución para luchar por sus ideas tenían todas nuestras simpatías, no pudiéndose decir lo mismo de los dirigentes que les incitaron a la lucha. Con la colaboración de un amigo hice todo lo posible para ayudar a muchos de los sublevados y evitar que dieran con sus huesos en la cárcel. A partir de aquel momento, el SPO fue calificado como un partido ilegal.

Los años que siguieron a aquella fecha, es decir, hasta 1938, presenciaron el caso extraño de dos partidos de ideas tan distintas como el NSDAP y el SPO, que luchaban conjuntamente contra una minoría totalitaria que tenía en sus manos las riendas del Poder. La meta de ambos era la misma: Llegar a unas elecciones libres susceptibles de dar una oportunidad común de obtener, para los dos partidos declarados fuera de la Ley, una suma de votos considerable. Por eso, nuestra lucha debía considerarse como una batalla entablada para conseguir, limpiamente, los derechos democráticos que nos habían sido negados.

En el mes de julio del año 1934, un grupo de nacional-socialistas intentó el derrocamiento del gobierno. Al igual que el resto de la población, yo mismo me sentí sorprendido por su actuación.

La rebelión fue sofocada de la misma manera que lo había sido la de febrero del mismo año. Ella puso en las manos del gobierno todos los resortes necesarios para desencadenar un régimen de terror. Nunca fui puesto al corriente de las particularidades del último levantamiento. Sin embargo, varias circunstancias se me aparecieron como poco claras (mis opiniones sólo pudieron basarse en unas cuantas informaciones), especialmente el papel desempeñado por el ministro del Interior, Fey. También me pareció extraño que fuera tan precipitada la autopsia efectuada al cadáver de Dollfuss, que se hizo en circunstancias muy peculiares.

A continuación de ambos levantamientos fueron dictadas numerosas sentencias de muerte, que se ejecutaron inmediatamente. Miles de personas fueron arrestadas, dictándose condenas a varios años de cárcel, y cientos de ellas internadas por tiempo indefinido en campos de concentración que, en aquel tiempo, no tenían un signo tan terrible como actualmente y cuyo nombre era, simplemente: "Campos de retención".

Se comprende fácilmente que aquellos sucesos no contribuyesen a implantar la paz interior en Austria; todo lo contrario, contribuyeron a aumentar las exigencias de la oposición y a fortalecer sus posiciones. A pesar de que yo me limitaba a llevar a cabo actos de ayuda, evitando toda actuación directa, lo que me proporcionaba grandes quebraderos de cabeza en aquellos años de crisis, continuaba, como es de suponer, siguiendo con gran interés los avances y éxitos que el NSDAP iba logrando en el III Reich. Y pensaba, acertadamente, que todas las posiciones conquistadas por el NSDAP en Alemania acabarían por influir y repercutir en Austria. Nadie podía negar que el gobierno de Hitler estaba alcanzando grandes éxitos en todos los ámbitos sociales y que luchaba enérgicamente contra la crisis económica.

Las impresionantes cifras de los obreros parados fueron disminuyendo de una manera espectacular, y la puesta en práctica de nuevas directrices para regular el mundo de las Finanzas y económico dieron resultados tan sorprendentes que nadie se atrevía a negarlos, ni siquiera los partidos de la oposición. El ministro de Finanzas, doctor Hjalmar Schacht, estableció nuevas normas para la política económica, lo que fue considerado por la opinión mundial como una obra positiva.

Durante aquellos años hice algunos viajes a Alemania, y pude comprobar, al igual que otros observadores imparciales, que eran efectivas las mejoras establecidas, que repercutían favorablemente en el nivel de vida de la población. Sin embargo, para nosotros, los que vivíamos al otro lado de las fronteras, eran mucho más importantes otros factores: los éxitos logrados por Hitler en el ámbito de la política internacional, así como el respeto que se tenía, por parte de las potencias extranjeras, a su forma de gobierno.

Estimo que es interesante exponga ciertos hechos que, todavía, conservo frescos en mi memoria, aunque hayan sido ya olvidados por muchos.

Yo era un apasionado lector de periódicos. No leía solamente los diarios austriacos, sino que, para estar debidamente informado, también leía toda la prensa extranjera. En los quioscos de Viena adquiría toda la que deseaba. Mis informaciones me las proporcionaban las lecturas de periódicos tales como el "Daily Mail", el "Times", el "Die Neue Züricher Zeitung", el "Frankfurter Allgemeine Zeitung", este último, el único alemán que podía adquirirse, por entonces, en Austria.

El dueño del quiosco de periódicos de la Plaza de la Opera era un artista en su género. No sólo conocía muy bien la forma como debía llevar su negocio, sino que, además, se sabía el contenido de todos los periódicos que vendía. El era, precisamente, el que llamaba mi atención diariamente sobre los artículos y comentarios que tenían un cierto interés.

Algunas veces, por ejemplo, me decía:

—¿Sabe usted ya, señor ingeniero, que Rosenberg, el que ha escrito el "Mythus", está de visita en Londres? Simon, el ministro de Asuntos Exteriores, y el de la Guerra, han recibido al nazi con grandes muestras de cortesía. Lo pone el "Daily Mail". Treinta "groschen". ¡Gracias!

Mi padre, que, como consecuencia de los efectos y resultados de la guerra, no tenía mucha fe en los partidos políticos, me exponía sus ideas frecuentemente. Quería hacerme comprender, siempre que podía, que ninguna guerra, empleada como último recurso de una política internacional, había tenido buenas consecuencias, ya que el caos resultante de ella era mucho mayor siempre que los logros conquistados mediante ella. Lamentaba amargamente que continuase vigente la incompreensión y el odio entre los pueblos durante la época de la posguerra, y que las fronteras entre las naciones no fueran, simplemente, trazos dibujados sobre los mapas, sino autenticas barreras infranqueables e inaccesibles para la comprensión y la fraternidad humanas. Era un lector tan apasionado como

yo, y me explicó entusiasmado que los dirigentes destacados ingleses y franceses se habían dirigido a Berlín, donde fueron recibidos por Adolf Hitler.

Recuerdo claramente que comentó:

—Si las mejores fuerzas combatientes de la pasada guerra, los soldados que estaban dispuestos a dar la vida por su patria, quieren darse la mano, tanto si han luchado en un bando como en el otro, daremos un gran paso hacia el sostenimiento de la paz. Posiblemente es de gran importancia que un hombre como Adolf Hitler, que ha pasado por todas las vicisitudes, esté en la cumbre del Poder. El lenguaje de un hombre así puede ser fácilmente comprendido por todos aquellos que lucharon en los frentes, ya que ha pasado por lo mismo que ellos pasaron. Es más presumible que se entiendan tomando como base las experiencias vividas que empleando conceptos tales como "tradición" e "intelectualidad", que son las ideas fundamentales de los políticos de nuestro tiempo.

Adhiriéndose al Concordato firmado entre Alemania y el Vaticano, Austria, nación y Estado estrictamente católicos, logró un indudable "avance" el año 1933. Los derechos y deberes del nuevo Gobierno alemán, resultantes del citado Concordato, fueron temas objeto de los artículos de fondo de la prensa universal. También la prensa extranjera ensalzó el acuerdo firmado entre Alemania e Inglaterra respecto de la flota de ambos países. Gracias a mi asiduidad al quiosco de la Plaza de la Opera, pude conseguir un periódico inglés de aquel mismo día. Y, cuando años más tarde, fue firmado el acuerdo franco-alemán que establecía la suspensión de una agresión por ambas partes —cosa excepcional, ya que era conocida la tradicional enemistad existente entre las dos naciones—, la prensa mundial parecía haber cambiado. Durante varios días no se escribió, ni habló, más que de dicho acontecimiento.

Hasta los obreros que trabajaban en mi empresa hablaban de lo mismo incesantemente. Uno de los capataces a mis órdenes, un tal Oehler, comunista convencido que había luchado en las barricadas en febrero de 1934, me hizo una visita para exponerme sus ideas. Me dijo:

—Los alemanes saben conseguir lo que se proponen. ¡Nunca lo hubiese pensado de ellos! ¡Nunca habría creído que pudieran tener a los franceses "en el saco"! Los que dirigieron el curso de la guerra desde puestos directivos y los que desempeñaron puestos importantes durante la posguerra nunca pudieron soportarse. Pero los de ahora lo consiguen.

El "ambiente" que reinaba en los cafés vieneses podía ser considerado como el "barómetro" que medía el clima que imperaba en toda, Austria. Si "algo flota en el aire" o "hay algo en puertas", el apacible ambiente de los cafés de Viena se torna, de pronto, tenso, electrizante. Las conversaciones son sostenidas en un tono de voz más alto; los periódicos no pueden ser arrancados de las manos de los que los están leyendo; hasta se entablan disputas entre los que sostienen opiniones divergentes.

Tal clima tenso fue el que prevaleció en los años que se iniciaron en 1932 y que duraron hasta principios de 1938. La política dictatorial implantada por Dollfuss y ejecutada por su gobierno no había logrado apaciguar los ánimos; todo lo contrario.

Había multitud de problemas que provocaban acres polémicas. Por ejemplo, los lazos de unión política con Italia siempre eran motivo de polémicas; y lo que era de primordial importancia para los austriacos, la crisis económica tan difícil de resolver, excitaba los ánimos.

Todavía recuerdo que, en el café que frecuentaba, fue motivo de conversaciones que duraron varios días una frase de un discurso pronunciado por Churchill en 1938. El político inglés, según informaciones de la Prensa, dijo en aquella ocasión:

"... Siempre he pensado que nada hubiera sido mejor para Inglaterra, en el caso de que hubiese sido vencida en una guerra, que encontrar a un hombre como Hitler para que volviera a conquistarnos el lugar que ocupábamos entre las naciones del mundo..."

No cabe la menor duda de que estas palabras de Churchill eran conocidas entonces por todas las personas mayores. Eran palabras altamente significativas, sobre todo por haber sido dichas por un político inglés que no podía ser considerado, ni por entonces siquiera, como un desconocido. A pesar de ello, muchos inconformistas opinaban que ellas ocultaban "ciertos manejos políticos", o bien que podían ser consideradas como simples "términos diplomáticos".

Como es de suponer, nosotros, los austriacos, no escuchábamos las opiniones contrarias a nuestra unión, tan deseada, con Alemania. Tales opiniones y exposiciones eran tan subjetivas, tan poco congruentes y consistentes, además de estar fundamentadas en falsedades en la mayoría de los casos, que no encontraban, siquiera, un eco que pudieran servirles de trampolín para tener efecto sobre la opinión pública, ya que no había base suficiente para menospreciar los grandes éxitos conseguidos por la política alemana de aquel entonces.

Cualquier discusión política de aquella época dejaba traslucir, de una manera clara y concreta, las motivaciones de todos aquellos que negaban las certezas y probabilidades, y nunca descarté la idea de que cualquier hombre dotado de carácter que se halla en la cima del poder siempre tiene enemigos dispuestos a censurar todos sus actos. Por lo tanto, cabía preguntarse. "¿Por qué no puede ocurrir algo semejante frente a todo un pueblo que demostraba poseer una gran fuerza de superación y que sabía salir adelante, incluso en las situaciones más adversas? La idea de que nosotros, los austriacos, nos habíamos formado del pueblo alemán y de la política del hombre que lo dirigía, nos parecía plenamente satisfactoria.

El año 1934, aprovechando unas de mis vacaciones, visité Roma. Me encontré con una ciudad que tenía un ambiente totalmente festivo, como sólo puede encontrarse en las naciones meridionales. Las "clases" obreras de Roma ofrecían un aspecto tan alegre que era difícil ser superado. Las antorchas, encendidas en todas las fachadas de las casas de los barrios populares, adornaban la noche con sus múltiples destellos y aumentaban la alegría general de sus habitantes. No creo que esta alegría de las masas fuera motivada, única y exclusivamente, por la conmemoración oficial del 2.687 aniversario de la fundación de la urbe, en honor de la cual se celebraban los festejos. No creo equivocarme si afirmo que los romanos, con su vehemente entusiasmo de latinos, exaltaban la doctrina y los logros del régimen fascista.

En mi condición de nacionalista austriaco, había llegado a Roma con ciertas reservas, ya que la separación del Tirol del sur de Austria como consecuencia de la primera guerra mundial, que significó la pérdida para la Alemania austriaca de uno de sus más bellos parajes, siempre fue una espina clavada en mi corazón. El abandono por Italia del pacto de la triple "entente", hecho sucedido en 1916, no podía ser olvidado por los hombres austriacos de mi generación; lo considerábamos como una gran afrenta de la que culpábamos a todo el pueblo italiano. Por tales razones, durante mi viaje me limité a disfrutar de las delicias del paisaje italiano, mirando con gran reserva a los ciudadanos de tan maravilloso país.

No obstante quiero hacer constar que mi reserva no se dirigía a los representantes de dicho pueblo en general. Pronto aprendí a conocer que el hombre italiano en sí, tanto el humilde campesino, como el cochero, el hotelero, el maestro o el aristócrata eran seres humanos, dignos de ser considerados y tenidos en cuenta, tan dignos como sus iguales austriacos o alemanes. Aprendí a considerar que se puede entablar relación con

cualquiera de dichas gentes; que, incluso, podemos hacernos amigos de ellos si no perdemos de vista que, también, los alemanes y austriacos tenemos nuestros propios defectos.

Mis conocimientos de la mayoría de los pueblos europeos me permiten afirmar que las poblaciones de todos los países, desde Dinamarca a Italia, desde Yugoslavia hasta Rusia, Francia y España, me trataron con gran simpatía, y que no veo motivo que impida convivir a todos esos pueblos en una era de paz. Tal cosa podría ser factible si no existieran problemas políticos y económicos; si no existiera una propaganda subversiva.

Tengo muchísimo interés en que el lector me comprenda plenamente en cuanto a este punto se refiere. Creo imposible la implantación de unas directrices revolucionarias dirigidas a acelerar el proceso evolutivo de una juventud moderna, sana, para superar sus posibles fallos. Considero difícil que el danés, el yugoslavo, el alemán o el francés, puedan llegar a ser buenos europeos si no han sido educados para amar, ante todo y sobre todo, su propia patria. Sólo el buen patriota podrá tener un punto de vista más amplio y será lo suficientemente fuerte para convertirse en un hombre europeo y realizar las ideas que defiende, abiertamente.

Una noche, en los últimos días del mes de mayo de 1934, paseaba por las concurridas e iluminadísimas calles de Roma, dejándome zarandear por la entusiasmada multitud que las llenaba. De esta forma llegué hasta la Plaza de Venecia, donde todo el mundo se reunía, esperando, al parecer, que sucediera algo importante. Aquella noche vi, por vez primera, a Benito Mussolini, el "dictador" de Italia. Apareció en el balcón del palacio rodeado por sus "camisas negras", y fue recibido por los vítores de la multitud. Cientos y cientos de gargantas gritaban, una y otra vez:

—Evviva il Duce !

No pude sustraerme al entusiasmo general. Mas, a pesar de ello, sentí como una puñalada en el corazón. No podía olvidar que el jefe del gobierno italiano había ostentado, en 1916, un puesto en la embajada austro-húngara.

A continuación, las metas de mi viaje fueron Bolonia, Florencia, Pisa, Ancona, Rávena y Venecia. Por entonces, los Abruzzos, montañas salvajes y abruptas que tenían que ser escenario de algunas de mis misiones años más tarde, eran, simplemente, centro de atracción turística visitado por cientos de extranjeros.

A mi regreso a Viena volví a enfrascarme en los problemas de la vida cotidiana. Mi gran ambición, incitada por mi juventud, no estaba satisfecha

con la forma de vida que llevaba. Necesitaba algo más; algo que espolease y satisficiera mis ansias: Quería imponer nuevas ideas, revolucionarias, como joven ingeniero que era.

Pero Austria no había superado aún, de una manera total, la crisis producida por la guerra. Resultaba imposible sobresalir en cualquier clase de trabajo. La competencia que, a veces, no obraba con mucha "limpieza", nos daba muchos quebraderos de cabeza. Algunas empresas se arruinaron por completo; otras muchas apenas lograban sobrevivir. Sólo cabía una posibilidad: luchar con esfuerzo y confianza. Y trabajar, trabajar, trabajar... Recuerdo que aquellos años fueron muy difíciles; hubo un trabajo abrumador, pero, también, se alcanzaron algunos éxitos.

A pesar de la crisis existente conseguí sostener mi negocio; incluso logré ampliarlo. Aprendí que se puede consolidar una buena entidad comercial si uno se empeña en ello y no se deja vencer por las adversidades. A pesar de que la mayoría de los "proveedores" tenían ideas izquierdistas socialistas, hasta comunistas, pude llegar a entenderme perfectamente con ellos. Durante las horas de trabajo, no había nadie que estuviese dispuesto a "hacer política" fácilmente. Mis obreros sabían perfectamente cuáles eran mis ideas y opiniones y yo conocía las suyas. Tenían la seguridad de que no quería saber nada con respecto a cualquier clase de actividades políticas durante las horas de trabajo. Por esto mismo, durante las horas de descanso, podíamos hablar de todos los temas, ya que, además, sabíamos que nuestras conversaciones no degenerarían en disputas.



CAPÍTULO III

Olimpiada de invierno de 1936. – Christl Cranz y Leni Riefenstahl. – Hitler y sus exposiciones. – El deporte templa. – Las naciones se tambalean. – La juventud del mundo.

La Olimpiada de invierno, que tuvo lugar el año 1936 en Garmisch-Partenkirchen, fue un acontecimiento de excepcional importancia. Desgraciadamente no pude permitirme el lujo de asistir, tal como era mi deseo, a la Olimpiada de Verano, ya que mi trabajo me exigía una permanente estancia en Viena. La pacífica reunión de las juventudes del mundo para sostener entre ellas una lucha deportiva, y la preparación de grandes festejos, eran una demostración palpable de que la juventud se entendía muy bien y de que sólo deseaba la paz.

No sería justo que hablásemos de aquella Olimpiada sin hacerlo de su perfecta organización, digna de todo elogio. Desde los "tickets", que eran expedidos para los almuerzos y las cenas, hasta los programas que ofrecían una relación completa de todas las competiciones, todo, ¡absolutamente todo!, había sido concienzudamente estudiado y preparado; hasta el punto de que cualquiera de los espectadores y asistentes a las mismas podía ponerse tranquilamente en las manos de los organizadores, sabiendo que gozaría plenamente de todas las ventajas y facilidades.

Incluso era posible practicar algún deporte los mismos días en que tenían lugar las competiciones; a pesar de que las condiciones de la nieve

no fuesen muy favorables, podían aprovecharse unas horas para esquiar un poco o efectuar una excursión en el teleférico. No puedo ocultar que supe apreciar la diferencia que existía entre los esquiadores "amateurs", como yo, y los que tomaban parte en las competiciones. ¡Hasta las participantes femeninas "nos dejaban en pañales"!

Una de las tardes más interesantes fue la destinada a las pruebas de "slalom". Allí tuve la suerte de hablar con la ganadora de la prueba femenina, Christl Cranz. Nunca llegué a conocer a una deportista que se concentrara tanto; su tesón, su técnica no era inferior a la de sus camaradas masculinos.

Sobre el techo de un refugio de esquiadores encontré a Leni Riefenstahl, que, desde allí, dirigía a los operadores cinematográficos que integraban su equipo. Su abrigo de piel de oso era tan conocido, que la juventud de Garmisch distinguía a su favorita a cien metros de distancia, apresurándose a llamarla a gritos.

También conocí entonces a un joven oficial británico que estaba destinado en la embajada inglesa de Berlín. Nos entendimos inmediatamente y pasamos juntos el resto del día. Sólo el último cuarto de hora, cuando nos dirigíamos a la estación juntos, hablamos de cuestiones políticas, que no interesaban demasiado a ninguno de los dos. Quedé muy impresionado por la gran comprensión que él demostraba sobre las relaciones austriaco-alemanas. Nunca olvidaré una frase que me dijo al azar, cuando charlábamos sobre dicho problema:

—No comprendo que nadie pueda extrañarse de la marcha de los acontecimientos que tienen lugar en Alemania. Casi puede decirse que el III Reich nació hace setenta años, y que Hitler nació en Versalles.

Los actos oficiales que se celebraron con motivo de las competiciones deportivas me proporcionaron la oportunidad de ver, por vez primera, a los hombres más destacados del III Reich.

Adolf Hitler "abrió" las competiciones desde la terraza del "club". Recuerdo con mucha claridad el sonido de su voz que, más tarde, me sería familiar. Sin embargo, el hombre más popular por entonces era Hermann Goring, al cual podía verse frecuentemente tocado con una inmensa gorra de piel. Asimismo pude ver, desde cierta distancia, al doctor Goebbels.

Todos los austriacos que asistimos a los juegos de la Olimpiada nos sentimos agradablemente sorprendidos por el recibimiento que nos dispensaron los alemanes. Fuimos recibidos con grandes muestras de simpatía. Por su parte, también los extranjeros que acudieron a Garmisch—

Partenkirchen fueron muy bien tratados. No escuché ni un solo comentario que disintiera de tal afirmación. La juventud de todo el mundo que se dio cita en aquel lugar, no sólo se reunió animada por ideales deportivos, sino, también, porque no consideraba que existiera diferencia alguna y porque se sentía hermanada.

Los representantes de las diversas naciones, que se reunían libre y espontáneamente, sabían que podían hablar sobre cualquier tema sin que, por ello, se originaran ásperas discusiones. Cada uno de nosotros estábamos plenamente convencidos de que, finalmente, habíamos dado un gran paso para llegar a alcanzar una más perfecta comprensión entre todas las naciones del mundo.

Es muy posible que fuera el espíritu deportivo que imperaba entonces en Garmisch el que contribuyese a fomentar tales sentimientos. Los vencedores eran ovacionados entusiásticamente, sin que se tuviese en cuenta para nada la nacionalidad de cada uno de ellos. Los más destacados, los más audaces, recibieron las mayores muestras de simpatía del público, así como de sus propios compañeros. Casi todos eran oriundos de países nórdicos: finlandeses, noruegos, suecos.

La consecuencia personal que yo saqué de aquella Olimpiada, puede sintetizarse en una frase:

"La educación patriótica de la juventud no puede ser considerada como una cosa secundaria, si se desea alcanzar una unión completa entre los pueblos".



CAPÍTULO IV

En la Asociación Deportiva alemana. – Vida de la sociedad. – El Frente patriótico Schuschnigg en Berchtesgaden. – Voto popular no democrático. – 10 y 11 de marzo de 1938. – Viena en plena fiebre. – La plebe pasa a la acción. – ¿Viva Schuschnigg, viva Moscú?. – En defensa de la Asociación deportiva. – Relegación de Schuschnigg. – Dr. Seyss-Inquart, el sucesor. – Masas entusiasmadas. – Viena desfilando. – Desfile con antorchas. – En la Cancillería. – Policías con brazales de la cruz gamada. – La bandera del Reich ondeando en un balcón histórico. – "Deustchland, Deutschland über alles...". – 1848–1938. – Mi primera misión. – Evitar incidentes. – Sigo al Presidente Miklas. – En el Palacio presidencial. – Entre el batallón de la guardia y los civiles. – Sangre fría. – Victoria de los "nervios más templados". – Legitimado a través de Seiss-Inquart. – "¡Pistolas fuera!" – Guardia común. – El agradecimiento del Canciller. – Proclamación de Adolfo Hitler el 12 de marzo de 1938. – Cambio de colores y de mentalidad en Ballhausplatz. – Los trabajadores también dicen "sí". – Las tropas alemanas, recibidas con gran entusiasmo. – Hitler en Viena. – La iglesia y el "Anschluss". – El Cardenal Innitzer toma posición. – Parada militar en la " Ringstrasse". – Igualdad exagerada. – Falto de tacto de Alemania interior. – La línea del Maine, una ficción.

La solución escogida por el Gobierno austriaco el 1 de mayo de 1934 se basaba sobre un nuevo "entende" de grupos sociales apoyado en un solo Partido político: el Frente patriótico. Sin embargo, dicha solución no podía contentar a una gran parte del pueblo austriaco, puesto que se exigía que los candidatos para miembros del Consejo fueran nombrados por el propio Gobierno, y no en voto libre. Los acontecimientos de los meses de febrero y marzo de 1938 me llenaron de sorpresa, igual que a toda la opinión pública, aunque los periódicos nos informaban, de una manera escueta, sobre ellos y sobre las negociaciones en curso. El laconismo de la prensa nos obliga a leer "entre líneas". Sin embargo, una cosa estaba clara: No había otra solución que llegar al establecimiento de unas relaciones normales entre los dos Estados alemanes y a una auténtica, y pacífica, unión.

Nosotros, los "nacionalistas", no nos molestábamos en pensar en el "cómo". Nuestras esperanzas más optimistas no nos permitían pensar en una unidad completa, total, entre los dos Estados, a pesar de que éste fuese nuestro más ardiente deseo desde hacía un par de años.

Pero cuando, el 12 de febrero de 1938, el canciller Schuschnigg efectuó una visita a Berchtesgaden, tuvimos esperanza. No cabía duda de que no tardaríamos en llegar a la solución del problema que considerábamos de vital importancia. Todos los círculos políticos y sociales de la población vienesa padecieron la fiebre resultante de aquellas negociaciones políticas. Dondequiera que fuera, me encontraba con grupos de gentes que discutían la misma cuestión y exponían sus opiniones sobre ella. Los obreros y los empleados públicos, los campesinos y los industriales, ¡todos!, absolutamente todos, estaban pendientes del desarrollo de los acontecimientos.

Cuando Adolf Hitler habló en el Reichstag, el 20 de febrero de 1936, el problema austriaco ya había llegado a su fase decisiva. Su discurso tuvo por objeto el anunciar la formación del "gran Reich alemán"; habló de los sueños de los pueblos de origen alemán: la unión.

Por otra parte, el discurso pronunciado ante los representantes del "Frente patriótico" de Innsbruck el 9 de marzo de 1938, anunciando una elección popular para el día siguiente, fue un "guante blanco" tendido al Reich y a los nacionalistas austriacos.

Schuschnigg había tomado la decisión de facilitar las elecciones a espaldas de su propio gabinete. Se exigía al pueblo austriaco que alzara su voz para llegar a la formación de "un Estado libre y alemán, independiente

y social, cristiano y puramente austriaco, que prometiera la paz y el trabajo, la igualdad de todos ante el pueblo y la Patria". La respuesta afirmativa a tales trivialidades, y a otras cosas sobre las que todos estábamos de acuerdo, podía ser tomada como una demostración del "poder" de Schuschnigg. Era algo como si se hubiese preguntado al pueblo si deseaba la paz, la felicidad, el bienestar... No puede dudarse de que la respuesta habría sido un unánime "sí"; un "sí" que habría robustecido la legitimación de un poder que no se había atrevido a enfrentarse, de verdad, con unas elecciones libres.

El 10 y el 11 de marzo la excitación latente en Viena alcanzó su punto culminante. La situación de los empleados estatales pareció volverse particularmente crítica, pues se vieron obligados a emitir su voto con arreglo a los puestos que desempeñaban; no podía existir un secreto en torno a las elecciones. Yo mismo estaba decidido a permanecer a la expectativa. Como consecuencia de varias conversaciones que sostuve con mis amigos y conocidos, llegué a la conclusión de que muchos ciudadanos habían adoptado mi misma línea de conducta y tomado igual decisión.

A pesar de todo, la solución no satisfizo a nadie. Las abstenciones en las elecciones hicieron de nuevo surgir la duda sobre la incógnita de si "ese" gobierno, el resultante de aquéllas, habría sido elegido y apoyado por la mayoría del pueblo.

Las calles de la ciudad vieja ofrecían, aquel 11 de marzo, un aspecto poco corriente en día festivo. Una manifestación propagandística del "Frente patriótico" se extendía por todas las calles de la ciudad. Los manifestantes utilizaban incluso camiones que circulaban lentamente por todas las vías públicas. Recuerdo que permanecí sentado durante bastante rato en el café "Fenstergucker", que hacía esquina con la calle Kärntner. Los periódicos sólo hablaban del sorprendente comportamiento del pueblo. Hasta la prensa extranjera escribió por entonces extensos artículos que trataban de las negociaciones entre Hitler y Schuschnigg. Por uno de esos juegos fugaces de la imaginación, me pareció ser testigo, en aquellos momentos, de un lento "declive" del gobierno austriaco de entonces.

Dos de aquellos camiones se detuvieron en la esquina donde estaba yo sentado. Pude comprobar que sus costados estaban cubiertos de letreros propagandísticos del "Frente patriótico". Sobre cada uno de los camiones había por lo menos veinte hombres; unos cuantos vestían uniformes gris-claro de las "milicias"; se trataba sin duda de una demostración del "Frente" que, realmente, nunca llegó a tener gran arraigo entre los austriacos.

Entre los no uniformados pude ver a algunos que estaban particularmente excitados. Recuerdo que se aproximaron algunos a los ventanales del café y gritaron frases alusivas de las que sólo entendí: "Schuschnigg", "libertad" y "Austria".

De pronto, no di crédito a lo que veían mis ojos. Observé que la mayoría de los hombres alzaban sus manos y lanzaban sus puños contra el cielo. En seguida me pregunté: "¿Desde cuándo busca Schuschnigg a sus seguidores entre los comunistas? ¿Qué es lo que pasa en realidad?"

No me quedaba más remedio que pensar que el "Frente patriótico" había perdido el control sobre sus propios medios propagandísticos. O, tal vez..., ¿había tomado una iniciativa tan inesperada?

No me equivoqué al pensar así. El alcalde de Viena había movilizado a las formaciones socialistas y comunistas; hasta las había armado. Esto hizo evocar en muchos los recuerdos del año 1918.

Como tenía que hacer algunas gestiones relacionadas con mis negocios, acudí varias veces a las calles de la ciudad antigua. A medida que pasaban las horas pude ver más camiones cargados de hombres como los que ya había visto antes. Hombres que no me inspiraban confianza.

Pero lo que más me llamó la atención, fue ver el gran número de pistolas y fusiles que "aparecían" sobre los vehículos. Observé, igualmente, que los hombres que los ocupaban mostraban sus puños con gran entusiasmo; saludando al estilo comunista. Esto me hizo pensar: "¿Iremos hacia una repetición de los tristes sucesos acaecidos en febrero de 1934? ¿Cómo acabará este día si se pierde el control sobre estos tipos?"

Las asociaciones deportivas organizaban diversas reuniones y conferencias a las que asistía regularmente. Sin tener en cuenta la peligrosa situación que se había planteado en Viena, fuimos citados aquella tarde para que nos reuniésemos en nuestros respectivos locales. Estaba a punto de cambiarme en los vestuarios, cuando la radio dio la noticia de que el gobierno de Schuschnigg había hecho "marcha atrás"; noticia que cayó como una bomba entre nosotros.

"El Canciller y los dirigentes del 'Frente' han decidido aplazar la exposición de las cuestiones que estaba fijada para el día 13 de marzo..."

El último recurso para hacer frente a una situación, altamente crítica, quedó en suspenso. El gabinete Schuschnigg "hacía marcha atrás". Sólo el ministro del Interior, doctor Seyss-Inquart, continuó ejerciendo su cargo y se hizo responsable del incierto destino de Austria.

Alrededor de las ocho de la noche, el doctor Seyss-Inquart habló por radio. Dijo:

"...Toda vez que, como ministro del Interior que soy, continúo ostentando mi cartera ministerial, me siento responsable de la tranquilidad y del orden que debe imperar en el país, y ruego a todos los ciudadanos me ayuden a mantener la calma. Es preciso que las próximas horas, y los próximos días, transcurran en completa disciplina. Si en el día de hoy sucediesen ciertos acontecimientos, éstos no deben, ni pueden, tomar el carácter de demostraciones excesivas. Ruego, en particular, que se mantenga la disciplina en el seno de las formaciones de seguridad nacional-socialistas. Considero que son precisamente ellas las encargadas de velar por que reine el orden y la tranquilidad, ya que sólo de esa forma podrán tener una ascendencia sobre todos sus compañeros..."

Todos nos alegramos de la caída del gobierno, que había regido al país durante seis años sin preocuparse de tener una base popular. Nunca demostró estar capacitado para hacer frente a la crisis económica que azotaba al país; tampoco había conseguido apaciguar las disensiones interiores que duraban desde el año 1932.

Una llamada de los dirigentes de las asociaciones deportivas pro-alemanas ordenó la reunión de todas ellas en la ciudad vieja. Ese día debía culminar con un desfile de antorchas portadas por todos los "vieneses nacionalistas". No pensé, ni por un momento, que a mí me tocara desempeñar un papel de importancia en fecha tan señalada.

En mi coche me dirigí, con unos cuantos amigos míos, a la ciudad vieja. Aparqué el vehículo en las cercanías de una conocida calle. Pude comprobar que todas las calles estaban llenas de gente que deambulaba en distintas direcciones.

Todo el mundo parecía muy contento, pero cada uno desconocía la causa exacta de su alegría. Ninguno de nosotros podía prever lo que sucedería ni las consecuencias que habrían de derivarse de aquel día. Nadie se atrevía a esperar que aquellas agitadas horas darían como resultado la tan esperada unión entre los dos países.

Vi desfilar a la primera columna de antorchas; al poco rato era engrosada por una inmensa y "luminosa" masa de gente. Mis acompañantes y yo nos limitamos a ser meros espectadores en una calle desde la que podíamos observar perfectamente lo que sucedía. Sin embargo, no olvidábamos, ni un momento, que el destino de nuestra patria estaba en juego.

La noche de aquel día nos debía traer un cúmulo de sorpresas. Mientras las calles principales estaban abarrotadas de gentes que portaban antorchas y la plaza de los Héroes se llenaba de una masa delirante que cantaba y gesticulaba, nuestra calle, algo apartada, estaba relativamente tranquila. De pronto, sin previo aviso, la policía vienesa hizo acto de presencia, procedente de la plaza Minoriten; sus coches-patrulla pasaron cerca de nosotros. Descendieron de ellos, armados con pistolas automáticas, los agentes y se dirigieron a los edificios gubernamentales. No dimos crédito a nuestros ojos cuando comprobamos que los policías llevaban brazaletes con la cruz gamada. ¿Qué había sucedido?

El doctor Seyss-Inquart, un abogado vienés, había aparecido sobre el escenario político solamente unos años antes. Era uno de los hombres que, junto con el doctor Glaise-Horstenau, hicieron lo posible por reconciliarse con los denominados "círculos nacionalistas", cuyas actividades habían sido prohibidas desde 1933. A pesar de ello, ninguno de nosotros creíamos que Seyss-Inquart, o el coronel Glaise-Horstenau, fuesen nacional-socialistas. Por ello nos sentimos enormemente sorprendidos cuando vimos a los policías con los brazaletes de la cruz gamada. ¡El símbolo del III Reich!

Fue entonces cuando nos dimos cuenta de que las filas de los portadores de antorchas se paraban de pronto. Gerhard, mi amigo, y yo nos abrimos paso hasta la calle principal para seguir más de cerca los acontecimientos. Apenas pudimos abrirnos paso a través de la calle que se hallaba frente a nosotros y que estaba cortada por los grandes barrotes de hierro que circundaban el parque de la ciudad.

El balcón histórico del antiguo edificio gubernamental fue el centro de nuestro campo visual. No pude dejar de pensar:

"¡Cuántas veces Metternich vería, desde este mismo balcón, cómo se desvanecían sus esperanzas durante los años en que tuvo las riendas del gobierno en Austria!"

La luz de las antorchas iluminaba las siluetas de unos cuantos hombres que habían aparecido en el balcón, y que desplegaban una bandera en la que podía distinguirse la cruz gamada. Sentí que mi corazón saltaba de júbilo. ¡Veía cómo ondeaba, en el balcón del Palacio gubernamental de Austria, la bandera del Movimiento nacional-socialista!

Nos dábamos cuenta, súbita e inesperadamente, de que en Austria se habían producido unos cambios de destino de suma importancia. Cambios que iban mucho más lejos de lo que podíamos esperar. Pero no

conseguíamos evitar el preguntarnos: "Los hombres que han contribuido a que se produzca un cambio tan radical, ¿son, realmente, los indicados? ¿Están preparados para seguir, fielmente, la trayectoria que se han trazado?"

Tal y como era de esperar, no tardó en aparecer en el balcón Seyss-Inquart, el nuevo Canciller. Pronunció un corto discurso, cuyas palabras no pudimos captar por encontrarnos bastante alejados. Nos saludó con el brazo en alto (el característico saludo de los nacional-socialistas) entre las aclamaciones de la multitud. Ante esta conducta, una serie de preguntas se forjaron en nuestra mente: ¿Era posible que Seyss-Inquart fuese nacional-socialista? ¿Era realmente cierto que el gobierno Schuschnigg había sido disuelto por la "camarilla" de los "nazis"? ¿Qué sucedería de ahora en adelante? Nos sentíamos sorprendidos, confusos. Nos resistíamos a creer lo que estábamos viendo. Al fin, entramos en razón y nos dijimos a nosotros mismos: "¡Que sean los políticos los que se rompan la cabeza solucionando tan difícil problema!"

La alegría de las gentes era inmensa; todos estaban muy contentos de haberse desembarazado de un gobierno que no satisfacía sus deseos ni cumplía sus promesas. Las escenas que presencié, fruto del entusiasmo, eran inenarrables. Todos los rostros que me rodeaban estaban radiantes de entusiasmo; todas las gargantas gritaban de alegría. El himno nacional alemán era cantado por centenares de voces; la multitud se sentía liberada, comprendida, entusiasmada. Sólo tenía un pensamiento: "¡Al fin ha terminado la guerra fratricida; al fin hemos logrado nuestras ansiadas metas!"

A las once de la noche el presidente Miklas nombró a Seyss-Inquart Canciller de la República austriaca. ¡Acababa de presenciar un acontecimiento histórico de gran significado!

Se había resuelto un problema planteado en 1848 y que, desde entonces, había sido una espina que laceraba el corazón de millones de alemanes. ¡Habíamos logrado lo que tanto soñábamos!

Regresamos hacia las calles secundarias enfrascados en nuestras conversaciones cuando, de pronto, vimos que se abría una cancela y que un enorme coche negro, de aspecto oficial, salía del edificio gubernamental. Nos aproximamos a él pero no pudimos reconocer a sus ocupantes. Al poco rato, por una puertecita lateral, salieron dos hombres dando muestras de tener gran prisa. Reconocí en uno de ellos a Bruno Weiss, el dirigente de las asociaciones deportivas pro-alemanas; me di cuenta de que me había

reconocido porque se apresuró a alcanzarme. Este encuentro me sorprendió mucho. Nunca hubiese creído de él que fuese un hombre que "hiciese política". Sabía que era un organizador excepcional de las asociaciones deportivas, que era querido y admirado por todos, pero... ¡nada más!

Estaba bastante excitado. Me dijo:

—Me alegro de encontrar a un hombre digno de toda mi confianza. Me gustaría pedirle un favor, querido Skorzeny.

Estaba demasiado sorprendido para preguntarle si había visto salir el coche negro y quiénes eran sus ocupantes. Me limité a asentir con la cabeza. Y él continuó:

—El coche que acaba de salir va ocupado por el presidente Miklas. Nosotros, los de la Cancillería, tenemos grandes preocupaciones. Acabamos de enterarnos de que una parte del batallón de la policía se encuentra estacionado en las inmediaciones del Palacio presidencial; también sabemos que un pequeño grupo de soldados de la guardia ha recibido la orden de velar por la seguridad del Presidente. Tememos que los dos grupos armados se enfrenten y que pueda producirse una lucha entre ellos, cosa que sería considerada como muy grave, ya que malograría el desarrollo pacífico de los acontecimientos que se han iniciado en el día de hoy.

Hizo una breve pausa y, seguidamente, me preguntó:

—¿Quiere ayudarnos? ¿Tiene aparcado su coche en las cercanías?

—¡Estoy a su completa disposición! —contesté.

—Lléguese lo antes posible —dijo él— a la Reisnerstrasse, actúe si lo considera necesario, y evite, a toda costa, que se cometa un disparate.

Weiss me apretó la mano, me rogó que me diera prisa, y volvió a recomendarme que actuara con cautela.

Arrastré conmigo a mi amigo Gerhard y nos apresuramos en llegar donde tenía aparcado el coche. Recuerdo que grité a mi amigo, que caminaba unos pasos detrás:

—¡Esperemos que todo salga bien!

Me apresuré a entrar en mi coche y lo puse en marcha en un abrir y cerrar de ojos. En aquellos momentos sólo pensé: "¡Menos mal que mis continuos viajes en coche a través de las calles de Viena me sirven, en estos momentos, para poder circular con rapidez!"

Pasé por detrás del Teatro Popular y tomé la curva de su esquina a gran velocidad.

—¡Tómatelo con calma! Sólo de esa forma lograrás lo que te propones— me aconsejó el flemático Gerhard, que iba tranquilamente sentado a mi lado.

Continuamos viajando en silencio por las calles de Viena; tuve que recurrir a todo mi dominio del coche para no tener un accidente, pues conducía como un loco. Las calles estaban muy concurridas a pesar de la hora; nos encontramos con grupos de gentes que deambulaban por ellas sin meta fija. También me parecía que había más coches que otros días normales. Con el fin de avanzar más rápidamente, me desvié por una calle paralela que me condujo al Mercado del trigo. Me iba preguntando: "¿Qué puedo hacer; cómo debo actuar?"

Por el momento sólo podía hacer una cosa: esperar; ¡nada más! Rompí el silencio para decir a mi compañero:

—¡Espero que no haya sucedido nada! Nos hemos visto mezclados en un asunto de vital importancia por pura casualidad.

Mi amigo tardó en contestarme. Al cabo de un rato dijo con su flema habitual:

—¡Ya verás cómo nos metemos en un embrollo!

Nos encontrábamos en una calle menos concurrida, lo que me permitió avanzar más de prisa. Desemboqué en la calle principal y vi una pequeña columna de vehículos a unos cuantos metros de distancia de donde me hallaba. De pronto vi un coche que viraba hacia la izquierda; me pareció una "limosine" de color negro. Era posible que fuera la del Presidente. Noté que era seguido por cuatro o cinco coches. Logré pasar al último de ellos y me vi obligado a cortar el camino al penúltimo cuando estaba a punto de tomar una curva. Me sentí contento de ser un buen conductor, de que no se me escapaba el control de mi coche. Tenía delante de mí, todavía, cuatro coches; pero sabía que lograría pasarlos.

Sólo tenía un pensamiento: "¡Debo ponerme detrás del coche del Presidente! ¡Es necesario que lo consiga!"

La pausada voz de Gerhard dijo:

—Hemos tenido una suerte enorme al pasar a todos esos coches.

Vi que el segundo de los vehículos viraba hacia la izquierda y se adentraba en la Reisnerstrasse. Llegué ante la casa al mismo tiempo que lo hacía el segundo coche. Un señor acababa de descender de la "limosine" negra y se acercaba a la cancela con pasos cortos y rápidos. Paré mi coche a unos diez metros de distancia del Palacio y salí rápidamente. Comprobé que los cuatro ocupantes del segundo coche empezaban a cruzar la cancela

en aquel momento. Lo que entonces sucedió fue tan rápido, que no tuve tiempo de pensar; me limité a actuar instintivamente.

Mezclado con los cuatro hombres aludidos llegué hasta un pequeño vestíbulo desde el que vi una ancha escalera que conducía al primer piso, por la que el presidente Miklas subía apresuradamente. Unos soldados aparecieron en el rellano superior y se acercaron al Presidente. Yo me apresuré a subir los escalones de dos en dos.

Nos encontramos todos en medio de la escalera. Un teniente del Batallón de la Guardia y algunos soldados cerraron el paso al señor Miklas. Yo estaba frente a ellos; casi podía tocarlos. Tanto el Presidente como el oficial se habían parado unos cuantos escalones más arriba de donde yo estaba, lo que me hizo parecer que eran de mi misma estatura. El joven teniente chilló:

—¡Alto!

Parecía estar enormemente excitado.

—¡Calma! —respondí cuando volvió a repetir su intimación.

Me volví para ver lo que estaba sucediendo a mis espaldas; tanto la escalera como el vestíbulo estaban invadidos por una veintena de hombres. Todos parecían indecisos; no sabían qué hacer. Me apresuré a gritar de nuevo:

—¡Calma!

Me di cuenta de que el oficial era lanzado hacia mí por sus subordinados. Me planté ante él. Eran unos quince los soldados que estaban detrás suyo. Ordenó él:

—¡Preparen las armas!

Los hombres que mandaba no perdieron el tiempo. Sacaron sus pistolas automáticas y nos apuntaron al Presidente y a mí. Cuando, de nuevo, volví la cabeza, comprobé que algunos de los hombres que estaban en el vestíbulo también habían sacado sus armas. Yo pensé: "Sólo el azar puede decidir lo que suceda a continuación; si todos nos ponemos nerviosos, se desencadenará aquí el caos. ¡Vaya estupidez!

De repente oí que yo mismo chillaba:

—¡Conservad la calma! ¡No hagáis estupideces!

Mis palabras, dichas inesperadamente, produjeron el efecto deseado. Hice lo posible por permanecer tranquilo y dije al teniente:

—Si pasa alguna cosa aquí, le consideraremos responsable de ella. He sido enviado por el nuevo gobierno para procurar que todo se desarrolle en perfecto orden.

La esposa del Presidente apareció en lo alto de la escalera. Claramente se veía que estaba asustada; quería saber qué era lo que sucedía. Su esposo se recuperó en seguida y me preguntó:

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que desea?

A pesar de la extraña situación, entre trágica y cómica, me presenté con la mayor formalidad:

—Soy el ingeniero Skorzeny, señor Presidente. ¿No cree usted que sería mejor que ambos hablásemos con el Canciller? El os informará sobre la misión que me han encomendado.

Los soldados nos abrieron paso y subimos el resto de la escalera seguidos por el teniente.

"Esperemos que todo salga bien —pensaba yo—. No puedo olvidar que el doctor Seyss-Inquart no sabe quién soy yo y, tal vez, no haya sido informado de lo que se me ha encargado".

Estando ya dentro, oí que la puerta exterior era golpeada con energía. Uno de los hombres que se encontraba en el vestíbulo la abrió un poco, y pudimos ver a un oficial de la policía, que desapareció casi inmediatamente. Yo me pregunté qué sería lo que sucedía.

—Perdóneme un momento, señor Presidente —dije a Miklas—; voy a enterarme de lo que pasa.

Bajé rápidamente al vestíbulo. Abrí la puerta y la cerré a mis espaldas. Debo confesar que no las tenía todas conmigo, ya que ignoraba por completo cuál sería el desarrollo de los acontecimientos. Tampoco estaba seguro de actuar acertadamente.

El oficial de la policía me saludó y preguntó:

—¿Es usted el ingeniero...? ¡Perdón, he olvidado su nombre!

Le aseguré que era el ingeniero Skorzeny y que comprendía que mi nombre era difícil de retener. El dijo:

—Entonces, llego a tiempo. El Canciller me ha ordenado que me ponga a su disposición con todos mis hombres. Quería preguntarle si necesitaba de mis servicios con urgencia.

Me sentí aliviado al comprobar que el doctor Seyss-Inquart conocía mi nombre y sabía de mi existencia. Rogué al oficial que esperara hasta que hubiera hablado con el Presidente. Y antes de volver a entrar en la casa, le informé de lo que ocurría dentro.

Al volver al interior del vestíbulo, vi que las cosas no habían cambiado. Los dos grupos continuaban enfrentándose con las armas en la mano. Gerhard me esperaba junto a la puerta.

—Procura —le susurré—, que estos hombres guarden sus pistolas, no quiero que se entable un tiroteo.

Ascendí la escalera a grandes zancadas y anuncié al Presidente en voz alta:

—Señor Presidente, acabo de ser informado de que el Canciller ha mandado una compañía de policía para que os proteja. Debemos hablar telefónicamente con la Cancillería para que el teniente sepa que no debe iniciarse ningún tiroteo.

El Presidente, el oficial y yo, entramos en una pequeña habitación del primer piso donde había un aparato telefónico. Conseguimos comunicar con la Cancillería y le expuse la situación al doctor Seyss-Inquart. Acto seguido puse el microteléfono en las manos de Miklas, que pareció estar conforme con lo que le dijo el Canciller. Asintió varias veces y yo me apresuré a apartar al teniente. Le dije:

—Ordene a sus hombres que guarden sus armas. Como puede comprobar, sólo queremos que todo se desarrolle en paz.

El oficial salió y oí cómo ordenaba:

—¡Guardar las armas todos!

El doctor Miklas volvió a darme el aparato. El Canciller me agradeció el importantísimo servicio que le había prestado, y me rogó que permaneciera con el Presidente, añadiendo:

—Deseo que no se vierta ni una sola gota de sangre. Tome el mando de los hombres que he enviado y vele por la seguridad del Palacio Presidencial. Ordene usted que los policías monten la guardia en torno al edificio.

Puse en conocimiento del teniente las órdenes que había recibido, y se mostró de acuerdo con ellas. Me reuní con los hombres que esperaban en el vestíbulo y pude comprobar que casi todos ellos eran obreros; sus expresiones me parecieron inteligentes. Les informé de las órdenes que me había dado el Canciller. Volví a salir a la calle y dije a los policías que patrullaran por las inmediaciones del Palacio.

Sin embargo, pude comprobar más tarde que estas medidas de seguridad adoptadas habían sido innecesarias, ya que no se registró disturbio alguno en la ciudad. Las manifestaciones de la tarde no volvieron a repetirse. Toda Viena durmió en calma aquella noche.

El derrumbamiento de un gobierno que había regido al país durante seis años pasó casi inadvertido. Pude tranquilizarme y pensar con calma en el

desarrollo de los acontecimientos que se habían sucedido en el intervalo de las últimas horas, especialmente de la última media hora.

Es extraño. Después de un rato de excitación nerviosa, sólo hay un medio para recobrar la calma: ¡El humo de un cigarrillo que sostenemos entre nuestros labios!

Di un corto paseo por el jardín y me di cuenta de que todos, absolutamente todos, habíamos tenido la suerte de nuestro lado. Estaba seguro de que la reacción excitada de un solo hombre nos habría podido costar la vida. Fue entonces cuando pensé que la casualidad me había permitido desempeñar un destacado papel en los acontecimientos de una jornada tan decisiva para Austria como la que acabábamos de vivir. Un papel que yo consideraba sin importancia, pero... ¡algo es algo!

El episodio que acabo de narrar no fue conocido del público. Y terminó dos días después con un fuerte apretón de manos que me dio el doctor Seyss-Inquart.

No obstante, aquella misma noche recibimos una visita inesperada, un poco después de las doce. El jefe del batallón de la Guardia, un teniente coronel, vino a hablarnos. Me dirigió una serie de palabras de alabanza, ya que, según dijo, estaba completamente convencido de que mi intervención había impedido un desagradable choque que habría podido ocasionar víctimas. A pesar de que sus palabras me halagaron, me sentí decepcionado por los reproches que hizo de la actitud del oficial. Por ello le hice constar, muy seriamente, que el teniente se había limitado a cumplir con su deber y que su comportamiento había sido totalmente correcto. Poco tiempo más tarde volví a encontrar, por casualidad, al joven oficial; se había convertido en un capitán del nuevo ejército alemán.

Recuerdo que aquella noche él y yo estuvimos hablando hasta bien entrada la madrugada; y que el suboficial a sus órdenes nos informó de una noticia que acababa de ser difundida por la radio.

—Italia —nos dijo—, ha devuelto a Austria el Sur del Tirol. Adolf Hitler ha dirigido un telegrama a Mussolini agradeciéndole su generosa acción.

La alegría que nos causó tal noticia, en un día tan señalado para Austria, nos impidió conciliar el sueño durante el resto de la velada. Desgraciadamente, los periódicos de la mañana se encargaron de hacer desaparecer nuestra alegría. La noticia dada la noche anterior era falsa. Hitler se había limitado a agradecer a Mussolini su comprensión frente a los problemas austriacos.

También nos informaron los periódicos de la formación en Austria de un gobierno nacional-socialista. Se me hace muy viva ahora una frase de la proclama hecha por el Führer el día 12 de marzo de 1938:

—Yo mismo, como guía y Canciller del pueblo alemán, me sentiré inmensamente feliz al poder pisar, como alemán y ciudadano libre, el suelo del país que me ha visto nacer".

A la mañana siguiente hice amistad con el agente de la Brigada Criminal que prestaba sus servicios al lado de la persona del Presidente. Me aconsejó que volviera a presentarme al doctor Miklas, al igual que hacían los oficiales del batallón de la Guardia que tenían a su cargo la custodia de su persona. Así lo hice. El Presidente me recibió y sostuvimos una larga charla en su salón particular.

—No crea —me dijo—, que me resultara fácil ejercer el cargo de Presidente de Austria en el transcurso de los pasados años.

La tarde de aquel mismo día recibió el Presidente a los enviados del nuevo gobierno, y pude ver de cerca las caras de los que integraban el nuevo gabinete austriaco. El que más llamó mi atención fue el secretario de Estado para el Ejército, un tal coronel Angelis, con el que pude cruzar algunas palabras.

En la Cancillería pude comprobar un hecho curioso que me dejó muy pensativo. Hasta el día anterior, todos aquellos que desempeñaban un puesto oficial habían portado, voluntariamente o, tal vez, involuntariamente, el brazal del "Frente patriótico".

Era natural pensar que la mayoría de ellos lo había llevado voluntariamente. Sin embargo, ¡al día siguiente no había ni uno solo de ellos que se atreviera a lucirlo! ¡Qué pronto se había olvidado el pasado! ¡Qué pronto se había cambiado de color y de casaca!

Los sucesos narrados anteriormente significaron mi primera intervención directa en asuntos políticos; mis experiencias terminaron con ellos.

Desde la Mariahilferstrasse presencié la entrada de las tropas alemanas en Viena. La anchurosa calle se había convertido en un mar viviente. Todas las floristerías habían agotado sus existencias. Me sentía tan feliz como mis conciudadanos; chillaba desaforadamente igual que ellos. Y recibí a los alemanes como a mis hermanos de sangre, de los que nos habían separado cuestiones políticas. Volvían a ser nuestros fieles compañeros de la primera guerra mundial.

Los soldados alemanes fueron, para mí, la garantía viva de que ninguna potencia extranjera se atrevería a perturbar la paz de Austria. ¡Viena no había recibido nunca con tanto júbilo a un ejército, como recibió aquel día a los soldados nacional-socialistas!

Un mes después de los acontecimientos relatados, Austria tuvo las primeras elecciones populares, llevadas a cabo el día 10 de abril de aquel mismo año de 1938. Vuelvo a insistir en lo que he señalado anteriormente, ya que mis deducciones fueron hechas por experiencia. Puedo afirmar con certeza que mis obreros, de los que ya he hablado, que eran de extrema izquierda, votaron unánimemente "Sí". Contribuí un poco a su voto afirmativo haciendo que les visitaran representantes de los obispos austriacos, para exponerles la posición de éstos ante la cuestión.

Como ejemplos de la actitud adoptada entonces por el Episcopado de Austria, reproduzco a continuación una carta del Cardenal Innitzer y unas "Aclaraciones" de los obispos de diversas diócesis:

(Escudo del Arzobispo de Viena)

"Viena, el 18 de marzo de 1938.

Muy señor mío: He tenido varias reuniones con los obispos austriacos que se muestran de acuerdo en cumplir con su deber nacional, de una forma voluntaria y sin haber sido presionados.

Os hago esta aclaración, porque puede contribuir a fomentar la colaboración entre todos nosotros.

Con todos mis respetos y con mi sincero saludo de:

Heil Hitler!

Me despido de usted.

Th. Cardenal Innitzer".

(Esta carta del Cardenal fue dirigida al ministro Bürkel).

"Aclaraciones voluntarias" (de los obispos)

"Con pleno conocimiento y de una forma completamente voluntaria, nosotros, los firmantes, obispos de todas las provincias austriacas, declaramos, ante los grandes acontecimientos históricos de la Austria alemana:

Reconocemos con alegría que el movimiento nacional-socialista ha hecho mucho bien en el ámbito de la reconstrucción económica popular, así como en la política social del Reich alemán y de su pueblo, contribuyendo a fomentar el bienestar de las clases trabajadoras.

También estamos firmemente convencidos de que las ideas nacional-socialistas ahuyentarán el peligro de la destrucción y el ateísmo de los bolcheviques, que comenzaba a cernirse sobre nosotros.

Los obispos bendicen el nuevo movimiento y le otorgan todos sus favores; desean que prevalezca por mucho tiempo, y exhortan a los fieles a aceptarlo sin recelo.

Nosotros, los obispos, consideramos como un deber nacional el incorporarnos al Reino alemán el día de las elecciones populares y el considerarnos como alemanes. Por ello deseamos que todos los cristianos creyentes sepan que se deben a su pueblo.— Viena, 18 de marzo de 1938".

Firmaron estas "Aclaraciones": *Th. Cardenal Innitzer*, de Viena; *Adamm Hefter*, de Klagenfurt; Obispo de St. Pölten; *S. Waitz F. E. B.*, de Salzburg; *Joh. María Gföllner*, de Linz, y los obispos *Ferd. Pawlikowski* y *Michael Memelauer*.

Para determinadas clases sociales, la interviú que se hizo a Renner —que había sido canciller social-demócrata (socialista)—, publicada por todos los periódicos vieneses, resultó tan eficaz como la declaración de los obispos, que he reseñado.

Entonces, y aun ahora, me pareció muy significativo el énfasis que tenían las palabras de aquel político y la forma en que aceptó la unión de Austria con Alemania. Para nosotros, los simples "nacionales", la decisión era sencilla, ya que no teníamos ni la más mínima duda sobre ella.

Nuestros ideales políticos y la ambición de una mejoría económica nos habían llevado a aceptar la unión de Austria con Alemania ya desde 1918. Nunca nos preocupó el que un partido socialista o "populista" tenía en sus manos las riendas del poder en Alemania. Teníamos los mismos motivos que entonces, y sentíamos el mismo entusiasmo por llegar a la unión. Sabíamos que el destino de Alemania estaba en las manos de un gobierno nacionalista que encumbraba al Reich de una manera firme y decidida.

Presenció el desfile de la Ringstrasse, que tuvo lugar el 15 de marzo de 1938 para recibir a Adolf Hitler, desde un lugar que me ofreció una perspectiva de pájaro. La firma comercial para la que trabajaba tenía el encargo de efectuar unos trabajos de reconstrucción en las fachadas de los

museos de la Corte, que se encontraban donde había sido instalada la tribuna de honor. Como es de suponer, aproveché la oportunidad para poder ver, "desde arriba", la marcha triunfal de las tropas alemanas, en compañía de mis obreros.

La voz de Adolf Hitler, ampliada por los altavoces, que habían sido instalados en la Plaza de los Héroes, nos llegó:

"En esta gloriosa hora, puedo anunciar al pueblo alemán el acontecimiento más decisivo de mi vida. Como Führer y Canciller de la Nación alemana, participo del momento histórico en que mi Patria entra a formar parte del Reich alemán".

El efecto que tales palabras causaron en nosotros fue inenarrable.

Los meses siguientes, que trajeron consigo la "puesta en práctica" de la unión, no fueron tan alegres. Hubo muchos equívocos; muchas medidas no fueron dadas a conocer; y muchas buenas intenciones quedaron en tales. Ya he hablado de la disolución de las asociaciones estudiantiles. Pero la integración no fue llevada a cabo con el cuidado y la comprensión que se merecían unas asociaciones tan arraigadas desde hacía siglos. Mas no es mi misión hablar de esto.

Al cabo de poco tiempo, toda Austria se vio invadida por una oleada de funcionarios del Partido. Los dirigentes alemanes tenían la misión de instruir a sus colegas austriacos. Lo mismo sucedió con los funcionarios de diversas asociaciones y con los "jefes de grupo".

Fue entonces cuando el Partido cometió un grave error, según mi apreciación personal.

En lugar de empezar por buscar un apoyo en personas que poseían ciertas cualidades humanas y de carácter, se apoyaron en "fuerzas brutas". A pesar de que el austriaco es, más bien, bonachón, también posee un sentimiento muy acusado que le hace repeler todo lo que implique falta de tacto. Y con esto debió de enfrentarse innumerables veces.

Muchos de los funcionarios nos dieron la impresión de que desconocían el carácter austriaco; que nos consideraban como gentes irresponsables que se ríen por cualquier chiste y que no toman la vida en serio.

Si eran realmente, sinceros, si no eran tontos, debieron reconocer el error que estaban cometiendo. Puede que parezca un chiste, pero, sin embargo, fue una lamentable realidad que me tocó presenciar lo que voy a referir a continuación:

Un jefe de secciones nacional-socialista, procedente del lejano Oeste alemán, se asombraba sinceramente de que nosotros, los austriacos,

habláramos un alemán relativamente "bueno". Probablemente estaba convencido de que le habían enviado a un Estado de los Balcanes...

Nos sentimos abrumados al comprobar que los habitantes del Reich desconocían, por completo, las costumbres y los hábitos de la antigua Austria alemana, costumbres que habían sido las nuestras durante cientos de años.

Casi nos sentíamos insultados cuando alguno de aquellos "nuevos señores" se obstinaba en inculcarnos sentimientos nacionalistas. También parecían no haber olvidado la despreciativa idea que se formaron, en un tiempo, sobre nosotros, que dio pábulo al desagradable apodo de "Kamerad Schnürschuh" (camarada remendón).

Debo decir algo que considero de suma importancia, para ser plenamente comprendido.

En primer lugar, que ya en el año 1938 hice todas estas críticas, y también en todas las ocasiones posteriores, siempre que me parecieron oportunas. En segundo, que entre los funcionarios alemanes había gran número de hombres maravillosos que se adaptaron en muy poco tiempo a la manera de ser de los austriacos haciéndolo por instinto y por satisfacer sus deseos de sernos agradables.

Cuando nosotros hablamos de Alemania, no podemos olvidar la idea de la "línea del Maine". Al hablar de la "línea del Maine", queremos referirnos al contraste que existe entre los alemanes del Norte y los del Sur. Y si queremos expresarlo de una manera más popular, es diremos la "antipatía" de los prusianos frente a los otros.

Sería estúpido negar que en Austria existe una latente antipatía contra los prusianos. Antipatía que existió, que seguirá existiendo y que ha sido fomentada por una irresponsable propaganda. Y esta antipatía se convirtió en un concepto que iba contra los insoportables y antipáticos elementos del pueblo al que siempre consideramos nuestro hermano, pero que se limitó a los alemanes del otro lado de la frontera, llamados "de boca grande".

A lo largo de mi vida me he encontrado con muchos prusianos que no eran de mi agrado. Pero si he de ser sincero debo añadir que también hice conocimiento con muchos bávaros, sajones o berlineses que no me hacían "mucho tilín". Uno puede llegar a entenderse con ellos si no permite que se le impongan y se les tiene a raya desde la primera ocasión.

Como es de suponer, amplié mis conocimientos al respecto, y sobre otras muchas cosas, durante la época de la guerra.

He conocido un gran número de hombres dignos de toda confianza, entre los que había bastantes prusianos que llegué a apreciar e incluso a querer.

La idea de la "línea del Maine", divisoria, sólo puede seguir existiendo en las mentes de personas débiles e incapaces. El elemento básico, positivo, del pueblo alemán, es más fuerte y vital que todas estas estupideces diferenciadoras. Todo esto me lleva, lógicamente, a preguntar:

¿Cómo podemos llegar a ser, nosotros, los alemanes, buenos europeos y ciudadanos del mundo, conscientes de nuestros deberes, si no logramos superar unas ideas "separatistas", estúpidas y preconcebidas?



CAPÍTULO V

Amateur en el deporte del volante. – Del "Touringklub" a las secciones motorizadas de las SS. – Carreras. – Tres medallas de oro. – Diez horas de viaje por los Alpes. – La lucha contra los minutos. – 67 kilómetros de "corte" en las carreteras de los Alpes. – Contramaestre en un pequeño viaje. – Los Sudetes se adhieren al Reich. – Voluntario como recluta. – Crisis de marzo de 1939. – Conferencia de Munich. – Las últimas vacaciones de tiempos de paz. — Sombras desde Polonia. – Pacto de no agresión entre Rusia y Alemania. – Entre la guerra y la paz. – ¡La Guerra!

Hacía años que era miembro del Club–Touring de Austria. Tomaba parte en todas sus competiciones deportivas, en todas las carreras para "amateurs", en las que lograba buenos resultados con mi coche de tipo turismo.

No muchos días después de haberse implantado el nuevo gobierno en Austria, el NSKK, las SA y las SS, a través de una sección deportiva que fomentaba las carreras de coches, hicieron todo lo posible para granjearse las simpatías de los que participaban en ellas y de los miembros del Club. Me decidí a entrar a formar parte de las que eran llamadas formaciones motorizadas de las SS, con el propósito de volver a tener contacto con mis antiguos camaradas del Partido y para trabar conocimiento con otros nuevos.

Lo que más me animó a tomar tal decisión fue el hecho de que se exigía a los miembros de la nueva asociación un certificado policial limpio de toda mácula. La implantación de un código de honor, igual que el que se

había impuesto entre las SS, me llenó de admiración y contribuyó a aumentar mi entusiasmo.

Mi decisión fue seguida por muchos miembros del antiguo OTC, de forma que, al poco tiempo, formábamos un nutrido grupo que podía controlar las diversas organizaciones del deporte del volante.

Me entregué a las carreras con gran entusiasmo. Templé mis nervios e hice acopio de todas mis fuerzas para poder competir con la pericia y la capacidad de mis compañeros. Me esforcé tanto y procuré mejorar mi técnica de tal forma que, en las primeras competiciones, llegué a ganar tres "medallas de oro". Después de haber alcanzado estos triunfos, tomé en mis manos las riendas de la nueva asociación, cuyos miembros estaban tan entusiasmados como yo con las carreras.

Una de las competiciones más difíciles pero, sin lugar a dudas, la más bella, era la denominada "10 horas de recorrido por los Alpes". Esta competición tuvo lugar en el otoño de 1938. Yo corría con un "cabriolet" "Steyr-220", que había sido revisado concienzudamente por el representante de dicha marca en Viena. La prueba era sumamente difícil. Comenzó la carrera en una soleada mañana domingo en Gmunden, junto al Traunsee. La meta estaba en Salzburg, y debía ser alcanzada a las diez horas exactas de la partida. El recorrido que debía hacer con mi coche era de 560 kilómetros y había que pasar los seis más difíciles puertos de los Alpes: el paso Poltschen, el paso de Luegg, el Katschberg, el paso de Niederntauern y otros similares.

Cada vehículo tenía derecho a tocar diversos controles situados en diferentes puntos fuera del trayecto del recorrido. Y esto suponía, un aumento del kilometraje. Por ello era preciso hacer unos cálculos exactísimos, ya que las diez horas límite no podían ser rebasadas si no se quería contar con muchos puntos negativos.

Llegué al lugar de la partida con mi amigo Willi D., y me encontré en Gmunden con unos veinte compañeros que formaban nutrido grupo. Gmunden estaba abarrotado de gente; no se encontraba ni un solo lugar para poder aparcar. Todas las conversaciones giraban en torno al acontecimiento deportivo que tendría lugar al día siguiente. No había nadie que no hiciera sus cálculos y expusiera sus opiniones.

A las seis de la mañana mi coche salió del lugar señalado para la partida. A los pocos kilómetros, llegamos a la estrecha carretera de los lagos, la misma que une el Traunsee con el Attersee. Yo contaba con la suerte de conocer perfectamente todo su trazado. Mi coche corría más que



los de bastantes de mis competidores. Al cabo de poco tiempo pasé al primero de ellos, que me cedió el paso cuando lo pedí. Los otros conductores que viajaban delante de mi eran más testarudos; me vi obligado a perseguirles durante bastantes minutos en espera de una ocasión propicia para poder pasarles. Finalmente, conseguí mi propósito, aunque para ello debí correr sobre "dos ruedas" por un prado y tuve que escuchar las imprecaciones de mis burlados competidores.

Al cabo de poco tiempo llegamos a las estribaciones de un puerto donde estábamos obligados a parar. Era un puesto de control en el que cada vehículo sufría una concienzuda revisión y se comprobaba el tiempo de su recorrido. El trecho, desde abajo a la cumbre, era puntuable a favor o en contra del conductor, según el tiempo empleado.

Durante las primeras horas no logramos ganar mucho tiempo sobre el fijado; sólo conseguimos diez o quince minutos a nuestro favor. Pero llegamos a contar con media hora de ventaja, lo que nos permitió darnos el lujo de visitar un control extraordinario que no formaba parte de nuestra ruta. Tuvimos una "panne" alrededor de las tres, pero la reparación no nos hizo perder más de un minuto, ya que estábamos preparados para una contingencia por el estilo. Un vistazo al reloj nos convenció de que contábamos con la oportunidad de poder efectuar un rodeo y ganar, así, vanos puntos positivos.

Pasamos la meta de Salzburgo quince minutos antes de las dieciséis horas. Sentí, de pronto, el esfuerzo que había llevado a cabo; pero, también, el orgullo por el resultado obtenido. Habíamos dejado atrás 670 kilómetros de recorrido, efectuado sobre el asfalto de unas carreteras siempre ascendentes, en malas condiciones, y apenas habíamos empleado diez horas.

Otra "medalla de oro" fue la recompensa de aquel día.

Durante todos aquellos años tuve un secreto deseo: ansiaba asistir a un curso de alta navegación en Neustadt. Los encargados de organizar los cursos tuvieron en cuenta las posibilidades económicas de sus alumnos. Por ello, yo no comprendía qué era lo que me impedía satisfacer mis anhelos. Aún hoy día sigo preguntándome si se debía a la falta de dinero o al encanto que ejercía sobre mí el Attersee. Aún hoy me entristezco cuando pienso que no aproveché la oportunidad. Particularmente sí recuerdo la forma como finalizaba el curso, con un crucero a Suecia. No puedo perdonarme haber malogrado mi sueño. Pero, en compensación, adquirí nuevos conocimientos sobre la navegación, aunque sólo como

consecuencia de navegar por las aguas de nuestro Danubio. Aprendí a conocer perfectamente los barcos de tonelaje mediano e, incluso, llegué a pilotarlos.

Nunca tuve dificultades cuando debía de entendérmelas con motores. Sin embargo, debí hacer frente a algunas dificultades al navegar por las cercanías de los torrentes, por los lugares de gran profundidad y por los complicados afluentes del gran río; pero pronto supe arreglármelas convenientemente. Mis conocimientos, en este aspecto, culminaron con un examen para "Contramaestre" de cortas rutas de navegación.

Volví a reunirme con varios amigos de mi época de estudiante, y pasaba con ellos mis ratos libres así como muchos fines de semana. En el invierno íbamos a esquiar, y aprovechábamos los veranos para hacer alpinismo en las montañas, o para hacer excursiones en barco que nos ponían en contacto directo con la naturaleza. Pasamos juntos maravillosos días que nos hacían olvidar nuestras preocupaciones cotidianas y nos permitían gozar plenamente de la libertad.

Los acontecimientos de los años últimos hicieron desaparecer, así nos pareció a nosotros, las nubes que ennegrecían el cielo de la política. Las dos grandes acciones del Reich alemán se habían llevado a cabo sin efusión de sangre y sin violencias. El 29 de septiembre de 1938, tres millones de sudetes alemanes se separaron de Checoslovaquia. Desde semanas antes, por medio de la radio y de los periódicos, nos habían preparado para este acontecimiento. Nuestra confianza en el nuevo régimen era tan grande que no nos preocupamos por ello. Todo el mundo reconocía la injusticia del Tratado de Versalles; y la opinión de las naciones que pusieron su firma parecía haber cambiado sensiblemente, ya que en los momentos a que me refiero empezaba a ser favorable a nosotros, los alemanes.

En la época de la monarquía austro-húngara había en Austria muchas familias emparentadas con alemanes sudetes. Mi propio padre era oriundo de la región de Eger. Hasta aquellos momentos él mismo se había mostrado bastante escéptico ante el nuevo régimen de Austria; era demasiado conservador para aceptar, inmediatamente, las ideas nacional-socialistas "recién importadas" de Alemania. Pero cuando sus conciudadanos se convirtieron en ciudadanos alemanes, no le quedó ni el más mínimo recelo sobre el régimen que nos gobernaba. Aunque ya anciano, se esforzaba en comprender las nuevas ideas, y en disculpar algunos fallos, exactamente igual que nosotros, los jóvenes. Estoy convencido de que muchas personas

de la generación de mi padre siguieron su mismo proceso espiritual por entonces.

A raíz de la unión de Austria con Alemania, se decretó un nuevo servicio militar obligatorio para todos los ciudadanos austriacos. Mi edad me obligaba, solamente, a tres meses de servicio en filas... ¡y no puedo afirmar que me sentía satisfecho por tal motivo! Tenía muchísimo trabajo. Estaba convencido de que, al fin, podíamos llegar a alcanzar una mejoría económica que debía ser aprovechada al máximo por todos los sectores industriales del país. Teníamos en contra nuestra cinco años de luchas y esfuerzos para lograr una normalización. También estaba plenamente convencido de que mi período de servicio en filas no me proporcionaría tan sólo alegrías. Ya no era un joven que pudiera soportar todas las vicisitudes y durezas naturales de tal experiencia. Era un hombre hecho y derecho que tenía mis propias convicciones, que las expresaba y que estaba acostumbrado a discutir las con todos aquellos que pensaban igual que yo. Además a causa de mi trabajo, estaba acostumbrado mandar y a ser obedecido. Eran factores que debía tener en cuenta si no quería verme en un aprieto durante el tiempo en que iba ser soldado.

Pero como no tenía otra alternativa, decidí "coger el toro por los cuernos" y resolver el problema lo más rápido posible. Elegí un Arma en la que pudiera adquirir una instrucción moderna referente al uso y empleo de las armas, que me pudiese proporcionar algunas distracciones y, al mismo tiempo, me sirviera para resolver situaciones futuras, si éstas se presentaban.

Tenía un antiguo camarada que poseía una avioneta con la que, algunas veces, volaba. Estaba unido a Trude Schmied por una antigua y agradable amistad desde mi época de estudiante; ella era la primera mujer de Austria que había sufrido un examen de piloto. Examen que también yo tenía la intención de afrontar.

Ello me animó a tomar una decisión. Me presenté, en calidad de voluntario, en la Luftwaffe, para cumplir el período de servicio militar, teniendo así la seguridad de ser admitido. Como poseía el título de ingeniero, tenía, asimismo, el derecho a ser oficial. El reconocimiento médico, con todos los "prejuicios" para los que estábamos acostumbrados a ser civiles, me ofreció un panorama al que debía acostumbrarme, porque los soldados en activo estimaban que nosotros sólo éramos "medio hombres".

Tal vez pueda parecer, a algunos, que era asombrosa la tranquilidad con que contemplamos y aceptamos la entrada de las tropas alemanas en Checoslovaquia el 15 de marzo de 1939. La Conferencia de Munich, celebrada el otoño de 1938, a la que asistió Mussolini, hizo suponer que las potencias apoyarían a Alemania. A pesar de ello, la obligada neutralidad de Checoslovaquia fue tomada por nosotros como un robustecimiento de la paz lograda por la fortaleza de la posición alemana en el corazón de Europa. Todo hacía suponer que el nuevo Reich había heredado el poder del antiguo Imperio austro-húngaro. Y los pactos, firmados más tarde con Hungría y Yugoslavia, fueron acogidos por nosotros como "una paz que pondría fin a las eternas discordias en los Balcanes".

Es muy posible que nosotros, los austriacos, seamos algo ligeros debido a nuestras ilimitadas ansias de vivir, a nuestra continua alegría. Esto puede ser cierto. Pero también es incuestionable que la masa no se preocupó lo más mínimo de las consecuencias que pudieran derivarse de tal política. Lo que más interesaba era el auge económico; cosa absolutamente lógica. Las continuas preocupaciones que ocasionaba el número de parados fueron superadas a los pocos meses; los comerciantes e industriales apenas podían atender todos los pedidos que recibían. La única preocupación que existía era la falta de materias primas que, a veces, eran difíciles de encontrar. Pero, incluso tal carencia, ¿no suponía un signo indiscutible de prosperidad?

A mediados del mes de agosto se presentaron los primeros síntomas de una nueva crisis. El problema que creaba el "pasillo de Dantzig"; los recuerdos del desgraciado pacto de Versalles estaban exigiendo una decisión perentoria.

Yo, personalmente, pensaba en otoño iniciar mi período de servicio militar. Por ello; decidí echarme las preocupaciones a la espalda y disfrutar de unas agradables vacaciones. Para pasarlas elegí las últimas semanas del mes de agosto. Preparé mi automóvil y me dirigí al Sur.

El "Wöerner See", lugar que elegí, era una estampa de paz. Allí encontré a gentes de todas las naciones. Pude oír los más diversos idiomas en los restaurantes y en los locales nocturnos.

Pasaba el día en el lago. Navegaba a vela, nadaba, salía de excursión con una barca de motor, practicaba el esquí acuático, y pasaba agradablemente el rato con gentes simpáticas y divertidas. ¿Qué podía importarme la política si, para aquella tarde, tenía prevista una regata? ¿Por ventura debíamos de pasarnos la velada ante la radio, si la música de baile,

con sus alegres ritmos, nos llamaba? ¿No teníamos derecho a prescindir de nubarrones para recrearnos en la contemplación de las brillantes estrellas que tachonaban el cielo estival?

Habríamos conseguido olvidarnos de todo si no nos hubiésemos enterado de que los turistas ingleses habían sido "invitados" por sus consulados a que regresaran a la patria. Pero ellos no podían comprender que la crisis de Dantzig repercutiese sobre su nación. Querían que los políticos mundiales resolvieran sus disputas y les evitaran repercusiones desagradables.

El "Pacto de no agresión", firmado a la sazón por la Unión Soviética y Alemania, representó una enorme sorpresa para el pueblo alemán, ya que no ignoraba que las ideologías de los dos países eran diametralmente opuestas. Por las declaraciones de los dirigentes podía colegirse que ambos Estados no consideraban sus respectivas ideologías como "artículos de exportación". Por ello intentaban que el reconocimiento de sus respectivos puntos de vista pusiera término a la desagradable propaganda que se había hecho en torno a ellos, y que había creado un clima negativo relacionado con las posibles relaciones amistosas entre ambos pueblos. Nos pareció, también, que el citado pacto nos aseguraba la paz con el Este. Todo esto planteaba una cuestión: "¿Es que no podía ser considerado este hecho como un nuevo éxito, tal vez el mayor de todos, de la política exterior de Alemania?".

A pesar de nuestro optimismo, no podíamos pasar por alto la posibilidad de un estallido, de una guerra, entre Alemania y Polonia. Aquello cayó como un mazazo en nuestro agradable ambiente veraniego. Todos acariciábamos la esperanza de que el conflicto quedase localizado y que se resolviera rápidamente, si ello era posible.

Los turistas ingleses y franceses se apresuraron a regresar a sus respectivas naciones, sintiéndose muy intranquilos. De pronto, se convirtieron en gentes taciturnas, preocupadas por sus asuntos personales y por la influencia que pudieran tener sobre ellos las repercusiones de la política. Nosotros hicimos todo lo posible para tranquilizarles; pero nos dimos cuenta de que ya no nos miraban como antes.

Habíamos frecuentado su trato, nos habíamos divertido juntos. Y, de pronto, nos miraban como posibles enemigos de los que debían desconfiar. Nosotros veíamos que los pueblos del mundo se sentían felices al reunirse, e, incluso, que podían llegar a comportarse como hermanos. ¿Por qué

demonios no se dedicaban los políticos a fortalecer esas amistosas relaciones?

Cuando, finalmente, el 3 de septiembre de 1939, Inglaterra y Francia declararon la guerra a Alemania, sentimos que se desvanecían nuestras últimas esperanzas. Nuestras conversaciones se hicieron más serias. Olvidamos, por completo, el alegre ambiente que había rodeado nuestras vacaciones.



CAPÍTULO VI

La orden de incorporación. – Juventud europea en Belvedere. – Ni un solo pueblo desea la guerra. – De ingeniero a recluta. – Demasiado corto y demasiado estrecho. – "¡Si!" – Sufrimientos y alegrías en el cuartel. – Demasiado viejo para volar. – Oportunidad "graciable". – Dignidad patriótica. – Destinado a las SS. – "No debe ser ninguna Cruz de Caballero". – Compañía "Mondschein" en "Lichterfelde". – Paso prusiano. – El fin de los civiles. – No es lo suficientemente dentado. – El asunto de Noruega. – No queremos un segundo Versailles.

No podía estar más tiempo alejado de Viena. Sabía que me llamarían a filas y, por tanto, debía tomar algunas disposiciones. A mi regreso no vi que estuvieran muy excitados los habitantes de las provincias por las que pasaba. El ambiente parecía tranquilo; no se veía ni un asomo de entusiasmo a favor de la guerra.

Entre la correspondencia con que me encontré a mi llegada a la capital, había una carta que me cogió de sorpresa. En ella se me rogaba me presentase en un regimiento de la Luftwaffe para cumplir mis tres meses de servicio militar obligatorio, en condición de voluntario. Todo hacía suponer que la carta había sido redactada en un ambiente de paz, cuando aún no se

tenían noticias de la guerra. No me quedaba más remedio que cumplir con mi deber de soldado. ¡Pero de verdad!

Otra de las cartas me produjo una gran satisfacción. Los directivos de las Escuelas Superiores de Viena me invitaban a asistir a la "Fiesta de las Naciones" en el castillo de Belvedere, la misma noche de mi regreso. No quise perderme la fiesta, que tendría lugar en los bellos jardines de un lugar histórico. Me di una ducha fría, me cambié de ropa y volví a mi coche que estaba cubierto de polvo.

La vista del iluminado jardín del castillo Belvedere me hizo olvidar que en algún lugar del nordeste habla hombres que luchaban, sufrían y morían. Me encontré entre gentes jóvenes de distintas nacionalidades que sólo tenían el deseo de disfrutar al máximo de su juventud y de ser felices durante unas cuantas horas. No obstante se echó de menos la ausencia de las juventudes polaca, francesa e inglesa. Me dejé invadir por el júbilo general; encontré a muchos amigos y charlé con varios conocidos. Bailamos y reímos. No queríamos pensar en el mañana.

Pasada la medianoche nos reunimos unos cuantos amigos de mi misma edad en tomo de una mesa medio oculta por las ramas de los árboles del parque. Todos nos sentíamos dichosos, pues habíamos disfrutado, al máximo, de la fiesta. Sin embargo, el recogimiento del lugar, al que apenas llegaba el sonido de la música, fue como una ducha de agua fría caída sobre nuestra alegría. Todos nuestros pensamientos se dirigían al futuro. Todos y cada uno de nosotros nos preguntábamos qué nos depararía este; ¿una larga y sangrienta guerra o una paz inmediata?

No podíamos dejar de hablar de nuestros temores, a pesar de que luchábamos para no sustraernos al ambiente alegre, de fiesta, que nos había rodeado hasta aquel momento.

—Al cabo de unas semanas —opinó un médico húngaro conocido nuestro— volverá a reinar la paz.

—Los hombres de Estado —dijo un técnico de Presburgo—, no pueden permitirse el lujo de continuar una guerra que no es deseada por sus respectivos pueblos.

—Las declaraciones de guerra de Inglaterra y Francia —opinó por su parte un historiador sueco—, no son más que demostraciones que no deben ni pueden ser tomadas en serio.

Fue entonces cuando, por vez primera, tomó la palabra un estudiante alemán, que dijo:

—Cualquier demostración hecha en unos momentos tan serios entraña el peligro de convertirse, inesperadamente, en una amenaza de muerte. Las declaraciones de guerra no pueden ser tomadas como hechos inesperados; son, por el contrario, la culminación de decisiones calculadas que han sido minuciosamente estudiadas y preparadas durante años.

Sólo entonces me atreví a pacer uso de la palabra.

—Creo —dije—, que nos corresponde hacer la afirmación de que esta guerra no puede ser considerada como la de nuestra generación; que no la hemos deseado y que no hemos hecho nada para que se iniciara. Es posible que nos separemos dentro de poco, que no volvamos a vernos en mucho tiempo. Pero si un día volvemos a reunirnos, y recordamos esta noche y las horas que hemos pasado juntos, no habremos perdido "aquello" que nos ha unido. Estaremos más maduros frente a la vida, y podremos volver a unir los hilos que se han roto.

Los días que se sucedieron tuve tanto trabajo que apenas me quedó tiempo libre para pensar. Algunos de mis obreros también habían sido llamados a filas. Me vi obligado a instruir a mi sustituto, pero no me esforcé mucho en hacerlo.

Sabía que debía recibir instrucción en un conocido cuartel de Viena, lo cual me alejaría del mundo civil durante algún tiempo. El 6 de septiembre tenía que preparar mi equipaje y presentarme puntualmente en el cuartel. Había pasado ante él infinidad de veces. Pero entonces ignoraba que llegaría un día en que estaría entre los hombres vestidos de gris que en él se alojaban. Mi hoja de incorporación fue examinada detenidamente por el centinela, que me dijo:

—Tercera compañía, segundo edificio, departamento cuarto.

Allí encontré a muchos hombres de mi edad. Yo, al igual que ellos, sólo podía hacer una cosa: esperar.

Ahora sé que la espera, en todos los ejércitos, es considerada como una forma de adiestramiento. Muchos de los soldados profesionales demostraban haber elevado a la categoría de culto el "poder esperar" y el "dejar aguardar". Finalmente nos pusieron en las manos de un viejo sargento que nos mandó:

—¡Seguidme!

Todos le seguimos obedientes. Diez hombres que parecíamos simples colegiales en pos del maestro.

Entramos en una gran sala. Allí se nos clasificó según la estatura de cada uno. Yo, el más alto de todos, no le caí simpático al oficial que nos clasificaba. Pronto me enteré por qué.

Todos los demás, que tenían una estatura corriente, facilitaron mucho su tarea.

La ropa interior, dos camisas, dos calzoncillos, dos pares de calcetines, no nos fue probada. El pantalón, la guerrera y el abrigo eran sostenidos ante el cuerpo del recluta, al que se le decía en seguida:

—¡Está bien, está bien! El siguiente.

Incluso las botas de infantería volaban a nuestros brazos con arreglo al número que calzábamos. Nadie pudo figurarse, entonces, que nuestros pies se cubrirían de ampollas muy pronto.

Cuando me llegó el turno, el oficial me miró de arriba abajo y dijo:

—Carecemos de medidas "no" corrientes. Voy a ver lo que encuentro.

Todo el mundo se afanó en buscar y rebuscar febrilmente. Pero los pantalones que sostenían ante mi cuerpo sólo me cubran hasta media pantorrilla. Cuando, por fin, uno de los pantalones me llegó hasta un poco más arriba del tobillo, oí las molestas palabras "está bien"; acto seguido me vi con los pantalones en las manos. Hasta me permitieron probarme las guerreras. La que hacía el número diez apenas alcanzaba a cubrirme el pecho. El oficial estaba radiante; excitadísimo, exclamó:

—¡Igual que hecha a la medida! Como verá, estamos preparados para cualquier eventualidad...

Contesté con un "sí" a sus palabras. Pero mi afirmación no fue ni muy convencida, ni dicha lo suficientemente alto, ni lo adecuadamente enérgica, como era normativo para los integrantes del ejército alemán, y también a los reclutas, como pude enterarme más tarde.

Seguidamente nos condujeron a la habitación número doce, donde fuimos recibidos por cinco literas superpuestas adornadas con sábanas blanco-azuladas. La orden que nos dieron fue:

—¡A cambiarse! Colocad el resto de la ropa en los armarios; guardad los trajes de paisano en la maleta y bajad en seguida.

Después de habernos cambiado nos miramos recelosamente. Creo que el viejo sargento que se ocupaba de nosotros también se dio cuenta de la apariencia ridícula que ofrecíamos.

—Debéis —nos dijo—, arreglar el cuarto cada martes y cada viernes; tenéis tiempo desde las cinco hasta la siete.

Pareció bastante satisfecho de habernos dado otra orden a nosotros, novatos reclutas.

Recibimos la primera lección militar, la de "comportamiento". Nos enseñaron a ponernos en pie rápidamente cuando un superior entraba en la habitación; el tono exacto de voz que debíamos emplear al presentarnos y cómo debíamos saludar en todas las ocasiones. No nos permitieron decir ni una sola palabra; por lo visto, bastaba con que hablase uno...

Nosotros, los reclutas, fuimos inspeccionados por diversos superiores durante el día. Tuve la curiosa impresión de que no se nos esperaba; pero no teníamos la culpa de ello. Todos éramos ingenieros de profesión; ello nos daba derecho a ser empleados en servicios técnicos. Supimos que no se nos dispensaría del período de instrucción como simples reclutas, a pesar de haber cumplido ya los treinta años.

Por la noche fuimos llamados para tomar un refrigerio, y tuvimos la ocasión de conocer el famoso "muckefuck" ("cagada de mosca") como así se llamaba al café que se servía en el ejército alemán, con el que se nos obsequiaba por la mañana y por la noche. Todavía no he podido llegar a comprender cómo los oficiales encargados de vigilar las comidas del ejército permitían se sirviera en todos los frentes, en todas las guarniciones, un café que no tenía ningún gusto. Nunca llegué a solucionar tan extraño enigma.

Por la noche nos llegó otro compañero, radiotelegrafista, que debía de compartir nuestra suerte. Se llamaba Berger, un buen chico de dieciocho años que procedía de Dresden. En presencia de otros superiores se esforzaba por mostrarse severo, pero cuando se quedaba solo enseguida se volvía conciliador para con nosotros.

A las diez de la noche, en punto, nos metíamos en la cama. A esta hora recibíamos la visita del suboficial de guardia, que llegaba para comprobar si todo estaba en orden. No había ni una sola vez que no encontrase una mancha en la cafetera, un poco de polvo en el marco de la puerta, o bien una hoja de periódico en el antepecho de la ventana.

Se nos informó que dichas faltas eran consideradas como graves pecados contra la disciplina. Seguidamente, se nos decía que acabaríamos siendo educados como auténticos reclutas, cosa que creía a pies juntillas.

Al día siguiente se nos dio un "trabajo" que sólo es efectuado en los orfanatos y en los cuarteles cuando no se sabe cómo hacer emplear su tiempo a los que en ellos están internados. Tuvimos que limpiar la sala durante dos horas seguidas, arreglar los armarios, aprender a doblar

convenientemente las camisas y los pañuelos; también aprendimos a conocer el sitio exacto donde debíamos guardar nuestra ropa interior. Es decir, a tenerlo todo en orden para satisfacer a los que llegaran a pasarnos revista. Acto seguido, volvieron a contarnos la forma como debíamos comportarnos, igual que si fuésemos salvajes.

La comida era a las once de la mañana. Nos sentábamos en los bancos formando largas filas y "picábamos" en nuestro rancho. Los cocineros que nos preparaban la comida estaban gordos, cosa que nos tranquilizó en cierto modo. Trabajamos conocimiento con los demás reclutas, que eran mucho más jóvenes que nosotros. Un ambiente rudo, pero bastante alegre, predominaba en el cuartel. Nos reíamos de los chistes que un recluta de más edad se empeñaba en contar. En el comedor se oía hablar todos los dialectos alemanes. El compañero de más edad, que estaba en nuestro mismo alojamiento, se sentaba unos puestos más lejos de nosotros; le oíamos charlar con su aguda voz y su acento sajón.

A continuación de la comida, los alojados en la habitación número doce recibimos la orden de comparecer ante el jefe de la compañía. Este nos participó que no contaba con gentes capaces de instruirnos, ya que todos los instructores estaban en los campos de batalla polacos. Hubiéramos debido recibir una instrucción técnica especial, para ser empleados, más tarde, como ingenieros de tropas. Se había preparado para nosotros un programa de cursos especiales, a los que debíamos asistir semanalmente; a cada uno de ellos asistirían unos cien hombres aproximadamente. Por el momento, según se nos dijo, podíamos regresar a nuestras casas; ya se nos comunicaría el momento de nuestra incorporación definitiva al ejército. Tuvimos una gran sorpresa, que no nos resultó nada desagradable.

No quise dejarme influir por el entusiasmo. Me erguí cuanto pude y hablé:

—Quisiera preguntarle, "herr" capitán, si puedo ser trasladado a la Aviación. En el momento oportuno me presenté en la Luftwaffe y cuento con unas cuantas horas de vuelo.

Mi intervención le cogió de sorpresa. Pero el hombre reaccionó y me pregunto:

—¿Cuándo nació?

—En 1908, "herr" capitán.

—Demasiado viejo —me respondió secamente.

Con su respuesta dio por terminada la cuestión. Pero yo me sentí algo vejado. Y no dejaba de preguntarme si es que era, realmente, demasiado viejo para volar. Mi vanidad se sintió herida.

Abandoné el cuartel con una espina en el corazón. Pero el mucho trabajo que encontré en mi despacho, producido por los cambios habidos en muchas secciones a causa de que varios de mis obreros habían sido llamados a filas, no me dejaron tiempo libre para pensar en mi edad. Me di cuenta de que en semejantes circunstancias la presencia del jefe era indispensable.

Después de los primeros éxitos conseguidos por el ejército alemán a raíz de su entrada en territorio polaco, la gente empezó a pensar que la guerra no duraría mucho tiempo. Y cuando en septiembre se cerraron las negociaciones diplomático-militares con el Este, creímos que las potencias mundiales llegarían a un acuerdo. La ausencia de acontecimientos durante los meses de invierno pareció confirmar nuestra idea.

Seguimos nuestros cursos de adiestramiento. A mediados de diciembre se nos informó que veinte de nosotros habíamos sido destinados a las SS en calidad de oficiales-ingenieros.

Las SS eran, para mí, la "élite" del ejército alemán, y pensaba que el formar parte de ellas debía de significar un honor para cualquiera de nosotros. Las detenidísimas revisiones médicas que se nos hicieron a todos los que participábamos en los cursos nos confirmó, una vez más, las grandes exigencias y las pruebas por las que debían de pasar los hombres pertenecientes a aquella "élite". Tan sólo a doce de nosotros nos hallaron dignos de entrar a formar parte de sus tropas. Debo confesar que me sentí orgulloso de estar entre los doce elegidos, a pesar de ser el de más edad de todos ellos.

Sin embargo, debí aguardar un tiempo antes de que se me llamase definitivamente para ocupar el puesto que se me había asignado. El 21 de febrero me llegó por correo la comunicación: Se me esperaba en Berlín.

Fui destinado al batallón de reserva de las SS "Adolf Hitler", llamado en Berlín "Lichterfelde". Mi suerte quiso que entrara a formar parte de la segunda compañía, llamada "Mondscheinkompanie". El jefe de la misma sentía una especial predilección por hacernos prestar toda clase de servicios por la noche. Así, aprendimos en seguida lo que eran las marchas nocturnas a través de los campos, con recorridos a pie de cuarenta kilómetros.

Me volvieron a asignar una habitación que debía compartir con los reclutas de mayor edad. Mis nuevos compañeros eran médicos,

farmacéuticos e ingenieros. El primer contacto de camaradería suele perdurar siempre. Cuando daba la casualidad, en el curso de los muchísimos días de guerra que siguieron a aquel primer contacto, de que me encontraba con alguno de los que habían compartido conmigo aquella primera época en el cuartel, los dos sentíamos una gran alegría por volvernos a ver.

Se decidió que recibiéramos una corta instrucción de reclutas, la cual debía ser muy intensiva. Cuando estuviésemos convenientemente instruidos, se nos enviaría a los destinos para los que habíamos sido seleccionados.

En algunas ocasiones nos resultaba muy difícil poder competir con los reclutas que contaban con dieciséis o dieciocho años. Debíamos apelar a una gran fuerza de voluntad para no quedar rezagados. Fuimos "exprimidos" al máximo. Aquel período me preparó magníficamente para poder hacer frente al futuro.

En aquella etapa de instrucción, muchas "cabezas duras" nos jugaron la mata pasada de darnos un "exagerado" trato prusiano. Pero quiero ser justo y, por ello, debo decir que lo manifestado anteriormente se refiere al comportamiento de una minoría. Al paso del tiempo me he encontrado con un número tan elevado de gente maravillosa que me mandaba, que mis desagradables experiencias del principio fueron borradas. Y si las expongo es, solamente, para atenerme estrictamente a la verdad y porque llamaron mi atención más que a otros, debido a que ya era un hombre maduro.

Muchos soldados, de otros ejércitos y países, me han afirmado que también ellos pasaron por semejante experiencia.

Era asombroso comprobar lo fácilmente que nos acostumbrábamos a la vida de cuartel; con qué facilidad olvidábamos nuestras costumbres civiles y muchas de nuestras costumbres particulares. Nos fundimos plenamente con la masa anónima formada por los soldados. Sin embargo, echaba en falta mi pasión por las discusiones. Aunque, en realidad, no perdí tal costumbre hasta el final de la guerra; y en muchas ocasiones me fue reprochada por mis superiores.

Entre los oficiales y suboficiales de mi batallón había varios que acababan de intervenir en la guerra de Polonia. Muchas noches, cuando nos reuníamos en nuestra habitación, contaban sus recuerdos de la campaña. A pesar de que todos ellos se sintieran entusiasmados por la aventura que habían vivido y orgullosos de haber empuñado las armas para cumplir un deber, incluso felices por la rápida victoria alcanzada por los alemanes, no

podían ocultar la desagradable impresión sentida por ellos ante las escenas de terror. Habían vivido una dura experiencia; eran jóvenes soldados que maduraron en el curso de unos cuantos días y que se habían convertido en hombres de la noche a la mañana.

Las seis semanas fijadas para nuestra instrucción pasaron en un soplo. Hasta mis más severos superiores me consideraron un "soldado pasable". Me destinaron, unas cuantas semanas, a Hamburg–Langenhorn, donde ingresé en el batallón "Germania". Era mi nuevo destino. En él debía prepararme concienzudamente para ocupar, definitivamente, mi destino de oficial especialista. Pasé unos días maravillosos, durante los cuales fui dándome cuenta de que iba convirtiéndome en un soldado completo. Aunque en algunas ocasiones habría vuelto a la vida civil con alegría. ¡No es fácil perder los hábitos de toda una vida!

Al recibir el grado de suboficial compartía mi alojamiento con otros tres camaradas. Después de cumplir todas las obligaciones de nuestro servicio y de haber sido reprendidos por todos nuestros fallos, entonces, sólo entonces, nos quedaba tiempo para ocuparnos de la marcha de la guerra.

Noruega y Dinamarca habían sido ocupadas por las tropas alemanas el 9 de abril de 1940. Con esta maniobra el ejército alemán se había adelantado a los cuerpos expedicionarios inglés y francés. Ambos adversarios no habían ocultado nunca que debían asegurarse tales posiciones, de gran valor estratégico, si querían tener en sus manos las riendas de la guerra.

En aquella época, no sólo los soldados, sino todos los alemanes, estaban convencidos de que los seis meses de guerra transcurridos en relativa calma era tan sólo el preludio del estallido de la auténtica tempestad.

Todas las noticias extranjeras nos dejaban entrever, claramente, que las polémicas que se iniciaron en torno a Polonia serían una repetición de los sucesos que ocurrieron antes de la primera guerra mundial.

No olvidábamos, tampoco, una cuestión de vital importancia: que la guerra decidiría el destino de Alemania para los próximos decenios.

Ya no era cuestión de simples ideologías. Se trataba de la propia existencia, de un problema de supervivencia.

La guerra no era sostenida contra Adolf Hitler como tal persona y político. Se hacía contra una potencia fuerte que empezaba a ser considerada peligrosa. ¡Iba contra toda Alemania!

Habíamos perdido la oportunidad de evitar, o de terminar, con el gran derramamiento de sangre del que sólo podían sacar provecho "unos terceros" que, en aquellos momentos, estaban tranquilos. No nos quedaba

más que una alternativa: ¡Debíamos servir a nuestra patria como buenos alemanes! ¿Es que acaso podíamos escoger nuestra debilidad, nuestra propia destrucción? ¡En absoluto!

Deseábamos luchar, por todos los medios, para impedir un segundo "Tratado de Versalles". Y precisamente tal idea nos dio las fuerzas necesarias para continuar combatiendo y sosteniéndonos. En este aspecto se pensaba igual tanto en el frente como en la retaguardia de Alemania. Esta idea estaba firmemente arraigada en el simple soldado; en el sencillo hombre del pueblo. ¡Y siguió dominando sus mentes hasta el final!



CAPÍTULO VII

El nombramiento de oficial especialista. – Mi primera intervención en el combate. – Las primeras preocupaciones como jefe de Unidad. – Batalla de tanques en Cambrai. – La tumba de un soldado. – La guerra "nos puede". – ¿A París? – Las factorías de Francia. – "No se puede ser un buen soldado sin ir correctamente vestido". – Hacia la frontera española. – Caza de un tigre en Bordeaux. – Armisticio. – ¿Ha terminado la guerra? – Ocupación de Holanda. – En el Estado Mayor.

El 9 de mayo de 1940, el regimiento "Germania", con todos sus efectivos y pertrechos, fue trasladado al frente occidental que, hasta aquellos momentos, había estado tranquilo. El mismo día de la partida recibí la orden de presentarme en la Comandancia de las SS de Berlín, lo que, en principio, me causó una gran decepción. ¡Se iniciaba la ofensiva en el frente occidental y yo era llamado a Berlín, siendo relevado en un momento tan excepcional!

A mi llegada a la capital tuve que pasar numerosos exámenes en pocos días. El resultado de todos ellos fue que me concedieron la calificación y aptitud para todas las categorías, así como el permiso para conducir toda

clase de vehículos. Pero lo que me causó gran satisfacción fue el certificado que se me entregó de "Oficial de las SS", extendido a mi nombre.

El coronel de las SS, un alto jefe de arma tan distinguida, de nombre Hoffmann, me llamó pasados unos días. Me presentó a un jefe de la reserva, "herr" Rees, un auténtico veterano. Hablamos de varias cosas durante un cuarto de hora antes de que me dijera, de improviso:

—Le incorporo como oficial especialista de mi Sección. Voy a encomendarle su primera misión. En nuestro cuartel de la División "Lichterfelde" hemos recibido ochenta vehículos que usted debe llevar, mañana, a Hamm. Nuestra artillería pesada está a punto de salir para el frente. ¡No olvide que formamos parte de la primera División de las tropas de las SS que debe ir al frente! Tenemos que darnos prisa, ya que, en caso contrario, puede terminarse la guerra sin que hayamos intervenido en ella.

Mi asentimiento, que hice con énfasis, expresó la satisfacción que me había proporcionado la misión encomendada.

El día siguiente fue el responsable del nacimiento de mis primeras canas. Creo que a un gaucho debe de resultarle mucho más fácil conducir una manada de caballos de un sitio a otro, de lo que a mí me resultó mandar una columna de coches conducidos por inexpertos jóvenes que ignoraban lo que era tener un volante entre las manos. Y, además... ¡me había propuesto que no quedase en la carretera ni un solo vehículo! ¡Nunca pude imaginarme que los coches pudiesen tener tantas averías! Cada vez que pasaba revista a la columna, me encontraba con que faltaba alguno que se había quedado rezagado en alguno de los pueblos por los que pasábamos. Apenas conocía a los mecánicos que estaban a mis órdenes; mucho menos a los conductores.

Cuando iba al frente de la columna, sintiéndome orgulloso de mandarla, me entraban, de pronto, toda clase de preocupaciones y temores por lo que pudiera estar sucediendo al final de ella, en la cola. No volví a ver a los mecánicos que mandé para que repararan los coches que habían quedado atrás. Tuve que hacer alto dos veces; a medida que avanzaba, iba perdiendo efectivos.

¡Y todo esto sucedía cuando todavía me faltaban muchos kilómetros de autopista que recorrer antes de llegar a mi destino!

Llegué a Hamm hacia las tres de la madrugada. Pero me faltaban veinte vehículos. No me atreví a presentarme a mi nuevo comandante. Por ello, tomé la decisión de volver atrás. Conseguí recuperar trece coches. Y, pasadas tres horas, regresé a la ciudad, llegando a mi base a las siete de la

mañana. Pasé revista a la caravana de vehículos, medio dormido, y a cada uno de los coches rezagados que se incorporaba lo recibía como al «hijo pródigo».

Sin embargo, no me sentí satisfecho del todo hasta que se presentó un mecánico que me informó el lugar exacto donde se encontraban los restantes coches no llegados. Horas más tarde me presenté al comandante, al que di la novedad, informándole del número de coches llegados. Pareció muy satisfecho con mi hazaña, lo que me llenó de asombro. En tal momento me enteré de que todos los preparativos debían estar terminados la noche de aquel mismo día, ya que la salida estaba fijada para el día siguiente.

Iniciada la marcha pasamos por la antigua ciudad de Kronung, saludados por los vítores de multitud. Después de unos cuantos kilómetros llegamos a la frontera y entramos en territorio enemigo. Todos nos preguntábamos qué sucedería entonces.

Apenas nos fijamos en la destrozada barrera fronteriza; sabíamos que íbamos hacia la guerra; pero no encontrábamos ninguna de sus señales, ninguna huella dejada por los combates. Los primeros embudos causados por las bombas y proyectiles artilleros fueron cosa nueva para nosotros; los miramos curiosamente.

Pero no podíamos detenernos. Estábamos obligados a continuar hacia adelante, pasase lo que pasase. Los belgas con los que nos encontramos durante las breves paradas que hacíamos no se mostraron descorteses, pero sí recelosos.

Llegamos a Lüttich de noche; lo dejamos atrás y acampamos en una colina. Fue aquélla la primera vez que acampábamos al aire libre. Durante la noche fue llegando nuestra artillería pesada por ferrocarril. Entonces comenzaron mis preocupaciones, puesto que tuve que efectuar un trabajo gigantesco. Las máquinas de los trenes avanzaban muy lentamente, pues el peso que arrastraban era enorme. Esto nos ponía nerviosos, porque nosotros teníamos prisa en llegar al frente. Y si una locomotora no podía avanzar, quedaba atrás una de las doce piezas de artillería pesada perteneciente a la sección nuestra. ¡Y no teníamos más remedio que alcanzar, lo antes posible, nuestra División, que ya estaba en primera línea! ¡No teníamos más remedio que llegar al "caos de la guerra"!

Era extraño pensar que debíamos darnos prisa en llegar al lugar donde, probablemente, la muerte decidiría apoderarse de nosotros. Pero también pensábamos que nuestro deber era servir a nuestra patria; y que, tal vez,

nuestra pequeña contribución podría servir para acortar el tiempo de duración de la guerra. No teníamos más remedio que avanzar pensando sólo en nuestro deber. ¡Nada más!

Pasadas unas horas continuamos nuestra marcha. En Dinant nos encontramos con el primer convoy de prisioneros, jóvenes soldados belgas que eran trasladados a un campo de concentración escoltados por unos cuantos soldados de la policía militar. Marchaban con la cabeza abatida, arrastrando los pies como si estuvieran inmensamente cansados. ¿Cuáles serían los pensamientos que dominaban sus mentes? Era probable que desearan que la guerra terminase lo antes posible; igual que nosotros. Sabían que no podrían regresar a su patria ni volver a ver a sus familias hasta que se hiciera la paz. Era muy probable que se sintiesen humillados por ser tratados como prisioneros en su propio suelo y, por ello, no osasen enfrentarse con las miradas de sus compatriotas.

Dejamos atrás Givet, Chimay e Hirson. Sabíamos que nos acercábamos a la frontera. Frecuentemente nos sobrevolaban escuadrillas de nuestra propia aviación; después, regresaban a sus bases volando bajo y en perfecta formación. También se daba el caso de que una de las escuadrillas seguía su vuelo por encima de nosotros, y tardaba en regresar. Y cuando lo hacía, volvía algo mermada. Cuando, al hacer un alto, oímos un lejano cañoneo, nos miramos los unos a los otros. La guerra enviaba su eco a nuestro encuentro; pronto, muy pronto, intervendríamos en ella. No "íbamos a hacer la guerra" como si se tratara de un vulgar juego de niños. Íbamos a "participar" en ella en tanto hombres, conscientes de nuestro deber. Este deber nos obligaba a avanzar, a seguir adelante. ¡Tal vez a encontrar la muerte!

Alineados en fila, hicimos otro alto al borde de la carretera, procurando que cada vehículo quedase oculto entre los árboles. Las órdenes recibidas señalaban que entre cada vehículo debía haber una distancia de separación de unos veinte metros; debíamos aprovechar todo lo que pudiera servir para cubrirlos, para enmascararlos, usando cualquier clase de camuflaje. Más tarde pudimos comprobar que el combate nos movía a efectuar tales operaciones aunque no hubiesen sido ordenadas con anterioridad. Nos repartieron el rancho y comprobamos que sabía muy bien una marmita llena de habichuelas, comidas al borde de la carretera, en una cuneta. ¡No importa que esté llena de polvo y éste se quede entre los dientes!

Vimos otra fila de prisioneros que desfilaba ante nosotros, los rostros cansados, llenos de polvo, cubiertos de sudor. Por sus uniformes supimos

que eran franceses. Iban seguidos por otra fila de ingleses, que mostraban el mismo aspecto que aquéllos. Muchos de nuestros hombres les ofrecían un pedazo de pan; incluso un conductor de mi vehículo ofreció su cantimplora a uno de los prisioneros, que parecía muerto de sed. Comprobé, una vez más, que no existía odio entre las juventudes europeas.

Pasamos por Le Cateau y por otras pequeñas ciudades que apenas estaban destruidas. Ya estábamos en Francia. Al anochecer entramos en Cambrai, y recordamos que dicha ciudad había sido el escenario de la primera batalla de tanques habida en la primera guerra mundial. Nos desviamos hacia la derecha de la carretera, pasamos por unos campos de trigo y entramos en un pequeño bosque.

Nuestro comandante, mayor Rees, nos había precedido, teniendo en cuenta que durante el verano se efectúan los combates más decisivos. Nos dieron orden de acampar; buscamos las casas del campo para hacernos en ellas con agua. Los campos estaban llenos de huellas dejadas por las orugas de los tanques. En un cielo carente de nubes, brillaba un sol radiante; un viento suave nos traía el aroma de los campos.

Fue entonces cuando vimos los primeros muertos. Eran sol dados marroquíes que vestían el uniforme francés; seguramente habrían intentado en vano detener el avance de nuestros tanques. Conservaban aún, junto a sus cuerpos, el armamento; sus cascos, abollados, apenas dejaban ver sus rostros. Deducimos que las pérdidas del enemigo deberían de ser muy elevadas. Al abandonar una finca encontramos a un soldado negro cuyo medio cuerpo estaba sumergido en una fuente. ¡Se nos quitó la sed instantáneamente! Regresamos en silencio de nuestra breve descubierta y pusimos el "seguro" a nuestras armas; sabíamos que allí no las necesitaríamos.

Dormimos en el suelo, al lado de nuestros vehículos. El cansancio venció la excitación de nuestros nervios todavía en disposición de reaccionar ante el pensamiento de que estábamos en un campo de batalla en el que había muertos.

Inesperadamente, oímos el rugido de motores. ¡Alarma aérea! Vimos un gran resplandor a la derecha del sitio donde nos encontrábamos. Inmediatamente estallaron las primeras bombas en torno nuestro. Nos precipitamos a buscar refugio en el bosque cercano. Todavía éramos novatos, lo que no nos permitió apreciar la exacta distancia de las explosiones. Nos quedaba mucho que aprender, ¡muchísimo!

La incursión aérea duró poco. Di una vuelta para comprobar las pérdidas que habíamos sufrido. Vi unas cuantas siluetas que se dibujaban, en la oscuridad; los puntitos rojos de varios cigarrillos encendidos me tranquilizaron. No reñí a mis hombres por fumar, aunque estaba rigurosamente prohibido; sabía que necesitaban calmar sus nervios y que no disponían de otro medio para conseguirlo. Aunque, también, tenía mis dudas en torno a los motivos de tal prohibición, ya que me parecía que era prácticamente imposible que los aviadores vieses desde arriba las ascuas luminosas de los cigarrillos. Nuestras propias sombras denotaban mucho más peligrosamente nuestra presencia.

Las bombas sólo habían caído peligrosamente cerca del emplazamiento donde nuestra columna formaba una especie de ángulo. No hubo ni un herido, y el único desperfecto, el de la carrocería de un camión de carga pesada. ¡Se trataba, nada menos, que de un camión que transportaba municiones! Habíamos vuelto a tener la suerte de nuestro lado, ya que de haber sido alcanzado el camión de lleno habríamos tenido un verdadero "fuego de artificio". De pronto tropecé con un montículo de tierra. Vi que sobre él se erguía una cruz de madera. Era la tumba de un compatriota, de un soldado alemán. La lumbre de mi cigarrillo me permitió leer la fecha que figuraba sobre la cruz; era la del día anterior... ¡Ya nos hallábamos en pleno escenario de la guerra!

Estábamos enfrascados en agradable conversación cuando vimos que se aproximaba un enlace; nos dimos cuenta de que se acercaba por el faro de su motocicleta. Hizo varias aclaraciones a nuestros jefes y comprobó algunos datos sobre un mapa que llevaba, alumbrándose con linterna. Se hizo un denso silencio que no tenía nada de agradable. El enlace nos mostraba un determinado punto de la carretera, informándonos que en él, precisamente, acababa de chocar con una mina el coche en el que viajaba el comandante Rees, jefe de nuestra unidad, que había muerto en el acto. El oficial que le acompañaba y el conductor estaban gravemente heridos. Todo había ocurrido apenas una hora antes. ¡Nuestra compañía acababa de pagar su primer tributo de sangre a la guerra! La guerra había venido a nuestro encuentro, demostrando ser más rápida que nosotros.

El capitán Werner tomó el mando de la unidad. Se nos ordenó que estuviésemos preparados por la madrugada para reemprender la marcha. Me ordenaron que volviese atrás con mi formación de tanques para abastecerlos de carburante. No fue fácil avanzar, pues los tanques chocaban unos con otros. Procuramos cumplir lo más rápidamente la orden recibida

para estar de regreso lo antes posible. La organización alemana de suministros que debía abastecer a las tropas empezaba a tropezar con dificultades, cosa comprensible, pues había de tenerse en cuenta la rapidez del avance. Encontramos los depósitos en las proximidades de Hirson. Llenamos los tanques de reserva y conseguimos incorporarnos a nuestra unidad a las ocho de la mañana.

Pasamos por Bapaume en dirección a Péronne; pudimos apreciar que aquellas dos pequeñas ciudades habían sufrido mucho los efectos de la guerra. Un puente, recién construido, nos facilitó el paso del Somme.

Una vez lo hubimos atravesado nos vimos forzados a hacer una larga parada, ya que varias columnas de prisioneros y varias unidades que se dirigían al frente llenaban la ruta. Como disponía de un poco de tiempo, aproveché la ocasión para dar una vuelta por las cercanías. Llegué hasta lo que debió ser un puesto francés, donde descubrí un camión pesado. Lo inspeccioné detenidamente y pude apreciar que estaba en perfectas condiciones, pero no tenía gasolina; su depósito estaba vacío. El astuto conductor, que había desaparecido, cosa presumible, lo había vaciado de aceite y arrancado la "puesta en marcha". Ordené que reparasen el vehículo en un garaje cercano; llené de aceite y gasolina los depósitos, ya que teníamos abundancia de ambos carburantes, y lo incorporé a nuestra sección para utilizarlo. Nos vino muy bien, pues habíamos perdido varios camiones.

En el asiento del conductor hice un descubrimiento que me alegró. Encontré varias guías "Michelin" de las carreteras de Francia que nos servirían mucho para orientarnos; tanto como nuestros mapas. Y en el garaje me facilitaron más guías, que me sirvieron de gran ayuda. Repetí la operación en varios pueblos más por los que pasábamos con los mismos resultados. Al poco tiempo tenía en mi poder unos ochenta mapas, algunos de ellos repetidos.

Mi jefe de sección se sintió muy satisfecho cuando le obsequié con los mapas que tenía repetidos. Comprobamos que eran perfectos, de gran exactitud, lo que supuso una gran suerte para nosotros. Los más insignificantes detalles figuraban en ellos; esto nos sacó de apuros en varias ocasiones.

Continuamos nuestra ruta hasta Saint Quentin, pudiendo darnos cuenta de que sólo unas cuantas casas presentaban las fachadas con desperfectos ocasionados por la guerra, y que su imponente catedral continuaba incólume, alzando hacia el cielo sus agudas torres. Nos enteramos de que la

ciudad había sido evacuada por un elevado número de personas civiles; no tardamos mucho en ver, en las carreteras, a muchos fugitivos que se dirigían hacia el Sur. Al vernos llegar se detuvieron al borde de la ruta. Era un torrente humano que contribuía a aumentar el caos, los padecimientos y las privaciones que la guerra provocaba en todo el país.

Nosotros nos esforzábamos en tranquilizarles y en hacerles comprender que debían regresar a sus lugares de origen.

Todavía recuerdo perfectamente la conversación que sostuve con una mujer que estaba sentada en la carretera al pie de su coche parado. A la sombra del vehículo dormían sus cuatro hijos. Procedía de Lille y durante cuatro días estaba circulando por las carreteras. Su ciudad había sido invadida por una súbita fiebre de huida cuando los habitantes se enteraron de que las tropas alemanas habían roto el frente francés; cuando supieron que la guerra se acercaba a ellos a pasos agigantados, emprendieron la huida. Al cabo de poco tiempo, ella encontró todas las rutas taponadas por las tropas francesas y no pudo continuar avanzando.

Se vio obligada a estar varios días en los bosques o en pleno descampado, abrasada por el sol. La guerra no había respetado su retirada; pero, no obstante, consiguió llegar felizmente hasta allí. Se le había agotado la gasolina. La primera pregunta que me hizo fue hecha en tono vacilante:

—Ou doit aller moi? Est-ce que vous voulez me donner d'essence? Savez-vous, monsieur, notre route, la meilleure direction!

A mí sólo me cabía darle el acertado consejo de que regresase a su ciudad, a su casa, lo antes posible. Todo lo que pude hacer por ella, fue darle un pedazo de pan y una lata de conserva; ésta fue la única ayuda efectiva que pude proporcionarle.

Aquellas largas columnas de evacuados que, casi siempre, ignoraban adónde se dirigían, tropezaron con nosotros en todas las carreteras que conducían al Sur. Aquellos que habían conseguido llegar más lejos eran los más desdichados de todos; habían agotado todas sus fuerzas; no les quedaban ánimos para volver, de nuevo, a sus ciudades y hogares.

Varias de nuestras divisiones continuaban luchando en el valle del Oise. Sin embargo, no podía decirse que existiera un verdadero frente. Nuestras tropas se enfrentaban con los restos del ejército francés que continuaba combatiendo aquí y allá. Ello obligó a nuestra Sección a desplazarse sin descanso, pues nuestra artillería pesada era necesaria en sectores distintos.

Roye, Montdidier y Cuvilly fueron nuestros objetivos. Los cruces de la carretera que conducían a París quedaron interceptados. Los combates

aislados entorpecían nuestra marcha, hasta que tuvimos la oportunidad de dar un rodeo utilizando caminos vecinales y pudimos descubrir a las baterías enemigas, que fueron bombardeadas por nuestra aviación.

Sentíamos curiosidad por saber si nos dirigíamos directamente a París; pronto supimos que nuestra Sección tenía otro objetivo. Debíamos efectuar un gran rodeo en torno a la capital de Francia. Por la noche fuimos atacados por la aviación enemiga en Noyon. Por encima de nuestras cabezas había un continuo resplandor y las bombas caían en torno nuestro. Tuvimos, forzosamente, que hacer un alto y nos vimos obligados a tendernos cuerpo a tierra, pegados a la hierba o buscando protección al lado de nuestros vehículos. ¡Cuántas veces, más tarde, recordaríamos aquella etapa de la guerra, que tan fácil nos resultó y a la que denominamos "fuerza por la alegría"! Por entonces apenas nos sentíamos amenazados. Sabíamos que la victoria estaba de nuestra parte y que la suerte era nuestra compañera en todo momento.

¡Para muchas unidades de nuestro Ejército, así fue la campaña occidental!

Nuestra marcha a través de Chauny, Soissons, Villers-Cotteres, Château Thierry, Epernay, Châlons-sur-Marne, Saint Dizier, Châtillon-sur-Seine, Coulmier-le-Sec, Préey-Pouilly-Autun, no podía considerarse más que como una persecución del ejército francés en derrota y desbandada. Todo hacía suponer que la suerte de la guerra ya estaba decidida, y que nuestra velocidad en el avance se debía a que queríamos tener la seguridad de que cayeran en nuestras manos fábricas de armamento de Francia, las grandes industrias de Le Creusot.

El 10 de junio de 1940 se concedió a nuestra unidad un período de descanso en Marmagne. Recibimos la orden de recuperar todos los vehículos que habían quedado a nuestra retaguardia y repararlos perfectamente. Muchos de aquéllos no habían sufrido ningún desperfecto; solamente se habían quedado rezagados por diversas causas. La recuperación de dichos vehículos fue nuestro cometido.

Montamos nuestras tiendas de campaña e iniciamos una vida de campamento. Mis camaradas se tumbaban sobre la hierba para tomar el sol; mi conductor y yo éramos, casi, los únicos que no disponíamos de un momento de reposo. Cuando una tarde regresé al campamento tuve que hacer frente a la ira del nuevo comandante que ostentaba el mando, a causa de que mi conductor acababa de quitarse la guerrera y la camisa y estaba sentado al volante con el torso desnudo. Nos había visto en el preciso

instante que nos dirigíamos al garaje y nos llamó. Recibí el mayor "rapapolvo" de mi vida. Estaba acostumbrado a ser reprendido por mis superiores, pero el vapuleo que se me dio aquel día superaba a todos. Diríase que el comandante Werner consideraba como una afrenta a su persona, en particular, a Alemania, en general, que un soldado del Reich enseñase su torso desnudo. Me propinó gran cantidad de "amabilidades" que parecían alfilerazos; la larga retahíla terminó con la frase siguiente:

—Un soldado alemán no es digno de ser considerado como tal si no lleva abotonado hasta el último botón de su guerrera. Es usted responsable de atentar contra la dignidad del ejército alemán en un país extranjero que, además, está en guerra con nosotros. ¡Su comportamiento parece dar a entender que quiere usted desprestigiarnos!

No quise ni pensar que, apenas hacía unos segundos, yo acababa de abrocharme el botón superior de mi guerrera. Ya había aprendido a presentarme a los oficiales de una graduación superior a la mía. Pero, ¡mis sudores me había costado!

Por ello, me limité a contestar el usual "Jawohl" alemán con toda la energía que me permitió mi voz. La desagradable escena terminó con estas palabras que el comandante me espetó:

—¡Nunca conseguiremos hacer de usted un buen soldado, Skorzeny!

A esto no respondí con el clásico "Jawohl". Habría resultado inapropiado en un caso semejante.

Una noche se produjo un incendio: una locomotora fue devorada por las llamas. De todas partes corrimos hacia el lugar del siniestro. Pero no pasó mucho tiempo sin que debiéramos tirarnos al suelo para cubrimos. Los proyectiles de 15 cm., que estaban en uno de los vagones, habían sido alcanzados por las llamas y estallaban con un estruendo ensordecedor. Nos vimos obligados a retroceder; la situación era peligrosa, parecía que estábamos en un auténtico campo de batalla. No nos fue posible salvar nada. Al llegar a mi coche mi conductor me recibió diciéndome:

—No creo que esos "fuegos artificiales" hayan sido encendidos en su honor, pero tómelos como una ovación en su honor. ¿Puedo felicitarle por su cumpleaños?

¡Qué extraño, yo mismo me había olvidado de mi cumpleaños! Como no estábamos en primera línea, podíamos permitirnos el lujo de organizar una pequeña fiesta. ¡Dicho y hecho! No fue difícil encontrar una pequeña hostería. La patrona se avino a hacernos una ligera comida y el camarero afirmó que podía encontrar algo para "remontar nuestro ánimo". Nosotros,

como miembros del Ejército de ocupación alemán, podíamos encontrar unas botellas de champaña por muy poco dinero; una botella costaba, entonces, diez francos, o sea, cincuenta "pfennig". Mis camaradas aceptaron entusiasmados asistir a la fiesta invitados.

Todos ellos eran soldados de mi División. Fueron obsequiados con una sopa, pescado al horno y huevos revueltos. Unas cuantas copas de coñac y un gramófono hicieron las delicias de la sobremesa.

Encontramos dos muchachas en el mismo lugar donde celebramos la fiesta. ¡No puede extrañar, pues; que nos esforzásemos en obtener sus favores, máxime teniendo en cuenta que vivíamos como anacoretas! Todo hacía suponer que el poco francés que había aprendido en la escuela, acompañado por una elocuente mímica y por todos aquellos gestos que pueden ser considerados "internacionales" en los agradables y anchos dominios del amor, me harían salir triunfante en mi empresa. Conseguimos que las muchachas se dejaran invitar, incluso que bailasen con nosotros. Nos dijeron que estaban allí en condición de evacuadas en unión de su "jefe", un alto empleado estatal de París, pero no pudimos sacarles el motivo de su voluntario exilio.

Una de las chicas, cuyo pelo era negro como el azabache, se portó conmigo de una manera muy natural; charlamos como suele hacerlo cualquier pareja joven que acaba de encontrarse. Sin embargo, la otra, una rubia despampanante, era recelosa en extremo y su recelo fue aumentando a medida que avanzaba la velada. Por pura casualidad entendí algunas partes de la conversación que sostuvieron ambas cuando me disponía a salir de la estancia. No entendí todas sus palabras, pero sí las suficientes para darme cuenta de que la rubia reprochaba a su compañera, la morena, su amabilidad para con los "baches". Fue la primera vez que oí la despectiva palabra con la que los franceses se referían a nosotros, los alemanes. La oí por vez primera, pero conocía perfectamente su significado, ya que había sido usada en la primera guerra mundial.

Algo más tarde, me informé de la procedencia de las dos jóvenes. Y así supe, lo que me dio que pensar, que la morena estaba casada con un oficial francés de artillería y que desconocía el paradero de su marido. Pero... ¡no nos miraba como enemigos!

En cambio, la otra se apellidaba Müller y hablaba un excelente alemán, cosa que nos había ocultado durante la velada. Era alsaciana; sus padres sólo tenían la consideración de franceses desde 1918. ¿Es que acaso, me pregunté, los alemanes no se consideran como tales si no lo son en un

ciento por ciento? ¿Es posible que los alemanes de origen se apresuren a renegar de nosotros cuando se convierten en súbditos de otro país como consecuencia de un simple tratado firmado entre varias naciones? Mis pensamientos empañaron la alegría del día de mi cumpleaños; intenté consolarme diciéndome que las excepciones confirmaban la regla.

El 14 de junio recibimos la orden de marcha. Se nos ordenó que, describiendo un amplio círculo, nos dirigiésemos hacia el Sur hasta llegar a la frontera española.

Pasamos por Rouvray y, en Troyes, alcanzamos el Sena. Fue entonces cuando tuve ocasión de ver de cerca el "trabajo" efectuado por nuestros bombarderos. El puente había sido reparado recientemente; sin embargo, se veía claramente que los aviones habían hecho todo lo posible para vencer la resistencia francesa arrojando bombas contra las casas situadas a ambos lados del mismo. No exagero al decir que vi unos doscientos metros cuadrados de ruinas. Sin embargo, las demás casas estaban intactas. A pesar de todo, la población no nos recibió con animosidad. ¡Cosa extraña, pero cierta! Continuamos nuestra marcha vertiginosamente, dejando atrás las ciudades de Orleáns, Bleis, Bourges y Limoges.

Pero como parecía que nuestra marcha no podía estar desprovista de aventuras, en Bordeaux tuve que intervenir en una "cacería de tigres". Cuando llegué a la ciudad al anochecer, algo rezagado, otra de nuestras divisiones hacía una especie de desfile en la plaza de St-Genés. Mi conductor se encontró con un compañero de colegio, y yo les permití que hablaran de sus antiguos recuerdos. Como quería echar un vistazo a la ciudad, di un paseo en coche por las orillas del Garona. Las casas no estaban tan apiñadas como en el centro; hasta había varios descampados.

Decidí luego visitar las estrechas callejas, que son las que dan verdadero ambiente a la ciudad. Conduje muy despacio y observé con mucha atención todo lo que me rodeaba. De pronto me enfrenté con una masa de gente que venía a mi encuentro chillando desaforadamente. Unas cuantas personas se subieron en los estribos de mi coche. No pude comprender lo que decían, salvo una sola palabra:

—Bête!; bête!

Al mismo tiempo me señalaban una calle. Pero se apresuraron a saltar del coche cuando me dispuse a entrar en ella.

La calle, al parecer, estaba vacía. Al principio no pude ver nada. No tardé en darme cuenta de que todas las ventanas estaban llenas de personas excitadas, que apuntaban hacia el extremo de la calle, la cual desembocaba

en una plaza. Fue entonces cuando vi el motivo de tanta alarma: ¡Un tigre masticaba impassible cerca de la última casa!

Me apresuré a detener el coche. Lo primero que pasó por mi imaginación fue que la bestia acababa de destrozar a una persona. Pero en seguida me di cuenta de que lo que comía era un simple trozo de carne. Empuñé mi pistola del 7,65, pero me pareció un gesto ridículo. Noté que me invadía la fiebre del cazador y que no podía volverme atrás. Recordé que el fusil de mi conductor estaba en la parte trasera del coche. Lo tomé, al tiempo que las voces excitadas de las personas asomadas a las ventanas contribuían a aumentar mi emoción. El tigre me miró, mas no prestó a mi persona la más mínima atención.

Retiré el seguro del arma, tensé mis músculos y apunté. Cesaron de pronto las voces y me sentí más tranquilo. Fijé la puntería entre los omoplatos de la fiera, como si se tratara de un ciervo. Mi amor propio de cazador me vedaba disparar sobre el tigre mientras estaba echado tranquilamente. Pero, a pesar de todo, disparé una y otra vez. Extrañamente, el tigre no dejó escapar un solo gruñido. A mí me parecía imposible no haber hecho blanco. La fiera dejó la carne que sostenía entre sus zarpas y se levantó pausadamente. Disparé por tercera vez y me di cuenta de que le había herido. El enorme gato se dobló y cayó al suelo.

Yo tenía la impresión de que era un ser irreal, absurdo. ¡Nunca hubiese podido imaginar que iría a disparar sobre un tigre en una callejuela de Bordeaux! Una idea me vino al pensamiento: "¿No he leído en alguna parte que en la India se cazan los tigres disparando desde un coche? Pero... ¡Yo no estoy en la India!"

Me encontraba a unos ciento veinte metros de mi presa. Debía acercarme a ella para rematarla. No sabía qué hacer, si acercarme al tigre o volver a disparar desde donde me hallaba.

Las gentes empezaron a salir de sus casas. Pero en cuanto veían que el felino hacía el más leve movimiento, volvían a refugiarse en los portales. Subí de nuevo al coche y avancé unos ochenta metros más en dirección adonde estaba el tigre. Hice alto y volví a apuntar; disparé y aquella vez la bala entró por entre los ojos del animal. El tigre emitió un rugido de dolor que nos heló la sangre. Acto seguido expiró.

La calle se llenó de personas que se acercaron a la fiera, la observaron atentamente y me rodearon excitadas. A medias comprendí sus explicaciones: el tigre debía haberse escapado de algún circo cuando éste estaba embarcando sus bagajes en la estación; muy probablemente se había

aprovechado de la confusión creada por la llegada de las tropas alemanas para escoger la libertad. Seguidamente, debió de haber asaltado una carnicería cercana en la que se había hecho con el trozo de carne que tenía entre sus garras, buscando luego una calle tranquila para devorarla. No había duda de que el animal no era peligroso, y me avergoncé de haberle dado muerte. Tenía la convicción de que mis camaradas se reirían si les contaba mi reciente aventura. ¡Un oficial de las SS dando muerte a un tigre que se había escapado de un circo!

Ofrecí el animal al perjudicado carnicero y le rogué que me diera su piel. No conté a nadie mi extraña aventura; la guardé en silencio como si hubiese cometido una mala acción.

Cuando regresé a Bordeaux al cabo de unas semanas y en ruta hacia Holanda, volví a buscar aquella callejuela. El carnicero cumplió su palabra. Me dio la piel del tigre y me regaló unas cuantas salchichas. ¡Mi hazaña tuvo su recompensa!

Terminada la aventura, y ya con mi unidad, reanudamos la marcha en dirección a Bains, Bayona y Biarritz, viajando por rutas maravillosas. Y así llegamos a la frontera española.

El 22 de junio, por la tarde, sábado, recibimos la noticia de que se había firmado el armisticio. ¡Habíamos derrotado al único enemigo de Alemania que podía ser considerado como una gran potencia!

Una pregunta surgió en mi espíritu: ¿Será capaz Alemania de abstenerse de imponer condiciones duras y de tener un gesto magnánimo con Francia, pensando que con ello podrá obtener la simpatía de un probable aliado? Habíamos terminado victoriosamente la invasión. Pero, ¿sería esto el final de la guerra?

Todos nos sentíamos muy alegres. Todos esperábamos una paz próxima y duradera. Fuimos acantonados y alojados en los cuarteles de Dax. En esta población también había un campo de aviación francés lleno de numerosos aviones que habían sido abandonados. Dedicamos los siguientes días a inspeccionar detenidamente el campo y a ejercitarnos en el manejo de los aviones enemigos. Pero cuando el campo de aviación fue entregado a las unidades de la Luftwaffe, entre los que figuraban algunos de mis viejos camaradas de Viena, ya no nos fue posible continuar con aquella diversión.

Tan sólo algunos baños ocasionales nos evadieron de nuestras obligaciones de soldados. Los días de tranquilidad transcurrieron con gran rapidez. Pronto volvió el servicio a ser practicado con arreglo a las antiguas normas. El rudo pero cordial ambiente de cuartel, con todas las durezas

innecesarias para soldados que están en el frente, volvió a recobrar entre nosotros su primacía absoluta.

Creíamos haber terminado una campaña bélica importante, y no dejábamos de pensar en las probables consecuencias de la misma. Nuestro futuro estaba en manos de una dirección que tenía toda nuestra confianza. Sabíamos que encontraría la solución oportuna en el momento indicado y que nos daría las órdenes oportunas cuando fuera preciso. Tampoco dudábamos de que las obedeceríamos, a pesar de que, tal vez, no estuvieran concordes con nuestros deseos.

Pensábamos en nuestros hogares. Y en lo bien que podríamos pasarlo si volviera a imperar la paz. Al cabo de poco tiempo una gran parte de los reservistas obtuvieron permiso para volver a sus casas. Todo hacía suponer que los altos mandos de la Wehrmacht estaban convencidos de haber llegado al final de sus actuaciones. Observamos la rapidez de la campaña de Occidente con ánimo alegre, feliz y sereno. Pero nunca nos sentimos orgullosos de haber vencido sin grandes dificultades, ni nos consideramos superiores a nuestro adversario. Nos limitábamos a sentirnos satisfechos de haber cumplido con nuestro deber plenamente y de una forma rápida, tajante, eficaz y, posiblemente, fácil. Creo que la palabra justa para definir nuestro estado de ánimo por aquel entonces es: liberados. ¡Nos sentíamos liberados por haber podido cumplir satisfactoriamente nuestra misión!

Rápidamente pasaron "los bellos días de Aranjuez" que vivimos en la magnífica Francia.

Una inesperada orden movilizó a nuestra División hacia Holanda, en calidad de tropas de ocupación. Como todas las órdenes que eran dadas por el Alto Mando alemán, ésta debía ser cumplida sin dilación. Ello nos obligó a cubrir en un solo día las grandes distancias que nos separaban del Norte.

Pasamos por Augulema, una bella ciudad francesa asentada sobre una montaña. Allí recibí la orden de recuperar todos los vehículos que habían quedado en el camino y reparar los que hubiesen tenido averías. Así, con mi columna, volví a pasar por Limoges, Châteauxroux y Bourges. La noche la pasamos acampados al aire libre, junto a un arroyo. Todas las ocasiones en que debimos tratar con la población francesa, fuimos recibidos cordialmente por ella, con grandes muestras de amabilidad; incluso se apresuraban a prestarnos ayuda. Pedíamos los datos que necesitábamos a los campesinos, o a los mecánicos que trabajaban en los garajes de las ciudades. Todos ellos se mostraban satisfechísimos de que, al parecer, la guerra hubiera terminado. No obstante, algunas muchachas y mujeres se

portaban hoscamente con nosotros, los invasores. Debo añadir que no me desagradó su forma de comportarse.

Continuamos nuestra marcha. Pasamos por Tours. Chartres, Melun, Soisson y Laon y proseguimos hacia Maubeuge, por donde cruzamos la frontera belga, pero esta vez por su parte norte.

Me vi obligado a hacer muchos altos a consecuencia de las frecuentes averías. Pude darme cuenta de que todos los talleres, todas las fábricas, volvían a trabajar; ello causaba un efecto magnífico sobre los obreros. No vi un solo rostro que expresara odio, ni escuché imprecaciones amenazadoras. Lo único que comprobé entre los obreros fue una fría indiferencia. Tan sólo en una ocasión fuimos amenazados. Una mujer, en Maubeuge, nos mostró su puño cerrado, aunque me queda la duda de si tal gesto fue provocado por un involuntario empujón que le dimos.

Atravesamos la frontera con Holanda por Maastricht. Logré recuperar más de cincuenta vehículos; ya mandaba una auténtica columna. Yo conocía Holanda por haberla visitado con anterioridad. Me sentí muy contento de volver a ver sus bellas casas y sus aseadísimos habitantes. Parecía que la guerra no existiese, que estuviera realizando un viaje de placer. Las gentes que me rodeaban se portaban de una manera naturalísima; estaban tranquilas, confiadas. ¿Era posible que hubiesen olvidado lo sucedido?

Cada vez que entraba en un restaurante me parecía estar soñando. Podía adquirir cosas que hacía tiempo ya no existían en Alemania, por un precio realmente irrisorio. Hicimos el último alto en Hertogenbosch. Se nos alojó en un cuartel, y mis hombres se sintieron dichosos al ser invitados a una fiesta. En ella se encontraron con enfermeras alemanas de la Cruz Roja que les hicieron agradable la velada. Como habíamos pasado mucho tiempo en las carreteras, nos pusimos muy contentos por poder celebrar nuestra llegada con unas horas de asueto, que se nos ofrecían muy felices.

Aproveché la ocasión para hacer una visita a una familia que conocía desde años antes, a pesar de que no había vuelto a verla desde 1920. El matrimonio que, por aquel entonces, estaba recién casado, poseía una hermosa casa en el centro de la ciudad. Me recibieron con gran amabilidad. Y cuando me hallaba sentado en la sala de estar de los dueños de la casa, charlando animadamente con ellos, pude comprobar que el matrimonio no había cambiado en nada, que conservaba muchas de las costumbres que llamaron mi atención cuando les conocí: los cigarrillos "Camel" que fumaba la señora, la característica sonrisa del marido, que reconocí en

seguida. Los hijos, nacidos en el paso de los años, se mostraron muy interesados en saber "cosas nuevas". Yo me vi en un aprieto cuando tuve que contarles todas "mis aventuras".

No me sorprendió mucho saber que mi anfitrión consideraba como natural el que el nacional-socialismo fuera infiltrándose en Holanda, y que tuviera muchos simpatizantes. Se mostró muy explícito con respecto a sus temores, que giraban en torno del problema religioso. Temía ser obligado a renegar de sus creencias católicas, que estaban profundamente arraigadas en su alma. Sólo pude responderle que consideraba que la religión era algo de suma importancia y que nada tenía que ver con la política.

La tarde del día siguiente pasé por Utrecht con mi columna. Y, al fin, llegué a Amersfoort, acantonamiento de mi regimiento de Artillería. No tardando mucho pasé a formar parte del Estado Mayor. Y en julio de 1940 fui incorporado en mi condición de oficial subalterno. Mi superior más inmediato era el capitán Schâfer, ingeniero, al que me unía una sincera amistad. Cuando nos encontrábamos no me sentía ante él como ante un superior; me hallaba con un amigo que había compartido conmigo los días en que, en Viena, nos dedicábamos a las carreras de coches. Nos reuníamos muchas veces cuando no estábamos de servicio, y pasábamos juntos agradabilísimas veladas que, después, recordábamos con deleite. Incluso el comandante de mi regimiento, Hansen, no me trataba como tal superior. Estaba en el ejército desde hacía años y era un veterano de la primera guerra mundial. Sus "pinceladas poéticas" —era escritor, cosa de la que me enteré más tarde—, le hacían extraordinariamente simpático. Se mostraba sumamente correcto, y no nos "pasaba" nada.

Los camaradas de mi sección me recibieron amablemente, a pesar de considerarme "el nuevo". Pero lo que más nos alegró a todos, sin excepción alguna, fue la concesión de un permiso, dado en grupos, para visitar a nuestros familiares.

Ver que mi patria tomaba con calma las limitaciones traídas consigo por la guerra, me tranquilizó mucho. Todos los habitantes de la retaguardia aceptaban, como una cosa natural, el racionamiento; no se quejaban por comer carne sólo dos veces por semana y de tener que tomar leche en polvo. Pero, en contraste con esto, los niños no carecían de nada. Era sabido que el Estado hacía todo lo posible para velar por todos, dentro de sus posibilidades.

El pueblo no se mostraba entusiasmado por la guerra, ni por las victorias alcanzadas. Pero aceptaba con resignación los tiempos difíciles y procuraba mostrarse a la altura de las circunstancias.

Ni la rápida victoria sobre Francia había entusiasmado a mis compatriotas. No obstante, había acrecentado las esperanzas que se tenían de una próxima paz. Las gentes no se habían olvidado de reír. Pero su alegría me pareció artificial, similar a la de los ancianos que han dejado atrás la vida.



CAPÍTULO VIII

¿La invasión de Inglaterra? – Construcción de un puente en un tiempo récord". – Preparativos para atravesar el Canal. – Hitler desea el "Imperio". – Ordenes apremiantes. – Regreso a Francia. – Pruebas de tiro en los cuarteles de invierno. – Burocracia bajo la ocupación. – Severos juicios de las SS. – Colaboración franco-alemana.

No tardando mucho me vi obligado a regresar a Holanda. Y en cuanto llegué me di cuenta de que se preparaba el ataque contra Inglaterra. Un día nuestra División recibió una orden urgente: se nos dijo que hiciésemos determinadas pruebas que tenían por objeto la construcción de un gran puente provisional que, más tarde, debía ser tendido sobre el mar.

El coronel Hansen me mandó llamar; no ignoraba que la misión que se nos había encomendado constituía un auténtico problema. La obra era gigantesca. El puente tenía que soportar el peso móvil de veinte y de treinta toneladas. La artillería debía ser transportada pasando por encima del puente, remolcada por las máquinas pesadas que arrastraban las distintas piezas. También me dijo Hansen que sólo disponíamos de cuarenta y ocho horas para dar cima a tan magna empresa. Me rogó que me ocupase

personalmente de todo y que hiciera lo posible para que el trabajo se coronase con éxito.

Me apresuré a montar en mi coche y tomar la carretera de Utrecht. Durante el viaje fui haciendo los cálculos ayudado por mi auxiliar, dándome cuenta de que debía trabajar dejándome llevar por la intuición, al carecer de datos exactos.

Al llegar a Utrecht fui a una conocida industria metalúrgica, en la que pude hacerme con el material que necesitaba empleando un tiempo "récord", gracias a la estupenda colaboración del ingeniero jefe de la sección técnica. Trabajamos sin descanso, logrando que los obreros se contagiasen de nuestro celo.

Continué trabajando durante todo el día, modificando mis cálculos cada vez que me enfrentaba con algún imprevisto. A última hora de la tarde tuve cargado el último camión y me dispuse a regresar a nuestro acantonamiento. Sabía que había resuelto el primer problema, pero que debía afrontar el segundo, de mayor envergadura: ¿Cómo lograría ensamblar las diferentes piezas para que el puente tuviera la resistencia requerida?

Rogué al comandante Schäfer que pusiera a mi disposición todos los especialistas y mecánicos del regimiento, lo que hizo inmediatamente. Elegimos el campo de maniobras para hacer la prueba; situamos veinte camiones en semicírculo al objeto de aprovecharnos de la luz de sus faros para alumbrarnos. Cuando pienso que nos vimos forzados a prescindir de una infinidad de cosas necesarias, no puedo comprender cómo fue posible que consiguiésemos realizar nuestro propósito.

Eran las siete de la mañana del día siguiente cuando pasé por el puente con mi coche. Mi corazón latía aceleradamente. Mi obra tenía unos tres metros de anchura; carecía de barandilla que protegiera sus lados y tenía una altura de tres metros y medio en su parte central. Además, a tres metros y medio de su principio, tenía un descenso brusco, a nivel del suelo. Me vi en la necesidad de dar todo el gas, dándome cuenta de que la base del puente vibraba peligrosamente. Conseguí mi propósito. Pero faltaba por hacer la prueba decisiva: el paso del puente con la carga señalada. Volví a pasarlo con la máquina remolque más pesada, que arrastraba un camión cargado hasta los topes.

Cuando llegué a la pendiente ascendente observé que el morro del motor de la pesada máquina se elevaba ante mis ojos, lo que no me hizo ninguna gracia. La máquina continuó su avance bamboleándose peligrosamente de



El planeador DFS-230 fue usado por la Wehrmacht como transporte aéreo idóneo de tropas en misiones especiales



derecha a izquierda, rozando los bordillos del puente. En un momento dado me di cuenta de que las ruedas anteriores giraban en el aire en tanto que las posteriores chirriaban terriblemente al continuar avanzando. Sabía que estaba en el momento crítico de la prueba, ya que la pesada máquina alcanzaría su "supuesta" estabilidad de un momento a otro.

No ignoraba que si el puente no resistía el enorme peso en el punto en que finalizaba el ascenso y comenzaba el descenso, todo mi trabajo habría sido inútil. Más tarde pude comprobar que las vigas de hierro que sostenían la armazón se habían curvado cinco centímetros. ¡Pero la rampa había aguantado el peso! No obstante, no podía cantar victoria, ya que me hallaba en el punto del puente que debía de hacer contrapeso y, por lo tanto, en el mismo centro de toda su estabilidad. ¡La última y más difícil prueba fue superada con suerte!

Volvimos a revisar todo nuestro trabajo e hicimos la prueba con todo el material. Acto seguido me presenté en el acuartelamiento para informar del trabajo realizado. A las nueve hablé con el comandante del regimiento y le rogué visitara conmigo el lugar de nuestros ejercicios. Cuando vio lo que habíamos conseguido en tan pocas horas, no pudo dar crédito a sus ojos.

Mi División se dirigió al puerto holandés de Helder con la misión de probar el improvisado puente en las aguas del mar.

Cuando volví a ver mi obra, esta vez sobre las aguas, pensé que no respondía a las circunstancias. Sabía que el resultado de la empresa, es decir, el transporte marítimo de gran parte de nuestro material de guerra sobre un puente construido contra-reloj, improvisado, sólo podía ser considerado problemático.

Inesperadamente tuvimos que hacer frente a un ataque aéreo inglés. Como consecuencia del mismo sufrimos la pérdida de dos barcos y de varios soldados. Todo el mundo hacía chistes a costa de nuestra obra, no tomándola demasiado en serio. Las pruebas que hicimos nos demostraron que la más ligera brisa o un simple aumento del oleaje podría ponerla en peligro.

Los historiadores podrán dar fe, en el futuro, de las causas que motivaron que la proyectada invasión de Inglaterra nunca se llevara a efecto. Tal vez sea interesante que dé a conocer aquí una versión sobre el problema que oí, pasado algún tiempo, a varios oficiales del séquito de Adolf Hitler.

Hela aquí:

"Adolf Hitler sintió siempre un gran respeto hacia el pueblo inglés por considerarlo "ario", exactamente igual que el pueblo alemán. Sin embargo, creyó que la invasión de Inglaterra era primordial y necesaria para inclinar el fiel de la balanza bélica a favor suyo. A pesar de que la empresa parecía imposible, a pesar de las enormes dificultades que entrañaba, Hitler confiaba en la operación "León Marino", nombre que se dio al proyecto de invasión. Pero Hitler no desdeñaba; la oposición que efectuaría el pueblo inglés, ni, tampoco, la capacidad de su gobierno. No obstante, estaba firmemente convencido de que conseguiría invadir Inglaterra y, desde ella, iniciar una acción bélica contra Canadá y África del Sur. Ahora bien, también tuvo en cuenta una cosa de importancia capital: si sus planes se llevaban a efecto, el Reich alemán, que iba expandiéndose poco a poco, se vería obligado a hacerse cargo de treinta y cinco millones más de europeos, lo que entrañaría un serio peligro para todo intento de estabilización y, además, Alemania tendría que defender los intereses de Gran Bretaña y velar por el sustento de su pueblo. Hitler se dio cuenta de tan magnos problemas y no se atrevió a afrontarlos ni a hacerse cargo de la responsabilidad de sus consecuencias".

Creo que puede considerarse que estos motivos fueron más que suficientes para que no se llegase a iniciar la planeada invasión. Mis suposiciones no resultaron desacertadas, ya que me fueron confirmadas por el propio Hitler en el curso de varias conversaciones que tuve con él, y por muchos datos que obtuve posteriormente.

El 9 de noviembre de 1940 fui ascendido a teniente de la reserva. Unos cuantos camaradas que tenían el mismo grado que yo me invitaron a pasar una velada con ellos con motivo de la celebración de un cumpleaños en un restaurante. La velada fue amena y agradable; y el ambiente alcanzó su momento culminante hacia la media noche. Fue en aquel momento cuando nuestros ojos se posaron en una fotografía que colgaba de una pared. Era la del príncipe Bernardo, que un tiempo fuera oficial de las SS, vistiendo el uniforme del ejército holandés. Nos extrañó mucho que los jefes alemanes permitieran que tal fotografía continuase donde estaba. No tuvimos más remedio que preguntarnos si deberíamos aceptar tal hecho como un signo de la fuerza de Alemania o de su debilidad. Decidimos no emitir ninguna opinión; pero, ¡no pudimos luchar contra nuestros sentimientos!

Por ello, llamamos al camarero y le ordenamos descolgara la fotografía. El buen hombre nos miró atónito. Respondió que no podía cumplir nuestra orden y se apresuró a llamar al propietario del local que, también, se negó a

complacernos. Su comportamiento nos pareció incomprensible y lo tomamos como un desafío.

Uno de mis compañeros tuvo la idea de colocarle ante una alternativa y le dijo:

–Si no descuelga la fotografía dentro de cinco minutos, la "descolgaremos" a tiros.

Creo que ninguno de nosotros pensó en cumplir tal amenaza. Pero las cosas suceden siempre de una manera inesperada.

Cuando transcurrieron los cinco minutos señalados y comprobamos que el local estaba vacío, ya que había pasado la hora de su cierre, desenfundamos nuestras pistolas y "fusilamos" la fotografía.

Instantáneamente, de una forma súbita e instintiva, nos dimos cuenta de que ya no nos sentíamos excitados por el alcohol, y de que nuestra alegría se había esfumado como por ensalmo.

Como es de suponer este acto no pasó inadvertido y tuvo consecuencias. El comandante del Regimiento fue informado a la mañana siguiente de nuestro comportamiento. Se nos ordenó presentarnos ante él y fuimos tratados como "proscritos". Seguidamente nos impusieron cinco días de arresto, y a mí, especialmente, se me informó que no me concederían el ascenso prometido para el 9 de noviembre.

Pasadas unas semanas nuestro Regimiento fue aumentado con una nueva Sección. Yo fui transferido a ella en calidad de oficial–ingeniero. Nuestro comandante, el capitán Jochen Rumohr, era muy joven. Tenía varios años menos que yo y, al cabo de poco tiempo, nos hicimos amigos. Nuestra amistad se vio aumentada cuando tuvimos que compartir los difíciles momentos de las campañas del Sudeste y del Este. Su gran personalidad, su valor, su férreo carácter y su manera de mandarnos estaban completamente de acuerdo con la idea que me había formado de los oficiales alemanes.

Inesperadamente, como es muy frecuente en la vida del soldado, recibimos la orden de traslado. Fueron cancelados los permisos que se nos habían concedido para pasar las Navidades en, nuestras casas, y tuvimos que darnos por contentos enviando una sencilla felicitación a nuestros familiares.

El 18 de diciembre la División "Das Reich" emprendió la marcha hacia el Sur. Nuestro desplazamiento fue hecho a toda prisa, cosa que no nos extraño, pues estábamos acostumbrados a movernos con tiempo de "record". Hubimos de afrontar innumerables dificultades como

consecuencia de que los conductores que nos fueron asignados apenas conocían el manejo de los vehículos. Ni siquiera tuve tiempo de estudiarles a fondo, porque me fueron presentados a toda prisa y en el último momento.

Nuestros vehículos apenas fueron revisados. Muchos de ellos procedían del botín francés y, por ello, no estábamos familiarizados con su manejo. No veía las cosas muy claras, pero tuve que hacer de tripas corazón.

Con las primeras luces del día salimos de Amersfoort. Las ciudades alemanas por las que pasamos aparecían ante nuestros ojos como estampas de paz. Solamente nos dimos cuenta en ellas de que estábamos en guerra, por los pocos hombres que circulaban por sus calles. Sólo vimos de pasada las ciudades de Wesel, Düsseldorf, Colonia y Wiesbaden, desde la autopista, y ello a pesar de que la recorrí dos veces para recoger los vehículos que se habían quedado en el camino. Tuve que hacer frente a una auténtica avalancha de vehículos que se dirigían al Sur. ¡Unos cinco o seis mil "rodaban" hacia su futuro destino siguiendo un programa previamente fijado!

Hubimos de atravesar las calles de Mainz para volver a salir a la autopista. El carácter de sus habitantes no había variado en nada como consecuencia de la inseguridad de los tiempos; pero, desgraciadamente, no tuve ocasión de atender las palabras de aliento.

Cuando pasábamos por Mannheim y nos dirigíamos a Karlsruhe, cayó sobre nosotros la noche inesperadamente. Y me pareció que todo se volvía muerto, irreal. Hasta se apagaron las pequeñas luces de posición de todos los vehículos militares. Instantáneamente me di cuenta de lo que pasaba. ¡Alarma aérea! Inmediatamente comenzaron a iluminar el cielo los potentes proyectores. Las baterías antiaéreas que circundaban la ciudad de Karlsruhe empezaron a disparar. El ruido ensordecedor se acrecentó con el que producía el estallido de las bombas. Vi cómo se originaban incendios en determinados puntos del casco urbano. El bombardeo duró unos diez minutos, pasados los cuales todo volvió a estar en calma. Sentíamos la imperiosa necesidad de prestar nuestra ayuda a los habitantes de la ciudad, pero la disciplina nos obligaba a permanecer en la autopista.

Atravesamos el Rin al llegar a la altura de Colmar, y, seguidamente, fuimos acercándonos lentamente a las primeras estribaciones de los Vosgos. Tuve que vencer muchas dificultades para vigilar bien la marcha de los vehículos cuyo mando se me había encomendado.

En aquellos momentos no podía prever la espantosa noche que me aguardaba. Los Vosgos estaban cubiertos por una espesa capa de nieve de medio metro de espesor, y cuando llegamos a la cúspide de las montañas a avanzada hora de la noche nuestra marcha se hizo muy difícil. Yo iba arriba y abajo de la columna intentando cumplir mi misión lo más satisfactoriamente posible. Los hombres de la División, incluidos los conductores, ayudaron a que fuesen salvados todos los obstáculos; a sacar de las cunetas los coches que habían derrapado sobre ellas. Pude darme cuenta de que los conocimientos técnicos de los soldados no estaban a la altura de las circunstancias; hasta me vi constreñido a ordenar que se arrojara al abismo un vehículo porque entorpecía la marcha de los otros.

No creo exagerar al decir que avanzábamos a "paso de tortuga". La terrible noche se superó igual que las anteriores. Conseguí llegar a la ciudad francesa de Lure, donde me esperaba el capitán Rumohr, que nos había precedido. Allí, impacientes, esperamos hasta el día siguiente a mediodía, ya que de los doscientos vehículos que integraban la columna, sólo entraron en la ciudad unos cincuenta. El capitán fue lo suficientemente comprensivo para no echar la culpa a nadie. Sabía que los hombres que tenía a sus órdenes no estaban capacitados para hacer frente a las enormes dificultades que fueron encontrando a su paso por no tener una adecuada preparación.

A medianoche pasamos por Vesoul, llegando, poco después, a Port-sur-Saône, que era nuestro destino. No pudimos disfrutar del merecido descanso, ya que nos llegó la orden de que nuestra División debía estar preparada para ponerse en marcha el 21 de diciembre, lo cual nos hizo pensar que íbamos a intervenir en la conquista de la Francia no ocupada.

Nuestra División se vio forzada a llegar a la ciudad de Marsella sin hacer ni un solo alto y llevando, solamente, el carburante, las municiones y los víveres necesarios. Teníamos que dejar detrás el resto de nuestra impedimenta, y se nos advirtió que, tal vez, nos veríamos obligados a entablar combate

El capitán Rumohr y yo tuvimos que hacer frente al problema de cargar en nuestros vehículos lo máximo posible. Sin embargo, nuestra mayor preocupación era la del carburante que necesitaríamos para llegar a Marsella. Contábamos con un tanque-cisterna con capacidad para doce toneladas; pero los camiones-cisterna de emergencia estaban en tan malas condiciones que era imposible saber si conseguirían llegar a su destino. En el camino me enteré de que un grupo de nuestro Ejército estaba acampado en Langres.

Al llegar a dicha ciudad nos encontramos con que todo el mundo estaba celebrando las fiestas navideñas y comprobamos que la mayoría de nuestros oficiales había emprendido viaje a la patria para disfrutar de sus permisos. Tuve que tratar con un suboficial testarudo e inconsciente, que se había entregado a la vagancia, al que pedí ayuda. Conversé con él durante una hora, le ofrecí todos los cigarrillos holandeses que llevaba, e intenté convencerle para que tomase una decisión positiva. Hasta llegué a contarle algunos chistes que le gustaron mucho. Pero se mostró inmovible. Me sentí descorazonado, pues no podía informarle de cuál era nuestra misión, que era considerada como rigurosamente secreta.

No supe qué hacer. Sentí escalofríos. Me vi completamente desamparado. ¡Necesitaba ayuda urgente y el "tozudo" que tenía frente a mí no podía, o no quería, proporcionármela!

Hasta que decidí atacarle directamente y le dije:

—Sólo puedo decirle que su ayuda es de vital importancia. ¡No puede negármela!

Acto seguido, añadí bromeando:

—En caso contrario ordenaré que los cañones de mi División "actúen por su cuenta".

Mis palabras le dejaron boquiabierto. Y se dejó convencer.

Volví con mi Sección muy satisfecho porque creía haber asegurado el éxito de nuestra marcha. Conseguimos todo lo necesario veinticuatro horas antes de reemprender la ruta y dimos la orden de que partiríamos el día 23 de diciembre a las cuatro de la madrugada. Pero, cuando menos lo esperábamos, recibimos órdenes contrarias. Todo hacía suponer que la situación política había variado en el decurso de unas pocas horas. A pesar de ello ya no nos era posible disfrutar de nuestras vacaciones de Navidad. Por ello preparamos una pequeña fiesta en la escuela del pueblo.

Me asignaron alojamiento en la casa de un médico. No me costó mucho intimar con mis nuevos anfitriones, lo que me dio la oportunidad de perfeccionar mi deficiente francés.

Durante los días de mi estancia en el pueblo pude comprobar que muchas de sus casas estaban completamente en ruinas, hasta las que formaban la calle principal. Pero me pareció que las ruinas no eran tan recientes como para haber sido ocasionadas por la guerra. Fue mi anfitrión el que me dio una explicación sobre ello: la juventud había iniciado una emigración masiva hacia la ciudad. Esto y el descenso de natalidad habían hecho el resto. Lo que me hizo pensar:

"¡Qué país más comodón! Dispone de tanto espacio que hasta puede permitirse el lujo de dejar que sus casas se conviertan en ruinas".

Poco antes de Navidad me dieron permiso para ir a mi casa. ¡Creo que nadie puede imaginar lo agradable que resulta volver a la patria si no ha sido soldado ¡En tal caso, cualquier permiso, por muy breve que sea, es considerado como un don del cielo, como algo maravilloso. Desgraciadamente mi alegría duró pocos días, ya que un telegrama me ordenó reintegrarme a mi unidad. Pensé que la situación había empeorado y que se precipitaban los acontecimientos.

Hube de abandonar todos mis planes. Tomé el tren que me llevó al Este. Al llegar a mi destino fui informado de que debía presentarme al general de División, Hausser. Yo tenía la conciencia tranquila y creía que nada nuevo me esperaba. ¡Pero debí sufrir una gran decepción!

En cuanto me presenté al general, éste dio rienda suelta a su indignación por haber exigido se me entregara el carburante que necesité para llevar a cabo la misión a que me he referido. En el primer momento no comprendí sus palabras. Pero, poco a poco, me fui enterando de que varios oficiales, al regresar a sus acantonamientos una vez pasados sus permisos, se habían enterado de que yo había exigido, "bajo amenazas", que se me facilitara el carburante, lo que les movió a decir que esperaban se me castigara adecuadamente, etcétera.

Me quedé atónito. Pero conseguí reaccionar al cabo de un rato y expliqué tanto el motivo como las circunstancias de mis exigencias. Incluso llegué a decir que mi arresto sería merecido en el supuesto de no haber actuado acertadamente, pero que yo me había limitado a cumplir las órdenes recibidas.

Cuando terminé mi perorata me di cuenta de que Hausser había llegado a comprender que el "testarudo" sólo intentaba librarse. Por ello decidió fingir que me castigaba —quería salvar las apariencias—, y así el asunto quedaba zanjado. Hasta llegó a decirme que podía volver a marcharme y disfrutar de mi permiso, puesto que él ignoraba que había adelantado el viaje por sólo tan desagradable asunto. Sin embargo, consiguió enturbiar mi alegría. Prescindió de mi permiso y me desahugué maldiciendo como nunca lo había hecho.

El "Grupo suplementario de las SS", tal como éramos denominados por aquel entonces, tenía la obligación de someterse a una disciplina más severa y férrea, y unas leyes más duras que cualquier otra unidad del Ejército alemán. De ello no nos quejábamos. Todo lo contrario. Sabíamos

que éramos considerados una "élite", y que la disciplina servía de estímulo a la tropa para mejor cumplir las difíciles misiones que se nos encomendaban.

Creo que ha llegado el momento de que explique ciertos pormenores que pueden demostrar lo severo de la disciplina a que éramos sometidos.

Durante el tiempo que duró nuestro avance en Francia, a lo largo del verano de 1940, nos vimos obligados a cumplir las severísimas órdenes de todas clases con las que se nos "distinguía". Cualquier exceso o acto de pillaje se castigaba duramente y no se nos permitía ni la más insignificante flaqueza.

Las leyes raciales, tan discutidas en el extranjero, fueron la causa de los duros castigos que tuvieron que cumplir dos soldados de nuestra División.

Cuando ocupamos la ciudad de Biarritz, la Comandancia militar alemana extendió un permiso para que continuase funcionando un "burdel" francés. Entre las muchachas de aquella "casa de placer" había dos mulatas que ejercían "sus funciones" exactamente igual que las demás. Pero cuando se supo que dos jóvenes de las SS habían preferido los "servicios" de las dos mulatas a los de las blancas tuvieron que comparecer ante un Tribunal de Guerra que les condenó a severas penas por haber vulnerado las leyes raciales.

Otro de los casos sucedió durante las fiestas navideñas en las inmediaciones de la ciudad de Vesoul. Un ciudadano francés se presentó en nuestra Comandancia afirmando que uno de nuestros soldados había intentado violar a su esposa, añadiendo que solamente su presencia inesperada había impedido la culminación del acto. Todavía ahora ignoro si la denuncia del hombre era cierta ya que su esposa no ofrecía ningún signo de violencia. Pero, sin embargo, el soldado tuvo que comparecer ante un Tribunal de Guerra que lo juzgó culpable y lo condenó a muerte, siendo fusilado.

Los duros castigos que se nos imponían eran una demostración palpable de que se nos consideraba la "élite" del Ejército alemán y, por lo tanto, se nos exigía más que a los demás y se nos obligaba a comportarnos de una manera irreprochable en todo momento.

Para la población ocupada las sentencias eran una señal de que el Mando no toleraba contra ella ningún abuso.

El resto del Ejército alemán disfrutaba, también, de ciertas libertades para actuar, en tanto que nosotros, los SS, teníamos que obedecer las severísimas reglas que se nos señalaban. Tal como así lo creo, aquella

férrea disciplina fuera la causa de nuestro orgullo, de nuestra evidente sensación de superioridad, de la invisible barrera que nos separaba del resto de la tropa de las unidades regulares del Ejército, y causa determinante de los duros exámenes por los que debíamos pasar antes de ser escogidos para formar parte de esta tropa de "élite".

El invierno de 1940–41 fue muy crudo. Sus inclemencias las sufrimos por haber acampado en las cercanías de Langres, zona conocida por la dureza de su clima.

Continuamos cumpliendo estrictamente las órdenes que recibíamos. Al mismo tiempo nos dábamos cuenta de que nuestra unidad iba cohesionándose poco a poco. Los vehículos que tenía bajo mi mando ya no me proporcionaban tantas preocupaciones, pues lo mismo los mecánicos que los conductores estaban más habituados a su manejo. Gracias a ellos tenía más horas libres. Naturalmente, aproveché mis ratos de ocio para perfeccionar mis conocimientos sobre balística y para ir conociendo mejor a mis hombres.

No tardando mucho comprobé que Santa Bárbara, la Patrona de la Artillería, estaba de mi parte. Aprendí fácilmente todos los "trucos" del manejo de las piezas de artillería pesada, no tardando en familiarizarme con ellas.

A principios de año acampamos en un lugar alejado en el que hicimos nuestras prácticas de tiro. Nuestro capitán, Hansen, con el que llegué a tener buena amistad, se empeñó en presentarme las cosas no demasiado fáciles.

Cierto día, inesperadamente, ante el puesto de mando, cuando yo pasaba, me mandó llamar para decirme que, como le sobraban algunas municiones, deseaba le demostrara prácticamente de lo que yo era capaz. A continuación añadió:

—¿Ve usted el confín de esas colinas? Ante ellas se alinea un cierto número de tanques que deben de ser aniquilados. ¡Tome usted el mando de la batería!

Tan inesperada orden me dejó enormemente sorprendido. No estaba preparado para hacerme cargo de una empresa tan ardua; tampoco había estado presente en las pruebas de tiro efectuadas con anterioridad. Sólo me animó el pensamiento de que no podía hacer el ridículo en presencia de los otros oficiales; tampoco podía consentir que se me considerase un inútil.

Di las órdenes que creí correspondían al objetivo de una forma algo confusa. Me sentí humillado cada vez que mis cálculos fallaban y los

proyectiles disparados no acertaban en el blanco. Pero como dominaba la técnica, logré serenarme poco a poco y calcular la trayectoria del tiro con bastante precisión. A partir de aquel día me sentí compenetrado con mi unidad. Sabía que podía servir de ayuda en un caso de emergencia y que mi trabajo no se limitaría, solamente, a los vehículos.

Recuerdo perfectamente que, por aquel entonces, eran francamente buenas las relaciones existentes entre nuestras tropas y la población francesa. Tuve la sensación, que aumentó gracias a numerosas conversaciones, de que el pueblo francés, al igual que el alemán, no veía ningún sentido en nuestra aparente enemistad. No hallé ni un solo francés que demostrara animosidad hacia nosotros. Pude comprobar que los patriotas franceses temían que la Europa del futuro no permitiera que Francia jugara un importante papel en el concierto de las naciones, Hablaban así cuando les impulsaba su orgullo; el orgullo que informaba el pasado de Francia a través de siglos y más siglos de gloria. Pero..., también pude comprobar que los patriotas franceses, por muy acérrimos que fueran, se conformaban con pensar en la construcción de una base puramente europea que pudiera abrir las puertas a cualquier entendimiento.



CAPÍTULO IX

Marcha hacia Rumania. – Demostraciones amistosas en Hungría. – Los auténticos Balcanes. Teniente desde 30-1-1941. – Primer bautismo de fuego. – Lucha con los tanques. – Prisioneros serbios. – Un pueblo alemán. – Amistad y hospitalidad. – Belgrado. – Regreso a Austria. – Falta de autenticidad.

De la misma manera que nos cogió de sorpresa nuestro traslado a Francia, así nos sorprendió una nueva orden recibida. Esto no es de extrañar, ya que apenas seguíamos el desarrollo de los acontecimientos, políticos y militares, en el Sur de Europa.

La guerra que se habían declarado los gobiernos de Italia y Grecia no creímos derivara en una participación de los alemanes en la misma. Sin embargo, las divergencias que se produjeron entre el gobierno yugoslavo y el alemán fueron causa determinante de la intervención.

Nuestra División "Das Reich" recibió la orden de invadir, en un corto espacio de tiempo, el sudoeste de Rumania.

Era indudable que a medida que transcurría el tiempo íbamos convirtiéndonos en veteranos. La partida –que para nosotros representaba entrar nuevamente en acción después de una larga temporada de descanso–, fue fijada para finales del mes de marzo de 1941. A pesar de ello, ninguno

de nosotros pensaba que tendríamos que intervenir en una guerra seria con todas sus consecuencias, cuyo escenario habría de ser el Sudeste de Europa.

Iniciamos nuestro viaje con un tiempo primaveral. Presenciamos las primeras nieves tan propias de los meses abrilenos; las súbitas e inesperadas tormentas; y recibimos las caricias de un sol que intentaba abrirse paso a través de los celajes de las nubes. Mas, a pesar de todo, los cambios meteorológicos no nos producían grandes molestias. ¡No en vano nuestros hombres ya habían sobrepasado el período del aprendizaje!

Al llegar a Ulmo continuamos por la autopista. Una vez en ella, la interminable columna de vehículos empezó a rodar lentamente hacia el Este. Pasamos ante las ciudades de Augsburg y Munich y nos dirigimos hacia la frontera austriaca. Cuando llegamos a Ried se nos concedió un día de descanso. Allí pudimos comprobar que la población se comportaba como si no estuviésemos en guerra. Hasta tal punto que nos parecía imposible que nuestra ruta nos condujera al frente.

Pude conseguir un permiso para desplazarme a Viena, lo que me permitió pasar una noche con mi familia. Por la mañana del día siguiente volví a reunirme con mi unidad en la frontera húngara, desde la que continuamos nuestro avance. No dejó de extrañarme la amabilidad con que nos recibió el pueblo húngaro. Me di cuenta de que sus muestras de amistad no se circunscribían a la hospitalidad, tan característica de dicho pueblo, sino que iba mucho más lejos.

Los húngaros se afanaban en hacernos comprender que les agradaba confraternizar con los alemanes. Nuestro paso a través de las calles de Budapest fue objeto de un recibimiento igual al dispensado por un pueblo a sus propias tropas victoriosas. Fue tan grande el entusiasmo de la población, que nuestros vehículos se vieron, literalmente, bombardeados con flores, tabletas de chocolate, cigarrillos y naranjas. La avenida "Donaukai" estaba atestada de gente que nos vitoreaba. Continuamos adelante nuestra marcha. Pasamos por Szolnok y llegamos a Gjula, ya en la frontera rumana.

Sabíamos que nos hallábamos en los auténticos Balcanes. Y pudimos observar que las carreteras estaban en un estado lamentable. El polvo nos envolvía; se pegaba a nuestras cejas, a nuestras pestañas y a nuestro cabello.

A partir de aquel momento tuve un sinnúmero de preocupaciones, ya que las malas condiciones del firme de las carreteras, por las que teníamos que pasar forzosamente, nos causaron un elevado número de averías. Cada una

de ellas se convertía en un problema que debíamos resolver costase lo que costase. Sin embargo, estábamos relativamente tranquilos, pues sabíamos que encontraríamos en las ciudades guarniciones alemanas que podían prestarnos ayuda.

Elegimos nuestro acantonamiento en una zona situada al Sur de Temesvár, muy cerca de la frontera yugoslava. Comprobamos que la mayoría de los campesinos eran alemanes de origen; ellos nos recibieron con grandes demostraciones de simpatía, lo que motivó que el rancho que se daba a nuestros soldados fuera desdeñado por la mayoría de la tropa.

El "Banat" es una de las zonas agrícolas más ricas de Europa. Los emigrantes alemanes, que fueron los dueños y señores de dichas tierras durante varios siglos, habían sacado gran provecho de ellas, haciéndolas fructíferas y convirtiéndolas en un auténtico Edén.

Las casas de los campesinos sirvieron, cada una, de alojamiento a uno o dos soldados alemanes, que fueron tratados con todos los honores. A mí me correspondió alojarme en un hogar relativamente pobre. La mujer se veía obligada a cuidarse de toda la hacienda porque su esposo había sido alistado en el Ejército rumano hacía ya algunos meses. No podía volver a su casa, ni aun en el caso de disfrutar de algún permiso, porque sólo disponía del dinero que su mujer le enviaba con cierta regularidad.

Al principio no entendí bien qué me decía. Pero, poco a poco, fui comprendiendo que los permisos de los oficiales del Ejército rumano estaban relacionados, directamente, con el dinero que poseían.

Un día, al anochecer, el capitán Rumohr me mandó llamar. Al llegar a su puesto de mando vi que estaba sentado a una mesa y que le acompañaban otros oficiales. Me leyó una orden que había recibido, que decía:

"El alférez Skorzeny ostentará la graduación de teniente de la reserva a partir del 30 de enero de 1941".

Como por arte de magia, el ayudante sacó dos charreteras de su bolsillo y me las puso en los hombros de mi gastada guerrera. Seguidamente se descorcharon unas botellas de vino y, alegremente, entrechocamos nuestros vasos. Nos sentimos tan alegres y animados que prolongamos la velada hasta las primeras horas de la madrugada.

Nos dimos cuenta, por el aumento en los envíos de municiones y por otros muchos detalles, que las cosas empezaban "en serio". Y una noche, la del 5 de abril de 1941 exactamente, nos pusimos en marcha hacia la frontera. El tiempo no se mostró benigno con nosotros; llovía a mares. Las

carreteras, que ya estaban en malas condiciones, se convirtieron en lodazales, lo que dificultaba nuestro avance. Nuestras penalidades aumentaron cuando nos vimos obligados a dejar la carretera principal, poco antes de llegar a los pueblos fronterizos. Los conductores de nuestros camiones pesados tuvieron que hacer frente a una serie de dificultades que les impulsaba a soltar toda clase de palabrotas.

Hubimos de empujar los vehículos para poder avanzar, hasta que logramos que todos ellos quedasen cubiertos bajo los tejados de las casas y de los cobertizos de los campesinos.

Sabíamos que la frontera estaba a unos cien metros al Sur del pueblo, y que nuestras baterías estaban emplazadas unos dos kilómetros más atrás, a punto para disparar en cualquier momento. Como la sección motorizada que mandaba no necesitaba de mis atenciones, me presenté voluntario en la cuarta batería. El capitán Neugebauer, un viejo oficial de la reserva, se había posesionado de un inmenso montón de heno que le servía de observatorio, a pocos pasos de la frontera. Los hilos telefónicos que nos comunicaban con la retaguardia habían sido tendidos durante la noche anterior. Mi telémetro me permitió ver perfectamente el hondo trazado de la línea de trincheras, situada unos cuantos kilómetros al sur de la frontera extendiéndose hacia la lejanía. Pero esto no era todo. Detrás de la interminable zanja se levantaban las fortificaciones del enemigo. Hasta pude distinguir el tejado de una casa de campo que se escondía entre los árboles de un bosque. Sabía que la casa estaba ocupada por las reservas del enemigo y suponía que albergaba a los componentes de su Estado Mayor.

Se había planeado un ataque de la infantería para las 5,45 horas de la madrugada; ataque que debería ser apoyado por nuestros tanques ligeros. Era domingo 6 de abril de 1941.

Todos estábamos sumamente excitados porque nuestra División iba a intervenir en su primer combate. Me dejé contagiar por la excitación general; era la primera vez que iba a tomar parte en un combate "de veras". Sólo puedo decir que cuando uno se encuentra en semejante situación, tiene la sensación de que los minutos pasan muy despacio, demasiado despacio... Repasamos todas las instrucciones por enésima vez y se nos volvieron a repetir las órdenes. Cada hombre estaba convenientemente atrincherado y no cesaba de mirar hacia las líneas enemigas.

El capitán Neugebauer tomó un largo trato de su cantimplora y brindó conmigo por el éxito de la empresa. El coñac húngaro nos hizo mucho bien; nos dio un poco de calor y apaciguó el temblor que se había posesionado de

nuestros huesos. Pero..., acrecentó nuestro nerviosismo. Comenté la extraña impresión que sentía y el veterano me dio una explicación sobre ella. Afirmó que todo soldado se siente terriblemente excitado antes de iniciarse una batalla. Tuve que darle la razón. ¡Sentía tal impresión en mi propio cuerpo!

Neugebauer se echó a mi lado sobre el montón de heno y fumó tanto como yo, a pesar de las prohibiciones. El enlace vino a vernos a las 5,44. Durante toda la noche no habíamos perdido el contacto con nuestras baterías. ¡Había llegado el momento! La orden fue dada:

"¡Que todas las baterías disparen a la vez!"

Inmediatamente vimos que los proyectiles pasaban por encima de nuestras cabezas. Cronometramos el tiempo: dieciséis segundos. ¡No tardaríamos en ver los resultados! Pudimos comprobar que las explosiones se producían en los límites del bosque. Fue corregida la línea de tiro. Y se consiguió alcanzar los objetivos.

Las salvas se fueron sucediendo mientras cambiamos las coordenadas de tiro según los resultados alcanzados.

Los tanques enemigos empezaron a disparar contra nosotros, y varias ametralladoras enfilaron nuestro flanco derecho. Nos apresuramos a pegar nuestras narices al heno, en espera de los acontecimientos. Un sin fin de pensamientos, que no expresaré nunca, me asaltaron. Estos pensamientos, en casos similares, son guardados por todos en lo más recóndito de sus almas.

Se escuchó una orden:

"¡Extended el fuego!"

Inmediatamente empezamos a disparar contra determinados puntos de la carretera, que se alargaba a un lado y a otro de la frontera.

Comenzaron a animarse las trincheras enemigas. Un tanque nuestro fue alcanzado y se convirtió en una gran hoguera. Seguidamente, vimos unos puntitos que avanzaban hacia nosotros.

Pero también vimos otros puntitos que avanzaban en sentido contrario. ¡Nuestra infantería entraba en acción! El estruendo fue en aumento. No me fue posible dejar de pensar que hombres jóvenes, llenos de salud y vida, iban hacia la muerte para defender los derechos de sus respectivas patrias. Cada uno de ellos cumpliría con su deber. Y todos creerían tener la razón de su parte.

Al término de dos horas volvió a reinar la calma. Recibimos la orden de avanzar. A las diez en punto estábamos en la carretera y avanzábamos

lentamente. Volví a unirme a mis hombres. Casi inmediatamente alcanzamos las trincheras enemigas, en las que vimos las primeras consecuencias del combate. Los médicos y los camilleros estaban entregados a su trabajo. Los heridos eran recogidos y recibían los primeros auxilios. Las ambulancias transportaban hacia retaguardia a los más graves. Y vi que muchos hombres ya no necesitaban nada, ¡absolutamente nada! Mas, a pesar de todo, los muertos también fueron recogidos y se les alineó para proceder a su identificación.

Un pensamiento me dominaba: esa larga hilera de muertos revela cuál es el destino de todo soldado. Sólo puede dejar su unidad cuando ha cumplido el sacrificio supremo. Pero... ¡Ni en tal momento nos abandona, ya que reposa junto a los camaradas que han pagado el mismo tributo que él!

Pasamos por sobre las anchas trincheras; tenían unos cinco metros de anchura. Las dejamos atrás pasando por encima de un puente provisional construido apresuradamente. Nuestra marcha fue obstaculizada por los embotellamientos. Ello me dio tiempo a lanzar un vistazo en mi alrededor. Vi un tanque oculto detrás de unos arbustos y me pregunté si sería el mismo que había disparado contra nosotros.

Me di cuenta de que muchas posiciones habían sido mantenidas por los soldados servios hasta el último límite. Los fusiles, con la bayoneta calada, estaban tirados en el suelo al lado de los soldados que acababan de morir. Contemplé sus rostros; rostros de campesinos, que empezaban a tener el color pálido de la muerte. Observé que casi todos los soldados servios tenían bigotes negros muy poblados.

Inesperadamente me encontré frente a un grupo de prisioneros. Se acurrucaban en el suelo dando muestras de una pasividad puramente oriental. Fumaban un cigarrillo, o masticaban un pedazo de pan, o se limitaban a permanecer tumbados mirando hacia un cielo encapotado. No levantaban la vista cuando nos acercábamos a ellos. Encontré a un viejo soldado que entendía nuestro idioma. Me dijo que era oriundo de Bosnia, y que hacía muchos años, ¡muchos!, que unos soldados austriacos le habían enseñado nuestra lengua. Luego, añadió:

—No hemos tenido muchas pérdidas. Sabíamos que no podíamos luchar contra vosotros. Y ahora comprendemos que, para nosotros, la guerra ha terminado. Sólo me preocupa una cosa: ¿Cuándo podré volver a mi casa?

Esto último parecía ser lo único que le preocupaba. Tan sólo sentía nostalgia; ¡nada más!

Intenté consolarle diciéndole:

–No tardarás mucho en regresar a tu hogar. Ten paciencia. El hombre recompensó mis palabras con una profunda inclinación.

Continuamos avanzando durante unos cuantos kilómetros. Hasta que llegamos a Werschetz (Vrsac). La ciudad había sido conquistada por nuestras tropas pocas horas antes. Sus habitantes, probablemente, debieron sentirse sorprendidos ante la inesperada aparición de los soldados alemanes; nos lo demostraba el hecho de que apenas se veían signos de lucha. Las calles ofrecían un aspecto completamente normal; hasta pude entrar en una expendeduría de tabacos donde compré un paquete de cigarrillos; no tuve ninguna dificultad al pagar con marcos; me aceptaron la moneda con naturalidad, como si siempre hubiese tenido curso legal en el país. Al darme el cambio, el estanquero no intentó estafarme, cosa rara, pues el hombre todavía no debía haberse recuperado de la inmensa sorpresa que debió producirle ver que su país estaba invadido por las tropas alemanas, y que la invasión había tenido efecto en el intervalo de una sola noche.

Precisamente fue la ciudad de Verschetz la que me hizo revivir la extraña sensación que sentí en Hungría, cuando comprobé que los edificios se me presentaban familiares.

Todos los edificios públicos –las Escuelas, las Iglesias, el Ayuntamiento y la Alcaldía– ofrecían una semejanza con los de otras ciudades, lo que demostraba que tenían reminiscencias de la época de la antigua monarquía, que había dejado la huella de su sello por doquier. El estilo dominante era idéntico al de todos los edificios ocupados por los servicios oficiales de Austria; los mismos que, en otros tiempos, reinaron sobre todos aquellos territorios. Hasta las farolas de las calles eran idénticas a las que adornaban las calles de Viena. Tuve la sensación de que había retrocedido en el tiempo un siglo.

Proseguimos nuestro avance hasta llegar a las inmediaciones de Pancevo. A partir de aquel momento no continuamos nuestra marcha desplegados. Todo hacía suponer que las orillas del Danubio no ocultaban al enemigo. Nos enteramos de que nuestra Sección de exploración ya había entrado en Belgrado con la ayuda de algunos buques, bajo las órdenes del comandante Klingenberg. Pero, no obstante, la ciudad había quedado completamente aislada; no podía ser alcanzada ni por tierra ni navegando por el río, ya que el ancho puente que conducía a ella había sido totalmente

destruido. No supimos qué hacer para llegar a Belgrado; no disponíamos de ningún medio para pasar el río con nuestra artillería pesada.

Una pequeña colina, situada al este de uno de nuestros flancos, no había sido tomada por nuestras tropas. La población nos informó que un nutrido grupo de soldados servios se había refugiado en sus alrededores.

Estaba con mi Regimiento cuando recibí la orden de que hiciera una descubierta en aquella zona. Los caminos y las carreteras estaban intransitables como consecuencia de las copiosas lluvias. Pensé, y acertadamente, que si me desviaba de la carretera principal nuestros vehículos quedarían aprisionados por el barro. Me hice con dos camiones; ordené que en cada uno montasen doce hombres, e inicié mi descubierta.

Nos acercábamos a los pueblos adoptando toda clase de precauciones; cuando entrábamos en ellos descendíamos de los camiones y avanzábamos a pie. Pudimos comprobar que todas nuestras sospechas eran infundadas, ya que no tuvimos necesidad de enfrentarnos con ningún imprevisto. Cuando entramos en el tercer pueblo, que nos pareció el más grande e importante de todos, fuimos recibidos por sus habitantes, que nos saludaron con grandes muestras de amabilidad. ¡No era extraño! Pronto nos dimos cuenta de que estábamos ante la cerrada comunidad alemana que habitaba en Karlsdorf. Nunca había presenciado una alegría semejante a la que mostraban aquellas gentes; nunca me había sentido tan bien recibido como en aquellos momentos. Nuestros entusiasmados amigos no nos permitieron que marchásemos. Pero no había más remedio que obedecer las órdenes que habíamos recibido y cumplir por completo la misión que se nos había encomendado. Antes de partir nos advirtieron que los habitantes de los dos pueblos que venían a continuación eran servios.

A partir de entonces, redoblamos nuestras precauciones. Comparando los otros pueblos con el que dejamos atrás, Karlsdorf, los hallamos más miserables. Ordené que se me presentaran los alcaldes, y éstos me informaron de que varios grupos de soldados servios se habían dirigido a las montañas, desde las que pensaban ofrecernos la mayor resistencia posible. Obedeciendo a una especie de presentimiento, ordené que uno de mis vehículos continuara por un camino paralelo al que seguíamos, situado medio kilómetro más al sur. Decidí que avanzásemos por diferentes rutas hasta llegar al pie de la colina donde nos reuniríamos de nuevo. No ignorábamos que, en caso de emergencia, podríamos avanzar a través de los campos para cortar distancias y encontramos más rápidamente.

Seguimos avanzando; perdimos de vista al otro vehículo varias veces, siempre que quedaba oculto por los árboles o por los desniveles del terreno. Cuando llegamos al pie de la colina nos reunimos. Y continuamos nuestro avance pie a tierra en tanto que los vehículos nos seguían lentamente.

De pronto oí unos gritos que procedían del otro grupo, e, inmediatamente, me sorprendieron unos disparos. Nos apresuramos todos a cubrirnos y di orden de preparar las dos ametralladoras. No había pasado mucho rato, cuando vi a un grupo de soldados enemigos que avanzaban hacia nuestras posiciones. Ordené a mis hombres que no dispararan y que aguardasen a ver qué sucedía. Cuando aprecié que el enemigo estaba a unos ochenta metros de nosotros, con toda la fuerza de mis pulmones grité "stoi" ("alto"), lo que les cogió de sorpresa. Se quedaron parados durante el espacio de tiempo de un segundo y, seguidamente, se apresuraron a volverse.

Al cabo de un rato se oyeron, otra vez, algunos disparos aislados. Estos causaron un efecto desconcertante en nuestros enemigos, que se apresuraron a arrojar sus armas al suelo. Me incorpore y les hice señas para que se nos acercasen. Pero tuve la precaución de situarme en un lugar que permitiría cubrirme en el caso de presentarse algún peligro. Mis precauciones resultaron innecesarias. Había vencido. El tiroteo cesó como por arte de magia.

Los servios se acercaron a nosotros con los brazos en alto. Me di cuenta de que el número de ellos iba aumentando y comencé a intranquilizarme. Empecé a pensar: ¡Dios quiera que todo termine satisfactoriamente! ¿Qué pasará cuando se den cuenta de que nos sobrepasan en número?"

Comprobé que tenía guardadas las espaldas por el segundo grupo de mis hombres, que apuntaban a los soldados servios con sus fusiles. Cuando logramos reunirlos a todos, vimos que habíamos capturado unos sesenta prisioneros, entre los que habla cinco oficiales. Dejamos a éstos sus pistolas y amontonamos todas las armas de los soldados. Vimos que había dos carretas al lado de un campo de labranza. Nos hicimos cargo de ellas, las atamos a nuestros vehículos y ordenamos que subieran a ellas nuestros prisioneros; monté en mi camión a los oficiales para estar más seguro. Mi intérprete me informó de que habíamos hecho prisionero al último grupo que ofrecía resistencia, ya que el resto del Ejército servio había sido completamente dispersado y desarticulado.

Regresamos a nuestra base a "marcha de tortuga". Al pasar por los dos pueblos servios, sin embargo, aceleramos la marcha, y las carretas dieron

saltos debido al mal estado del terreno. Los prisioneros tuvieron que agarrarse con fuerza para no verse despedidos al suelo; pero no perdimos ni uno solo de ellos. Sólo cuando llegamos a Karlsdorf pude respirar tranquilamente.

En seguida me di cuenta de que el ambiente del pueblo había cambiado sensiblemente en el breve espacio de las dos horas transcurridas entre nuestra llegada a él y nuestro regreso. Las calles estaban atestadas de gentes, como si todos sus habitantes se hubieran lanzado a ellas. Al desembocar en la Plaza del Mercado vimos que la calle principal del pueblo estaba cubierta de hierba recién cortada. Diríase que los vecinos se preparaban para alguna fiesta. Ante el Ayuntamiento se nos hizo parar, y el maestro del pueblo nos lanzó un discurso de bienvenida. Noté el temblor de su voz y la gran emoción que le embargaba. Balbuceaba y sólo por medio de un esfuerzo sobrehumano logró contener sus lágrimas.

¡Estábamos completamente atónitos, no comprendíamos lo que estaba sucediendo en torno a nosotros! ¡No esperábamos semejante recibimiento! Hasta nuestros prisioneros fueron contagiándose de la emoción general; no sabían qué hacer ni cómo reaccionar.

Aquello me hizo pensar: "Se nos recibe como a semidioses. Pero no somos más que simples hombres, simples soldados que acababan de cumplir con su deber".

Inesperadamente me vi frente al alcalde, que iba ataviado con un "chaqué". Me apresuré a saltar de mi coche y pensé que debía darle la mano, y saludarle correctamente. Pero una cosa es pensar y otra actuar. Una auténtica nube de personas me rodeó; todos se precipitaban a estrecharme la mano, hacían todo lo posible para llegar hasta mí. No sabía qué hacer ni cómo actuar. Me faltaban brazos, manos, dedos... Tuve que estrechar innumerables manos, coger una gran cantidad de ramilletes de flores recién cortadas en los campos. El alcalde carraspeó, hizo un gran esfuerzo y, finalmente, consiguió que se le escuchase.

Nos trató como a sus conciudadanos y expresó el deseo de vernos en su pueblo en un futuro inmediato. Dijo que los habitantes estaban dispuestos a luchar por Alemania, y terminó su discurso invitándonos a comer en nombre del pueblo. Diciéndonos que todas las casas del mismo tenían las mesas preparadas para agasajar a mis soldados.

Tuve que responderle que no podía aceptar sus múltiples invitaciones añadiendo que no debía dispersar a mis hombres por todo Karlsdorf. Pero, al ver su expresión consternada, añadí:

—Pero podemos comer todos juntos. No puedo negar que estamos hambrientos.

Instintivamente recordé que tenía a mi cargo un grupo de prisioneros servios. Procedimos a alojarlos en un viejo edificio y un veterano del Ejército austro-húngaro se hizo cargo de su custodia.

Me dirigí, con mis hombres, a la casa del maestro llevando conmigo a los cinco oficiales, que fueron encerrados en una habitación. Seguidamente, el pueblo en masa nos trajo lo que había preparado para nosotros. Apenas había espacio en las improvisadas mesas para la inmensa cantidad de fuentes y platos llenos de manjares: a pesar de que fueron colocados formando dos y hasta tres pisos. Aunque los habitantes del pueblo carecían de fantasía; todos los guisos eran iguales.

Los "notables" de la localidad tomaron asiento junto a nosotros, en tanto que el resto de la población se apiñaba en el patio, ante la puerta y ante las ventanas de la casa.

No exagero si digo que comimos durante tres horas seguidas. No se nos concedió ni un minuto de reposo. Se nos obligó a saborear todos los platos y catar todos los vinos. Nuestros carrillos, abultados por la comida, no nos permitían contestar a la avalancha de preguntas que se nos hacía, y creo que no habríamos podido soportar tan dura como agradable prueba si no hubiese abundado el coñac. Cuando, finalmente, pude decir que ya habíamos comido bastante, apenas me quedaban fuerzas para hablar.

Noté que aquel grupo de alemanes, que vivía en el extranjero desde hacía años, había idealizado la nueva Alemania. Sentían verdaderas ansias por saber todos los detalles, por sentirse como una parte de su lejana patria. Procuré satisfacer sus deseos, y les expliqué todo lo bueno y hermoso. Me oyeron boquiabiertos, faltos de aliento, sin interrumpirme ni un solo momento. Hasta se dio el caso de que una muchacha paralítica, que había expresado su deseo de ver a "los hermanos de su patria", fue llevada, con cama y todo, a la estancia donde estábamos.

No nos resultó fácil separarnos de aquellas amabilísimas gentes, pero "el deber es el deber" y "el coñac es el coñac", según dice un viejo proverbio. Por ello, nos vimos obligados a despedirnos, prometiendo que regresaríamos algún día. Sabíamos, sentíamos que siempre seríamos bien recibidos.

No pudimos impedir que llenaran tres inmensos cajones con todas las viandas que habían sobrado, ni que nos obligasen a llevárnoslos. Cuando llegamos a nuestros vehículos, comprobamos que los cajones ya habían

sido cargados. Los oficiales servios se sentían aliviados, ya que habían podido participar en la fiesta y miraban con más optimismo sus futuros años de cautiverio. Pero el resto de los prisioneros los dejé en el pueblo, diciendo que enviaría a recogerlos al día siguiente.

Llegó el momento de la despedida final. Otra vez tuvimos que estrechar innumerables manos. Tuve la impresión de que me despedía de viejos amigos, de antiguos camaradas de otros tiempos. Los niños volvieron a ofrecernos flores y entonaron la antigua canción alemana:

"Muss i denn, muss i denn zum Städtle hinaus..."

(Tengo, tengo que salir de la ciudad...)

El sol se ocultaba en el horizonte, como un inmenso disco rojo, cuando nos dirigíamos hacia el Oeste.

Nuestras explicaciones sobre la extraordinaria forma en que habíamos sido recibidos, nuestros prisioneros y los tres cajones llenos de manjares, llenaron de júbilo a los hombres de nuestro Regimiento.

El coronel Hansen demostró mucho interés ante mis explicaciones, así como sobre el desarrollo de mi misión, que tomaba más en serio de lo que yo había supuesto. Escuchó mis palabras sin pestañear y cuando terminé mis explicaciones me dijo:

—Podría condecorarle en el acto con la Cruz de Hierro, pero no quiero apresurarme; sé que la obtendrá un día u otro. Acabo de pedir su ascenso a primer teniente y han aceptado mi propuesta. Le felicito de todo corazón. Espero que acepte el nombramiento.

¡Naturalmente que lo aceptaba! ¡Nunca había esperado un tal ascenso ni en mis momentos de más euforia!

Creo que mi "Jawohl" y la efusividad de mis gracias reflejaron mi estado de ánimo. Debo reconocer que en aquellos momentos mi personalidad civil apenas contaba, se había esfumado.

Nos acercamos a Pancevo, localidad situada cerca de Belgrado. Los soldados que ocuparon la capital habían aumentado numéricamente por haber llegado nuevas tropas. Los prósperos pueblos de los alrededores, donde acampábamos durante nuestra marcha, eran casi todos alemanes. Fuimos recibidos con grandes demostraciones de alegría y tratados como si fuésemos los hijos adoptivos de cada uno de ellos. En Pancevo pudimos disfrutar de una vida normal. Cuando yo visitaba el viejo café de la Plaza del Mercado y el camarero me servía una taza de "moka" junto con unos

pastelillos, me parecía hallarme en mis queridos cafés vieneses, a pesar de que el local parecía antiguo y de que estaba cubierto por una capa de mugre.

No transcurrió mucho tiempo sin que se nos comunicara que debíamos avanzar hacia Belgrado, y emprendí la marcha hacia la capital de Yugoslavia. Cuando llegué a ella y pasé por sus calles en mi coche, pude apreciar los resultados de los ataques de los "Stukas". (Por entonces tales resultados seguían captando nuestra atención). Las calles continuaban estando llenas de escombros; sus aceras parecían una interminable línea de ruinas. Pero lo que más me llamó la atención fue la ausencia de soldados alemanes en las calles de la capital. La población civil volvía a llenar calles y plazas, pero demostraba que no quería olvidar los ataques aéreos que acababa de sufrir su querida ciudad. Vi caras hoscas y no pude descubrir ninguna sonrisa.

Pasamos unas cuantas semanas en las cercanías de Pancevo en condición de tropas de ocupación, lo que nos permitió comprobar que cuando el tiempo era bueno los caminos y las carreteras resultaban transitables. Entablamos relaciones cordiales con la población alemana y pasamos una temporada bastante agradable.

Todavía ignorábamos lo que nos depararía el destino en el curso de aquel mismo año. A pesar de que todos estábamos muy a gusto en nuestro nuevo destino, recibimos con satisfacción la orden de partida. Nuestra División fue destinada al este de Austria. Sentí una gran alegría por poder volver a pasar unas cuantas semanas en mi patria.

Al pisar suelo austriaco, emprendí viaje a Viena, donde hice una corta visita a mi familia. Estaban orgullosos de mí, especialmente mi padre, que no dejaba de mirar con admiración mi uniforme de oficial. No podía olvidar que él era un oficial de la reserva de la primera guerra mundial y que siempre recordaba aquellos años como una experiencia sumamente interesante. Tenía un alto sentido del deber y menospreciaba a todos aquellos que no cumplían con su obligación. Nunca olvidaré las palabras que me dijo:

—Los tiempos de guerra y de penuria aumentan el deber que todo ciudadano tiene para con su patria. Todo soldado debe cumplir fielmente las órdenes que recibe, pero el oficial tiene la obligación de darle ejemplo con su comportamiento y su valor. El oficial sólo tiene un deber que cumplir, pero éste es de esencial importancia y puede resumirse en una sola frase: "Protege a tu patria".

En el curso de las semanas siguientes tuvimos un enorme trabajo, preparando e instruyendo convenientemente a nuestras unidades. Tuvimos que cubrir todas las bajas, en hombres y material. Sólo entonces, al hacerlo así, nos dimos exacta cuenta del precio que habíamos tenido que pagar por nuestra cortísima incursión bélica. Mi sección era la más afectada de todas, lo que me dio mucho que pensar.

Nuestra División había sido formada después de la campaña de Polonia. Al poco tiempo de su creación teníamos que aumentar nuestro material con cientos de vehículos que habíamos capturado en la campaña del Oeste para poder resarcirnos de nuestras elevadas pérdidas.

Las industrias alemanas continuaban trabajando al ritmo fijado, a pesar de que Hitler había dado la orden de hacer fabricaciones masivas. Por ello debimos de contentarnos con lo que poseíamos. Nos dimos cuenta, incluso, de que las altas esferas de la Wehrmacht no se preocupaban mucho de la difícil situación en que nos encontrábamos por falta de material, lo que dio motivo a que nos formulásemos la siguiente pregunta:

—¿Estaba debidamente informado el Alto Estado Mayor acerca de la precaria situación en que nos encontrábamos?

Los vehículos motorizados eran elementos de importancia primordial en la guerra, ya que facilitaban el avance de las tropas y el sostenimiento de sus posiciones.

Nos eran imprescindibles, pues los necesitábamos tanto si avanzábamos como si retrocedíamos o sosteníamos combates. No contábamos ni con la mitad de los que nos hacían tanta falta. Pero no teníamos más remedio que darnos por contentos con los que disponíamos y adaptarnos a las circunstancias.



CAPÍTULO X

Movilización en ferrocarril. – "Economía polaca". – ¿Amistad germano-soviética? – 22 de junio de 1941. – La gran ofensiva. – Cerca de las trincheras de Brest-Litowsk. – Colectivización. – Marcha solitaria; ¡cubrirse! – Junto al Dnieper. – Zapatero remendón ruso. – La cabeza de puente de "Jelnja". – La orden de Timoschenko. – El "cocktail Molotov". – El ataque de los T-34. – Wodka. – Cementerio de soldados. – Cambio de órdenes. – "Limpieza" de los maquis rusos. – Regreso a la base y ruta equivocada. – Un montón de cadáveres. – Métodos combatientes de los rusos.

A mediados de junio de 1941 nuestra División fue destinada a Polonia. Esta vez viajamos en ferrocarril hasta Lodz. La novedad de este medio de desplazamiento fue acogida por nosotros con un gran alivio, ya que no ignorábamos que nuestros vehículos y nuestras piezas de artillería pesada llegarían a destino sin haber sufrido ningún desperfecto. Cuando comprobamos que todo estaba cargado convenientemente en los vagones asignados y pudimos tomar asiento en los compartimientos destinados a nosotros respiramos aliviados.

Nuestras conversaciones giraron en torno a nuestro nuevo destino. Todos ignorábamos que estábamos a punto de iniciar una campaña contra Rusia. Hasta los más pesimistas estaban convencidos de que la meta final de nuestro viaje serían los pozos petrolíferos del Golfo Pérsico. Estábamos seguros de que Rusia "abriría sus puertas" al Ejército alemán y que, por tal razón, podríamos atravesar sin ninguna clase de dificultades el Cáucaso pudiendo llegar, de esa manera, a las fronteras del Irán.

Discutimos sobre la posibilidad de que los pueblos árabes se pusieran de nuestra parte, lo que era de vital importancia para nosotros, ya que ellos podrían proporcionarnos el carburante que necesitábamos urgentemente y nos facilitaba la oportunidad de ocupar sus riquísimos territorios.

Por el contrario, otros opinaban que nos veríamos obligados a pasar por Turquía para poder llegar a Egipto con el fin de atacar las posiciones del Ejército inglés. Debo confesar que estaba identificado con esta última opinión, y, por ello, llevaba conmigo el libro de Lawrence "Los siete pilares de la sabiduría". El misterioso y lejano Oriente nos proporcionó un sinfín de temas de conversación durante las larguísimas horas del viaje en que nuestro convoy trazó un gran círculo bordeando el protectorado de Bohemia y Moravia hasta llegar a la Silesia superior para adentrarnos en Polonia.

Dejamos el tren en Lodz y continuamos nuestro viaje por las polvorientas carreteras. En una sola noche recorrimos toda la distancia que nos separaba del frente del Este. Fuimos concentrados a unos cincuenta kilómetros del fronterizo río Bug, al sur de la ciudad rusa de Brest-Litowsk, en un pueblo campesino. La pobreza de la comarca y de las casas nos obligó a levantar nuestras tiendas de campaña en pleno bosque. Me sentía satisfecho por tener la oportunidad de conocer un país que no había visitado anteriormente.

¡Nunca habría podido imaginar que los hombres y las bestias pudieran convivir en semejante promiscuidad! Algunas viviendas tenían el establo al lado de la habitación común, que servía para todos los menesteres; muchas de ellas tenían los espacios separados solamente por una cortina. Los niños se criaban entre las bestias y se daba el caso de que no se hacían diferencias entre unos y otras. El agua escaseaba tanto que sólo era empleada para guisar y dar de beber a los animales. Fue entonces, ¡sólo entonces!, cuando comprendí el sentido de las palabras "economía polaca".

No tardamos mucho en comprobar que las suposiciones que habíamos hecho acerca de nuestro nuevo destino distaban bastante de ser acertadas,

ya que el "ambiente" nos hacía comprender que no tardaríamos mucho en entrar en combate. Aquello nos dejó sorprendidos; no sabíamos qué pensar. ¡Nunca pudimos imaginarnos que llegaríamos a combatir contra la Unión Soviética! Sabíamos, intuíamos, que el Pacto de No Agresión, firmado entre Rusia y Alemania, acabaría por ser roto un día u otro. Pero nunca pudimos suponer que tal cosa llegase a suceder en plena guerra.

Aquello nos llevaba a preguntarnos si nos veríamos obligados a sostener una guerra en dos frentes o bien si podía volver a repetirse el caso de una nueva "guerra relámpago".

No pudimos menos de pensar en las inmensas extensiones de terreno de las inacabables estepas rusas; en el país que fue el causante del principio de la derrota de Napoleón, el hombre que se creyó invencible.

No nos quedó más remedio que conformarnos con nuestra suerte, que esperar el desarrollo de los acontecimientos y prepararnos a ejecutar las órdenes que se nos dieran. Procuramos consolarnos pensando que el Alto Estado Mayor debía saber lo que se llevaba entre manos. Estábamos convencidos de que nos encontrábamos a la misma altura de nuestro colosal adversario; que, tal vez, el destino habría escogido a los hombres de nuestra generación para que derrotasen a la invencible Rusia.

Emplazamos nuestras baterías cerca del Bug, procurando camuflarnos al amparo de los matorrales del campo. Aproveché los momentos de descanso para pasear por las márgenes del río en compañía de algunos camaradas. Vimos los puestos avanzados rusos en la otra orilla del río y nos parecieron similares a los nuestros. Fue la primera vez que vimos, alineadas a todo lo largo de la frontera rusa, las altas torres de guardia que nos llamaron la atención. Nuestros centinelas se ocultaban entre los ramajes de los altos árboles; pasé muchas horas con ellos compartiendo sus inquietudes y desvelos. Pudimos comprobar que los rusos, al igual que nosotros, habían concentrado gran número de tropas en la frontera polaca; sus posiciones, medio enmascaradas aprovechando las ondulaciones del terreno, se nos ofrecían perfectamente visibles.

Llegó el día en que el Gran Cuartel General tomó la suprema decisión. ¡Importantísima decisión que salió del cerebro de muy pocos hombres! Las órdenes fueron dadas, y se fijó el día "H" para el desencadenamiento del ataque: el día 22 de junio de 1941.

Se hicieron circular las órdenes para que todo estuviera dispuesto para el ataque. Para un ataque de una "pasmosa seguridad", cuya meta era el lejano Este. La víspera del día fijado, una vez tomadas las últimas disposiciones,

el general en jefe pronunció un discurso ante todos los oficiales reunidos. Me vienen a la memoria sus palabras llenas de optimismo. Dijo:

–Firmaremos un nuevo Tratado de Paz en Moscú dentro de unas pocas semanas.

Yo me pregunté a mí mismo si creía, realmente, en lo que decía, o se limitaba simplemente a animarnos. No obstante, sus palabras contagiaron de optimismo a la tropa y le dio ánimos para hacer frente a lo que se avecinaba.

Un elevadísimo número de soldados alemanes se han encontrado, en uno u otro momento de sus vidas, en la misma situación que nos encontrábamos nosotros. Seguramente se les encogió el corazón al pensar que se veían obligados a conquistar un territorio extensísimo, casi ilimitado, casi sin confines...

Ahora, después de las experiencias vividas, puedo afirmar que no es fácil conocer el alma –¡la verdadera alma!– de los rusos. Es profunda, variable, insospechada. ¡Exactamente igual que sus inmensas estepas, sus gigantescos ríos, las inclemencias de su clima y la agobiante visión de las soledades de sus paisajes

Estoy convencido de que muchos generales del Alto Estado Mayor tendrán que trabajar durante años enteros, antes de poder enjuiciar de una forma objetiva todas las vicisitudes y pormenores de aquella extraordinaria campaña. Por ello, creo que debo limitarme a relatar algunos de los acontecimientos de los que fui testigo en unión de mis hombres.

A las doce de la noche del 22 de junio de 1941, todas las baterías y las de las otras posiciones estaban a punto para desencadenar el ataque. Todos estábamos excitadísimos, cosa muy natural, ya que nadie ignoraba la excepcional magnitud de la empresa. Debo decir que noté algo extraño, algo indiferente a lo que flotaba en el aire en otras ocasiones. Dos soldados cuchicheaban en la oscuridad; otro dormía boca arriba y tenía aferrado el fusil; otros muchos no podían conciliar el sueño, mientras otros eran despertados por los que, al dormir, lanzaban sonoros ronquidos.

Cada hombre reaccionaba según su estado de ánimo, según su propia idiosincrasia. Pero a las cinco de la madrugada, la hora "H", todos actuaron al unísono: se agarraron a los fusiles como si fueran su tabla de salvación.

Apenas habían pasado quince minutos cuando empezaron a silbar por encima de nuestras cabezas los proyectiles que iban a estallar en las posiciones enemigas. Un ruido ensordecedor nos envolvió y ensordeció; era

comparable al producido por el retumbar de los truenos entre las montañas, que se prolongan gracias al eco.

Cumplido el tiempo de preparación artillera, la infantería subió a las embarcaciones y comenzó a atravesar el río. Nosotros, los artilleros, hubimos de permanecer en nuestras posiciones para protegerles con nuestro fuego y facilitarles, así, la tarea. No obstante, los infantes fueron acompañados por los observadores artilleros cuya misión era la de encontrar nuevos objetivos y dirigir el fuego. Subido en una vieja encina veía la orilla opuesta y presencié los acontecimientos que en ella se desarrollaban. Pero solamente por el ruido podía uno orientarse sobre el desarrollo de los combates. Nuestras tropas consiguieron avanzar cuatro, cinco, hasta seis kilómetros. Pero tuvieron que hacer frente a una obstinada resistencia.

La artillería empezó a disparar de una forma intermitente haciendo fuego de batería hasta conseguir preparar las nuevas posiciones en la otra orilla del río. El fuego enemigo empezó a decrecer, incluso llegó a enmudecer; sólo, de vez en cuando, se oían salvas aisladas. No podía decirse que el ruido fuera el clásico de un combate. Cuando nuestras avanzadillas regresaron para informarnos de la situación, nos dijeron que habíamos logrado blancos exactos y que los rusos no pudieron hacer frente a nuestro primer ataque, viéndose obligados a retirarse a los cercanos bosques, a cubrirse como podían, llegando hasta a esconderse en las zonas pantanosas.

El fuego de nuestras baterías volvió a cubrir el avance de la infantería que empezaba a penetrar en los pequeños senderos que se bifurcaban en todas las direcciones. A unos cuantos kilómetros de las posiciones donde nos encontrábamos, al lado de Koden, ya disponíamos de un puente que acababa de ser construido por nuestros pontoneros. A la mañana siguiente, nosotros, los artilleros, avanzamos lentamente, siguiendo la orilla derecha del Bug, hasta que llegamos a Brest-Litowsk.

La ciudad ya había sido ocupada por las tropas alemanas. Durante el espacio de tiempo que duró un embotellamiento, que nos obligó a detenernos, pude examinar con atención las fortificaciones que tenía ante mí. También pude observar que se continuaba luchando en algunos puntos de la ciudad; los rusos se habían hecho fuertes en algunas casas de la misma. A pesar de que ya estaban en nuestro poder las partes inferiores de los fortines, desde sus torreones los rusos continuaban disparando contra nosotros. Avanzamos lentamente, con precaución, pues no ignorábamos

que nuestros movimientos eran observados por el enemigo. Al menor descuido caía sobre nosotros una verdadera lluvia de disparos. Vi morir ante mis ojos a varios soldados que fueron alcanzados por los proyectiles del enemigo. Todos nuestros intentos para vencer la desesperada resistencia de los rusos eran vanos.

Cuantas tentativas hicimos para apoderarnos de los torreones de los fortines, fallaron; los muertos que se amontonaban ante ellos eran testimonios claros de ello. Transcurrieron varios días antes de que pudiéramos reducir totalmente los focos de resistencia. Los rusos lucharon hasta el último de sus hombres. Y mi afirmación debe ser tomada al pie de la letra.

En la estación sucedió algo parecido. Un nutrido grupo de soldados soviéticos se hizo fuerte en los pasos subterráneos cortando todo intento nuestro de avance. Más tarde me enteré que hubo que inundar dichos pasos, ya que el enemigo resistía encarnizadamente, hasta el límite máximo.

Olvidamos pronto las terribles imágenes de aquella desesperada lucha. Sin embargo, volvíamos a recordarlas cuando combatíamos de nuevo. No tardamos en tener a nuestra disposición lo que llamamos una "autopista", que partía de Brest-Litowsk y conducía más al Este.

Era una carretera bastante ancha, pero su firme no estaba asfaltado. Nuestras tropas sostuvieron combate a un lado y otro de la misma, consiguiendo avanzar con relativa facilidad. Vimos los primeros tanques rusos en las cunetas, medio quemados. Pude apreciar que no eran tan buenos como los nuestros, sus blindajes no parecían muy resistentes y sus cañones no eran de un modelo moderno. También encontramos varias piezas de artillería que habían sido abandonadas. Y nos apoderamos de los bidones de gasolina que encontramos tirados por doquier en los campos.

Cuando llegamos al norte de Kobrin vi los primeros "koljoses" rusos. Era, en realidad, un pueblo en el que había un inmenso almacén, donde se podían adquirir los artículos de primera necesidad. Nuestra llegada sorprendió a los habitantes rusos en pleno saqueo; arramblaron con todo, incluso con las anaqueleras en las que habían estado expuestas las mercancías, con los clavos que las sujetaban y con los cajones vacíos. Cuando nos vieron se apresuraron a huir chillando, pero sin dejar de cargar con sus "preciosos tesoros". Al cabo de un rato, regresaron con las manos vacías y nos observaron desde cierta distancia; yo pensé que esperaban a que nos marcháramos para continuar el saqueo.

Las chozas de madera estaban repletas de las cosas más dispares y variadas. Los bizcochos, de color negruzco, se amontonaban al lado de unos cubos llenos de semillas de girasol; cajones llenos de clavos se alineaban junto a papeles llenos de "majorca"; había montones de ropas usadas al lado de otro de nuevas, varios pares de zuecos y de botas de piel. Naturalmente, supusimos que todos aquellos artículos habían estado en el almacén. No vi otra tienda o almacén, por lo que supuse que los rusos sólo podían adquirirlos en él. Me hice con varios paquetes de "majorca". Me aproximé a los habitantes del pueblo con el propósito de hablar con ellos, pero como no podía disponer de un buen intérprete, debí contentarme con hacerme comprender por signos.

No me extrañó que los campesinos aceptaran el tabaco, pero que, por el contrario, rechazasen el papel de fumar. Vi cómo cada uno de ellos tomaba una arrugada hoja de periódico, arrancaba un trozo del mismo y, con él, liaba el cigarrillo. A pesar de que el olor de semejante mezcla era nauseabundo, todos parecían muy satisfechos.

Me enteré de que los artículos que se vendían en el almacén sólo podían ser adquiridos muy de tarde en tarde. Además, los campesinos rusos únicamente podían obtener cada dos años una chaqueta guateada y un par de botas cada tres. El azúcar y la mantequilla eran artículos alimenticios absolutamente desconocidos para ellos; por esta razón fue lo primero que cogieron cuando asaltaron el almacén. En contraste, los campesinos estaban obligados a entregar regularmente al Estado los productos del campo cuando llegaba la época de la recolección. Mas, a pesar de todo, la gente parecía contenta con su suerte, lo que me sorprendió, porque yo había pensado que el pueblo ruso se sentía oprimido y anhelaba la libertad.

A los cinco días llegamos a las inmediaciones de Gorodez. Las tropas rusas empleaban en el combate una táctica muy singular: empezaban presentándonos una resistencia obstinada, pero, en cuanto encontraban una ocasión propicia, se dispersaban o procuraban retirarse. Durante todos aquellos primeros días tuvimos la impresión de que aún no nos habíamos enfrentado con el auténtico ejército ruso. Las fuerzas enemigas sólo aprovechaban alguna ocasión para contraatacar.

En Gorodez visité una pequeña instalación eléctrica, que estaba abandonada. ¡Nunca había visto, hasta aquel momento, una labor de desmontaje tan perfecta! No quedaba nada, ¡absolutamente nada!, aunque encontramos el material diseminado por las inmediaciones de la estación.

La orden de evacuación y de desmonte había sido cumplida y ejecutada al pie de la letra en un tiempo rapidísimo.

Pasamos por la zona pantanosa de Pripjet, que nos pareció absolutamente intransitable. Sin embargo, los rusos la consideraban terreno apropiado para el movimiento de sus tropas. Al norte de la carretera principal había una continuada hilera de colinas, y los llanos eran terrenos de labranza que pertenecían a los diversos "koljoses" diseminados por toda la zona en la que abundaban los bosques. Todas las apariencias demostraban que a éstos los rusos no los cuidaban; varios espacios de ellos habían sido talados para obtener leña; el resto de los árboles estaban descuidados, nadie se había preocupado de talarlos.

Las carreteras principales estaban pasables, pero las vecinales eran simples caminos completamente descuidados en los que se apreciaban infinidad de ruedas de carros en una sola dirección. Dichos caminos tenían una anchura de diez a quince metros. Las huellas de los carros facilitaron nuestro avance. El tiempo era muy seco. Por esta razón tragamos grandes cantidades de polvo, que cubría todos los senderos. Los pueblos por los que pasábamos estaban completamente vacíos; la población había huido hacia el Este con las tropas rusas.

No puede decirse que aquellos días hubiera un verdadero frente. Las divisiones alemanas se limitaban a avanzar hacia el Este con mucha dificultad. Cada vez que alguno de nuestros vehículos sufría una avería nos veíamos en un gran apuro. También, cada vez que hacíamos un alto éramos atacados por grupos aislados de tropas rusas, que se apresuraban a retirarse después de habernos hostilizado.

En nuestro avance llegamos a un pequeño río, en cuyas orillas se entabló fuerte combate. El capitán Rumohr insistió en que se hiciese un detallado reconocimiento del terreno porque nos encontramos con una hilera de colinas. Se formó una patrulla que integrábamos el capitán Rumohr, el teniente Wurach, su ayudante, el oficial de transmisiones, cinco sargentos y yo. Nos dirigimos a una de las colinas con el propósito de alcanzar su cima y ver desde ella lo que sucedía en la orilla opuesta del río. Tuvimos que atravesar un campo de terreno desigual en el que crecían algunos árboles. Una lluvia de balas cayó sobre nosotros. A pesar de que nos dimos cuenta de que ofrecíamos un buen blanco, continuamos avanzando con toda clase de precauciones. Las ametralladoras enemigas no cesaban de disparar y algunas granadas estallaron cerca de nosotros. Realmente, nos encontrábamos en precaria situación. Todo lo que pudimos

hacer fue aplastar nuestros cuerpos contra el suelo, amparándonos en los declives del terreno.

No resultaba agradable sentirse al igual que un conejo cuando le cazan. Cada vez que levantaba la cabeza, veía la suela de las botas del compañero que estaba tumbado delante de mí; seguidamente volvía a hundir la cabeza en la tierra porque venía una nueva granizada de balas.

Intentamos avanzar despacio, cautelosamente, arrastrándonos por el suelo. Esto nos costó un gran esfuerzo, pues el fuego del enemigo acompañaba todos nuestros movimientos. De pronto escuché un grito a mis espaldas. Volví la cabeza y vi que uno de los suboficiales que se arrastraba detrás de mí había sido herido en un hombro. El hombre que iba a continuación le agarró de las caderas y le llevó a un lugar resguardado. Una lluvia de granadas, lanzadas por los nuestros, pasó por encima de nosotros y fueron a estallar en puntos claves del enemigo. Tuvimos la suerte de que el suelo no fuese muy duro, ya que, en tal caso, nuestro avance se habría hecho durísimo. Uno de nuestros hombres, que avanzaba el primero, lanzó un espantoso alarido. El teniente Wurach se apresuró a llegar a su lado. Luego, volvió la cabeza y gritó:

—Está muerto. Ya no podemos hacer nada por él.

El fuego se hizo tan intenso que nos impidió todo movimiento. ¡Los minutos se nos hicieron siglos! De pronto recordé, con extrañeza, que tenía una tableta de chocolate en uno de los bolsillos de mi pantalón. Estuve dudando en si me la comía o no. Y decidí que sería mejor que no lo hiciera.

¡Qué pensamientos más extraños se apoderan de nuestra mente en tales momentos!

Estaba tumbado en el suelo, con las piernas y los brazos extendidos. Al cabo de un rato, que me pareció interminable, el capitán, que se encontraba a mi lado, me dijo:

—Debemos seguir avanzando, Otto; si no lo hacemos nos cazaran como a conejos.

Por lo tanto, continuamos nuestro avance arrastrándonos hacia adelante. El soldado que tenía delante de mí fue herido; volvió la cabeza y me miró. Tuve que realizar un gran esfuerzo para poder llegar a su lado. Logré mi propósito y pudimos ponerle a salvo al amparo de un árbol. Vi que su camisa estaba empapada de sangre, y que una bala le había perforado el pecho. Le puse una compresa sobre la herida y aquello fue todo; no podía hacer nada más por él.

Procedente de nuestra orilla del río oímos un fuerte tiroteo, que fue la causa de que no continuasen disparando contra nosotros con tanta saña. Naturalmente, nos apresuramos a aprovechar tal situación. Entre cuatro cogimos al herido y corrimos colina arriba, y como no podíamos llevarlo con cuidado, gritó de dolor. Llegamos a una casa y nos protegimos en ella, colocando al herido sobre el suelo y al amparo de sus mulos. Nos recompensó con una sonrisa; uno de los nuestros quedó junto a él para atenderle.

Hicimos un agujero en el techo de paja de la casa e instalamos nuestro telémetro. Pudimos apreciar que habíamos tenido un gran acierto, ya que, desde donde nos hallábamos, podíamos observar bien las posiciones enemigas. Era aquél un observatorio apropiado. Hicimos un mapa de la topografía del terreno, y señalamos los puntos donde estaban las líneas enemigas. Nos pusimos en comunicación con nuestro campamento y dimos las informaciones precisas. Desde donde estábamos, orientábamos la trayectoria y distancia del tiro, viendo que nuestra misión era coronada por el éxito.

El frente ruso se había desarticulado, y sólo ofrecían resistencia algunos focos aislados. No nos quedó más remedio que ensanchar nuestro campo de tiro al objeto de poder atacarlos a todos.

Nuestras tropas consiguieron aproximarse a Beresina; sólo nos separaba de nuestro próximo objetivo un pequeño río. Fue entonces cuando nos encontramos en crítica situación. La Sección de información y un Batallón de Infantería, secundados por una batería de nuestra segunda Sección de Artillería, tuvieron que hacer frente a una fuerte resistencia del enemigo. Unos kilómetros más atrás, se mantenía el Estado mayor de la segunda División, en un cruce de carreteras. El pequeño remolque que servía de alojamiento al general de nuestra División estaba en los linderos del bosque donde se encontraba el grueso de nuestra Artillería. Me dirigí en unión del coronel Hansen, que no hacía más que decir:

—Ya es la una y tengo el estómago vacío; creo que ya es hora de comer algo.

Yo, lo recuerdo, le contesté:

—Voy a poner remedio a sus males.

Seguidamente saqué de mi coche un par de huevos y un poco de tocino; encendí un pequeño fuego y, no tardando mucho, estuvimos saboreando mi pequeño guiso. En cuanto terminamos de comer, Hansen se levantó y se encaminó hacia su remolque cuando, precisamente en aquel momento e

inesperadamente, estallaron unas cuantas granadas cerca del lugar donde estábamos. Sentí que se me helaba la sangre y temí por la vida de nuestro coronel que, así me lo confesó más tarde, había pasado por un gran susto.

El general de División Hausser rogó al coronel que se reuniera con él para sostener una breve conferencia. Entonces dijo que habíamos avanzado demasiado y que carecíamos de la suficiente seguridad para poder seguir hacia adelante, ya que ignorábamos si la zona en la que nos encontrábamos estaba todavía en poder del enemigo. Nuestras baterías no tenían el suficiente calibre para poder alcanzar la distancia de 120 kilómetros. Por ello era imprescindible que nuestra Sección de Artillería se incorporara al grueso lo antes posible.

Me ofrecí voluntario para volver al lugar donde estaba emplazada nuestra Artillería, y me proporcionaron uno de los vehículos pesados y cinco hombres. Una ametralladora y cinco pistolas–ametralladoras automáticas constituían nuestro armamento. Tenía marcada sobre mi mapa la ruta que habíamos recorrido. Por ello, sabía dónde encontraría a nuestra Sección. Ahora bien; descubrí, asimismo, que el mapa no era correcto; ello me obligó a guiarme por mi intuición. Y en ella sí que confiaba.

No es agradable viajar por un territorio ocupado por el enemigo con sólo unos pocos hombres. En mi condición de oficial, no debía dejar traslucir la inseguridad que sentía. Nuestra ruta nos obligó a pasar por varios bosques en los que había unos hoyos tan profundos que, más de una vez, nuestro vehículo se atascó.

Oímos muchos ruidos sospechosos y, en más de una ocasión, mis soldados dispararon por pura precaución

Llegamos a una aldea, situada a mitad de nuestro camino, y recordé que al avanzar la habíamos sobrepasado por su parte derecha. No puedo explicar por qué, pero un extraño presentimiento me movió a no seguir el mismo camino. Por tal razón, doblé a mi izquierda y apresuré la marcha. Fuimos avanzando lentamente y, a pesar de que íbamos solos, no conseguimos avanzar en una hora más que veinte kilómetros.

Un imprevisto obstáculo –un montón de arena– detuvo nuestra marcha. Ello nos obligó a hacer un alto de un cuarto de hora. Pero como ya éramos veteranos en tan difíciles situaciones, construimos un pequeño camino suplementario con ramas y algunos troncos y así pudimos salvar el obstáculo fácil y satisfactoriamente. No nos detuvimos para comer. No ignorábamos que nuestra misión era importante, y sabíamos que era peligroso detenerse en aquellos parajes.

Encontramos nuestra Unidad después de siete horas de marcha, cuando ya había oscurecido. El capitán Rumohr se apresuró a dar la orden de avance, y el suboficial Wurach me puso al corriente de la situación en que estábamos.

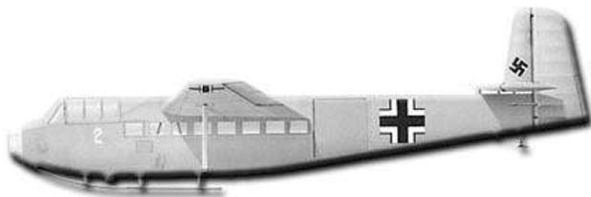
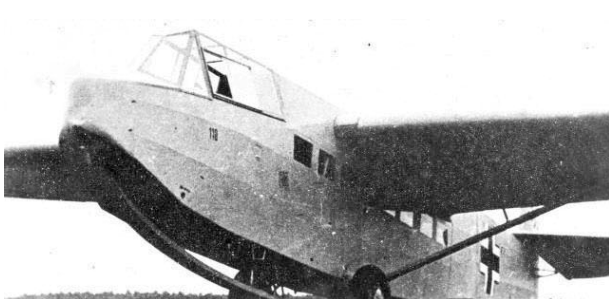
Me dijo que la carretera principal volvía a estar ocupada por los rusos. Esta noticia me hizo sentir satisfecho por haber pasado por la otra en mi camino de regreso. Habíamos tenido una gran suerte al decidir no pasar por la parte derecha del pueblo que dejamos atrás.

El avance de toda la División fue mucho más lento. Como era de noche no nos fue fácil orientarnos. Yo iba en cabeza de la columna con mis hombres y tuve que detenerme varias veces para orientarme. Sólo hicimos breves altos para llenar de carburante los depósitos de nuestros vehículos. Incluso nos vimos obligados a combatir en determinados puntos para poder continuar hacia adelante. Algunos vehículos se quedaron atascados y tuvimos que hacerles avanzar a la fuerza. Llegamos a nuestro destino al mediodía siguiente y allí nos enteramos de que no se nos esperaba tan pronto. Pero fuimos recibidos con grandes muestras de alegría. El coronel Hansen me elogió y me dijo que haría la propuesta al Alto Mando para que se me condecorase con la Cruz de Hierro.

Atravesamos el Beresina al sur de Bosninck. Esta operación nos llevó tres días porque el enemigo nos dio mucho quehacer. Los rusos habían logrado reunir sus fuerzas y se defendían como leones.

En el curso de los quince días que duró esta incursión, aprendimos a atrincherarnos utilizando el suelo. Había pocas ocasiones en las que podíamos instalar nuestros puestos de mando normalmente, ya que nos veíamos obligados a hacer estrechos agujeros en el terreno para refugiarnos en ellos. Hasta dormíamos en los mismos para estar más protegidos. Nuestra situación era incómoda, ya que la artillería rusa demostraba tener buena puntería.

Nuestras posiciones, en la orilla derecha, tenían cotas más altas que las del enemigo. Nuestro jefe Jochen Rumohr había hecho construir una trinchera de metro y medio de profundidad a lo largo de la colina. No era fácil, desde retaguardia, llegar a ella; las comunicaciones estaban batidas por el fuego del enemigo. Los encargados de reparar los daños causados por el fuego de los rusos llevaban una vida infernal, pues no tenían más remedio que cubrirse constantemente para evitar que les alcanzaran los disparos; cuando los cables que arreglaban no eran rotos por los proyectiles de la artillería soviética resultaban partidos por alguno de nuestros vehícu--



El planeador DFS-230 en imágenes

los. Tuvieron estos soldados muchas bajas, entre muertos y heridos.

Trincheras más profundas camuflaban los telémetros y los aparatos de radio, así como los teléfonos de campaña. El coronel vio claramente, a través de la lente de aumento de nuestro telémetro, el prolongado zigzag de las trincheras enemigas en la otra orilla. Apenas veíamos algún soldado ruso, ya que estaban perfectamente encubiertos y casi no se movían. Lo que no quería decir que no hubiese gran número de ellos en cada bosque y en cada colina. Nosotros estábamos bien atrincherados y cubríamos el emplazamiento exacto, según los mapas. Tomamos la decisión de disparar todas nuestras piezas en el mismo instante en que notásemos un movimiento de tropas en las trincheras enemigas.

Aprovechamos una pausa para encender un cigarrillo y beber un trago de nuestras cantimploras. También tomamos un poco de "muckefuck", el desagradable café que ya conocíamos desde los tiempos de nuestro acuartelamiento; pero, en aquellos momentos, lo encontramos delicioso.

Rumohr estaba tan cansado que apenas podía sostener el cigarrillo. Por ello decidió dormir unas cuantas horas; lo mismo hizo Wurach. Me pidieron les despertase si veía algo anómalo. Se durmieron en cuanto cerraron los ojos, a pesar de la postura incómoda que debieron adoptar.

No cesé de observar a través del telémetro, que estaba muy bien disimulado con ramajes. Podía ver una parte de nuestras posiciones y comprobé que estaban tranquilas. Sabía que la Infantería tenía la orden de avanzar al amparo de la noche, ya que se había decidido atacar al día siguiente. De vez en cuando, el enemigo disparaba contra nuestras líneas unas cuantas granadas; pero, en términos generales, la situación era bastante tranquila.

Instintivamente observé algo que se movía en los bosques que estaban enfrente de nosotros. Dos camiones aparecieron y desaparecieron ante mi vista, y otros muchos les siguieron, envueltos en nubes de polvo. Llegué a contar quince, veinte, cuarenta de ellos, que fueron seguidos por muchos más. Ordené me pusieran en comunicación por radio con nuestras tres baterías. Cuando estuve al habla con ellas, dije:

—Preparadlo todo para hacer fuego inmediatamente sobre el punto W en la cuadrícula y a 18 grados.

Me contestaron:

—Estamos dispuestos.

Desperté a nuestro jefe y le informé de la novedad. Me dijo (lo recuerdo perfectamente):

—Seis disparos en tiro libre, Otto. Da la orden.

Seguidamente, volvió a cerrar los ojos. Me apresuré a transmitir la orden y, al poco, oí unos silbidos por encima de nuestras cabezas así como el ruido de las explosiones en la otra orilla del río Jochen, a través del telémetro, observó atentamente el efecto de nuestros disparos y se sintió satisfecho, porque nuestra línea de tiro no necesitaba de ninguna corrección. Todo pasó en el intervalo de pocos minutos. Vimos a varios soldados rusos que se precipitaban en salir del bosque. También nos dimos cuenta de que varios puntos de las posiciones enemigas estaban envueltos en llamas. Y escuchamos las explosiones de gran número de polvorines.

Seguimos avanzando por las orillas del Dnieper. Y una inesperada lluvia, que duró varias horas, nos dio idea de lo que nos esperaba. Tuvimos que enfrentarnos con verdaderas montañas de barro y fango, que fueron nuestros mayores obstáculos. Los primeros de nuestros vehículos hicieron unos baches tan grandes en el suelo, que los que les seguían se atascaron en ellos. En este aspecto, todas nuestras prevenciones resultaron ineficaces. Cortamos varios troncos de árbol y cubrimos el suelo con ellos. Pero a pesar de todo sólo conseguíamos avanzar muy lentamente. Tuvimos un sinfín de averías y "pannes"; se rompieron varias ballestas de nuestros camiones. Ya habíamos agotado todas las piezas de repuesto y no sabíamos dónde podríamos suministrarnos otras nuevas. Hasta tuvimos que abandonar muchos vehículos al borde de la carretera. Desmontamos todo aquello que considerábamos era utilizable y abandonamos lo restante. Poco tiempo más tarde todas las carreteras de Rusia estaban flanqueadas por esqueletos de coches y camiones abandonados.

Sostuvimos un breve combate al sur de Schkow. Y cuando conseguimos pasar el Dnieper, nos dimos cuenta de que la carretera principal estaba completamente intransitable. Por esta razón, el grueso de nuestra División cruzó el río un poco más hacia el Norte sobre un puente: construido a toda prisa. Fue en aquel momento cuando recibimos la terrible noticia de que la compañía de pontoneros, que se había quedado en la zona Sur para reconstruir dicho puente, fue atacada en plena noche por las tropas rusas; sólo pudieron salvarse de ella dos soldados que escaparon de la tremenda carnicería, y fueron ellos, precisamente, los que nos informaron de lo sucedido. El aspecto que ofrecía el lugar de la batalla era dantesco. Llegamos al convencimiento de que nos veríamos obligados a luchar encarnizadamente en el frente del Este.

Pasamos por Suchari y llegamos a Tschernikov sin tropezar con mucha resistencia por parte del enemigo. Era la siguiente ciudad rusa a la que llegábamos después de Brest-Litowsk. He dicho ciudad, a pesar de que apenas podía considerársela como tal, porque sólo contaba con unos cuantos edificios de piedra en el centro; el resto eran edificaciones de madera; las típicas construcciones de madera que podían verse en toda Rusia.

La mayor parte de las calles estaban pavimentadas con grandes adoquines de piedra, que nos hacían recordar calles de nuestras ciudades medievales. Me causó mucha extrañeza ver numerosos micrófonos que estaban colocados cada doscientos metros. Los altavoces, muy antiguos por cierto, estaban dentro de las casas y tenían conexión con los de los edificios públicos de la ciudad. Hasta que llegamos a las cercanías de Moscú, no encontré un solo aparato de radio privado.

Por mi propia comodidad usaba las botas reglamentarias del ejército y, además, tenía las viejas mías de caza. Por ello pude tener, en todo momento, un par de botas secas. Pero el barro de las carreteras y los lodazales de las calles pudieron con mis viejas botas de caza. Quise arreglarlas, pero nadie sabía dónde se hallaba el zapatero de nuestro Regimiento. Por ello, no tuve más remedio que buscar uno.

Encontré un zapatero remendón en una casa que estaba en la periferia de Tschernikow. Me pareció que era un artesano "muy particular". Pasando por un pequeño vestíbulo, llegué hasta la única y ancha estancia de la choza de madera. Encontré reunida a toda la familia y al jefe de la misma sentado a su mesa de trabajo, situada junto a la ventana. Un paquete de cigarrillos y un trozo de pan alemán facilitaron muchas cosas. Me quité las botas y me senté en un banco. Acto seguido, el zapatero empezó a remendarlas. Pude ver que las herramientas que empleaba eran exactamente iguales que las que se usaban en todas partes, iguales a las que empleaban los zapateros remendones de Alemania, a pesar de que, por su aspecto, no pareciesen tan buenas y estuviesen más estropeadas.

Aproveché la ocasión para echar un vistazo a mi alrededor. Una de las esquinas de la estancia estaba ocupada por una estufa de piedra de casi dos metros de altura. Sobre ésta se amontonaban tres niños pequeños acostados sobre unas cuantas mugrientas mantas. Ante la estufa, una mecedora; junto a la pared, una enorme cama. Una vieja estaba echada sobre un jergón de paja, cubierta con ropas viejas y usadas; supuse que sería la abuela. Tenía a su lado una camita de madera llena de paja y trapos viejos. Dos niños se

apretujaban en una silla; no dejaban de mirarme, pero se apresuraban a apartar la vista en cuanto se daban cuenta de que yo, a mi vez, les miraba. El suelo estaba totalmente resquebrajado, lo que revelaba la vejez y el mal estado de la choza.

La dueña de la casa estaba ante los fogones cociendo una extraña infusión en un cazo de hierro. Las ventanas permanecían cerradas, a pesar de que estábamos en pleno mes de julio y de que hacía un calor sofocante; todo hacía suponer que no habían sido abiertas en varios días a juzgar por el calor fétido de la habitación. La mujer se dio prisa en guardar el pan que le ofrecí, exactamente igual que si fuese un tesoro.

Las paredes estaban cubiertas con flores de papel y había también un cuadro, medio roto. La mujer empezó a cocinar un extraño guiso de avena y sentí una gran curiosidad por ver en qué se convertía. Quitó el té del fogón, colocó sobre éste una sartén negruzca y echó en ella la espesa pasta, así como unos cuantos gramos de una sal muy gruesa. Quise ver de más cerca aquella rara mezcla; me levanté de mi asiento y me acerqué a la cocina aunque sólo tenía puestos mis calcetines. El olor que despedía el guiso me hizo suponer que se trataba de una mezcla de avena y grasa.

De pronto, toda la familia se animó. La abuela se incorporó levemente y miró hacia los fogones en tanto estrujaba la paja del jergón con sus nudosos dedos. Los dos niños se acercaron al fuego. Hasta el zapatero levantó un par de veces la vista de su faena para mirar en la misma dirección. La madre comenzó a partir la pasta y el niño mayor tomó el primer trozo, dándose prisa en comerlo. Me supuse que debía de estar muy caliente, pero el muchacho no pareció apreciarlo. Cada niño tuvo su parte, así como la abuela y el dueño de la casa. ¡Temí que éste se tragara con su parte un par de clavos, pues no dejó de trabajar en tanto comía! La madre fue la última en comer y lo hizo despacio. Todo me hizo pensar que la masa aquélla era la única alegría de la familia. Los movimientos de aquéllos seres eran automáticos, hasta los de los pálidos niños, que parecían envejecidos.

Es posible que tuviera aquella rara impresión debido al ambiente que los rodeaba y a la sordidez de la habitación en que vivían. Las prendas que vestían todos eran del mismo deslucido color de las paredes de aquella estancia, y aquéllas ofrecían el mismo tono parduzco del suelo. Sus pies desnudos estaban llenos de polvo, como si hubiesen caminado por senderos polvorientos.

Creo que mi presencia, con la que no contaban, impidió a la familia pronunciar ni una sola palabra. El silencio era roto, solamente, por el

continuo martilleo del zapatero. Me sentí satisfecho de que no me ofrecieran compartir su comida, de que no me tratasen como a un huésped. Fumé mucho y ofrecí uno de mis cigarrillos al hombre. Pero fue la mujer la que lo tomó; lo encendió en un ascua y se lo puso entre los labios. Por su manera de fumar me di cuenta de que estaba acostumbrado a fumar un tabaco más fuerte. El zapatero terminó su tarea y me alargó mis botas ya arregladas; me las puse pensando que podrían durarme algunos meses más. Cuando me dispuse a partir y alargué la mano al zapatero, me rodeó toda la familia y todos dijeron un saludo ruso.

Salí de la casa, subí a mi coche y me di cuenta de que los moradores de la "isba" me contemplaban a través de los cristales de la ventana. Tuve la certeza de que mi visita les había dejado completamente indiferentes, y noté que ni siquiera demostraron temor al verse ante un soldado alemán; se limitaron, únicamente, a sentir curiosidad. El resto de la ciudad no merece ni un comentario. Sólo diré que tuve que salir de ella a los pocos días.

Recibió nuestra División la orden de dirigirse hacia el sur de Smolensko, con la misión de apoderarse del núcleo ferroviario de Jelna. Formaba parte de la columna el regimiento "Grossdeutschland", otra unidad de la "élite" del ejército alemán. Pudimos avanzar con rapidez porque cada vez eran menos los ataques enemigos que nos obligaban a detenernos. El larguísimo viaje hacia el Este parecía extenderse ante nosotros libre de obstáculos. Todo hacía suponer que el Ejército soviético había sido derrotado completamente. No podíamos menos de preguntarnos si nuestra victoria en el Este sería tan fácil como las que habíamos conseguido en los demás frentes.

A mediados de julio, apenas tres semanas después de haber iniciado nuestro avance, ocupamos la pequeña ciudad de Jelna, lo que nos permitió crear una cabeza de puente de unos ocho kilómetros en torno a la misma. Conseguimos formar un semicírculo. A nuestra División le correspondió situarse en su flanco occidental. Nuestra posición era muy avanzada, pues el grueso de las tropas alemanas estaba a varios kilómetros a nuestras espaldas. Únicamente estábamos unidos a ellas por una estrecha franja de terreno que, por otra parte, era de unos cien kilómetros de larga. Elegimos nuestras posiciones aprovechando una sucesión de colinas que se extendían ante nosotros. Para llegar a ellas, atravesamos extensos campos de trigo en los que crecían árboles de poca altura pero que, no obstante, impedían nuestra visibilidad. Por habernos familiarizado con él, el suelo arenoso ya no dificultaba tanto nuestra marcha.

Los primeros días los pasamos en relativa calma. Es cierto que los rusos nos atacaron varias veces, pero los rechazamos con facilidad. El Cuartel General recibió un mensaje radiado, captado al enemigo, que decía:

"El mariscal Timoschenko acaba de recibir la orden de hacerse cargo del mando de las tropas soviéticas destinadas en el sector de Jelna. Se le confía la misión de luchar contra las tropas de las SS de la División "Das Reich" y contra el Regimiento "Grossdeutschland", hasta aniquilar totalmente a esos "hijos de perra".

No tardando muchos días pudimos damos cuenta del significado de aquella orden.

La artillería enemiga empezó a ensañarse con nuestras posiciones con una persistencia nunca vista hasta entonces. Supuse que los rusos disponían de gran número de baterías, ya que en caso contrario no habrían podido disparar de una manera tan persistente. Nos dimos prisa en hacer más profundas nuestras trincheras para poder cubrirnos mejor, y pusimos en seguridad todos los vehículos detrás de un elevado desnivel de terreno que estaba muy cerca de nuestras posiciones. Construimos nuestros "bunkers" a dos metros de profundidad y cubrimos las entradas de los mismos con ramas y troncos de árboles, con objeto de que quedaran bien camuflados. Acondicioné mi "agujero" lo mejor que pude y revestí sus muros de barro con varias planchas de aluminio que hallé en un taller abandonado de Jelna. Incluso hice un hueco en una de las paredes para poder guardar mis libros predilectos y mis paquetes de tabaco.

Recubrí el piso con un montón de heno fresco que corté yo mismo y que puse a secar previamente, facilitándome, así, mullido lecho para tender sobre él mi saco de dormir. Reconozco que mi "casa " resultaba bastante confortable, aunque las granadas enemigas, cuando estallaban en las inmediaciones, hacían temblar sus improvisados muros. Mejoré mi obra colocando en el techo un faro de mi coche, con lo que disponía de suficiente luz para leer o trabajar. Tal cosa me permitía tener el lujo de leer un poco antes de dormirme; así continuaba una vieja costumbre, aunque dentro de una improvisada caverna. Me sentí sorprendido cuando aprecié que mi "madriguera " podía considerarla como un lugar sumamente adecuado para la lectura de un libro de Hermann Löns. Cuando estaba en ella, tenía la sensación de estar fuera del mundo, completamente aislado, solo conmigo mismo y con mis pensamientos; como si la guerra no existiese.

A medida que pasaban los días fueron aumentando los ataques de los rusos. La artillería enemiga no cesaba de machacar nuestras posiciones, y los ataques de los rusos, periódicamente, conseguían romper nuestro frente, obligándonos a rechazar sus ataques empleando todas nuestras fuerzas.

Llegó un momento en que ambos bandos luchábamos ininterrumpidamente, como demonios enfurecidos, para defender la patria, el honor y nuestras vidas. Uno de los días tuvimos una desagradable sorpresa. Fuimos atacados por los soviets con un nuevo tipo de tanque, que no habían utilizado hasta entonces. Se trataba del "panzer", que, más tarde, fue conocido por el "T-34". Comprobamos entonces que, desgraciadamente, los cañones de 5 cms. de nuestros tanques no podían hacer mella en las corazas de los colosos que nos atacaban.

Pudimos lograr que la infantería enemiga no llegara hasta nuestras trincheras, lo que nos costó un gran esfuerzo. Pero lo que no conseguimos fue el detener el avance implacable de aquellas nuevas e infernales máquinas. No tuvimos, entonces, que hacer frente a un ataque masivo. Pero los treinta tanques que nos atacaron nos ofrecieron una muestra de lo que nos esperaba. Aquello motivó que no pudiéramos sentirnos tranquilos ni un solo minuto.

Los campos de trigo que se extendían más allá de las colinas que ocupábamos, y que no habían sido segados, enmascaraban unas inmensas sombras grises que nos parecían alucinantes, enloquecedoras, ya que sus largos cañones no cesaban de apuntarnos y se movían de derecha a izquierda, o viceversa, según el caso. Estos cañones no paraban de disparar contra nosotros y sobre todo lo que se les ponía delante. Pero nuestros soldados no se dejaban amedrentar y se lanzaban sobre ellos, siempre que tenían una ocasión propicia, con el "cocktail-Molotow" entre sus manos.

Es preciso recuerde que, por entonces, no disponíamos aún de las armas adecuadas para combatir eficazmente a tales tanques, ya que las que formaban parte de nuestro arsenal no eran lo suficientemente potentes para destruirlos. Por esta razón, el "soldado desconocido" descubrió lo que nosotros bautizamos con el nombre de "cocktail-Molotow", que consistía en una botella de cristal llena de bencina y cerrada herméticamente con un corcho por el que, previamente, se había pasado una mecha. Al atacar al tanque, el soldado encendía la mecha y, acto seguido, rompía la botella contra las planchas de acero que recubrían el motor del blindado. Inevitablemente, el incendio se extendía por todo el blindaje. ¡Creo que era

alucinante la visión de un simple soldado rompiendo una botella contra el blindaje de un inmenso tanque ruso!

El arma era primitiva, pero eficaz, puesto que siempre se conseguía el objetivo propuesto, a pesar de que, a veces, nos costara varias horas de ímprobos esfuerzos. También combatíamos contra los tanques con bombas de mano y con todo aquello que nos parecía ofensivo. Recuerdo perfectamente que cuando lográbamos introducir una bomba de mano en la boca del cañón del tanque o bien en su torreta, nuestros esfuerzos se veían coronados por el éxito.

Aquel día fue nefasto para la sexta batería de nuestra Sección. Una docena de tanques "T-34" consiguieron abrirse camino hasta ella, y nuestros artilleros pasaron por una situación auténticamente comprometida y peligrosa. Nuestro coronel se dio cuenta, en el acto, de lo crítico de la situación; planeó todo lo planeable, hasta se acercó en su coche blindado a los tanques enemigos, regresó al emplazamiento del grueso de nuestras baterías y dio órdenes para que nuestras fuerzas actuaran para ponerse a la altura de las circunstancias, a pesar de que el combate era muy desigual. No tardamos mucho en agotar las granadas destinadas a los tanques, y debimos continuar disparando con proyectiles normales. Logramos destruir a todos los colosos blindados soviéticos, pero nuestras pérdidas fueron cuantiosas.

Después de media hora de combate pudimos comprobar que la suerte estaba de nuestra parte, al conseguir hacer blanco en el último tanque ruso, que nos atacaba a una distancia de unos treinta metros. Los tres que quedaban ilesos dieron la vuelta y se apresuraron a ponerse fuera de nuestro campo de tiro.

Los jefes de nuestro Regimiento estaban en una gran trinchera. Los muros de la misma, que tenían una altura de seis a siete metros, eran una buena protección contra los disparos de la artillería enemiga. Cada vez que tenía que ir a verles a dicha trinchera, me pasaba varias horas con ellos, hasta el punto de que llegó un día en que me ordenaron que jugara una partida de naipes. Dichas partidas diarias eran cortadas, frecuentemente, por llamadas telefónicas de importancia, ya que el coronel Hansen debía dar con frecuencia determinadas órdenes, pero el juego no se interrumpía.

Recuerdo perfectamente el día en que, en medio de una conferencia, sin que existiese un motivo, se interrumpió y nos rogó que saliésemos del refugio. No habíamos hecho más que salir al exterior, cuando una granada reventó en el pequeño recinto, destrozando la mesa y las sillas en las que habíamos estado sentados poco antes. A partir de aquel instante sentimos

gran admiración hacia Hansen, como si fuese un adivino, y nos dimos cuenta de que la confianza que habíamos depositado en él no era vana, que podíamos sentirnos seguros bajo su mando.

Las frecuentes visitas que hacíamos a nuestro convoy de retaguardia, que estaba acampado en un bosque en las cercanías de Jelna, no podían ser consideradas como una diversión. Todos sabíamos que varios lugares de la carretera –la que unía a nuestras posiciones con el citado bosque–, estaban batidos constantemente por el fuego enemigo; ello nos obligaba a calcular con la mayor exactitud el tiempo que transcurría entre disparo y disparo, encomendarnos a nuestra suerte y pasar los lugares batidos con la velocidad del rayo.

En varias ocasiones llegué hasta Jelna, donde había una destilería de alcohol. Varias veces me aprovisioné en ella de "vodka" que allí estaba almacenado y envasado en las clásicas botellas rusas de forma achatada. Creo que todo el que se haya encontrado en una situación difícil, no ignora que un buen trago hace parecer más soportables las incomodidades y los peligros.

En los momentos en que nos veíamos constreñidos a refugiarnos en el interior de nuestros parapetos, debido a que los rusos no cesaban de lanzar salvas sobre nuestras posiciones, las botellas de "vodka" desaparecían rápidamente. Los que intentaban engañarse a sí mismos decían que únicamente querían gargarizar y desinfectarse la caverna de la boca.

Nuestros médicos y personal sanitario se habían instalado en una zona que separaba el bosque de la entrada de la ciudad. Cuando visitábamos el emplazamiento, sólo veíamos el "lado amargo" de todo soldado. Las ambulancias depositaban allí los desechos humanos que transportaban. Los médicos hacían todo lo posible por aliviar los sufrimientos de los que padecían. Pero cuando las cosas en el frente tomaban mal cariz, no podían dar abasto, aunque trabajaban ininterrumpidamente día y noche. Sólo llegaban a la mesa de operaciones todos aquellos soldados cuyo estado era considerado de máxima gravedad, y los demás, aquellos que tenían heridas menos graves, eran trasladados a retaguardia, en el caso de que así pudiera hacerse.

Estoy convencido de que todos los que tengan sensibilidad y hayan estado en los frentes, nunca podrán olvidar semejantes espectáculos. ¡Imágenes que pueden ser consideradas como estampa viviente del dolor humano! Teníamos que hacer grandes esfuerzos para no pensar que

centenares de jóvenes, llenos de fuerza y vida, pasaban por infinitos tormentos a causa de la falta de asistencia.

El cementerio de nuestra División estaba en un lugar próximo al puesto sanitario. ¡Impresionaba ver que el número de tumbas aumentaba de día en día! Fue necesario ampliar el espacio a él destinado, porque las bajas aumentaban constantemente. Poníamos todo nuestro cuidado en que nuestro Camposanto ofreciera un aspecto aseado y ordenado; cada tumba tenía su correspondiente cruz, hecha de madera de abeto, en la que se inscribía el nombre y demás datos del que reposaba bajo ella; los ataúdes eran dos sencillas tablas sobre las que reposaba el cuerpo del soldado muerto en el campo de batalla; hasta se prescindía de las salvas de ordenanza en el momento del entierro. Las tumbas se alineaban siguiendo un orden estrictamente militar, como si la muerte hiciera tabla rasa de grados y distinciones.

Cuando pasaba ante un cementerio, aprovechaba la ocasión para visitarlo y leer los nombres de los que en él reposaban eternamente. En muchas ocasiones mis ojos se posaron sobre el de un camarada con el que había compartido horas agradables. El cementerio se llenaba más y más cada vez. Hubo días en que la muerte pareció reinar sobre los campos de batalla como dueña y señora. Cada cruz tenía en su brazo horizontal el nombre y la fecha del soldado que allí yacía, así como una escueta información sobre el combate en que había caído. No transcurrieron muchos días hasta que pude contar más de mil tumbas. Y pensé, entristecido, que allí estaban enterrados hombres que habían formado la "élite" de nuestra División, y que nos veíamos obligados a avanzar dejándoles atrás.

Desgraciadamente, nuestros difuntos compañeros no pudieron dormir tranquilos el sueño eterno; Poco tiempo después, cuando tuvimos que abandonar nuestra "cabeza de puente", los tanques rusos aplastaron todo lo que se les ponía por delante, y el cementerio alemán quedó completamente destruido, desapareciendo entre un montón de tierra rusa.

El puesto de mando de nuestra Sección estaba en la parte occidental de la ciudad de Jelna, y había sido instalado en la cima de una pequeña colina oculta en parte, por varios campos de trigo. Cada vez que nos acercábamos al puesto de mando éramos localizados por los rusos. Nos veíamos obligados a dar un pequeño rodeo o bien a recorrer a pie los últimos kilómetros. Los cañones rusos estaban muy bien emplazados y sus servidores le apresuraban a disparar siempre que observaban el más

pequeño movimiento. Incluso sucedió que consiguieron atravesar nuestras líneas aprovechando la oscuridad de la noche, logrando, así, instalar sus baterías, perfectamente camufladas, en la misma zona en que estaba nuestra "cabeza de puente". La más insignificante nube de polvo provocada por el rodar de una motocicleta bastaba para que el enemigo disparara una salva de disparos.

La cima de la colina a la que me refiero estaba cruzada por una trinchera de unos cien metros de larga que comunicaba con las cinco chabolas en las que habíamos instalado nuestro Estado Mayor. Jochen Rumohr no veía con agrado que un soldado, incluso un oficial, se atreviera a llegar hasta él si no tenía una precisa misión que cumplir, ya que, como buen jefe que era, no le gustaba exponer inútilmente ninguna vida humana. Pero yo, personalmente, sostenía con él tan buenas relaciones que podía permitirme el lujo de ser una excepción. No ignoraba que, en el fondo, se alegraba mucho de que lo visitara, aunque estuviera obligado a ocultar sus sentimientos.

Cuando teníamos que hacer frente a una racha de mala suerte, nos veíamos precisados a quedarnos en la colina más tiempo del previsto; a ello nos obligaba la gran intensidad del fuego enemigo. En tales ocasiones, aprovechábamos la más mínima oportunidad para volver a nuestras bases primitivas.

Un día sucedió que los rusos intensificaron tanto su fuego que tuvimos que permanecer en los "bunkers" matando el tiempo, fumando y maldiciendo. De tarde en tarde alguno de los nuestros se atrevía a asomar la cabeza; su movimiento provocaba un nuevo lanzamiento de granadas. Rumohr, que se dirigía hacia su puesto de mando, no tuvo suerte; un pedazo de metralla se le incrustó en la mejilla. Aunque nos sentíamos preocupados por él, respiramos tranquilos al saber que la herida era tan sólo superficial. Se le hizo una primera cura, se le puso un vendaje, y el tozudo Rumohr volvió a su puesto lanzando maldiciones contra sí mismo por no haber sido más cuidadoso.

En cierta ocasión oímos el sonido del timbre del teléfono, sonando en la trinchera ocupada por el ayudante. El Regimiento le comunicaba que nuestro capitán había ascendido a comandante, noticia que nos alegró tanto o más que al propio Rumohr. Inmediatamente sacamos nuestras cantimploras y brindamos por su ascenso. Hasta los rusos parecieron participar de nuestra alegría porque aquella noche nos dejaron en paz, relativamente. Por ello nos permitimos salir de nuestras "madrigueras" y

dirigimos a la retaguardia, donde fuimos obsequiados con una taza de café y unos cuantos bizcochos.

Creo que todos teníamos la impresión de que acabaríamos convirtiéndonos en perros sarnosos. El agua escaseaba tanto que la considerábamos como un lujo. Y nuestros cocineros debían recorrer unos cuantos kilómetros a retaguardia para hacerse con la que necesitaban para cocinar; no disponíamos ni de una sola gota para asearnos y lavar nuestra mugrienta ropa. En las cercanías de mi "bunker" había un charco de barro en el que se había almacenado una cierta cantidad de agua, que aproveché para afeitarme y lavarme los dientes. Me alegré de no tener mucha barba, ya que esto me permitía afeitarme cada dos días sin ofrecer, por ello, un aspecto tan lamentable como el que ofrecían muchos de mis compañeros.

Debo envanecerme por el hecho de lavarme los dientes todos los días, a pesar de que la mezcla de barro, agua y pasta dentífrica no podía ser considerada, en verdad, como agradable. También confieso que posponía para mejores ocasiones el aseo del resto de mi cuerpo.

Muchas veces pensaba en si debía o no aprovechar el charco aquél para bañarme y lavar mi ropa. Un día sentí tan perentoria y acuciante la necesidad de hacerme una limpieza, que me sumergí en aquella lodosa balsa. Se me vinieron al recuerdo los días de nuestra campaña en el Oeste cuando, después de varias horas de ininterrumpida marcha, disfrutamos de un descanso junto a un canal en el que aprovechamos, como es de suponer, la ocasión para sumergirnos en el agua y chapotear alegremente. Uno de nuestros camaradas descubrió los cadáveres de varias vacas. Como es lógico, salimos del agua a toda prisa y llenos de asco, pero ninguno se sintió mareado o enfermo. Recordando aquel suceso, me decidí. Me despojé del uniforme, eché mi ropa interior en las aguas amarillentas y, a mi vez, me sumergí en ellas. Algunos de mis compañeros, al verme, hicieron comentarios burlones.

Mi asistente, que se había resistido a bañarse en mi compañía, se "emperraba" en limpiar la mugre de mi ropa interior. Me enjaboné varias veces, me cepillé con energía, pero, a pesar de todo, no me sentí limpio. Eliminé el jabón salpicándome con cuidado y noté que me encontraba mejor, lo que me animó a pensar en si debía sumergirme por completo en aquel lodazal.

No tuve tiempo de adoptar una decisión; los rusos se me adelantaron. Escuché unas explosiones peligrosamente cercanas al lugar donde me encontraba e, inmediatamente, sentí que una lluvia de barro y piedras caía

sobre mí. Todos, con la velocidad del rayo, fuimos a refugiarnos en nuestros "bunkers", tan a tiempo que apenas lo habíamos hecho tres granadas estallaron en el sitio exacto donde habíamos estado. Respondimos a los rusos como se merecían, disparando sobre ellos cada tres minutos. No cesábamos de preguntarnos sobre cuántas municiones estaban dispuestos a gastar los oficiales rusos que teníamos enfrente, pero pudimos darnos cuenta de que no les importaba la cantidad; los proyectiles enemigos barrían nuestra zona sin descanso. Esta razón, de "calibre", me movió a prescindir de mi baño y me di prisa en volver a vestirme.

Cuando lo estaba haciendo escuché tres fuertes detonaciones muy cerca del "bunker" en que yo acostumbraba refugiarme. Pensé que habrían alcanzado nuestras posiciones y que era preciso saliera a comprobar los daños. Cuando saqué afuera la cabeza vi una inmensa nube de polvo, y comprobé que el enemigo había hecho blanco sobre nuestros vehículos, que habíamos ocultado en los mismos agujeros empleados por los rusos para tales fines cuando, todavía, eran dueños de la zona en la que nosotros nos encontrábamos. Aprecié que el coche del jefe de carros de nuestra Sección había sido tocado por una granada que acababa de estallar en su parte; era una imagen espeluznante, ya que el vehículo se había convertido en un montón de chatarra. Sin darme cuenta, exclamé en voz alta:

—¡Santo Dios; hay algo que se mueve junto al volante!

Corrí hacia el coche y vi que un cuerpo se retorció entre el volante y el destrozado asiento. No me atreví a hacer nada por temor a que el coche comenzara a arder, ya que la gasolina del motor empezaba a derramarse y extenderse. Volví a mi puesto y grité con toda la fuerza de mis pulmones pidiendo ayuda. Unas cuantas cabezas surgieron de las "madrigueras"; les hice señas y con nuestros esfuerzos aunados pudimos sacar al herido de aquel revoltijo de hierros, llevándolo a un lugar seguro. En el herido reconocimos a nuestro guía y nos dimos cuenta de que la herida era grave. Tenía la espalda completamente destrozada y los dos brazos le colgaban como si fueran guiñapos sangrientos. No podíamos prestarle ninguna ayuda; un sanitario le puso una inyección de morfina y, seguidamente, le colocamos, como pudimos, en mi coche, que conduje hasta el puesto de socorro.

El artillero ruso supo afinar la puntería; su última granada había dado en el blanco plenamente. El herido fue operado inmediatamente. Le fueron amputados ambos brazos y no pudieron hacer mucho más por el resto del cuerpo, que estaba acribillado de metralla. El pobre hombre tenía una

constitución de hierro; luchó contra la muerte durante tres días seguidos. Cuando le visité estaba consciente, pero me di cuenta de que ignoraba que había perdido los brazos. A pesar de que el doctor me dijo que no había esperanzas para él, le di ánimos. No quise defraudarle al oírle hacer planes para el futuro. Me dijo:

—Creo que mi cuerpo puede servir aún para hacer de cantinero. ¿No está usted de acuerdo conmigo?

Como es de suponer, me mostré de acuerdo con sus esperanzas. Al día siguiente, aumentaba el número de los soldados que yacían en nuestro cementerio.

La noche de aquel mismo día tuve que hacer una gestión en la batería número 4, que estaba emplazada en la parte norte de nuestra "cabeza de puente" y cuya misión era la de proteger al Regimiento "Grossdeutschland". Aquella visita me complació porque, en primer lugar, me entendía muy bien con el que la mandaba, el teniente Scheufele, y en segundo lugar porque su cocina era considerada como la mejor de nuestra unidad.

Era la primera vez que visitaba aquella zona de nuestra "cabeza de puente". Pude observar que era muy abrupta, y que los caminos eran transitables gracias a las huellas dejadas en ellos por nuestros vehículos. Mi amigo me recibió con grandes muestras de alegría en su puesto de mando y tuve que explicarle todas las novedades habidas en la unidad durante el tiempo de su ausencia de la misma.

No tardó en presentarse el cocinero, que nos obsequió con un trozo de carne asada y una ensalada de patatas. Cuando nos disponíamos a comer, oímos unos extraños aullidos y al salir para ver lo que era, fuimos testigos de una escena jocosa.

Un cerdo se había escapado y corría por entre nuestras líneas. Nuestros cocineros, despreciando el fuego enemigo, corrían tras él, hostigándole con largos palos y con sus bayonetas. Procuraron cortarle todas las salidas y realizaron esfuerzos ímprobos para que el cerdo no se escapase en dirección al enemigo. El cerdo, obstinado y astuto, lograba escabullirse haciendo zigzags. Aquella improvisada caza duró un buen rato, hasta que alguien hizo uso de una pistola disparando contra él y el cerdo cayó fulminado. Se había logrado un buen botín. Yo me prometí volver no tardando mucho.

Había llegado el momento de mi regreso. Tuve que hacer el viaje de vuelta en la oscuridad. Me sentía optimista y de buen humor a causa del "vodka" ingerido. Conducía mi coche procurando orientarme por las

numerosas huellas dejadas por nuestros vehículos, pero éstas eran tantas y tan diversas que me despisté y perdí la dirección. Aminoré la marcha al pasar ante dos casas en el campo, pues no recordaba haber pasado antes por allí.

Cuando menos lo pensaba, algo estalló ante mí, luego detrás, peligrosamente cerca. Velozmente desvié mi coche hacia la izquierda y lo introduje detrás de unos matorrales. Los disparos cesaron. Eché una ojeada a mi brújula y ¡comprobé que me dirigía hacia las trincheras enemigas! ¡Tenía que retroceder inmediatamente!

A pesar de ser tiroteado constantemente, conseguí, de nuevo, alcanzar las casas. Al llegar a ellas vi una patrulla al mando de un suboficial. Bastante airado le pregunté por qué no me había advertido que me dirigía hacia las trincheras de los rusos. Me respondió con gran tranquilidad:

—Estamos en un puesto avanzado. Creí que tenía la intención de inspeccionar las líneas enemigas.

Confieso que me quedé atónito y que no supe qué contestar a sus palabras. Reanude mi viaje. Procuré orientarme mejor y llegué sin novedad a mi Sección, donde, ¡cosa natural!, no informé a nadie de mi reciente aventura. Si lo hubiese hecho, ¡me habría convertido en sujeto de burla de mis propios soldados!

A principios de agosto, pasados unos quince días, eran tan elevadas las pérdidas de nuestra División, que tuvimos que ser relevados en espera de recibir refuerzos.

Durante la noche fuimos relevados por dos divisiones recién llegadas de retaguardia. Emprendimos nuestra ruta en dirección contraria al frente sintiendo alegría ante nuestro descanso, bien merecido. Pero, apenas habíamos cubierto una parte del camino, recibimos una nueva orden: Teníamos que dirigimos al flanco norte de la carretera de Jelna, pues el enemigo atacaba sin cesar aquel sector y debíamos defenderlo a toda costa.

Nuestra temporada de descanso quedó anulada y nos encaminamos a cumplir la orden recibida. La defensa de nuestro nuevo sector se presentó mucho más áspera de lo que pensábamos. Las colinas de enfrente estaban cubiertas por espesos bosques y los rusos nos demostraron, por vez primera, su táctica en lo referente a ataques nocturnos. Se deslizaban por entre nuestras líneas en pequeños grupos; después se reunían en un punto determinado, y nos atacaban por la espalda y por sorpresa donde menos lo esperábamos. Por tal razón, cada noche se multiplicaban los gritos de

alarma, viéndonos obligados a reforzar nuestras posiciones con fuertes patrullas que no tenían un solo momento de descanso.

Aquellos ataques nocturnos nos demostraron el perfecto adiestramiento de los soldados rusos, que se movían en la noche con la misma seguridad que durante el día, atacaban con todos los medios a su disposición y luchaban como leones. Cuando lo consideraban conveniente, se retiraban a los bosques en los que pasaban la jornada del día. Por tal razón llegaron éstos a convertirse en "tabú" para nosotros. Debo decir que aquella nueva táctica de los rusos les dio muy buenos resultados y nos ocasionó abundantes bajas. Sólo conseguimos contrarrestarla cuando llegamos a la conclusión de que debíamos redoblar nuestra vigilancia nocturna, descubrir las zonas de retaguardia nuestra en las que se reunían y atacarlos.

El puesto de mando de mi camarada Schefeule estaba situado a trescientos metros de retaguardia y emplazado en un llano. Sólo podíamos llegar a él adoptando toda clase de precauciones y arrastrándonos por el suelo. Estábamos tan cerca del enemigo que podíamos ver perfectamente sus trincheras sin ayuda del telémetro. Aún ahora no alcanzo a comprender por que los rusos se obstinaban en romper el frente precisamente por aquel sector nuestro, pero, fuesen cuales fueren sus intenciones, nos atacaron infinidad de veces y siempre en masa.

El grueso de nuestra unidad estaba atrincherada en aquel valle. Nuestra artillería diezmaba las tropas rusas. Mas, a pesar de las bajas que sufrían, volvían a atacarnos con redoblado encono. Ello hizo que llegara un momento en el que no supimos qué pensar y sentimos una extraña sensación de desamparo. Los muertos se amontonaron, formando auténticas pilas. No obstante, ellos se obstinaban en atacar por el mismo punto y, como consecuencia, eran diezmados por nuestros disparos. No tardamos en darnos cuenta de que los rusos se aprovechaban de las pilas de muertos para poder llegar a nuestras posiciones sin ser vistos por nuestros escuchas.

Pasé muchas horas en el puesto de mando de mi amigo Scheufeule observando aquel punto del sector que se había convertido en objetivo de suma importancia. A pesar de que nuestros disparos siempre daban en el blanco, y, literalmente, barrían a la infantería rusa, no podíamos dejar de sentirnos sobrecogidos ante aquellos montones de muertos. Ni una sola vez vimos que los rusos intentasen recoger sus heridos; por tanto, sólo se salvaban los que lograban cubrirse o retirarse por sí mismos, sin la ayuda de nadie; y esto, a pesar de estar gravemente heridos. Más tarde llegamos a conocer la obstinación rusa, su indiferencia ante la muerte, su falta de

humanidad y de escrúpulos cuando se trataba de ejecutar una orden, que cumplían a rajatabla.

No tardó mucho el enemigo en atacarnos sistemáticamente con todos sus elementos, incluidos aviones de combate y bombardeo. Utilizaron unos bimotores muy rápidos y seguros. Pero como nos habíamos metido en nuestros refugios, bastante hondos, después de hacer lo mismo con nuestros vehículos, no sufrimos muchas bajas ni pérdidas de material. Por aquel entonces todavía disponíamos de una aviación que podía ser considerada invencible. Por esta razón, los combates aéreos contra los aparatos rusos siempre terminaban victoriosamente; no existía un solo avión soviético que pudiera competir con nuestros "Messerschmitt".

Aquellos combates, muchas veces, nos llenaron de consternación, nos dieron ocasión de aprender muchas cosas sobre los rusos. Cuando ocupamos una posición suya, vimos por primera vez el "pozo de tirador individual". Se trataba de un hoyo de ochenta centímetros de diámetro y de dos metros de profundidad. En torno a él no había el más mínimo montón de tierra, ni una sola huella que delatara su existencia, y por ello sólo visible a pocos metros de distancia. Admiramos la pericia de tal trabajo; mi admiración aumentó cuando los prisioneros que hicimos nos informaron de que no tardaban en hacerlo más de media hora.

Debo decir, asimismo, que conocían como nadie el arte del camuflaje. Hasta los vehículos, por muy pesados que fueran, desaparecían bajo tierra cuando estaban en primera línea. Los hombres se parapetaban en trincheras perfectamente trazadas y construidas, que, incluso, utilizaban para enmascarar y ocultar toda clase de armamento. Esto hacía casi imposible que sus posiciones fuesen descubiertas a primera vista. Sus puestos de observación estaban contruidos en forma de tronco de árbol, y como tales los tomábamos.

Todos estos detalles nos confirmaron elocuentemente que el pueblo ruso tenía mucha astucia, tal vez más que el nuestro, y que demostraba mucho apego a la naturaleza.



CAPÍTULO XI

Descanso relativo. – Primera condecoración. – Iván y Pjotr. – Ptrus junto al enemigo. – "Carreteras rusas". – Ucrucianos vivos. – Un puente bajo el agua. – Apasionamiento por parte de los rusos. – El cerco de Kiew. – "Inteligentsia" soviética. – Del internacionalismo al "chauvinismo".

Al cabo de unas cuantas semanas pudimos disfrutar, al fin, de una corta temporada de descanso en las cercanías de Roslawl. Pareció como si yo hubiese elegido ex profeso tal período, que casi podría ser calificado de "asuetu", para sentirme enfermo. Me hice construir una especie de pequeño "hoyo" en un lugar próximo adonde se hallaba mi tienda de campaña, y lo consideré como mi "W. C. privado". Pasé bastante mal los días y noches siguientes, pues tuve que visitarlo con frecuencia y procurar llegar a él con la velocidad del rayo, y esto tres y cuatro veces en la misma noche. Seguidamente me tendía en mi camastro e intentaba recuperar las fuerzas perdidas.

Me negué rotundamente a ser hospitalizado en nuestra enfermería, pues es sabido que cuando los hombres viven juntos sus dolencias, se sienten mucho más enfermos. Por ello, me limité a seguir las indicaciones de nuestro médico, que me recomendó una "cura de hambre" y me recetó unas píldoras. Ahora bien, aquello no fue todo, ya que me obligó, para cortar "mi mal", a ingerir una buena cantidad de aceite de ricino, así como a tomar

toda una serie de medicinas. Debo reconocer que necesité varios días para que mi maltrecho organismo pudiera reaccionar convenientemente.

Me encontraba todavía bastante débil cuando nuestro coronel me mandó llamar con urgencia. Hice "examen de conciencia ", pero no me encontré ninguna culpa. Por ello me presenté ante él procurando mostrar un continente digno, a pesar de que apenas me tenía en pie.

Comprobé que la cara de mi amigo, que no aceptaba ninguna clase de broma y no se mostraba condescendiente cuando estaba de servicio, tenía una expresión amable. Recuerdo perfectamente que me dijo unas cuantas palabras muy corteses, apropiadas a la situación y, acto seguido, prendió sobre la gastada tela de mi guerrera la Cruz de Hierro.

Confieso que me sentí enormemente orgulloso y que no pude dejar de recordar las palabras que me había dicho mi padre cuando me despedí de él. Estoy seguro de que el recuerdo de ellas y el vino de Crimea que tomé en compañía de mis hombres aquel día, fueron los mejores remedios contra el "mal" que padecía. Me sentí curado inesperadamente, de una manera repentina y, nuevamente, estuve dispuesto para cumplir las misiones que se me encomendaran.

Volví a trabajar con renovado celo, y revisé e inspeccioné nuestros vehículos, que se encontraban en un estado lamentable después de ocho meses en el frente de combate del Este.

Hacía pocos días había pedido se me facilitaran los servicios de seis mecánicos rusos, que formaban parte de la pléyade de prisioneros de guerra. Éstos se declararon conformes con trabajar para nosotros y continuar la campaña alistados en nuestras filas. Debo confesar que todos nos sentimos sorprendidos por su eficacia y por su facilidad para resolver cualquier clase de imprevistos. Hasta llegaron a desmontar algunos engranajes de sus tanques T-34, que encajaban perfectamente en los vehículos los mismos. Comprobamos que aquellos engranajes eran tan fuertes que resistían toda clase de pruebas.

De aquellos seis mecánicos rusos, el más dispuesto e inteligente se llamaba Iván. Era un hombrecillo menudo y rubio, de ojos vivaces, que sabía salir airoso de cualquier situación, por muy difícil que ella fuere. Llevaba, al igual que todos los soldados soviéticos, el pelo cortado a cepillo, lo que le daba una fisonomía singular. Mantenía su uniforme en un estado bastante presentable, y nunca se negó a practicar las medidas higiénicas, matutinas y vespertinas, que implanté y que elevé a la categoría de decreto.

Muchos de nosotros entablamos una lucha "a muerte" con los piojos, que formaban plaga y no respetaron ni uno solo de los hombres que intervinieron en la campaña del Este. Como por entonces disponíamos de suficiente agua, combatimos como pudimos a los desagradables animalitos. Iniciábamos nuestras jornadas "cazando", en todo nuestro cuerpo, a los piojos, pudiendo lograr "mortalidades" de veinte o treinta "piezas" cada vez.

Cierto día, cuando por no encontrar por ningún lado a Iván, pregunté al jefe de mi equipo de mecánicos, noté que se mostraba embarazado. Hasta que consiguió dominar su turbación y me respondió:

—He accedido a los ruegos de Iván y le he concedido veinticuatro horas de permiso para que vaya a su pueblo, que está a cuarenta y cinco kilómetros de Smolensko. Me dijo que tenía la intención de visitar a su familia y volver inmediatamente.

Monté en cólera y le dije:

—Lo más probable es que no regrese. Su gran estupidez nos ha hecho perder al mejor de nuestros ayudantes.

Estaba firmemente convencido de que no volveríamos a ver a Iván. Pero..., ¡me equivoqué! A la mañana siguiente, Iván regresó a nuestro acantonamiento, feliz y satisfecho. Sus enrevesadas palabras nos dieron a entender que su familia estaba bien y no había sufrido ningún percance. Pero, a fuer de sincero, debo decir que creo que su vuelta se debió a los platos de rancho que le servía nuestro cocinero de campaña, ya que tanto: él como sus compañeros recibían las mismas raciones que los soldados alemanes; hasta se les permitía tomar la comida que sobraba. ¡Es asombrosa la resistencia del estómago del soldado ruso! Puede ser comparado con un saco sin fondo que "se traga todo lo que le echan". No exagero si digo que el estómago del soldado ruso podía digerir fácilmente un "chusco" entero, por muy duro que fuese; también, hasta ocho raciones diarias de rancho. Además, no precisaban de ningún descanso para hacer la digestión, y se ponían a trabajar con el bocado en la boca.

El calor parecía no hacer mella en ellos. Los seis mecánicos se sentían a gusto entre nosotros, sin excepción alguna. El general de nuestra División me dijo, confidencialmente, que no pasaría mucho tiempo sin que fuésemos trasladados. Su confidencia resultó ser cierta, pues no tardaron mucho tiempo en ordenarnos que nos dirigiésemos unos cuatrocientos kilómetros más al Sur, con objeto de reforzar el cerco de la zona occidental de Kiew,

así como para cerrar la retirada de una gran parte del Ejército ruso que luchaba en aquel sector.

El dios del tiempo, en aquella ocasión, nos volvió la espalda. Una cerrada y copiosa lluvia convirtió todos los caminos por los que debíamos avanzar en unos lodazales intransitables.

Nunca podré olvidar las cercanías de Gorednja. La carretera, por llamarla de alguna manera, pasaba por el centro de un bosque cuyo suelo era tan resbaladizo y cenagoso que apenas podíamos transitar por él sin quedarnos, literalmente, enterrados. Las veces en que nos vimos forzados a levantar alguno de nuestros vehículos a viva fuerza se centuplicaron. Esto motivaba frecuentes altos y, por tanto, un considerable retraso en el avance de nuestra columna.

Aquello no era todo. Frecuentemente éramos "obsequiados" con salvas de disparos que procedían de las espesuras del bosque a las que no podíamos responder adecuadamente. Cuando sucedía una cosa así, nos sentíamos impotentes, indefensos, perdidos; el solo pensamiento de penetrar en las malezas podía ser considerado una locura.

En cierta ocasión el enemigo nos atacó por la noche lanzándonos una andanada de granadas que estallaron muy cerca de nosotros. Fue en tal momento, precisamente, cuando, por causas que no supe entonces, se volvió a hacer alto; no tuve más remedio que apearme y averiguar qué sucedía. Avancé y llegué hasta el lugar donde se había producido el incidente. Vi que acababa de hundirse un endeble puente de madera por no poder soportar el peso de uno de nuestros camiones que iba cargado con municiones. Comprendí lo precario de la situación, ya que estábamos a punto de perder el vehículo con toda su carga.

Creo que el que no se haya encontrado en parecida situación, no podrá apreciar las numerosas dificultades que tuve que vencer. A lo primero no supe qué hacer ni por dónde empezar. El barro me llegaba hasta la cintura. Mantuve una conversación con uno de los jefes de nuestra brigada de zapadores; seguidamente examiné el puente y comprobé los desperfectos sufridos en el mismo. Me sentí aterrado al darme cuenta de que tenía que hacer frente a una tarea gigantesca.

Ordenamos que una patrulla de zapadores se adentrara en el bosque y talase unos cuantos árboles. Cuando dispusimos de unos cuantos troncos, improvisamos con ellos varias palancas para ayudarnos con ellas a sacar el camión del barro en que se había hundido. La tarea nos llevó un par de horas, hasta que conseguimos que las ruedas girasen sobre una superficie

más dura, es decir, sobre madera. Nuestro trabajo fue lento, difícil, casi sobrehumano; tuvimos que vencer gran cantidad de dificultades que se acumulaban las unas a las otras. De pronto, cuando menos lo esperábamos, un hombre de nuestra patrulla de vigilancia hizo un disparo, tal vez debido a su nerviosismo. Pero ello provocó que todo el mundo empezase a disparar. Pasaron algunos minutos antes de que los ánimos volvieran a tranquilizarse. Los soldados se desahogaron maldiciendo y profiriendo palabrotas.

Al fin pudimos sacar el camión de la ciénaga en que se había hundido y terminamos nuestro trabajo con ayuda de un pesado tronco de árbol, lo bastante resistente para soportar la pesada carga del camión. Trabajamos hasta que salió el sol. Y conseguimos salir airoso de tan dura empresa. Apenas pusimos atención en los mosquitos que nos torturaron durante la noche; nos sentimos satisfechos de haber salvado tan difícil escollo y de poder continuar hacia adelante.

Nos reunimos con el resto de la columna diez kilómetros más adelante. Pero nos vimos obligados a hacer un nuevo alto. Nos encaramos con un montón de fango y barro de unos cincuenta metros de altura que nos obstruía el camino. Nuestros pesados camiones no pudieron salvarlo, pues el resbaladizo terreno les hacía deslizarse hacia atrás. No pasó mucho tiempo sin que se formara un tremendo embotellamiento de cientos de vehículos agrupados que formaban una infranqueable barrera. Hice todo lo posible por salvar el obstáculo, pero mis intentos resultaron vanos.

No obstante pude llegar con mi propio coche hasta la cima de aquel promontorio, donde me encontré con nuestro comandante. Me dijo que en el caso de que los vehículos llegasen al valle, tendrían que pasar por encima de un pequeño puente tendido sobre un arroyo. Observé que también era resbaladizo el terreno anterior al puente, lo que hacía suponer que muchos de nuestros camiones se quedarían estancados a mitad de camino. Mi suposición resultó acertada, ya que varios de ellos acabaron dentro del arroyo y otros muchos enterrados en el barro, impidiendo la marcha; de los que les seguían.

Tuve que emplear dos pesadas máquinas que pedí prestadas para poder remolcar los vehículos que no habían podido franquear el promontorio de barro con objeto de emplearlas en sacar del arroyo a los que habían caído en él y a los que quedaron estancados en el lodazal. Mas a pesar de aquella gran ayuda, tuve que emplear la fuerza humana de veinte y treinta hombres para que contribuyesen a facilitarme tan ímproba tarea.

En la cima de aquel promontorio esperé la llegada de cada vehículo; luego, personalmente, lo conducía hasta el valle aun dándome cuenta de que cada descenso era, más bien, un "deslizamiento" que un avance. Pero como nunca son vanas todas las experiencias, acabé por familiarizarme de tal forma con el terreno, que me convertí en un especialista. Como tuvimos que recuperar el tiempo perdido, durante el curso de la noche siguiente no dispusimos ni de un solo momento de descanso.

Nuestras penalidades fueron recompensadas con numerosas y casi infantiles nimiedades. A medida que pasaba el tiempo, aumentaba nuestra humildad; también mermaron nuestras exigencias. Recuerdo que cuando llegamos a territorio ucraniano y vimos las casas del campo circundadas de huertas y árboles frutales, nos sentimos embargados por una gran alegría.

Sabíamos que los frutos no estaban, todavía, lo suficientemente maduros para ser comidos; nos contentamos con verlos simplemente. Atrajo nuestra atención el aspecto de las campesinas de aquellos parajes y contemplamos una estampa de frescura, de limpieza y de colorido. Acostumbrados como estábamos a la mugre de las trincheras, a la tristeza de los páramos y a la suciedad de los lodazales, aquella visión de unas sencillas campesinas ataviadas con delantales multicolores, y de las jovencitas que sujetaban su pelo con lazos azules o rojos, nos hizo recobrar nuestros perdidos anhelos de vida, de juventud y de alegría.

También nos sentimos agradablemente sorprendidos al comprobar que ante las casas de los campesinos había un pequeño jardín adornado con plantas bien cuidadas. Ambos detalles, las muchachas y las flores, nos hicieron olvidar muchas de nuestras penalidades, y facilitaron que nos sintiéramos menos extraños en aquel lejano y desconocido país que, hasta aquellos momentos, había sido la estampa de lo inhospitalario. Todo nos daba a comprender que estábamos en una zona privilegiada de la Unión Soviética.

Nos dimos cuenta de que la mayoría de la población civil se había quedado en sus pueblos; todo lo contrario de lo sucedido en los territorios por los que habíamos pasado hasta entonces, que encontramos completamente vacíos, carentes de vida y de habitantes, por haber sido éstos evacuados antes de nuestra llegada.

A pesar de que los médicos de las unidades de nuestra División nos siguiesen en todo momento prohibiendo beber de las fuentes que encontrábamos a nuestro paso, la visión de los cristalinos chorros de los manantiales de Ucrania nos dio una agradable sensación de frescor y

limpidez. Por ello, nos decidimos a prescindir de las prohibiciones y llenamos de líquido más de un recipiente, más de una cantimplora. Nos fue permitido entrar en contacto con la población civil compuesta por campesinos que estaban al lado de las fuentes, y pudimos darnos cuenta de que eran gentes menos "cerradas" que los rusos que habíamos tratado hasta entonces. Los labriegos de aquella zona nos parecieron bastante mejor alimentados. Su aspecto era comparable al de los que habitaban en la parte occidental de Europa.

Los ucranianos continuaban haciendo sus labores y faenas como si no estuviesen en guerra, como si ésta no existiera. Es posible que los campesinos echaran de menos los tractores. Sin embargo, continuaban trabajando sus tierras de una manera primitiva pero eficaz.

Para atravesar el río Desna tuvimos que combatir bastante duramente. Una aldea, cuyo nombre no recuerdo, fue sostenida por los rusos hasta el límite de sus fuerzas. Aquello era comprensible, ya que había que tener en cuenta que, cerca de la aldea, estaba un puente ferroviario, que podía ser considerado como un punto estratégico clave. Cuando ya habíamos conseguido avanzar bastante nuestras posiciones y sostenerlas, un ataque de nuestros "stukas" nos facilitó mucho las cosas. Debo reconocer que sufrimos muchas pérdidas. Pero también pudimos comprobar, de una manera directa, el tremendo efecto moral que ejercía sobre el enemigo el ataque devastador de nuestros aviones.

El jefe de una Compañía de zapadores aprovechó el desconcierto del enemigo para avanzar súbita y decididamente, logrando apoderarse del puente que tanto nos interesaba, evitando con ello que los rusos, al darse cuenta de que no podían defenderlo, intentaran volarlo.

Su acción nos proporcionó la oportunidad de establecer una cabeza de puente en la otra orilla del río. Pero los rusos se hicieron fuertes unos kilómetros más al Sur de las posiciones donde nos hallábamos, y se defendían como leones cada vez que atacábamos.

¡No podíamos comprender cómo atravesaban el río para contraatacar, ya que los aviones de reconocimiento no descubrieron ningún puente sobre aquél. No pudimos resolver tan extraño enigma hasta que nos apoderamos totalmente de la orilla opuesta, en su lado derecho. Descubrimos entonces que los rusos disponían de un puente completamente invisible para nosotros, construido treinta centímetros bajo las aguas. El enemigo aprovechaba las horas de la noche para hacer pasar sus tropas por encima de tal puente. Aquella idea era sumamente ingeniosa, perfectamente

estratégica. Razonamos que tal obra estaba en contradicción con el retraso visible del país; y que el régimen que gobernaba aquel desconcertante Estado había logrado crear una "élite" intelectual y técnica que le servía incondicionalmente y sin reserva alguna; y que esta "élite" estaba por encima del nivel de las masas, que eran simplemente "utilizadas".

Los rusos hicieron ímprobos esfuerzos para romper el cerco de Kiew, obligándonos a establecer nuestro frente en su parte occidental. Pasados unos días me dirigí a una de nuestras nuevas posiciones en compañía del comandante Rumohr.

Seguía tranquilamente al comandante cuando, de pronto, oí una tremenda explosión y vi cómo los ocupantes del coche que me precedía volaban por los aires. Quedé atónito. Pero reaccioné vivamente y pude frenar mi coche a tiempo. Inmediatamente me di cuenta de que estábamos en terreno minado. Uno de los oficiales que iba en el vehículo resultó muerto, en tanto que el conductor y el propio comandante Rumohr estaban gravemente heridos. La pierna derecha del último, que iba de pie en el momento de la explosión, quedó deshecha. ¡Duro golpe para aquel gran soldado que sólo amaba la acción! Lo que más sintió fue el verse obligado a abandonarnos, a separarse de su querida División.

Sin embargo, el destino quiso que Jochen Rumohr muriese en el campo de batalla, a pesar de que, en aquella ocasión, escapara a la muerte por un pelo. Aquel gran soldado, digno de ser puesto como ejemplo, murió en Hungría en enero de 1945, después de haber defendido, heroicamente, con la División a la que pertenecía, el cerco de la ciudad de Budapest, tras haber rechazado los ataques del enemigo durante diez larguísimas semanas.

El capitán Drexler, el jefe más antiguo de nuestras baterías, tomó el mando de la unidad cuando Rumohr fue herido.

Al llegar a Rommy alcanzamos nuestro objetivo. A partir de aquel momento quedó completamente cerrado el cerco de la ciudad. El número de prisioneros rusos se multiplicó; capturamos miles y miles de ellos. Nos instalamos en una pequeña aldea en la que hallamos un puesto ruso de Sanidad, pudiendo apreciar que sus instalaciones no eran tan modernas como las de los nuestros. También pudimos comprobar que los soldados rusos demostraban gran estoicismo ante los sufrimientos; que su resistencia física ante el dolor era mucho más fuerte que la de cualquier europeo occidental.

Fui testigo de una acción extraordinaria sin precedentes. Un soldado ruso al que, pocas horas antes, se le habían amputado ambos brazos, se

levantó de su camastro sin ayuda de nadie y, por su propio pie, se dirigió a las letrinas. Creo que consideraba la cosa más natural del mundo tener que valerse por sí mismo al no poder contar con la ayuda de personal sanitario.

Las columnas de prisioneros que pasaban ante nuestros ojos eran interminables. Fui testigo de muchas cosas inauditas. Vi a mujeres que vestían el uniforme de la tropa que, en muchos casos, podían ser tomadas por hombres cuando desfilaban, alta la cabeza, al lado de sus compañeros. Hasta vi a una con el hombro medio destrozado por la metralla, que se había limitado a vendárselo con una vieja camisa y continuaba la marcha como si no le hubiera sucedido nada; en su duro estoicismo llegó hasta el punto de negarse a ser atendida e internada en nuestro puesto de socorro.

Otro caso: un soldado ruso, al que faltaba una pierna y caminaba al lado de sus compañeros, apoyaba el muñón de aquélla sobre un simple palo que se había agenciado en alguna parte; hasta se había confeccionado un rudimentario torniquete con ayuda de una media, que tenía colocado en el muslo de la pierna cercenada para contener la hemorragia. Se apoyaba sobre otros dos palos y marchaba cojeando hacia el cautiverio, exactamente igual que si tomara parte en un desfile victorioso y se encontrara en pletórico estado de salud.

Todas estas gentes desfilaban tranquilas, vistiendo sus mugrientos y deshilachados uniformes, conscientes de que estaban en un infierno, pero conformes con su suerte. No daban muestras de cansancio ni de desesperación. Pero la mirada febril de sus ojos hundidos delataba el hambre que sentían, que, tal vez, sintieron siempre.

Igualmente pude comprobar otro hecho altamente significativo: los rostros de los mogoles y de los calmuco carecían de expresión daban la sensación de que los sufrimientos y penalidades eran, para ellos, simples jugadas del destino, que les tenían completamente sin cuidado.

No pasó mucho tiempo sin que recibiésemos la orden de que volviéramos a dirigirnos al Norte. Se nos concedió un descanso en Roslawl, localidad situada a unos ciento veintiún kilómetros de Smolensko.

Aproveché tal ocasión para conocer más a fondo el país en el que me encontraba y a las gentes que lo habitaban. Me resistía a vivir aquella época como un simple soldado de un ejército de ocupación. Quería, deseaba compenetrarme con los seres que me rodeaban como un ser humano, pensando que, tal vez, podría comprenderlos. Anhelaba entablar conocimiento con ellos y llegar a darme cuenta de sus problemas cotidianos.

Fue una oportunidad para mí conocer a una rusa cuyo nombre era Nina R., que había sido evacuada hacia el sur huyendo de los combates que tenían lugar en los alrededores de Smolensko, y llegado a la misma localidad en la que estaba acantonada mi unidad. Nina era una mujer de unos veintiocho años. Me impresionó por su inteligencia y por su extraña e innata elegancia. Pude apreciar que no portaba el vestido guateado gris-parduzco tan frecuente entre los rusos de aquella zona, sino que, por el contrario, llevaba un trajecito corriente, muy gastado, pero limpio y en buen estado.

Ahora, habla ella por sí misma:

—Mi marido —me dijo—, es ingeniero industrial. Fue condenado a cinco años de trabajos forzados en 1940. Le deportaron a Siberia y no tengo esperanzas de volverle a ver. Hace ocho años que soy maestra en una escuela elemental, pero, desde hace poco tiempo, me dedico a la Enseñanza Media.

"Mi padre fue catedrático de la Universidad de Smolensko en tiempos de los zares. La revolución bolchevique le sorprendió cuando se estaba preparando para desarrollar un plan de acción y lucha contra el analfabetismo, muy intenso en Rusia en aquella época.

"Sin embargo, también debo decir que los comunistas consideraban que era una buena baza a ser utilizable para sus fines la existencia del gran número de analfabetos durante la época zarista, pues tales gentes resultaron fácilmente influenciables y pudieron ser utilizadas mediante una adecuada propaganda. Desde los altos dirigentes del Kremlin hasta el último comisario del pueblo más apartado, lucharon con todas sus fuerzas para atraerse a la gran masa de analfabetos.

"En 1918 el Estado soviético puso mucho empeño en crear una "élite" intelectual que le fuera incondicional. Para conseguirlo tuvo que hacer frente a una ardua tarea, ya que los científicos, los investigadores y los ingenieros de la época zarista o bien habían sido deportados a Siberia, o bien, al ver el caos desatado en toda Rusia como consecuencia de la guerra civil y de la revolución, se habían dado prisa en buscar refugio en la Europa occidental. Todos los que les sustituyeron dieron muestras de gran impotencia, salvo algunos tan escasos que podían ser contados con los dedos de la mano. Se trataba de hombres que habían pertenecido a los partidos democráticos y socialistas, que se apresuraron a inscribirse en el comunista cuando se dieron cuenta de que tenía en sus manos las riendas del poder y del gobierno de Rusia.

"La revolución bolchevique trajo como consecuencia el rompimiento de Rusia con las demás potencias occidentales, lo que ocasionó un total aislamiento. Este, aunque parezca mentira, facilitó a los soviets su tarea en el ámbito cultural. Tuvieron los comunistas completa libertad y carta blanca para educar a las masas siguiendo su propio criterio.

"Debo reconocer –continuó diciéndome Nina–, que apenas sabemos nada de cómo vive el resto del mundo. Nos limitamos a trabajar como si fuésemos los únicos habitantes de la tierra. Sólo nos importa el mejoramiento de nuestra patria".

Hasta aquí lo que me dijo aquella rusa, Nina R.

Visité muchas de las escuelas de la Rusia blanca así como de las regiones de Ucrania. En Rusia el edificio escolar es perfectamente reconocible a simple vista, por ser el mayor y más importante de cada pueblo. Las construcciones suelen ser de madera. Ante ellas se extiende, siempre, un pequeño jardín donde puede verse una gran escultura, bien de Lenin o de Stalin.

El gusto del pueblo ruso, muy sencillo, por cierto, exige que todas aquellas esculturas sean de simple arcilla. También que el primero de mayo de cada año o en otras fechas conmemorativas, sean adornadas con tiras de papel multicolor y con numerosas pancartas que aluden a la revolución.

Dentro del edificio escolar, sólo hay dos o tres habitaciones a las que se da el nombre de aulas. Ahora bien, al decir esto, no vaya nadie a caer en un error; me limito a hablar de las escuelas de pueblos y aldeas en las que se educan y forman las masas que integran el pueblo ruso. El pavimento de tales aulas, que suele ser de madera, no acostumbra estar muy limpio. Tal cosa era inevitable, ya que las calles de los pueblos no estaban asfaltadas. En días secos están cubiertas de polvo; en las épocas lluviosas, se convierten en auténticos lodazales. Es de suponer, en tales circunstancias, que los alumnos que asistían a la Escuela, que en verano acostumbran ir descalzos y en invierno calzan zapatos de goma medio rotos, llevaban gran parte de la suciedad que acumulaban de las calles al interior del edificio.

A pesar de todo, yo quiero sujetarme a la verdad. La mayoría de los maestros exigían a sus alumnos que se lavaran y presentasen aseados. Pero sus esfuerzos no iban dirigidos, exclusivamente, a mejorar la situación de determinadas personas. Trabajaban para proporcionar al Estado una clase social sana de cuerpo y espíritu, capacitada para desempeñar la tarea que se le encomendara.

El mes de septiembre de 1941 estaba en un gran pueblo, en las cercanías de Gomel. Llevé conmigo a Vassili, un muchacho de once años, para que me sirviera de guía. Cuando vi el edificio escolar, su aspecto me hizo pensar que había sido utilizado por la población civil para distintos fines mientras duraron los combates. Pero pude apreciar que no había sufrido grandes desperfectos.

Vassili, lleno de orgullo, me enseñó una pizarra rojinegra sobre cuya superficie encerada estaban escritas estas palabras de Lenin:

"¡Aprended. Aprended y no ceséis de aprender!"

La pecosa e inteligente carita del muchacho estaba radiante de orgullo. Se sentía importante por estar sirviendo de guía. Había vencido su innata timidez regalándole un pañuelo —el primero que había poseído en su vida— y una buena ración de pastas.

Vi que Vassili buscaba entre los libros que allí había. Me tendió una gramática alemana. Quedé bastante sorprendido. A continuación me dijo que pensaba aprender alemán en el próximo curso, pero que ya conocía unas cuantas palabras de mi idioma.

Comprobé que la gramática había sido editada en 1940. En su sentido y contenido era muy similar a un libro de lengua y lecturas rusas. No cabía la menor duda de que el libro había sido editado con fines propagandísticos. Estaba ilustrado con numerosas fotografías que mostraban una clara relación con las ideas comunistas. Varias de ellas presentaban soldados, determinadas clases de armas del Ejército rojo y, como es de suponer, no faltaban los retratos de Lenin, Stalin y Marx. Su contenido se asemejaba a un panfleto propagandístico. Versaba, única y exclusivamente, sobre los logros del nuevo Estado ruso, que superaba en todo al régimen zarista y a todas las formas de gobierno de las naciones del resto del mundo.

Asimismo el texto contenía una enumeración de los diversos planes quinquenales y de los adelantos culturales de la Unión Soviética. Vassili me demostró que se sabía de memoria todas las cifras y fechas que figuraban en el libro. Pensé que la memoria de su cerebro podía ser comparada con la de un autómatas fabricado a efectos de propaganda. Y de que estaba firmemente convencido de vivir en un auténtico "Paraíso".

Hasta las personas adultas que, por unas u otras causas habían tenido que hacer frente a vicisitudes de la más diversa índole, estaban convencidas de que el régimen existente en Rusia era el mejor de todos, así como de que sus hijos crecerían y vivirían en un Estado ideal, cuyas fórmulas estaban fuera de toda posible discusión. Creían que los obstáculos que se oponían al

logro de la meta deseada eran creación de "los de fuera", de los capitalistas y de los odiados burgueses. Tenían el convencimiento de que tales "monstruos" serían derrotados en un próximo futuro por los ideales comunistas.

Sin embargo, debo confesar que lo que más me extrañó fue que el internacionalismo —el clásico "slogan" de los comunistas rusos—, comenzaba a quedar oscurecido por unas nuevas ideas. Las altisonantes de patria y patriotismo, que, hasta entonces, nunca habían sido aceptadas, parecían ser, en aquellos momentos, los vigentes ideales.

Los muros de madera de las clases estaban cubiertos por carteles propagandísticos y por fotografías de los altos dirigentes del Kremlin. Pero también vi cosas curiosas: en muchas de las paredes de las citadas escuelas había hasta carteles anunciadores de un circo y algunas órdenes del partido comunista que databan de algunos años antes. Asimismo, pude ver letreros que exigían la limpieza corporal, obediencia ciega al Estado, respeto hacia los padres. Y avisos anunciando sesiones del club de los "pioneros". Tal asociación era puramente política, y la formaban las juventudes comunistas o "konsomoles". Todos sus miembros están obligados a seguir determinado número de cursos de formación política y una instrucción militar rigurosa.

También Vassili era "pionero" y se sentía muy orgulloso por ello. Cuando quería darse importancia pronunciaba su "salutación leninista", fórmula típicamente soviética que sustituía a los saludos de cortesía usados tradicionalmente en Europa.

Los cuadros que estaban colgados de las paredes de la mayoría de las escuelas ofrecían escenas del pasado revolucionario de Rusia y resaltaban, ante todo, las diferencias sociales y las luchas de clases. Mi pequeño guía, Vassili, apenas podía creer mis palabras cuando le afirmé que en el resto de las naciones de Europa no había luchas diarias en las calles y que no morían diariamente un sinnúmero de hombres tras las barricadas. Tenía la firme convicción de que los dirigentes capitalistas eliminaban, cada día, a un elevado número de obreros y campesinos. Tampoco podía comprender que un obrero que no fuese ruso se labrase un porvenir independiente, si trabajaba eficaz y conscientemente. Me miró con ojos desorbitados cuando le dije que nuestros trabajadores vivían en una casa habitada, exclusivamente, por los miembros de su familia y que hasta disponían, muchos, de un jardín para poder cultivar flores y frutos.

Aquello me hizo darme cuenta de que el "telón de acero" era demasiado sólido y tupido. Y de que la propaganda efectuada por los rusos a lo largo

de veinte años seguidos había sido tan intensa que resultaba imposible luchar contra los prejuicios creados entre los mismos rusos.

Pero lo que me pareció de veras interesante fue que tal sistema nihilista-comunista predicaba: "Disciplina, disciplina, disciplina".

Desde las paredes de las escuelas, multitud de carteles "gritaban" a los alumnos:

"Nunca lograréis hacer nada si prescindís de la disciplina. No conseguiremos formar un ejército invencible si no tenemos disciplina".

También leí frases como éstas:

"Prescindamos de toda moral que pueda haber sido fundada por Dios".

"La Religión es el opio de los pueblos".

A lo largo del tiempo que duró nuestra campaña militar, que nos llevó a atravesar la Rusia blanca hasta las inmediaciones de Moscú, tan sólo pude hallar una iglesia ortodoxa en la que se practicara el culto religioso. Me refiero a la maravillosa catedral de Istra, construida sobre una colina. Ciertamente es que su interior ofrecía un lamentable aspecto. Y que los "Popes" (sacerdotes ortodoxos) se habían apresurado a huir. No obstante pude hacerme una idea de la magnificencia que tuviera en tiempos pasados. El resto de las iglesias que pude ver estaban totalmente desmanteladas y eran usadas como almacenes para el trigo.

La guerra, para los rusos, tuvo como consecuencia un cambio de opinión; o, al menos, que dudaran de la que tenían formada sobre el resto del mundo. También cambiaron de parecer en lo que concernía a los problemas religiosos.

Las fotografías de las escuelas rusas que llegaron a mis manos después de la guerra me mostraron unas construcciones modernas, perfectamente acondicionadas. Pero creo que se trataba de excepciones destinadas a acoger y educar a una "elite" privilegiada de intelectuales. Más tarde pude enterarme de que todos aquellos edificios eran mucho más primitivos y rudimentarios de lo que demostraban aquellas fotografías.

Tal realidad no tiene nada que ver con la calidad de las escuelas en sí, ya que podían ser consideradas como centros docentes que iban incrementando, de una forma paulatina, el nivel cultural del pueblo ruso.

Debo reconocer sinceramente que el pueblo ruso demuestra una extraordinaria predisposición en el "arte" de la improvisación. No se puede negar que los rusos realizan algunas cosas bastante importantes, disponiendo de medios puramente rudimentarios. Lo que nos mueve a hacernos la siguiente pregunta:

"¿Es posible que los rusos lleguen a alcanzar las metas educativas que se proponen, por muy difíciles que ellas sean?"



CAPÍTULO XII

Ofensiva de octubre de 1941. – "Autopista" de Smolensko a Moscú. – Una pequeña ciudad rusa. – El "organillo" de Stalin. – Paso por Rusia. – Atascados en el fango. – La casa de la NKWD. – El misterio de las almas rusas. – El invierno nos amenaza. – Ataque a Moscú. – El "compañero" invierno. – A la vista de Moscú. – Helados ante el objetivo fijado. – Treinta grados bajo cero. – Norteamérica entra en la guerra. – Retiradas. – Nos amenaza la catástrofe. – Regreso en un transporte de Sanidad. – La " Legión" francesa. – Ideas europeas. – El ejemplo decide.

Recuerdo perfectamente que era miércoles el día 1 de octubre de 1941, fecha en que iniciamos la última gran ofensiva del año. Nuestro objetivo se llamaba Moscú, desde donde deberíamos lanzarnos a la conquista del Volga.

Partimos de Roslawl y nos dirigimos hacia el Este hasta llegar a Jutchnow. Continuamos desde allí hacia el Norte, en dirección a Gshatsk. Unos días más tarde alcanzamos la así llamada "autopista" Smolensko–Moscú. Esta nueva hazaña militar nos permitió cerrar el gran cerco, o bolsa, de Wjasma, donde no tardamos en ver una nueva columna de prisioneros,

mucho más grande que la que habíamos encontrado en Kiew, que pasó desfilando ante nuestras posiciones en dirección a occidente.

Cuando oscurecía, las cunetas de las carreteras eran iluminadas por las hogueras que encendían los prisioneros; sus resplandores se proyectaban sobre kilómetros y kilómetros en el horizonte. No podíamos permitirnos el lujo de vigilar toda aquella inmensa manada de gente como era debido, hasta tal punto que una columna de quinientos de ellos sólo tenía uno de nuestros hombres para ser custodiada. Tengo la firme convicción de que un buen número de soldados rusos aprovecharon tan estupenda circunstancia para escapar.

Mas, a pesar de la gran cantidad de prisioneros que hacíamos, nunca pudimos limpiar por completo los espesos bosques que había en las inmediaciones de la "bolsa", ni, tampoco, conseguimos apoderarnos del material de guerra que los rusos abandonaron en ellos.

Durante el curso del invierno siguiente, los soviets enviaron a aquel sector boscoso varias patrullas bien entrenadas que lograron rescatar todo el material abandonado. Dichas patrullas se filtraban a través de nuestras posiciones amparándose en la oscuridad de la noche. En muchas ocasiones fueron lanzadas sobre la espesa capa de nieve desde aviones que volaban a poca altura, lo que permitía a los hombres saltar sin paracaídas. Cuando menos lo esperábamos, fue formada una fuerza combatiente rusa poderosa, provista de las armas más modernas y eficaces, incluso tanques, a nuestras espaldas, inmediatamente detrás del frente alemán. Aquella fuerza, altamente eficaz, intervino en todos los combates dándonos mucho trabajo.

La ruta que conducía desde Juchnow a Gshatsk, que discurría en su mayor parte entre espesos bosques, sólo podía ser recorrida por poderosas formaciones, pues varias agrupaciones de tropas rusas que se habían negado a rendirse nos hacían la vida imposible. En cierta ocasión no pude esperar a que se formara una tropa y debí recorrer dicha ruta completamente solo. Afortunadamente, aunque no las tenía todas conmigo, no tuve que enfrentarme con ningún grupo de guerrilleros y salí más bien parado de la aventura de lo que suponía al iniciarla, si bien debo decir que tuve que esquivar las pasadas de un bimotor soviético de combate modernísimo que me atacó obstinadamente.

No exagero al decir que, volando a mis espaldas, picaba para ametrallarme, volviendo a elevar su vuelo en cuanto disparaba, repitiendo tal operación una decena de veces. Confieso que en ninguna ocasión salté de mi coche tan apurado y que jamás alcancé una cuneta con tal rapidez.

Pero hubo una vez en que no fui tan afortunado. Y me alcanzó. Fue de la siguiente forma:

El bimotor de combate esperó más tiempo antes de volver al ataque. Por ello, no le vi llegar, Oí el zumbido de las balas y sentí que se incrustaban en el asiento posterior de mi coche; una de ellas me rozó la mejilla. Afortunadamente aquello fue todo. Salí bien librado del incidente. A pesar de saber que ya había pasado el peligro, me apresuré a saltar del vehículo y tenderme en la cuneta. En aquel momento, dicho sinceramente, todavía me parecía estar oyendo el silbido de los proyectiles en mis oídos.

Al levantar la vista para observar al aparato, fue cuando vi, por primera vez, un avión norteamericano. Cuando terminó la guerra pude enterarme de que en el mes de agosto de 1941 ya había una base aérea norteamericana en Siberia cuyos miembros tenían la misión de instruir y adiestrar a los pilotos rusos en el manejo de los aparatos de fabricación norteamericana que les habían entregado ¿semejante acción es propia de un país neutral? ¿Puede ser considerado tal acto como una acción de un país neutral, realizado en la misma época en que Roosevelt prometía a su pueblo que no entraría en la guerra?

Cuando llegamos a Gshatsk, empezamos a marchar por la "autopista" Smolensko–Moscú. Eran las primeras semanas del mes de octubre. Formaba un cruce que estaba fuertemente defendido y tuvimos que sostener un frente doble.

En cierta ocasión, inesperadamente, los rusos que estaban cercados en la bolsa de Wjasma nos atacaron viniendo del Este. Y en otra, las tropas que se hicieron fuertes en nuestro flanco occidental hicieron todo lo posible para romper el cerco y liberar a sus compañeros de armas. Dicho flanco fue atacado frecuentemente por los tanques rusos; todos los firmes y cruces de la "autopista" quedaron "adornados" por las huellas de sus poderosas cadenas.

Una mañana, al despertarnos, nos dimos cuenta de que el suelo estaba cubierto por unos cuantos centímetros de nieve. Aquello nos hizo comprender que había llegado el tan célebre invierno ruso.

En aquellos momentos no pude menos de pensar en el del año 1809 y en la catástrofe que ocasionó al ejército de Napoleón. Ahora bien, mi innato optimismo hizo que se disiparan los pensamientos pesimistas y me consolé pensando interrogativamente:



Mussolini y Skorzeny
juntos tras el rescate



"¿Acaso no disponemos de los adelantos técnicos apropiados que nos ayudarán a vencer las dificultades y penalidades que tuvo que padecer el ejército del "dominador" del mundo?"

Durante cierto tiempo nuestros combates fueron de extraordinaria dureza, pues fuimos agregados a una División de tanques. No pasó mucho tiempo sin que nos uniera una gran amistad con los componentes de dicha División con los cuales lucharíamos, en los meses siguientes, hombro con hombro.

Y así continuamos avanzando siguiendo una ruta paralela al Norte de la "autopista".

Debo disculparme por emplear la denominación "autopista" aplicada a la carretera por la que avanzábamos. Ciertamente era bastante ancha, y que casi siempre continuaba en línea recta. Pero el firme de su trazado no estaba bien pavimentado. Con arreglo a la técnica occidental, era una ruta a medio terminar y con muchas desigualdades, algo semejante a un simple proyecto que hubiese sido puesto en servicio por una causa urgente. Sin embargo, era lo suficientemente ancha para permitir el paso de tres columnas, cosa increíble si se la comparaba con el resto de las carreteras rusas.

Gshatsk fue la primera capital de provincia rusa en la que tuve ocasión de efectuar algunas observaciones. Casi toda la población había sido evacuada previamente por los soviéticos. Observé que la mayoría de sus viviendas eran de madera, y que los edificios importantes estaban destinados a organismos estatales. También vi varias casas de dos pisos que llamaron mi atención. Sólo unas cuantas calles disponían de alumbrado eléctrico, y éste faltaba en todas las viviendas.

Las habitaciones de muchas de las casas ofrecían un aspecto parecido a las habitadas por los pequeños burgueses de la Europa occidental antes de 1914. Y no exagero al decir que sus muebles eran de aquella época. Las lámparas de petróleo, de los tiempos de nuestras abuelas, alumbraban las veladas de sus moradores. Mas, a pesar de ello, quedaron grabadas en mi mente las dos horas que pasé en la casa que habitaba un camarada de la División de tanques. Hacía tiempo que no me sentaba en un sillón, entre cuatro paredes de madera y ante una estufa de hierro que proporcionaba un agradable calorillo. Era una delicia sentirse bajo techo, después de largos meses en que tuvimos que vivir a la intemperie. Nos sentimos confortados por el hecho de poder calentar nuestro rancho en una auténtica estufa y

comerlo servido en platos limpios. Era un placer beber el "vodka" en vasos que no estaban empañados por la humedad o sucios.

Cierto día hube de regresar a Smolensko, donde permanecí una noche. Recorrí los trescientos kilómetros que me separaban de mi punto de destino en ocho horas escasas, lo que me hizo sentirme satisfecho, aunque el estado de la "autopista" no me permitió establecer una marca de velocidad.

Smolensko era una ciudad de unos cien mil habitantes. Sus casas, la mayoría de ellas, eran de madera, exactamente iguales a las que había ya visto. La Comandancia alemana me proporcionó una habitación para pasar la noche en un "Hotel de lujo" de la ciudad. Este "Hotel" era un edificio de cinco pisos, cuya fachada ofrecía un aspecto bastante deslucido. Imponentes columnas de yeso "embellecían" la entrada y flanqueaban la ancha escalera hasta el primer rellano. El vestíbulo estaba adornado con dos frondosas plantas que crecían a su albedrío dentro de grandes macetas; parecía como si hubiesen sido allí olvidadas. Los muros de ambos lados de la escalera estaban recubiertos de losas de mármol, pero sólo hasta la altura del primer piso. El resto; todo el resto, daba la impresión de no estar acabado.

Las habitaciones eran muy pequeñas. Sólo tenían dos pequeñas camas de hierro, dos sillas, una mesa y un armario empotrado al lado de la puerta. Tenía tanta necesidad de limpieza, que pregunté dónde estaba el cuarto de baño. Me respondieron que en mi piso había uno. Pero al entrar en él comprobé que era una amplia habitación en la que, efectivamente, había una bañera, pero ésta estaba desprovista de grifos y de toda clase de instalaciones necesarias par el aseo. Nunca pude averiguar si el "Hotel" había abierto sus puertas al público en tan lamentable acondicionamiento al ser inaugurado por los rusos, o si, por el contrario, su ausencia de comodidades se debía a consecuencias de la guerra. Pero creo que mi primera hipótesis era la acertada.

Saboreé la frugal cena en la soledad de mi habitación. Me dispuse a acostarme para disfrutar de un merecido descanso. Tan cansado estaba, que no presté atención a los "moradores" que allí había, y me sumergí en un profundo sueño.

A medida que avanzábamos íbamos siendo atacados por los rusos con sus temidos "organillos de Stalin", desgraciadamente ya conocidos por nosotros, a pesar de no haberlos tenido que soportar de una manera tan masiva como entonces. Cada proyectil era un cohete como el que nosotros

usábamos para lanzar niebla artificial sobre un determinado sector. Pero el ruso era de construcción muy imperfecta si se le comparaba con el nuestro.

El lanzacohetes ruso tenía dos vías muy sencillas y paralelas entre sí, montadas en posición ascendente sobre unos pesadísimos camiones de carga. En dichas vías estaban instalados los dispositivos que disparaban los cohetes. Eran capaces de lanzar, al mismo tiempo, dieciséis, veinticuatro y treinta cohetes. Las "rampas" podían cambiar de emplazamiento cada vez que soltaban una carga de proyectiles, lo que les hacía prácticamente invulnerables al fuego de nuestra artillería.

Era destructor el efecto moral que sobre nosotros causaba el estallido de tales salvas de cohetes, que caían sobre una superficie de doscientos metros cuadrados, por ejemplo. Había que reconocer que la visión de aquellos cohetes cruzando el oscuro cielo de la noche, dejando tras ellos largas estelas de fuego, constituía un espectáculo dantesco, de sobrecogedora belleza.

La última y más fuerte línea de defensa que habían construido los rusos protegía su querida capital, Moscú, bastantes kilómetros antes de su periferia, en los alrededores de la ciudad de Moshaisk, situada junto a la "autopista" que conducía a aquélla. Al fin, después de muchos y sangrientos combates, conseguimos romperla. Fue en aquel momento cuando resultó herido nuestro querido general, Hausser –"Papá Hausser" le llamábamos–; su herida era de alguna gravedad. Un trozo de metralla se incrustó en su cabeza, lo que motivó perdiera uno de sus ojos. El hecho sucedió cuando observaba un combate de tanques que tenía lugar a pocos metros de la autopista. Perdimos un gran jefe que podía ser tomado como ejemplo. Siempre estaba en primera línea de fuego y nos daba ánimos con su presencia. Nos sentíamos orgullosos de tal conducta que, en cuanto veteranos, le exigíamos.

En momentos tan tristes, yo recordé un episodio del que ambos no nos habíamos olvidado.

Fue en la cabeza de puente de Jelna. Me disponía a lavar detenidamente mi cuerpo, cuando el general Hausser pasó por donde estábamos montado en el "seicar" de una motocicleta. Al verme, me rogó le mostrara el camino para ir a nuestro puesto de mando. Me puse mis ropas en un abrir y cerrar de ojos y, a mi vez, monté en una moto, no sin advertir al general que el camino más recto para dirigirse a aquél pasaba por el campo de tiro del enemigo. La respuesta del general Hausser me impresionó.

Dijo:

—¡Ya verá cómo no se atreven a disparar sobre dos ratones mugrientos como somos nosotros!

No encontré palabras para replicarle. Apenas enfilamos el trecho de carretera que caía bajo la observación del enemigo, fuimos obsequiados con una salva de disparos. Volví la cabeza y me di cuenta de que el general continuaba marchando tranquilamente en su motocicleta y que se negaba a apearse y buscar protección. Aumentó el tiroteo y pude darme cuenta de que la moto del general oscilaba, y que sus ocupantes se tiraban a la cuneta. Tomé otra curva y, seguidamente, salté de la moto imitando a mi superior, procurando llegar donde se encontraba. No sé cómo sucedió, pero el caso fue que ambos nos encontramos en el fondo de un embudo abierto por una granada. Al escuchar que el general profería una fuerte imprecación me sentí animado y le dije:

—Esos de ahí enfrente no tienen en cuenta que somos unos ratones mugrientos; a pesar de todo quieren nuestro pelo.

Una vez se hubo calmado el tiroteo y desaparecido el polvo levantado por las motocicletas, continuamos nuestro camino y llegamos al puesto de mando sin más novedades. Al descender, me dijo el general Hausser:

—Reconozco que hay ocasiones en las que debemos prestar atención a los oficiales especializados.

Todos los que formaban mi División se consideraban viejos y expertos veteranos. Tal sensación no era extraña. Habíamos sostenido numerosos encuentros con el enemigo y conocíamos su manera de combatir; nos habíamos familiarizado con las peculiaridades del país en que estábamos; sabíamos perfectamente como vencer el polvo, el barro, la arena y las extensas zonas pantanosas.

Fuimos relevados por una nueva unidad, la 5ª División de "panzers", que acababa de llegar al frente. Formada en un principio para combatir en África, fue trasladada al Este inesperadamente. Ni siquiera habían tenido tiempo de cambiar el camuflaje de sus vehículos pintándolos de amarillo-verde-gris, como los que usábamos nosotros. Debo decir, sin embargo, que la pintura de nuestros tanques no era tan flamante como la de los recién llegados; que, después de casi cuatro meses de combates ininterrumpidos en los frentes, ofrecían un lamentable aspecto.

Tanto nuestros abrigos y "tabardos", así como los capotes de camuflaje, estaban cubiertos del barro que cubría los caminos de Rusia blanca y el suelo de Ucrania. Muchos de nuestros hombres se habían dejado crecer la barba; más de uno estaban calzados con las botas de fieltro que solían usar

los rusos; previsión acertada, tomada cuando tuvieron que soportar las primeras heladas, que les dieron una idea de la crudeza del invierno que les esperaba. Nuestros vehículos podían ser tomados por desvencijados carromatos usados por los gitanos; ya no pensábamos reponer las piezas que les faltaban. Nos contentábamos con que siguieran marchando.

La orgullosa y flamante División, recién llegada de la patria, tuvo para nosotros frases mordaces al pasar ante nosotros. Nos llamaron "banda de mendigos", "coleccionistas de basura", "recogedores de chatarra"...

No nos dejamos avasallar y les respondimos con frases como ésta: "Africanos endebles", y... ¡esperamos impacientes su primera reacción ante el enemigo!

No se hizo esperar el ataque. Fue lanzado por los rusos al norte de la autopista. La nueva unidad, que había creído que las cosas no serían tan ásperas y difíciles, tuvo que sostener duro combate antes de haber efectuado el relevo y sufrió muchas bajas.

Debo reconocer que sentimos gran satisfacción cuando tuvimos que acudir en su apoyo para "sacarles las castañas del fuego", y que dicha satisfacción aumentó cuando conseguimos rechazar hacia el Sur al enemigo. Otra circunstancia aumentó nuestro contento: los "africanos endebles" dejaron abandonados muchos de sus flamantes vehículos, de los que nos apoderamos en calidad de merecido botín. Fueron treinta camiones pesados "Opel-Blitz" y unas cuantas camionetas "Volkswagen". Constituyeron para nosotros un regalo del cielo. Nos dimos buena prisa en repartírnoslos y en camuflarlos, colocándoles el emblema de nuestra División.

Claro es que, más tarde, se entabló una auténtica batalla por la devolución de todos aquellos vehículos. Pero fue una batalla estrictamente administrativa, burocrática. No tuvo más consecuencia que llenar un sinfín de folios, con intervención en ella de los mandos del más elevado escalón. Hicimos toda clase de trucos para quedarnos con el valioso botín, y lo conseguimos. ¡Creo que aquella batalla de "papeles" terminó en mayo de 1945! ¡Fecha en la que, desgraciadamente, todo había acabado ya para nosotros!

Vencida la fuerte resistencia que encontramos en Moshaisk, continuamos nuestro avance más hacia el Norte, con la División X del "Panzerkorps". Las rutas que nos llevaban hacia allá estaban constantemente barridas por el fuego enemigo. Y las abundantes

explosiones de granadas nos dieron a entender que no estábamos muy alejados del frente.

Tomamos Rusa, una pequeña ciudad situada al lado de un afluente del Moskowa, a mediados de octubre de 1941. Desde que habíamos vencido la resistencia enemiga en la zona de Moshaisk, la de los rusos de aquel sector no fue tan obstinada ni sus ataques tan frecuentes.

Abrigábamos la esperanza de poder instalar nuestro Cuartel general en la orilla derecha del Volga, lo que significaría, en nuestra opinión, otra campaña ganada.

La zona industrial de los Urales, que tan vitalmente nos interesaba, sería puesta "en las manos" de nuestra Luftwaffe. La moral, espiritual y combativa, de nuestras tropas, que ya habían conseguido conquistar más de seis mil kilómetros de un país que parecía no tener límites, estaba en perfectas condiciones. ¡Todo hacía suponer que la suerte de la campaña estaba a favor nuestro!

Todavía pudimos avanzar unos cuantos kilómetros más bordeando la ciudad de Rusa, cuando el "dios-tiempo" pareció ensañarse con nosotros. Una densa e ininterrumpida lluvia convirtió en intransitables los caminos y carreteras. Los vehículos se quedaban pegados al barro; los camiones se hundieron en las ciénagas. Nos vimos forzados a prescindir de ellos y a servimos, única y exclusivamente, de las pequeñas camionetas "Volskwagen". En todo momento encontrábamos unos cuantos hombres dispuestos a ayudarnos cuando se quedaban atascadas. En aquellas ocasiones, se oían los gritos de "ho... ruck, oh... ruck". E, inmediatamente, la ligera camioneta rodaba en tierra firme y podía avanzar, de nuevo, hasta que, otra vez, volvía a atascarse en el fango y barro.

No pasó mucho tiempo sin que nos viéramos imposibilitados de continuar el avance debido a que ninguno de nuestros vehículos estaba en condiciones de proseguir. Fue una suerte que durante algunas semanas estuviese en relativa calma el frente. Nos cargamos con las municiones más indispensables. Las raciones de rancho, de día en día, iban siendo acortadas. El plato en el que se nos servía el rancho quedaba cada vez más vacío, y la ración de pan menguaba cada día.

El "muckefuck" o "negerschweitz" –sudor de negro–, nombres que dimos al nauseabundo café, cada vez era más aguado y menos espeso; los posos que quedaban al hacerlo eran hervidos una y otra vez. A mí no me importaba la escasez de alimentos, ya que apenas tenía apetito desde hacía unas semanas. No podía comprender los motivos, ya que mi estómago

acostumbraba quejarse cuando estaba vacío. Y achiqué la causa a la reciente pasada enfermedad que había padecido.

Como mi superior más inmediato, el comandante, había sido evacuado por enfermedad hacía unas semanas, tuve que hacerme cargo del mando de toda la sección de especialistas de la unidad, en mi condición de su inferior más próximo, y tuve que dejar el mando de mi querida sección, la II.

Un día tomé una de las flamantes camionetas que habíamos "birlado" a los "africanos endeblés", y marché hacia retaguardia un gran trecho con la idea de recuperar algunos de los vehículos de remolque que no habían llegado todavía. Sólo encontré algunos, completamente abandonados en los caminos enlodados que conducían a la autopista. La curva que desembocaba en ella estaba muy cerca del frente. No era agradable ni fácil pasar por allí, ya que los rusos se divertían barriéndola con ininterrumpidas ráfagas de ametralladora; apenas veían el más ligero movimiento.

Cuando llegué a la autopista, el cuadro que se ofreció a mis ojos era indescriptible. Los camiones pesados estaban aprisionados por el barro. Formaban tres hileras a lo largo de kilómetros y kilómetros de terreno. Muchos de ellos estaban tan sumergidos en la espesa masa de fango, que casi no se les veía el "capó". ¡Me pareció estar en un inmenso cementerio de coches!

No supe qué hacer, ni cómo actuar. ¡Me sentí dominado por un gran desaliento! Con mi furgoneta ligera continué avanzando por un camino paralelo a la carretera que, a pesar de estar casi completamente obstruido, me permitió avanzar bastante. Después, recorrí a pie varios kilómetros de la autopista por entre los camiones abandonados; al conductor de mi vehículo le dije que me siguiera por el otro camino. El fango húmedo se posesionó de mí y pegó mi ropa al cuerpo.

Encontré varios de los vehículos que había echado de menos. Pero no pude hacer más que anotar sus números así como el lugar donde se encontraban, después de comprobar la carga que llevaban. No me atreví a hacer otra cosa.

Los hombres que ocupaban los vehículos, los cuales se veían imposibilitados de abandonarlos, tenían otras preocupaciones. Hacía tiempo que habían agotado sus provisiones. Repartí entre ellos los panes y las latas de conserva que llevaba conmigo. Y comprobé un hecho curioso pero completamente normal en aquellas circunstancias: el conductor de un camión que llevaba un cargamento de panes, daba dos de ellos al conductor de otro que llevaba una carga de latas de salchichas por una de ellas; y el

conductor de otro, cargado de tabaco, ofrecía su mercancía a cambio de víveres.

Pero, ¿qué podían hacer los hombres encargados de los camiones que transportaban municiones y gasolina? En aquella situación, las municiones no podían ser consideradas como artículos de primera necesidad. Los otros soldados debían dar muestras de camaradería. ¡Y las dieron! Ninguno de aquéllos pasó hambre. Además, se repartieron el trabajo equitativamente.

Pero se planteaba una cuestión de vital importancia: ¿Cómo podríamos sacar los vehículos del lodazal en que habían quedado aprisionados?

No nos quedaba otro remedio que esperar a que el barro se secara antes de iniciar cualquier operación de recuperación.

Por ello, me fui a Moshaisk. Allí pasé una noche tranquila alojado en un gran "bunker". Antes, pasé la velada en otro "bunker" vino viendo una película cómica alemana. Aquello me produjo una rara sensación, al pensar que me encontraba en un país extraño, rodeado de enemigos por todas partes, asistiendo a una proyección cinematográfica y viendo en la pantalla imágenes del mundo occidental. También pensé en aquel momento que nos habíamos vuelto más comprensivos, desde que conocíamos de cerca aquel inmenso país que podía ser calificado de primitivo.

En nuestro camino de regreso, llegamos a la bifurcación Norte del pequeño camino paralelo a la autopista, por el que ya pasamos con anterioridad. Ya nos habíamos acostumbrado a bajar de la furgoneta para empujarla o levantarla a brazo para sacarla del barro en el que quedaba estancada con frecuencia. Ello nos ocasionaba sensibles retrasos en nuestra marcha.

Uno de los camiones cuyo conductor intentó alcanzar los caminos adyacentes a la autopista, negándose a continuar más tiempo en aquélla, se quedó totalmente atascado en un hoyo de fango. Los trabajos de rescate eran interrumpidos por el constante tiroteo de los rusos.

Abandoné la furgoneta al amparo de los muros de una casa, y avancé a pie. Hablaba con dos oficiales del puesto próximo, a los que había encontrado, y comentaba con ellos la serie de obstáculos que retrasaban nuestra marcha, cuando, de pronto, oímos unos persistentes silbidos que se acercaban adonde estábamos. Todos nos precipitamos a cubrarnos y yo me lancé a un hoyo ¡muy a tiempo! Los proyectiles estallaron peligrosamente cerca. Uno, dos, cinco, ocho. ¡No me sentí con ganas de seguir contándolas! Una lluvia de metralla y tierra cayó sobre mí, mezclada con

cascotes. Sentí un golpe en la nuca y recuerdo que, antes de perder el conocimiento, tuve tiempo de pensar:

—¡Son los "organillos de Stalin"!

Cuando recobré un poco la conciencia me di cuenta de que todo estaba muy oscuro y sentí que algo tiraba de mi mano derecha.

—¡Me han enterrado! —pensé.

Pero, afortunadamente, los fuertes músculos de los soldados me sacaron a la luz del día. Me senté en el suelo completamente aturdido; la cabeza parecía que iba a estallarme; respiré ansiosamente. Mis ojos sólo veían unas bolas fosforescentes que giraban ante mí. Sentí que uno de los oficiales con los que había hablado me tendía su cantimplora diciendo:

—Bebe un trago, camarada; sabe a demonios, pero te ayudará a recobrar fuerzas y a levantarte.

Un soldado me puso un cigarrillo en la boca. Cuando aspiré la primera bocanada de humo, exclamó:

—Vuelve a fumar. ¡Demos gracias al cielo!

Tenía toda la razón del mundo. Afortunadamente sólo sufrí unos cuantos magullamientos.

Sólo años más tarde, cuando ya era prisionero de guerra, se presentaron las consecuencias de aquella aventura: padecí una lesión interna en el oído que me desprendió uno de los nervios auditivos.

Los disparos habían hecho blanco en el objetivo que se propusieron los rusos. Tres soldados resultaron con heridas tan graves, que murieron poco tiempo después. Hubo varios más con heridas leves como consecuencia de la expansión de la metralla. A mí me dijeron que había estado relativamente seguro dentro del hoyo al que me lancé. Afortunadamente, también, mi mano había quedado visible y pudieron desenterrarme.

Pero sucedió una cosa curiosa. El problema que nos había planteado el camión atascado en el fango fue resuelto por los proyectiles que estallaron. Su explosión había lanzado al aire los montones de barro que le aprisionaban y pudo continuar su camino tranquilamente.

Estaba harto de aquellos parajes. Me apresuré a cruzar la peligrosa curva y regresé "a casa". Tal cosa, aunque parezca extraña, no lo era para nosotros. Si siempre que nos dirigíamos al lugar donde estaban en posición o acantonadas nuestras tropas decíamos "vamos a casa", ello se debía a que cuando uno se encontraba completamente solo en aquellos inmensos, desolados e inhospitalarios parajes, nos sentíamos perdidos.

Cierto es que la campiña rusa es muy bella. Ella ha dejado en mí un grato recuerdo, tanto en las ocasiones en que veíamos salir el sol de un hermoso día desde la cima de una colina, como cuando abarcábamos con la vista las grandes llanuras que se extendían ante nosotros. Aquel espectáculo, lleno de vida y fuerza, nos ponía en contacto directo con la naturaleza y servía de estímulo a nuestras fuerzas.

Pero no es menos cierto que cuando las llanuras se anegaban con la lluvia y se saturaban de humedad y de niebla, nos quedábamos perdidos, nos sentíamos completamente desamparados. Muchos de nuestros hombres sufrieron agudas depresiones nerviosas y se volvieron irascibles, difíciles de tratar. Y en aquella situación era cuando, precisamente, necesitaban de sus compañeros de penalidades; necesitaban sentir la sensación de que formaban parte de una unidad común que les servía para soportar sus sufrimientos; les era preciso sentir, también, la sensación de estar "en casa" por el solo hecho de tener la compañía de sus camaradas de combate.

Nuestro Cuartel general estaba instalado en Rusa. La sección que yo mandaba tenía su alojamiento en una casa que había estado ocupada por la NKWD (Policía política soviética). Se trataba de un edificio de madera, exactamente igual que los demás, con la única diferencia de que, tal vez, era un poco mayor. Dos despachos, en los que había una caja de caudales y varias mesas—escritorio revelaban para qué había servido aquella casa anteriormente.

Las lóbregas celdas, situadas en la otra ala del edificio, no tenían nada de agradable. Eran estrechas y malolientes; sus enrejadas ventanas, muy pequeñas, apenas dejaban pasar la luz del exterior. El único mueblaje de ellas —por llamarlo de alguna manera—, consistía en unos gruesos tablones colocados a unos veinte centímetros del suelo, a guisa de lechos. Las pesadas puertas de madera que les cerraban tenían unas mirillas que se abrían desde fuera. El vestíbulo al que daban todas las puertas de las celdas, destinado al vigilante probablemente, era tan rudimentario como aquéllas: disponía, en un rincón, de dos bancos y una mesa así como de una estufa de hierro destinada a caldear la estancia. Aquello hacía suponer que los que padecieran prisión en las celdas debían de pasar mucho frío, ya que las pesadas puertas de madera no dejaban pasar el calor. Un desportillado jarro que pendía de los bordes de un agujero era la letrina. Como no pude hallar ninguna conducción de agua, todo me hizo suponer que en aquella infecta prisión la higiene y la limpieza brillaban por su ausencia.

Pero no había pulgas; eran completamente desconocidas en aquella zona. (Unos cuantos años más tarde trabé conocimiento con ellas en centros más civilizados, situados bastante cerca del occidente).

A pesar del desagradable pasado de aquella casa mis hombres parecieron sentirse a gusto en ella teniendo en cuenta que las celdas estaban ahora vacías.

Cuando llegué al alojamiento por la noche, fui recibido por nuestros seis rusos con amables guiños y señas. Acababa de tumbarme sobre el gran sofá, "tesoro" del anterior alojamiento, cuando Iván y Pior, mis dos mecánicos predilectos, se me aproximaron lanzando una retahíla de palabras. Deduje que me pedían les expresara mis deseos. Como lo único que deseaba era que me dejaran en paz para descansar, al objeto de hacerles callar les dije cuál era mi deseo, que consideraba imposible:

—¡Quiero un baño caliente y un pollo asado! Y, ahora, dejadme tranquilo para que pueda dormir.

Como tenía un fuerte dolor de cabeza, tomé uno de los comprimidos que me había agenciado en una enfermería de Rusa. Me tendí a dormir. Y me olvidé de la mugre, del mal día pasado, incluso de la guerra. Sabía que el "dios" del sueño me obsequiaría con bellas imágenes que calmarían mis agotados pero excitados nervios.

No puedo decir ahora cuánto tiempo dormí entonces. Pero, de pronto, me desperté dándome cuenta de que alguien me sacudía enérgicamente. Al abrir los ojos, pude ver que los que me habían despertado eran mis fieles Iván y Pior. Los dos sonreían de oreja a oreja. Estaba a punto de maldecirles, cuando ambos apuntaron en dirección a uno de los rincones de la estancia. Vi, ¡asombrado!, una gran bañera de la que salían espesas nubes de vapor. ¡Naturalmente, aunque con los ojos medio cerrados, me desnudé y me apresuré a sumergirme en ella con auténtica delicia! Seguidamente, los dos rusos empezaron a enjabonar mi cuerpo con cuidado.

Pero aquello no fue todo. Todavía me aguardaba una sorpresa. El sofá fue cubierto con una gran sábana blanca. Iván y Pior continuaron, después, afanándose en prepararme una verdadera mesa. Y no quise dar crédito a mis ojos cuando, sobre ella, pusieron un pollo que había sido asado en una vieja lata. Con unas cuantas palabras alemanas que había aprendido, Iván me explicó que se sentía desolado por no haberse podido agenciar la suficiente mantequilla para asarlo convenientemente. Aquello no impedía que los dos rusos hubiesen realizado un auténtico milagro que colmaba mis deseos, que exterioricé, creyendo que eran de imposible realización.

Mas, a pesar de todo, los fuertes dolores que sentía en la cabeza no me permitieron disfrutar por completo de aquello. Volví a tomarme otros varios comprimidos. Cuando terminé de vestirme sonó la alarma aérea. Cinco aviones rusos, volando a baja altura, atacaron Rusa. Las ametralladoras pesadas antiaéreas rompieron el fuego contra los aparatos y cada uno de nosotros hicimos lo más conveniente. Hasta nuestros ayudantes rusos tomaron algunas armas, que nadie supo de dónde habían sacado, y dispararon contra aquéllos. Nos causaron muchos muertos y heridos. Cuando terminó el ataque, nos dimos cuenta de que Pior estaba entre las bajas definitivas. Ninguno de sus compañeros se ocupó de darle tierra; sólo lo hicieron cuando les obligamos a ello. En aquel momento, ignorábamos todavía que una vida humana no tiene mucha importancia en Rusia, que un cadáver era una cosa sin ningún valor. ¡No importaba que fuese de su mejor amigo! ¡No les preocupaba su pérdida! ¡Extraña e insondable alma rusa!

El entierro de Pior me dio ocasión de conocer el cementerio de la ciudad. Estaba en las afueras, completamente abandonado, sobre una colina en la que se alzaban varios árboles. Carecía de muro que lo cercara. Las tumbas se pegaban las unas a las otras sin orden ni concierto; especialmente las más recientes que, apenas, podían ser reconocidas como tales. Sobre alguna de ellas había una tabla de madera con un nombre inscrito. Sin embargo, las tumbas de los soldados del Ejército rojo sí eran reconocibles porque el nombre escrito sobre ellas, presidido por la estrella de cinco puntas, estaba pintada en rojo.

Después de todo no me extrañaba el abandono en que se encontraba el cementerio, puesto que era concorde con la aridez del paisaje en que estaba situado y coincidía con los dos conceptos que debían informarle: desolación y pasado. Dos principios recordatorios de la frialdad de la muerte.

En las afueras de Rusa, a unos cuantos kilómetros, había un campo de concentración instalado en un antiguo almacén y sus dependencias. Cada vez que llegaba una nueva columna de prisioneros de guerra, nos sentíamos sobrecogidos. Casi todos los soldados rusos que veíamos estaban completamente depauperados, hasta el punto de que eran inútiles para cualquier clase de trabajo. Aquello nos permitió darnos cuenta de que "los del otro lado" sabían muy bien lo que era pasar hambre. Los prisioneros se abalanzaban sobre los cadáveres de los caballos que estaban abandonados

al borde de los caminos, arrancaban un trozo de carne, se lo llevaban a la boca y continuaban su camino.

Nuestra sección estaba acantonada a unos veinticinco kilómetros de Rusa. Para que nuestros vehículos pudiesen llegar hasta allí, construimos un "sendero" de troncos de árboles. Sobre el suelo de barro fuimos colocando troncos de tres metros de largo que, en sus extremos, quedaban sujetos por piezas de hierro transversales. A uno y otro extremo de este "camino", instalamos unos puestos telefónicos que, utilizando sus respectivos micrófonos, daban la señal de paso libre en uno y otro sentido. Pero, tanto el camión como el conductor del mismo, llegaban al final del "camino" completamente derrengados como consecuencia del traqueteo que tenían que soportar al atravesarlo. Tal cosa no la soportaba mi estómago, por aquel entonces en no muy buenas condiciones.

La temperatura, que empezaba a bordear los cero grados, no tenía nada de agradable, sobre todo los días húmedos, y nos obligaba a dormir en las casas de los campesinos. La población civil que no había sido evacuada estaba compuesta por hombres ancianos y algunas mujeres.

Sólo utilizábamos los "bunkers", bien contruidos por los prisioneros, cuando iba en aumento el fuego de los rusos. Aquéllos habían sido contruidos al abrigo de un montículo. Realmente, habíamos hecho muchos progresos en la construcción de tales "cavernas". Su estrecha entrada se prolongaba en un pequeño recodo; su abertura disponía de una puerta hecha de tablas. El interior de ellos tenía abundante cantidad de heno. Pero nuestro mejor descubrimiento para ellos fue la pequeña chimenea, a la que habíamos bautizado con el apelativo de "calor de corazón"; se trataba de una obra muy rudimentaria que contaba con un "tiro" formado por un simple agujero desde abajo hasta la superficie por el que salía el tubo de latón.

Los "calores de corazón" humeaban y calentaban como auténticas chimeneas. Y cuando veíamos sus alegres llamas y nos acercábamos a ellas, olvidábamos el intenso frío que reinaba en aquellas latitudes.

Un pequeño quinqué iluminaba nuestras confortables veladas. Aunque nuestro estómago estuviera vacío de comida sólida, siempre disponíamos de algún brebaje caliente para reconfortarlo. Incluso encontrábamos muy agradable la extraña infusión que nos preparaban nuestros cocineros de campaña, un sustitutivo del te al que denominábamos "bosque alemán".

Cuando nos reuníamos dentro de los "bunkers", nos olvidábamos de la humedad que endurecía nuestras botas y nuestros uniformes. ¡Teníamos nuestro hogar! ¡Primitivo y de guerra, pero confortable!

Solíamos hablar...

¡Cosa notable! Sólo hablábamos de la patria cuando recibíamos correspondencia. En aquellas ocasiones enseñábamos las fotografías que nos enviaban nuestros familiares. Y nos apresurábamos a escribir la carta de contestación. Ya no pensábamos en la palabra "permiso"; sabíamos que había perdido todo su significado. En las horas restantes, la patria estaba lejos, ¡demasiado lejos!, para ser recordada.

Por mi parte, yo sólo me acordaba de ella por la noche, cuando me despertaba sobresaltado como consecuencia de recibir un involuntario golpe de cualquiera de mis camaradas. No obstante, guardaba para mí los recuerdos y pensamientos; no los exteriorizaba ni compartía con nadie. Los hombres no acostumbran hablar de una cosa lejana, ¡casi inalcanzable!

Es posible que todo aquel que se ha encontrado en parecida situación haya sentido lo mismo.

Cierto día fuimos sorprendidos por un inesperado cañoneo ruso. Nos apresuramos a salir de las casas y a buscar protección en el exterior de ellas. Los veinte rusos que había en el pueblo corrieron todos en la misma dirección, con tan mala fortuna que un proyectil estalló entre ellos. Cuando, casi inmediatamente, llegamos al lugar del hecho, nos encontramos con que los supervivientes estaban despojando a sus compatriotas muertos, y a los heridos, de las ropas de abrigo y de las botas que llevaban puestas. Al impedir que continuaran haciéndolo, nos miraron atónitos. Yo no creo que una acción tal pueda ser calificada de insensible crueldad en un país como aquél; creo, por el contrario, que el constante terror y la implacable miseria habían endurecido a sus habitantes privándoles de todo sentimiento de piedad, y no se daban cuenta de que trataban a sus propios compatriotas con una dureza infrahumana.

A mediados de noviembre descendió la temperatura súbitamente, sin ninguna previa transición. El termómetro descendió a veinte grados bajo cero, ¡y aquello fue todo! Se creó un nuevo y agudo problema para el gran número de vehículos que habían quedado aprisionados por el barro. Durante la noche se endureció el suelo de las rutas. Pero, también se había endurecido el lecho de barro que aprisionaba a aquéllos desde hacía algunas semanas. Esto nos obligó a ir rompiendo el barro a trozos, con grandes

trabajos. Necesitamos varios días para recuperar todos los vehículos. Pero lo conseguimos poco a poco.

Con el tiempo, tuvimos que hacer frente a nuevas dificultades. El aceite pesado que alimentaba nuestros motores no resistía aquellos fríos tan intensos; los anticongelantes que nos suministraban no bastaban ni eran los más adecuados. Por otra parte, los vehículos necesitaban gasolina y apenas disponíamos de ella. La instalación eléctrica y el diferencial no se calentaban al mismo tiempo; cuando lográbamos que el motor se pusiera en marcha, ayudados por medios artificiales, el aceite congelado obstruía los conductos. Las baterías se vaciaron y quedaron inservibles.

No era agradable en tales circunstancias ser oficial especialista, ya que todas las quejas y reclamaciones caían sobre uno. Y yo no tenía posibilidad de hacer desaparecer el frío, que era el causante de tantas dificultades.

Cuando, el primero de diciembre de 1941, estuvimos en disposición de atacar en nuestro sector del frente, nos encontramos con una desagradable sorpresa. Los rusos acababan de situar frente a nosotros Divisiones de refresco, compuestas por tropas siberianas, perfectamente descansadas y armadas, dispuestas a todo. Confieso sinceramente que nos dieron mucho que hacer.

La red ferroviaria de Siberia debía de estar en mejores condiciones de funcionamiento de lo que nosotros pensábamos, teniendo en cuenta los informes que nos habían dado. Fuera lo que fuese, el enemigo nos demostró que estaba bien organizado.

Nos suministraron nuevos cohetes de gran calibre, destinados a facilitar el que quebrásemos aquella gran resistencia. Estaban cargados con aire líquido. Todo hacía suponer que sus efectos serían devastadores.

Cuando, un día, probamos algunos de ellos, comprobamos que eran casi tan altos como un hombre, y que se asemejaban mucho a las bombas lanzadas por los aviones. Cuando lanzamos algunos de ellos y atacó nuestra Infantería, ésta nos confirmó su eficacia. Pero los rusos encontraron pronto la respuesta a aquella arma amenazándonos con los gases, con gran sorpresa para nosotros. El uso de las nuevas armas fue prohibido en el sector del frente en que nos hallábamos. ¿Casualidad?

A pesar de todo, conseguimos romper el frente enemigo después de sostener durísimos y sangrientos combates. Volvimos, de nuevo, a avanzar. Pero, en aquella ocasión, el invierno parecía estar de parte del enemigo. No había mucha nieve; pero el intenso frío —el termómetro alcanzaba los treinta grados bajo cero—, nos torturaba. Todo el mundo estaba congelado..., a

excepción de nuestros ayudantes rusos que parecían "tan frescos". Sabían arreglárselas muy bien a pesar del intenso frío; hasta conseguían que los vehículos que utilizaban funcionasen.

Entre nuestros soldados se contaba un chiste, que bien podía ser considerado como de "humor negro":

—Debemos hacer frente a un nuevo enemigo: San Pedro. El encargado del tiempo está inscrito, desde octubre, en el partido comunista, y ha tenido la mala suerte de no desempeñar un cargo privilegiado.

¡Primero el barro y, seguidamente, el frío! ¡Ya teníamos bastante!

En las guardias nocturnas, empleando muchas precauciones, encendíamos una hoguera en torno a la cual nos acurrucábamos con el resultado de que nos asábamos por delante en tanto que por detrás continuábamos completamente helados.

A pesar de que yo aguantaba bastante bien el frío, mi cuerpo empezaba a protestar por tener que soportar tanta inclemencia. Y a pesar de que ya contábamos con buenas raciones de comida, ahora que volvíamos a combatir activamente, mi estómago, a veces, no resistía lo ingerido.

El crudísimo invierno ruso, que había llegado de una manera tan inesperada, fue de fatales consecuencias sobre la moral de nuestras tropas. Los soldados empezaron a dudar del éxito de nuestra empresa. Fue en aquel momento psicológico precisamente, bastante comprometido, cuando las emisoras de radio alemanas lanzaron una nueva canción. Los pocos receptores de onda larga de que disponíamos estaban, literalmente, rodeados de hombres cada vez que por sus altavoces se dejaba oír la cancioncilla, cuyas estrofas cantaban:

"Todo pasará, todo pasará,
cada diciembre es seguido por un mayo..."

Tal promesa musical, que podía ser considerada trivial, nos devolvía las esperanzas, la moral y el coraje. Es casi increíble la popularidad que llegó a alcanzar dicha cancioncilla.

Siempre que podíamos entrábamos en una casa para calentarnos un poco. Cierta noche volví a ser invitado por el jefe de nuestra batería a una "opípara" cena. Me informaron de que darían patatas asadas y que la cena tendría lugar en el interior de una caliente "isba". El camarada Scheufele, como siempre que tenía invitados, se mostró espléndido; cada uno de nosotros fuimos obsequiados con un buen trozo de carne asada para

"acompañar" a las tan famosas patatas. Nadie nos molestamos en preguntar si la carne era o no de caballo, de vaca o de gato. ¡Era carne y bastaba!

La velada fue agradable; la apuramos al máximo y recordamos nuestros pasados y "dorados" tiempos de Ucrania, que nos permitieron llenar nuestros estómagos con carne de cerdo y con la de algún que otro volátil. Pero para mí duró poco. Me vi forzado a dejar de comer súbitamente. Sentía que la comida se me atragantaba y que cesaba de sentir interés por ella. Me enfadé conmigo mismo por no poder continuar participando del festín. Un cuarto de hora más tarde estaba echado sobre un jergón de paja sufriendo los dolores de un terrible cólico. Los dolores intestinales eran tan fuertes que no tenía más remedio que quejarme. El médico de nuestra unidad, que fue llamado con urgencia, me puso una inyección. Y así, al cabo de una hora, pude disfrutar del descanso.

Pasados unos días tomamos la ciudad de Istra, que fue defendida encarnizadamente por el enemigo. Ya he hablado, antes, de su catedral, la única iglesia ortodoxa que hallé en buen estado. Sus brillantes y puntiagudas cúpulas nos saludaron desde lejos. Y cuando llegamos nos apresuramos a utilizarla como enfermería-hospital, ya que era el único edificio de piedra que continuaba entero. Las grandes estufas que, provisionalmente, se habían instalado en sus inmensas naves apenas bastaban para calentar el ambiente. Por tal razón, no eran extraños los casos de congelación, que se multiplicaban entre nuestros soldados heridos.

Los continuos combates nos causaban muchas bajas. Y éstas aumentaban a pesar de nuestras victorias. Pero continuábamos avanzando. Y la resistencia de las tropas soviéticas pareció debilitarse. Hasta tal punto, que se nos opusieron varios batallones de trabajadores rusos, mal instruidos y peor armados, procedentes de Moscú.

Opino que el genio de Stalin debe de ser reconocido; incluso cuando se nos enfrentó como adversario. El gran Stalin, que en 1941 demostró saber resolver la difícil situación en que se encontraba Rusia cuando el Ejército alemán llegó a las puertas de Moscú, estoy convencido de que, ni un solo momento, había pensado en capitular y que estaba dispuesto a sacrificar la capital de "su reino". Estoy persuadido de que habría llegado a poner en práctica el ejemplo dado por los dirigentes rusos de la época de Napoleón: incendiar la capital para que ésta fuese pasto de las llamas si hubiese llegado a caer en nuestras manos.

Nuestro Alto Mando pensó lo mismo. Ordenó la formación de un batallón de tropas especiales, destinadas a impedir la destrucción de los

edificios industriales de Moscú. A mí me encomendaron que con mi unidad asegurara el suministro de agua, y me hicieron responsable del perfecto funcionamiento de tan importante servicio. La posibilidad de poder dar fin a tan incomparable y sangrienta campaña reanimó nuestras deterioradas fuerzas.

Conquistamos un pequeño pueblo. Creo que se llamaba Nikolaiew. Estaba a quince kilómetros al nordeste de Moscú. Desde él, en días claros, podíamos ver las torres de las iglesias, y los cañones de nuestras baterías bombardeaban constantemente los suburbios de la capital de Rusia.

Pero nos dimos cuenta de que había llegado el momento de parar nuestra ofensiva. La unidad vecina a la nuestra, División de "panzers" número 10, sólo disponía de diez tanques. La mayor parte de nuestra artillería pesada carecía de remolques de arrastre y los camiones debían remolcarlas trabajosamente a través de los campos. Ahora bien, sabíamos igualmente que el enemigo estaba al límite de sus fuerzas, exactamente igual que nosotros. Por ello mismo, la imposibilidad de continuar avanzando nos causó una inmensa sensación de impotencia, un sentimiento deprimente, más doloroso que cualquier derrota.

¡La meta, nuestra anhelada meta, estaba muy cerca de nosotros y no podíamos alcanzarla!

Aunque, mientras tanto, habían caído unos treinta centímetros de nieve, no por ello perdió el frío su cruda intensidad. Siempre que podíamos nos refugiábamos en las casas; y los que montaban las guardias y escuchas, tenían que ser relevados cada media hora, pues no disponíamos de ninguna protección para evitarles el frío.

La 257 División de Infantería, que estaba a nuestro flanco derecho, era el punto débil de nuestro sector de frente. De tal cosa no tardó en darse cuenta el mando ruso. Cada noche, al amparo de la oscuridad, era atacada. Sus avanzadillas cedieron, y nuestro flanco derecho quedó desguarnecido, sin defensa. A partir de aquel momento, las tropas soviéticas aprovechaban las brumas de los amaneceres para llegar hasta nuestras posiciones, penetrando, incluso, hasta el acantonamiento de inmediata retaguardia que ocupábamos. Cotidianamente nos despertaban los tiroteos que se extendían de casa en casa, de calle en calle. Cada uno de nosotros tomaba su armamento, fusil o pistola ametralladora; cruzábamos a gatas la puerta y participábamos en la lucha. Las escaramuzas de aquellos días entre las casas, con una temperatura de treinta grados bajo cero, constituían nuestra gimnasia matutina.

Como nos era imposible, a causa de la dureza del helado suelo, enterrar a los muertos, íbamos amontonándolos en la iglesia. El espectáculo era aterrador. Los brazos y las piernas que, en el momento de la muerte, habían quedado retorcidos, se congelaron, lo que impidió recobrasen su postura normal. En el caso de que hubiésemos pretendido darles aquella posición habríamos tenido que romper aquellos miembros por las articulaciones para que nuestros muertos ofrecieran "la placidez de la muerte". Y digo esto último por citar una frase hecha. Los ojos miraban al cielo, petrificados, congelados por el frío. Más tarde abríamos grandes agujeros en la costra de hielo para enterrar en ellos a los muertos de uno o dos días de combate.

Volví a enfrentarme con la indiferencia de los rusos ante la propia suerte y la muerte de sus semejantes. Nos causaba tanta sorpresa en muchas ocasiones su forma de actuar, que nos parecía que estábamos soñando.

Voy a relatar algunos ejemplos.

Al entrar en el pueblo, en una choza encontramos a un soldado ruso que dormía tranquilamente en su interior, al pie de la estufa. Cuando, sin muchas consideraciones, le despertamos, no demostró estar asustado ni sorprendido. Se limitó a ponerse en pie y, alzando los brazos, esperó que le despojásemos de sus armas; salió de la "isba" y se colocó dando la espalda frente al muro de aquélla. Nuestro intérprete le preguntó por qué adoptaba aquella posición. El soldado ruso respondió que le habían dicho que los soldados alemanes fusilaban en el acto a todos los soldados del Ejército soviético que cogían prisioneros. Añadió que ya no podía soportar por más tiempo el verse separado de su familia que vivía en la Rusia blanca, muy lejos del lugar donde se encontraba. Por tal razón nos había esperado. ¡Para que le diéramos la muerte que tanto deseaba!

¡Qué extraña mezcla de sentimentalismo y añoranza, unida a una total indiferencia ante la muerte! ¡Sólo puede darse en el alma eslava!

Otro caso: la primera noche que pasamos en aquel pueblo, fuimos despertados por un alarido infrahumano. Habíamos accedido a que la anciana dueña de la casa en la que nos alojábamos pasara la noche en una pequeña estancia de la misma; nosotros nos sentimos satisfechos al poder acostarnos sobre el suelo de la habitación principal. Al oír aquel terrible quejido, buscamos y rebuscamos por toda la casa. Hasta que encontramos a un hombre que yacía sobre un montón de andrajos, casi empotrado en un pequeño espacio existente entre la estufa y la pared. A la pregunta que le hicimos, respondió la mujer así:

—Sí, es mi marido. Hace tiempo que está enfermo e incapacitado para toda clase de trabajo.

Continuó diciéndonos que lo habría puesto "de patitas en la calle" en cuanto cayó enfermo, pero que no tenía fuerzas para arrastrarlo. Y, seguidamente, nos rogó que nosotros hiciésemos tal trabajo por ella. Cuando, como es natural, nos negamos a complacerla y colocamos el cuerpo de su marido a su lado, en la cama, no le prestó ni la más mínima atención. Sinceramente, ignoro cómo terminó aquel drama, ya que tuvimos que dejar el pueblo no tardando mucho. Pero supongo que los soldados rusos que llegaron al abandonarlo nosotros, precipitaron la muerte del anciano dejándolo abandonado a la intemperie.

No pasó mucho tiempo sin que tuviésemos que hacer frente a la realidad: no podíamos seguir avanzando ni, tampoco, mantener nuestras posiciones. ¡El invierno ruso nos había vencido!

El 11 de diciembre de 1941, Alemania e Italia declararon la guerra a los Estados Unidos, en cumplimiento del pacto firmado con Japón. No tuvimos mucho tiempo para pensar en las consecuencias que podrían dimanar de aquel extraordinario acontecimiento, porque el 12 de diciembre emprendimos la retirada.

Recibimos la orden de retroceder hasta la línea Wolokolamask–Moshaisk. Los combates que hubimos de sostener durante la retirada nos causaron muchas más bajas que los que sostuvimos al avanzar. Nos vimos forzados a abandonar una gran parte de nuestro material de guerra, ya que el invierno, el gran tirano de Rusia, lo tenía aprisionado fuertemente entre sus garras. Ni siquiera nos fue posible salvar todos nuestros cañones; la Sexta Batería se vio obligada a volar varios de ellos ante la imposibilidad de arrastrarlos por falta de remolques.

Nos esforzamos en ocultar nuestros respectivos estados de ánimo. Hasta llegamos a evitar cualquier conversación que pudiera referirse a aquella desastrosa retirada. Cada uno de nosotros procuraba cumplir con su deber lo mejor que podía, ocultando el miedo y la amargura que se había apoderado de nuestras almas. Hicimos todo lo posible por no pensar, limitándonos a actuar de una forma mecánica, exactamente igual que si fuésemos autómatas.

No obstante, seguía uniéndonos una decisión: la importantísima de evitar, por todos los medios, que nuestra derrota se convirtiese en una catástrofe.

Tanto nuestra División como la de nuestros vecinos del flanco izquierdo nos limitábamos a cumplir las órdenes dadas por el Mando. Retrocedíamos y nos parábamos cuando así nos lo ordenaban.

En Istra recibí la orden de recuperar todos los vehículos que se habían quedado en Rusa para, desde allí, llevarlos a Wolokolamsk. De nuevo volví a pasar por "nuestro camino de troncos", dándome cuenta de que, a un lado y otro del mismo, había vehículos abandonados. No oímos más que el ruido de nuestros motores: todo el ambiente estaba sumergido en el más completo silencio.

Llegué a Rusa al amanecer. Allí, me apresuré a reunir a mis más directos colaboradores. No sólo estaba terriblemente cansado, sino que, además, me encontraba completamente roto, destrozado. El dolor que sentía en la cabeza no cedía ni un solo momento.

Un gendarme militar me invitó a tomar una taza de café. Los vehículos de la 257 División de Infantería desfilaban bajo las ventanas de la casa en que estaba. Al poco me quedé dormido, acurrucado en una esquina de la caldeada estancia. Poco antes de las dos de la madrugada fui despertado por un suboficial de la gendarmería militar, que me dijo:

—Señor teniente, el último vehículo acaba de salir. Tenemos orden de volar a las dos y media el puente. Los rusos están a la puerta de la ciudad.

Acabé de despertarme por completo y, horrorizado, pensé:

—Si vuelan el puente me encontraré aislado en unión de mis doscientos camiones.

No creía que los rusos estuvieran a las puertas de la ciudad.

Por el contrario, creí que la noticia era producto de una psicosis de pánico colectivo.

Me di prisa en salir de la casa y oí el zumbido de los motores, dándome cuenta de que varios de mis camiones ya estaban en marcha. Ordené a mis hombres que se diesen prisa, y me dirigí sin tardanza al puente, en unión del suboficial que me había despertado.

Al llegar a él me encontré con un teniente de una brigada de zapadores; los hombres que estaban a sus órdenes ultimaban los preparativos para la voladura de la obra. Le pregunté si sabía que doscientos camiones alemanes, con toda su carga, estaban aún en las inmediaciones. Me contestó que lo ignoraba, pero que no le importaba que así fuera, porque él estaba dispuesto a cumplir la orden que le habían dado; y que, por tanto, a las dos y media en punto volaría el puente...

Testigos de nuestra conversación eran sus hombres, que esperaron a ver cuál era mi reacción. Dándome cuenta de ello, me decidí y dije al teniente que no permitiría que volase el puente porque, en el caso de que lo hiciese, nuestro precioso material iría a parar a manos del enemigo.

A toda prisa regresé a Rusa. Hice que me acompañasen cuatro de los camiones cargados, tomé otras tantas ametralladoras y ocupé el puente. Seguidamente di orden de que los faros de los camiones iluminasen el dichoso puente y, con el resto de mis hombres, vigilé el camino que unía una orilla con la otra. La sección de zapadores no estaba preparada para hacer frente a una situación como aquélla. Todos ellos se quedaron con la boca abierta. Como se disponían, no obstante, a terminar su trabajo, les dije que no tuvieran prisa, colocándome en donde estaba el botón para contacto. Mientras los zapadores aguardaban, los primeros de nuestros vehículos empezaron a atravesar el puente, logrando, incluso, que el último de ellos acabase de pasarlo a las tres treinta en punto.

Cuando terminó la operación, me apresuré a volver donde estaban las avanzadillas que había ordenado se estableciesen a la entrada del pueblo. Los soldados que formaban parte de ellas me informaron de que no se tenían noticias del enemigo. Ordené se llevara a cabo una detenida inspección del pueblo antes de abandonarlo, medida acertada, ya que encontré a uno de nuestros hombres en un pajar, que dormía tranquilamente. Nadie sabía nada del enemigo. Todo hacía suponer que había decidido dejarnos en paz. Con el último de mis soldados crucé el puente y di orden de que fuese volado. Vi cómo su maderamen saltaba por los aires pero no pude menos de pensar que la helada superficie del río facilitaría el paso del enemigo.

Al emprender la marcha, caí en medio de un caos. En nuestro camino hacia el Norte encontramos varias columnas cuya marcha desorganizada demostraba que no eran mandadas por nadie. Las cunetas de la carretera estaban llenas de material que no había sido inutilizado.

También comprobé que el equipo de la mayoría de los soldados dejaba mucho que desear y que no estaban armados convenientemente. Se limitaban a taparse con el capote corriente, que no era suficiente para defenderles contra el intenso frío que les torturaba.

¡Era imposible que pudiesen luchar en tales circunstancias!

Al llegar a una pequeña aldea pude ver que un numeroso grupo de soldados estaban agolpados frente a un granero. Como nos vimos forzados a hacer un alto, me acerqué al lugar para ver qué sucedía. Los soldados

discutían con el encargado de la Intendencia. Pude enterarme de que aquel granero estaba completamente abarrotado de prendas de invierno, idénticas a las que nosotros llevábamos desde hacia ya dos semanas. Allí había gruesas guerreras perfectamente guateadas y pantalones que hacían juego con aquéllas. Las prendas eran blancas por dentro; tenían una entretela bien guateada; su exterior era del color de nuestro camuflaje. El encargado del vestuario se negaba a entregar las prendas, porque le habían ordenado que no lo hiciera. Le pregunte:

—¿Sabe usted que la zona debe ser completamente abandonada mañana, y ha tenido usted en cuenta que el vestuario puede caer en manos del enemigo?

—Sí, señor —me contestó—; me han ordenado abandonar la plaza dentro de dos horas. Pero antes de partir, incendiaré el granero, para que las prendas no caigan en poder de los rusos.

Y pareció quedarse satisfecho.

Ordené al suboficial que abandonara el lugar sin incendiarlo. Al darse cuenta, por el tono de mi voz, que mi orden no admitía réplica, se apresuró a obedecerme.

A partir de aquel momento, todo soldado que pasaba por allí era equipado convenientemente, con orden o sin ella. ¡Afortunadamente, no había en nuestro ejército muchos suboficiales tan cabezotas como aquél! Pero los había.

Más tarde nos enteramos de que muchos suboficiales que no habían sido capaces de tomar una decisión por sí mismos en momentos como aquél, habían tenido que comparecer ante un Consejo de Guerra y fueron fusilados por orden directa del mismo Hitler.

Creo que el Führer, al dar tales órdenes, obró con acierto, porque la mayoría de los intendentes eran responsables de la vida y de la salud de muchos de nuestros camaradas.

Aquel mismo día me crucé con un general, cuyo coche estaba aparcado a un lado del camino, el cual contemplaba completamente atónito el caos que tenía ante su vista.

A medida que nos retirábamos, íbamos cruzándonos con grupos de hombres que iban perdidos, a la deriva. Cada vez me costaba más trabajo mantener unida nuestra columna. Afortunadamente, el suelo del camino por el que marchamos era lo suficientemente resistente para soportar el peso de nuestros vehículos. Pero aquel detalle no bastaba para alegrarme, ya que me sentía anonadado por el espectáculo que contemplaban mis ojos de

centenares de soldados que se retiraban sin orden ni concierto. Todo hacía suponer que estaba próxima la desintegración del Ejército alemán, en los umbrales de una gran catástrofe. No me fue posible dejar de evocar la gran retirada de las tropas de Napoleón, llevada a efecto cien años antes.

¿Era verdad, era realmente verdad que Rusia resultaba invencible?

Unos kilómetros más adelante, me encontré con un coronel que gesticulaba alocadamente y gritaba frases entrecortadas a los soldados que pasaban por donde él estaba. Su oficial ayudante se limitaba a permanecer tras él, tranquilo y estático, con una apostura de infinito cansancio. Su expresión parecía dar a comprender que no se hacía responsable de los gritos de su superior. Estaba pensando yo en que los altos oficiales ya empezaban, también, a perder los nervios, cuando el coronel me hizo señas de que me acercase, lo que así hice. Me preguntó:

—¿Hacia dónde se dirige?

—Hacia Wolokolamsk, en cumplimiento de órdenes —le respondí.

—Hace ya tiempo —me replicó—, que la ciudad ha sido tomada por los rusos. Es necesario que se quede aquí —continuó—; le doy plenos poderes para detener a todos los soldados que pasen por este sector. Deseo que establezca un nuevo frente para detener al enemigo.

Y, sin más, montó en su coche y se perdió en la lejanía. Su ayudante me lanzó una mirada cuyo significado no supe captar bien.

Durante un buen rato estuve dudando y procuré reflexionar detenidamente. Me decía a mí mismo:

—Acabo de recibir una orden; un poco embrollada, pero una orden. Pero...

Reaccioné y decidí:

—No; no puedo cumplir tal orden. Mi obligación es la de procurar que llegue a su destino la columna a mi mando. Todo me hace suponer que muchos han perdido la cabeza.

Llegué a Wolokolamsk, donde encontré al resto de mi División. Ni un solo ruso se había acercado a la ciudad. Hasta disfrutamos de un corto período de descanso.

Mas, a pesar de ello, nadie dudaba ya de la gran catástrofe que se nos venía encima a pasos agigantados.

En Moshaisk volví a sufrir un nuevo cólico. Los médicos me enviaron al hospitalillo de nuestra División, en el que recibí tratamiento de cura a base de inyecciones. Del detenido reconocimiento que me hicieron, a pesar de que yo me negase a ello, resultó que padecía de la vesícula biliar. ¡Me

guardé mucho de mencionar mis constantes dolores de cabeza! En consecuencia, el concienzudo doctor me declaró incapacitado para el servicio en el frente.

Me dijeron que debía de regresar a la patria lo antes posible para tratarme a fondo la afección que tenía en la vesícula biliar. Estuve dudando en si debía pedir o no que me dejaran con mis hombres; pero me di cuenta de que no podría resistir mucho tiempo aquellos cólicos hepáticos. Y estimé que lo mejor era que siguiese los consejos del médico.

La noche de aquel mismo día debía salir de la ciudad un tren que transportaba heridos. Me nombraron comandante del convoy, ya que podía tenerme en pie. Me causó sorpresa el hecho de que la línea ferroviaria hubiera sido reparada hasta aquel punto. ¡Nuestros zapadores eran formidables!

Sentía la cabeza pesada como consecuencia de las inyecciones que me habían puesto; pero pude dormir.

Poco antes de la partida escribí una carta a mi comandante despidiéndome de él. Se la di a mi asistente con la orden de que se la entregase personalmente y en mano. (Parece ser que aquella carta nunca llegó a destino).

Me despertaron a medianoche y me llevaron al tren. Estaba compuesto por vagones viejos y deteriorados que apenas servían para lo que estaban destinados. Las puertas de los compartimientos se abrían por fuera; los vagones iban unidos el uno al otro por una tabla de madera muy endeble. El convoy era muy largo. Casi no pude orientarme en medio de tanta oscuridad, ya que no se podía encender ni una sola luz a causa de los aviones enemigos, que no dejaban de hacer vuelos de observación y ataque.

Me busqué un sitio en el primer compartimiento. Y éste se fue llenando hasta quedar abarrotado. Hacía tanto frío, que aquel forzoso amasijo humano no se nos hizo desagradable. Coloqué mi exiguo equipaje donde pude y me dispuse a cumplir mis obligaciones de comandante del convoy. Pero como, de pronto, el tren se puso en marcha, me vi bloqueado e incapacitado de hacer nada.

La noche pasó con pavorosa lentitud; a nadie se le ocurrió la idea de dormir. A pesar del intenso frío reinante, la atmósfera se hizo irrespirable en el abarrotado vagón. Pasamos la noche sentados sobre el duro suelo, echados o de pie, prensados como sardinas. Muchos de mis compañeros padecían congelaciones dolorosas; otros habían sido heridos por bala o por trozos de metralla que habían perforado su piel. Tuve la impresión de que

también había heridos graves; las conversaciones a media voz eran interrumpidas, frecuentemente por sus lamentos. Flotaba en el ambiente un algo invisible pero palpable que nos impedía dormir. ¿Sería la tremenda tensión que se había apoderado de nosotros durante los últimos años?

En todas las conversaciones se repetían las mismas palabras: ataque, trinchera de protección, fuego de artillería, defensa, frío...

El tren parecía "saltar" en vez de avanzar. Cada dos por tres se paraba, avanzaba unos cuantos metros y volvía a detenerse.

Cuando, pasando por encima de mis camaradas, intenté alcanzar la portezuela, comprobé que todos mis esfuerzos resultarían vanos: el suelo estaba totalmente cubierto de personas y bultos, y la oscuridad reinante me impedía distinguir los unos de los otros. Decidí que no podía hacer nada aquella noche, que debía esperar a que amaneciera para poder actuar.

Ofrecí mi sitio a un camarada para que descansara un rato y permanecí de pie, apretado por los demás. Cuando me disponía a encender un cigarrillo sentí que me hablaban en francés. Aquello me extrañó. La llama de la cerilla me permitió ver a un hombrecillo que vestía nuestro uniforme. Hice acopio de todos mis conocimientos de francés y entablé conversación con él. Así pude enterarme que pertenecía a la "Legión Extranjera", que tenía 48 años y cinco hijos. Me dijo que era picapedrero y que había aceptado un empleo que le ofrecieron en Alemania el año 1940. Las cosas le fueron bien. Pero cuando se pidieron voluntarios para el frente, en su condición de viejo "poilu" que era, se había alistado. Sabía que su familia estaba bien atendida, pues recibía la misma asistencia que las de los soldados alemanes. Me dijo que estaba herido ligeramente en un brazo y que esperaba volver al servicio activo pasado poco tiempo. Seguidamente, afirmó:

—C'est une guerre contre l'Asie et pour l'Europe. (Es una guerra contra Asia y por Europa).

Pensé que aquel francés que vestía nuestro uniforme y combatía por nuestros mismos ideales podía ser tenido como un símbolo de la nueva Europa que resurgiría después de la guerra.

Los franceses y los alemanes, en muchísimas ocasiones, han luchado entre ellos. Hacia más de cien años que los ejércitos de Napoleón intentaron conquistar el Este. Pero... ¡en aquel entonces el genial corso no tenía voluntarios alemanes entre sus tropas, dispuestos a combatir a su lado!

¿Habría existido la tradicional enemistad entre ambos pueblos si los dos hubiesen combatido, estrechamente unidos, contra un enemigo común?

Encontré a muchos franceses que estaban de nuestra parte como consecuencia de sus ideales europeos. Es muy posible que en el futuro recordemos todos estos pormenores para poder trabajar conjuntamente y cosechar, más tarde, consecuencias fructíferas.

Cuando empezaba a amanecer, el tren hizo una larga parada. Comprobé que habíamos llegado a Gshatsk. Aproveché la ocasión para poder llegar hasta la portezuela del vagón, lo que hice sin demasiados miramientos. Al abrirla se elevó un coro general de protestas debido al frío que entró por ella.

Avancé hacia la cabecera del convoy, hasta la locomotora. Me enteré que el tren había sido detenido por una patrulla por razones de seguridad. Afirmaban que unos cuantos kilómetros más adelante, los rusos habían intentado volar las vías. Al poco oímos unos cuantos disparos.

Recorrí, mientras tanto, el tren. En uno de los vagones hallé un "deshecho" humano tirado en un rincón. Era médico de una unidad y le habían designado para sanitario del convoy. Me dijo que padecía de fuertes cólicos.

—Somos compañeros de sufrimientos y de mal —le dije—. Me nombraron jefe del convoy, pero no me han dado órdenes de ninguna clase ni instrucción alguna. Me trajeron al tren pocos momentos antes de su salida.

El pobre médico me contestó:

—Dispongo de muy pocos medicamentos y de una exigua cantidad de lo más indispensable para hacer una cura.

Aquello me convenció de que cuando se formó el convoy había tal desorganización que nadie supo hacer las cosas bien. Era aquél el último tren salido de Moshaisk. Incluso se temió que no pudiera salir de la ciudad.

Tal fue mi respuesta al médico enfermo. Bajamos del vagón y recorrimos el convoy. En cuanto reconocieron al médico por el brazal que llevaba, todos se apresuraron a llamarle. No había duda de que debíamos organizarnos urgentemente. Entre los heridos leves, encontré a cuatro suboficiales de Sanidad; el grupo lo aumenté con otros tres oficiales jóvenes.

Reunimos nuestros equipajes y nos instalamos en el primer vagón. Seguidamente metimos en nuestras mochilas vendajes y medicamentos y pasamos de un vagón a otro por encima de las oscilantes pasarelas de madera que los unían ya que el tren había iniciado la marcha. Sólo en los casos graves llamábamos al médico. Pero, desgraciadamente, éste no podía hacer mucho.

Cambiábamos los vendajes a los heridos como podíamos; distribuíamos los medicamentos e, incluso, llegamos a aplicar varias inyecciones de morfina cuando comprobábamos que los dolores de un herido resultaban insufribles. También creo que nuestras palabras de consuelo y de esperanza surtieron buenos efectos. No era agradable ser testigo de todo aquel dolor. Más de uno padecía fiebre altísima, que le hacía delirar.

Todo aquel que padecía de cólicos era colocado sobre las tablas que unían los vagones y sostenido por sus camaradas mientras llevaba a cabo su evacuación. No dispusimos de nada para comer hasta llegar a Smolensko. Tanto los medicamentos como los ranchos individuales se terminaron pronto. El agua, y mucho más cualquier bebida caliente, era un lujo en el que no se podía pensar. No teníamos ni la más ligera idea de cómo atender a los mil y pico hombres que iban en el tren. Comprendí que el convoy había sido formado apresuradamente con objeto de despejar el hospital del frente que estaba superabarrotado.

Sin embargo, no nos quedaba más remedio que organizar las cosas lo mejor posible.

En nuestro vagón, el primero de todos, hacía un frío espantoso. Durante una de las paradas que hizo el tren descubrimos un camión volcado en una cuneta. Naturalmente, aprovechamos la madera de su caja para encender fuego de vez en cuando, a fin de calentarnos un poco. Pasar de noche por encima de las tablas de unión era muy peligroso. No tardaron en agotarse nuestras pequeñas existencias de medicamentos y vendajes y tan sólo pudimos prestar ayuda sanitaria en aquellos casos que considerábamos como de extrema gravedad.

Dispuse de mucho tiempo para poder pensar durante las larguísimas horas de las noches. Reconozco que debía hacer grandes esfuerzos para mantener, en parte, mi proverbial optimismo.

Había visto demasiado durante las últimas semanas; había sido testigo de muchas cosas...

No cesaba de preguntarme:

"¿Es que acaso la suerte ha decidido volvernos la espalda? ¿No habremos supervalorado nuestras fuerzas al emprender tan gran campaña? ¿Acaso era exagerado nuestro primer optimismo? ¿Es posible vencer a este inmenso coloso que se llama Rusia?"

Estas y otras muchas preguntas no me dejaban reposar tranquilo. Sin embargo, también debo decir que no se me ocurrió pensar si había sido o no realmente necesaria la ofensiva del Este. Nosotros, los soldados, no

podíamos escoger; debíamos limitarnos a cumplir órdenes. No se nos preguntaba nuestra opinión cuando "los de arriba" tomaban una decisión. Pero teníamos la obligación de continuar combatiendo con todas nuestras fuerzas hasta que la guerra, equivocada o no, llegara a su fin.

Regresaba a la patria con una certeza: el soldado alemán era un hombre que debía ser mandado con conciencia, precisaba de una asistencia adecuada y de un estímulo ejemplar para no desanimarse cuando se encontraba en situaciones difíciles. Y si todo esto le fallaba, podía desmoralizarse fácilmente y hundirse en la desesperación. El simple soldado estaba dispuesto a obedecer ciegamente las órdenes que recibía de los mandos, siempre y cuando tuviera plena confianza en sus superiores.

Tres días y medio de marcha necesitó nuestro tren para llegar a Smolensko. Una vez allí, se nos dio comida caliente, pudimos beber y nos asignaron varios médicos y enfermeras para atender a los heridos. Pero tuvimos cinco muertos que nuestro médico no pudo salvar. Sabíamos que había pasado lo peor. A partir de allí viajamos más de prisa y disfrutamos de más comodidades. A los tres días los heridos estaban hospitalizados, parte de ellos en Polonia y parte en el Reich. Accediendo a mi ruego, yo fui destinado a un hospital de Viena, mi ciudad natal.

Me negué a que me operasen, a pesar de que los médicos decían que era necesaria una intervención quirúrgica. No tenía ganas de dejarme abrir, pensando que ya habría tiempo para ello. Más tarde una cura de reposo en el hospital de Karlsbad me restablecería por completo. Era un claro "G. V. H." (apto para el servicio de guarnición en la Patria).

Al darme de alta me concedieron un permiso, y me dispuse a disfrutar de todos los placeres que me ofrecía mi querida ciudad de Viena. Los teatros continuaban funcionando como en los tiempos de paz. Lo único que hacía recordar que estábamos en guerra eran los uniformes que vestían muchos de los hombres que se sentaban en las butacas.

Mas aquella agradable temporada tuvo un brusco final. Mi padre, que contaba setenta y cinco años, enfermó gravemente. Tengo la seguridad de que se sintió muy confortado por tener, al menos, un hijo a su lado. Mi hermano también estaba en el Ejército y no le dieron permiso para poder ir a verle. Después de ocho días de penosa enfermedad, la vida de mi padre se extinguió. Nunca pude saber cuáles fueron sus pensamientos acerca del futuro. Pero estoy convencido de que confiaba en que la guerra terminaría satisfactoriamente y de que nosotros, sus hijos, podríamos disfrutar de una nueva "época dorada".

CAPÍTULO XIII

"Rendición incondicional" y el soldado del frente. – Asignación de un puesto especial. – El Servicio Secreto alemán. – La "Operación Franz" (Irán). – Instrucción y enseñanza. – Posibilidades para la formación de comandos. – La División "Brandemburgo". – Unión especial del "Mantenimiento de la Paz". – Karl Radl, ayudante mío. – "Fuegos de artificio" con Inglaterra. – Ayuda del "Servicio Secreto". – "Agente doble". – Estudio de los métodos enemigos. – "Silent kiling". – Imposibilidad de "agarrar" a Canarias. – "Operación Ulm" (Rusia). – Los altos hornos de Magnitogorsk. – Relaciones con superiores. – Limitaciones a las posibilidades de los agentes.

Durante medio año estuve destinado en calidad de oficial–ingeniero en el mismo Berlín. El servicio que nosotros, los oficiales, debíamos prestar en los cuarteles, era igual al que se hace en todos, y no tenía nada de satisfactorio, al menos para un hombre como yo, que me consideraba un veterano. Estábamos disponibles a las órdenes del mando. Tal situación no me permite relatar ninguna clase de acontecimientos, por carecer de argumento.

No tardé mucho tiempo en sentirme saturado de la vida cuartelera. No cesaba de repetirme, una y otra vez, que no me había convertido en soldado para estar tranquilamente en la retaguardia. Estábamos en el otoño de 1942. Recibí la noticia de que nuestra División de las SS debía ser transformada en una División de "Panzers". Al enterarme de ello, creí que podría disponer de una excusa para ausentarme de Berlín. Eché un vistazo al dictamen que me consideraba "G. V. H." y me presenté voluntario para seguir los cursillos de instrucción que se exigían a los nuevos componentes de la División de "Panzers".

Cursé los estudios exigidos, pasé satisfactoriamente los exámenes y me consideré preparado para mi nuevo destino. Al poco fui destinado a la III División de tanques de las SS en calidad de ingeniero de la misma. Me adapté fácilmente a mi puesto y me sentí muy a gusto entre mis nuevos camaradas. Desgraciadamente, no tenía tan buenas relaciones con el jefe del Regimiento como las que me unieron al coronel Hansen.

La conferencia de los aliados en Casablanca, en enero de 1943, causó gran impresión en todos los alemanes. No cabía la menor duda de que los aliados tenían un solo objetivo: "rendición incondicional" o combatimos hasta el límite de nuestras fuerzas. ¡Había llegado el momento en que sabíamos a qué atenernos!

No ignorábamos que una tal doctrina de intimidación se había puesto en vigor por vez primera en la historia de los Estados Unidos durante su guerra civil. Y llevada a efecto a rajatabla.

Tampoco podía ser olvidado el comentario de un general de la Unión: "Cuando un cuervo vuela sobre un país acosado, se ve precisado a robar lo que necesita para continuar su vuelo".

Nosotros, los alemanes, sólo teníamos una alternativa: la victoria, o una derrota total. Por esta razón, todo aquel que se consideraba un buen patriota no tenía otra posibilidad de elección. Tampoco quedaba otra alternativa a los altos dirigentes del país. Mas, a pesar de todo, debo proclamar que en aquella época continuábamos creyendo en la victoria de nuestras armas. Yo compartía la opinión general, y procuraba arrojar de mi mente cualquier duda que me asaltara.

Los planes que había hecho y los pasos que di resultaron infructuosos. Había sobrevalorado mi restablecimiento. Un nuevo ataque me demostró que el estado de mi salud no era completamente satisfactorio. Por ello, me vi obligado a aceptar otro destino en Berlín, donde esperé, pacientemente, el desarrollo de los acontecimientos.

No obstante, estuve poco tiempo en tal destino de retaguardia. Un día del mes de abril de aquel año, 1943, recibí la orden de comparecer ante la Jefatura de la SS. Allí me informaron de que buscaban un oficial que hubiera cursado estudios especiales y que fuera veterano de la lucha en el frente, para que instruyera convenientemente a una unidad especial, a la que se iba a encomendar un servicio también especial.

Se me instruyó, por un oficial especialista, en un sinfín de cosas de las que había oído hablar sólo superficialmente. Así tuve la oportunidad de llegar a conocer las funciones de dos organismos alemanes. Sucintamente informaré al lector.

Al Alto Mando de la Wehrmacht (OKW) estaba subordinado el Departamento de Defensa Exterior, que constaba de tres secciones. La I Sección tenía a su cargo el espionaje militar, denominación que podía parecer un poco intrigante a los que no conocieran, de cerca, todos los detalles. No debe olvidarse, empero, que todas las grandes potencias, incluso las pequeñas naciones, cuentan con el correspondiente servicio de espionaje.

La II Sección tenía a su cargo la ejecución de los actos de sabotaje y de desmoralización del enemigo mediante una eficaz propaganda. Podía considerarse a aquella sección como sumamente activa. Sólo las naciones que no podían considerarse grandes potencias carecían de ella.

La III Sección tenía la misión de descubrir los actos de sabotaje y espionaje del enemigo. Y evitar, en la medida de lo posible, que se llevasen a efecto. Estoy seguro de que todos los ejércitos, si se precian de sí mismos, disponen de una sección análoga que facilita sus tareas.

Las tres Secciones citadas integraban el llamado "Servicio Secreto". Confieso que yo, al igual que el resto de las gentes, no tenía idea sobre su forma de trabajar, ni sobre sus ilimitadas posibilidades. Era aquél un importantísimo "brazo" de nuestro ejército.

La Sección de Seguridad de las SS. (RSHA), había creado la VI Sección a partir de 1938. Tenía la obligación de vigilar estrechamente las ideas políticas de los habitantes del Reich. Facilitaba la tarea de las altas esferas del Estado informándoles sobre la política interior de los países extranjeros, facilitándoles así la deducción de conclusiones favorables para la política alemana.

Tanto el servicio secreto militar como el político eran de vital importancia. Sin embargo, yo opino que hubiese sido mucho mejor que trabajaran estrechamente relacionados, formando un solo organismo a fin

de lograr mejores resultados. Pude darme cuenta de ello después de varios meses de prestar mis servicios en aquellas dos importantísimas Secciones.

A los servicios de asuntos exteriores había sido subordinado, al principio de la guerra, el batallón para servicios especiales "Brandemburgo". En 1943, dicho batallón se había convertido en una división y tenía a su cargo la ejecución de ciertos servicios militares que estaban relacionados estrechamente con la Sección de Defensa Exterior. Pocos alemanes conocían la existencia de tan importantísimo servicio.

La Sección VI, creada para realizar determinadas e importantes funciones, fue denominada "Oraniemburg". En 1943 se decidió que fuese ampliada, con objeto de prestar servicios más activos. También se decidió que un jefe de las SS, en posesión de especiales conocimientos técnicos y militares, asumiera la responsabilidad.

Fui elegido para tan importante trabajo. Enseguida me di cuenta que tal nombramiento entrañaba grandes responsabilidades; también, de que no me serían útiles mis conocimientos y experiencia de soldado y que debía adquirir conocimientos especiales, totalmente desconocidos para la mayoría de los militares profesionales.

A mi mente acudió una frase de Nietzsche: "¡Vive peligrosamente!"

Tenía el convencimiento, asimismo, de que se me ofrecería la posibilidad de prestar importantes servicios a la Patria en unos momentos que, por lo menos, podían ser calificados de difíciles, desde un puesto de real importancia y de significada responsabilidad. Tales pensamientos me animaron a aceptar el puesto que se me ofrecía, disponiéndome a cumplir con mi deber lo mejor que pudiera.

El 18 de abril de 1943 fui ascendido a primer teniente de la reserva destinado a la Sección VI.

Como siempre que se me asignaba un nuevo destino, me presenté al jefe de mi Sección, en aquel entonces el teniente coronel de la SD., Schellenberg. Al entrar en su despacho me recibió un hombre relativamente joven, un poco bajo y bien parecido, que se mostró conmigo extraordinariamente amable.

No comprendí mucho de lo que me explicó acerca de su propia misión. Esto no era extraño, pues estaba en un terreno completamente desconocido para mí. Yo sabía que debía instruirme ampliamente sobre lo que tendría que hacer y que, inmediatamente, tendría que ponerme a trabajar "a todo gas". Fui enterado de que, además de asumir el mando de una tropa especial, compuesta exclusivamente por hombres de las SS, debía "montar"

una escuela de agentes afectos a la Sección VI que, más tarde, habrían de ser empleados para los distintos servicios.

Pasé dos semanas instruyéndome detenidamente. Confieso que todo lo que me fue explicado por los diferentes Jefes de grupo era extraordinariamente interesante. Igualmente me di cuenta de que aquella nueva modalidad de lucha tenía más importancia de lo que en un principio supuse.

Los hombres que debía yo mandar y dirigir se estaban preparando para poder cumplir las futuras misiones que se les encomendaran; debían estar dispuestos en breve espacio de tiempo.

Las zonas petrolíferas del Irán habían sido ocupadas por las tropas inglesas poco tiempo después de haberse iniciado la guerra. El norte de dicho país estaba celosamente guardado por las tropas rusas. Los trenes persas transportaban tropas aliadas, cuya misión era la de ayudar a los soviéticos como consecuencia de la entrada en la guerra de los Estados Unidos, en declaración hecha pública el 11 de diciembre de 1941. Ello llevó aparejada la decisión de los Estados Unidos de facilitar poderosa ayuda a la Unión Soviética, destinando grandes cantidades de material bélico al frente del Este.

Esta circunstancia se me había pasado por alto y sólo aprecié su importancia cuando pude leer las cifras que reflejaban las cantidades de material expedido. El significado que tenía la entrada en la guerra de Norteamérica no fue suficientemente tenido en cuenta por nosotros, los soldados, que nos limitábamos a cumplir con nuestro deber en los frentes del Este.

Pero desde mi nuevo puesto tuve ocasión de comprobar su gran importancia, al mismo tiempo que comprendía que no teníamos más remedio que desbaratar los planes que preparaba el enemigo en su retaguardia, lo que podría hacerse provocando en Irán algunos disturbios, fáciles en aquel país tan inquieto políticamente.

Fueron formadas varias unidades alemanas, cuya misión era la de armar a los kashgais y a otras tribus similares, a las que debía también enseñarse el manejo de nuestras armas de fuego e instruir en las tácticas de combate. Se trazaron planes para que las tribus iranés quedasen a las órdenes de mandos alemanes que, a su vez, tenían la misión de atacar, para sabotearlos, los puntos claves.

Una veintena de hombres del "Sonderlehrganges" –nombre que se dio a mi grupo militar–, aprendían, ya desde meses antes, el idioma persa con

profesores nativos del Irán. Cada uno de los grupos sería acompañado por un persa que les facilitaría las misiones asignadas. Las diversas secciones (o grupos) estaban convenientemente equipadas. Sólo se estaba a la espera del aviso de un oficial alemán que había entrado clandestinamente en aquella nación.

Las informaciones, que se recibían por radio, llegaban a otra Sección del Ministerio. Como yo, en aquellas fechas, aún creía en la existencia de una estrecha colaboración entre los distintos servicios alemanes, tal cosa me causó extrañeza. Ignoraba entonces que tendría que pasar por una serie de decepciones en tal aspecto.

Pude darme cuenta de que los hombres, en la retaguardia nacional, no se comportaban de la misma manera que en el frente, donde todos debíamos luchar por nuestra vida; en las trincheras, cada individuo hacía todo lo posible para comprender y ayudar a los demás.

En la retaguardia de la Patria el egoísmo de cada cual era mucho mayor. Todos tenían un especial interés en sobresalir y ostentar un cargo más importante que el de su compañero. Allí reinaba el "sacro egoísmo" como dueño absoluto, y estaba estrechamente relacionado con el "sacro burocratismo". Por entonces yo ignoraba tal cosa, ya que, de haberla conocido, no habría aceptado el puesto que se me ofreció.

La "operación Irán" era designada con el nombre en clave de "Franz".

Para llevarla a efecto se había elegido un gran lago de sal, al suroeste de Persia, como lugar de lanzamiento de nuestros paracaidistas. Dos oficiales de mi Sección, tres suboficiales y un persa estaban preparados para salir en cualquier momento. Después de numerosas negociaciones, conseguimos que la Luftwaffe pusiera a nuestra disposición un "Junker-290", muy apropiado para cubrir el largo vuelo.

Los pertrechos de cada hombre tenían que ser escrupulosamente revisados; su peso no debía de sobrepasar ni un gramo más de lo fijado, y éste debía estar equilibrado con el del carburante que se necesitaba para el viaje.

Tan sólo el que haya cumplido una misión de aquel estilo podrá hacerse una idea de los cálculos que hubieron de efectuarse y de las innumerables variaciones de los mismos. Era preciso revisarlo todo, absolutamente todo. Desde las armas a los víveres; desde el equipo hasta las municiones; desde los explosivos hasta los regalos destinados a los jefes de las tribus.

Recuerdo perfectamente que la preparación de los regalos nos proporcionó muchos quebraderos de cabeza. Consistían en varios fusiles de



El Duce, Otto Skorzeny, tropas alemanas libertadoras y soldados italianos que apresaban a Mussolini, cofraternizando juntos en unas fotos para la posteridad



caza cuyas culatas nevaban incrustaciones de plata, y un gran número de pistolas adornadas con incrustaciones de oro.

Fue elegido un campo de aviación de Crimea para despegar. La pista de despegue era tan corta, que hubimos de suprimir el exceso de peso, quedando limitado el armamento de nuestros hombres a lo más imprescindible. También tuvimos que esperar a que el tiempo fuese apropiado para el despegue y aprovechar las noches oscuras para volar sobre territorio ruso.

Cuando todo estuvo dispuesto, comprobamos que los aviones estaban demasiado cargados a pesar de nuestras precauciones; nos lo demostró el hecho de que, como consecuencia de haber llovido y estar la pista de despegue mojada, bajo ellos se había reblandecido. No nos quedó más remedio que dejar en tierra parte de nuestro equipo, decidiendo se enviara en otro viaje. Finalmente, todo estuvo a punto. Y el primer grupo salió rumbo a su incierto destino. Pasamos catorce horas de agonía hasta que nos negó la noticia de que el primer lanzamiento de paracaidistas se había efectuado de forma satisfactoria.

Como la primera revuelta debía producirse como consecuencia de ciertos manejos políticos, fuimos privados de la dirección de aquella primera e importantísima misión, que fue nevada por un grupo político de la Sección VI, que estaba a las órdenes de un nombrado doctor, von Gräfe. Sólo se reclamaban los servicios de nuestro grupo, el VI-S, cuando había que efectuar el lanzamiento de una nueva remesa de material o bien de un grupo de hombres.

Confieso sinceramente que no me gustaba nada tener que instruir a un cierto número de hombres y que, luego, fuesen colocados bajo el mando de otro en el mismo instante de la acción, cuando sus vidas estarían en peligro. Me sentía responsable de ellos. Pero no podía prestarles ayuda. Tan sólo en algunas ocasiones, rarísimas, se me permitía asistirles con ayuda positiva.

En este estado de cosas pasé el tiempo anterior al verano de 1943. La situación en nuestros frentes era bastante negra. Pude darme cuenta por las objeciones, cada vez más difíciles de vencer, que se ponían a mi trabajo de selección, pues ninguna unidad quería poner a mi disposición los soldados y el material que necesitaba.

El grupo de paracaidistas que se lanzó en Irán cumplió su misión bastante, satisfactoriamente. Consiguió reunirse con las tribus sublevadas y logró su colaboración. Pero no nos fue posible facilitarles toda la ayuda necesaria, ya que no estábamos en disposición de mandarles los hombres y

el material que precisaban para completar su trabajo. Además, teníamos que hacer frente a la falta de los medios de transporte que nos eran imprescindibles, como los "Ju-290", que debían hacer los lanzamientos de paracaidistas y material.

Fue formado un nuevo grupo de seis soldados, colocados a las órdenes de un oficial de la "Oranienburg". Pero nos enteramos de que la expedición no llegó a realizarse –de lo que nos alegramos más tarde–, a causa de una avería en el avión que debía de haberlos transportado.

Un colaborador alemán, que estaba en Teherán, tras haber pasado un sinfín de vicisitudes, consiguió refugiarse en Turquía. Desde allí pudo informarnos a tiempo que había sido descubierto nuestro "cuartel" de Teherán y que todos nuestros colaboradores estaban arrestados. El había sido el único en poder escapar.

Aquel suceso nos cerró la posibilidad de poder lanzar un nuevo grupo. Y la operación, momentáneamente, fue suspendida. Pocas semanas más tarde, las tribus decidieron cesar sus luchas. Pero facilitaron a los soldados alemanes la oportunidad de poder escapar con ellos. Pero como nuestros hombres no conocían el idioma, no pudieron refugiarse en el país neutral que era Turquía, el más cercano. Y, por ello, las tribus se vieron obligadas a entregar nuestros hombres a los ingleses. Uno de nuestros oficiales decidió quitarse la vida al verse en una situación tal comprometida. El resto de nuestros comandos pasaron varios años de cautiverio en Oriente hasta que, en 1948, fueron repatriados a Alemania.

Por aquel entonces me dediqué a otras misiones de gran importancia. El departamento técnico de la VI Sección del Servicio Secreto me mostró varios planos de las instalaciones industriales de la Unión Soviética, especialmente de los territorios de los Urales. Como no podíamos saber nada sobre ellos por medio de las revistas y de los periódicos, aquella gran colección de planos de las citadas riquísimas zonas causó en mí un gran efecto. El nombre en clave "Operación Ulm" señalaba la forma de atacar y poner fuera de funcionamiento el importante complejo industrial de aquella región. Me di cuenta de que aquel importantísimo potencial del enemigo nos ayudaría a causarle grandes daños.

Pero, antes de decidirme a aceptar la nueva misión, estudié detenidamente los diversos medios de sabotaje. Durante el tiempo que pasé en Rusia, me di cuenta de que se podía llegar a aprender mucho del enemigo si uno se tomaba la molestia de estudiar de cerca todos sus

movimientos. Por ello me pregunté si no podía servirme de sus métodos en el caso que se me presentaba.

También quedé sorprendidísimo cuando me informé de los medios empleados por los "Command Troops" ingleses, que estaban bajo las órdenes de lord Mountbatton. Aprendí un sinfín de cosas que ignoraba, y llegué a darme cuenta de que el "Secret Service" inglés siempre estaba rodeado de un gran misterio y de que había sido perfectamente organizado en el transcurso de la guerra que estábamos sosteniendo.

Al mismo tiempo, estudié todos los informes de la División "Brandenburg", y pude comprobar que carecía de tantos medios informativos como tenían los ingleses, a pesar de que, en muchos casos, consiguiesen unos resultados altamente satisfactorios.

Pasé dos semanas estudiando todos los "dossiers" que llegaron a mis manos. Y llegué a la conclusión de que podíamos efectuar una labor que contribuiría a la victoria del Reich. También pude darme cuenta de que al enemigo le sería imposible la defensa de su extensa retaguardia. Y comprendí que si lográbamos atacarle con un pequeño grupo de hombres decididos y bien adiestrados, llegaríamos a obtener grandes resultados sirviéndonos de medios técnicos adecuados y de unos planes perfectamente ultimados. Tampoco debíamos descartar el hecho de que dichos territorios eran desconocidos por Alemania desde el punto de vista militar, lo que aumentaba el interés de la acción.

Todo lo expuesto me decidió a aceptar la nueva misión, a pesar de que debía empezar desde el principio. Tenía el convencimiento de que debía contar con la ayuda incondicional de una División destinada en el frente, y, asimismo, que la nueva tarea que se me encomendaba era tan importante que precisaba de una colaboración completa y total.

Confieso que mi optimismo me incitaba a exagerar mucho las cosas. Pero había un punto de vital importancia que me daba la razón: Era sumamente problemático que consiguiéramos la realización de grandes acciones, pero no cabía duda de que nuestras pequeñas misiones serían coronadas por el éxito.

Cuando comuniqué al señor Schellenberg mi decisión de aceptar la misión que se me había ofrecido, se mostró muy contento. Me sorprendió mucho que me ofreciera un puesto en el SD, diciéndome que podía ostentar el grado de comandante o de teniente coronel del citado Cuerpo. Sopesé los pros y los contras de tal ofrecimiento, y terminé rechazándolo. Argüí que ya que estaba obligado a mandar una tropa de las SS podría cumplir mejor

la misión en mi calidad de oficial de las SS. Había comenzado participando en la guerra como simple soldado; había llegado a oficial de la Reserva, y tenía deseos de continuar ostentando dicho grado hasta que llegase el final de aquella sangrienta contienda.

Unos días más tarde me ascendieron a Capitán de la Reserva. El curso que ahora se me confiaba había estado a cargo de un capitán holandés de las SS. Los jefes de la compañía eran viejos soldados cargados de experiencia. Pude apreciar que con aquella base podía continuar la obra.

Sin embargo, no contaba con el suficiente número de colaboradores que me ayudasen a sacar adelante la "escuela" de la Sección VI. A pesar de ello, tuve suerte, ya que unos veinte jóvenes asesores que, hasta aquellos momentos, se habían limitado a desempeñar cargos puramente burocráticos, fueron puestos a disposición del Servicio de Informaciones Políticas. Entre ellos encontré a un compatriota antiguo conocido, el Primer Teniente Karl Radl. En seguida le pregunté si estaba dispuesto a ayudarme a formar el nuevo grupo del VI-S. No sólo se declaró dispuesto a ello sino que, además, puso a mi disposición otros dos asesores. Los tres tenían experiencia militar, habiendo merecido ser ascendidos a oficiales. Me sentí tranquilizado al poder contar con ellos de una manera completa y total.

Recibimos la orden de ampliar el número de los asistentes a nuestros cursillos, hasta poder llegar a formar con ellos un batallón. Obtuve la autorización de la jefatura superior de las SS para ponerme en comunicación con un cuerpo especial llamado "Friedenthal" y llegué a trabar relaciones amistosas con sus dirigentes. Gracias a mis relaciones con las diferentes unidades que combatían, o habían combatido, en el frente, conseguí la colaboración de varios oficiales, suboficiales y de un cierto número de soldados. Por ello, al cabo de poco tiempo tuve completamente formada la Segunda Compañía.

Encontramos un lugar apropiado para instruir a nuestros hombres cerca de Oranienburg, e instalamos nuestro cuartel general en un antiguo coto de caza rodeado por un extenso parque, dándonos cuenta de que los alrededores del coto, donde abundaban los prados y los bosques, eran zonas muy adecuadas para ejercitarnos con vistas a cumplir la misión que se nos había confiado.

Nos dimos prisa en construir las barracas necesarias para albergar a nuestros hombres; allanamos los campos que necesitábamos para nuestra instrucción e instalamos las cocinas de campaña que precisábamos.

Nos entretuvimos mucho preparando las diversas instalaciones, pero tuvimos que resolver muchos problemas antes de conseguir que todo estuviera dispuesto de una forma adecuada. Me dispuse a luchar con todas mis fuerzas para obtener resultados satisfactorios y debo decir que salí airoso de la empresa. No quiero olvidarme de mi más eficaz colaborador, Karl Radl, cuya ayuda me facilitó la resolución de innumerables problemas.

Me había trazado un programa para que mis hombres recibieran una instrucción perfecta que les permitiese salir airoso de toda empresa y les ayudase a desenvolverse en cualquier lugar. Por ello, cada uno de mis hombres debía contar con unos conocimientos concretísimos acerca de la manera de desenvolverse de los soldados de Infantería, así como también tenían la obligación de poseer una cierta práctica de la que el Ejército alemán exigía a sus compañías de zapadores. Igualmente exigíamos que cada hombre supiera lanzar granadas a larga distancia, conociera el manejo de las diferentes armas empleadas en nuestro Ejército y estuviera en disposición de hacer frente a cualquier clase de ataque enemigo. Los instruimos para que supiesen conducir perfectamente toda marca de coche o camión, y para que pudieran arreglárselas si se veían obligados a desplazarse en motocicleta. Llegamos a exigirles supieran el manejo de un bote a motor, incluso de una locomotora. Les obligamos a practicar toda clase de deportes, incluidos la equitación y la natación, con completo dominio. Hasta llegamos a darles un curso completo de paracaidismo.

Dimos una instrucción especial a todos aquellos que, más tarde, serían considerados como especialistas, en la que se incluía el conocimiento perfecto de un idioma determinado, junto con una idea exacta de la topografía del terreno en el que podían verse obligados a desenvolverse, así como un dominio absoluto de las diferentes técnicas de acción y sabotaje.

Nuestras metas principales eran la Unión Soviética y el Oriente Medio, ya que no ignorábamos que los anglo-americanos tenían muchos intereses en dichas zonas. Entonces no me daba cuenta de que estábamos ya en el año 1943 ni que vivíamos en el cuarto año de una guerra que debía tener cinco años de duración. No cesaba de repetirme una y otra vez:

"El soldado debe ignorar la frase "más tarde", puesto que nunca es demasiado pronto para comenzar cualquier acción. Las cosas importantes no admiten espera, deben ser preparadas y llevadas a cabo lo antes posible".

Teníamos noticias de que en Holanda se habían hecho todos los preparativos para la formación de una "escuela" destinada a preparar convenientemente a nuestros agentes. En la primera visita que hice a dicho

centro, pude darme cuenta de que contaba con muchos más medios de los que fueron puestos a nuestra disposición en la propia Alemania. El mando de la escuela lo tenía el coronel de la SD, Knolle, cosa que no me gustó, pues tenía un grado superior al mío, a pesar de no contar con mi experiencia militar.

La "escuela" había sido instalada en la antigua propiedad de un noble holandés. En ella se instruía a los agentes extranjeros en el difícil arte del paracaidismo y de toda clase de sabotajes.

Debo reconocer que ignoraba todo lo que aprendí en Holanda sobre las diversas formas que tenía de actuar el enemigo, y que me enteré de ellas a través de los diversos "dossiers" que estaban a la disposición de la Sección III del Ministerio de Asuntos Exteriores y de la Policía de Seguridad. Fue la primera vez que pude darme cuenta de la intensidad con que trabajaban los ingleses en el amplísimo y vastísimo campo de la información secreta.

No pasaba noche sin que los rapidísimos aviones británicos volasen sobre los territorios ocupados por nosotros, lanzando desde ellos gran número de agentes perfectamente adiestrados, que tenían la misión de realizar determinados actos de sabotaje o la de abastecer a sus colaboradores de armas y municiones.

Las estadísticas daban constancia de que la mayoría de los agentes secretos eran hechos prisioneros después de haber sido lanzados sobre territorio enemigo. El material empleado por ellos, o bien lanzado desde los aviones, caía en poder de nuestras tropas en un promedio del setenta y cinco por ciento, lo que hacía que el enemigo nos prestase un "agradable" servicio. ¡Un método muy fácil para recuperar nuestras cuantiosas pérdidas....!

Pusieron a mi disposición una gran cantidad de instrucciones que habían pertenecido a agentes secretos británicos. Su detenido estudio me dio la oportunidad de comprobar que todavía nos quedaba muchísimo por aprender. Lo que más me interesó, fueron los métodos empleados por los ingleses para instruir a sus tropas especializadas. Hice gestiones que me permitieron ampliar mis conocimientos al respecto, y no tardé mucho tiempo en tener una visión completa de todo.

Conocíamos muy bien la "zona prohibida" de Escocia, donde estaban la mayoría de los centros de instrucción del Servicio Secreto inglés. Incluso contábamos con un mapa de la misma y con gran cantidad de datos recopilados por nuestros propios agentes. Y los programas de instrucción,

que también cayeron en nuestras manos, nos orientaron sobre los principios en que podíamos basar nuestros propios modos de instrucción.

Igualmente tuve ocasión de conocer en Holanda a los, así llamados, "agentes dobles". Eran muchos ingleses que habían caído en nuestras manos, los cuales no pusieron objeción a "cambiar de camisa", haciendo un trabajo doble. Este consistía en simular que seguían trabajando para el enemigo, pero dándoles la información que nosotros considerábamos conveniente. Tal cosa me dio la certeza de que ciertos servicios de importancia sólo podían ser efectuados por hombres que se ofreciesen voluntarios; hombres dispuestos a dar su vida por la patria, por su pueblo y por los ideales que les animaban a aceptar tan difícil como peligrosa misión.

Sólo de tal forma podía yo sentirme seguro de ellos y de que se cumpliese la empresa que había puesto en sus manos. No cabe duda de que todo hombre al que no importa poner precio a su propia vida, es de una confianza dudosa. Pero ello no quiere decir que no existan excepciones que confirman la regla...

También tuve ocasión de enterarme de que acabábamos de iniciar un "juego radiofónico" con Inglaterra. Teníamos a nuestra disposición más de diez emisoras de radio que utilizaban sus correspondientes frases en clave. Con su ayuda, y con la de los agentes que tenían a su cargo el manejo de las mismas, entablamos ciertas "negociaciones radiofónicas" con los ingleses, que tenían lugar de una forma periódica y continuada. Para ello formamos una organización, con sede en Holanda, que tenía a su servicio varios cientos de personas. Sin embargo, la organización no se mostraba activa en ninguna parte, lo que motivaba que nosotros esperásemos el momento oportuno para atacar por nuestra cuenta y riesgo. No nos equivocábamos al actuar de tal forma, ya que nos habíamos dado cuenta de que obteníamos mejores resultados que por medio del "juego radiofónico".

Los informes que pusieron a mi disposición me dieron a conocer que las "escuelas" de los agentes secretos británicos disponían de un nuevo tipo de pistolas dotadas de silenciador. Nosotros los alemanes no disponíamos de tal clase de arma, considerada por aquel entonces revolucionaria. Tampoco habíamos hallado ninguna de ellas en los países ocupados. De pronto, se me ocurrió una idea:

"¿Por qué no empleamos nuestro "juego radiofónico" para que los ingleses pongan en nuestras manos una de sus pistolas dotadas de silenciador?"

Nuestro servicio secreto en Holanda se mostró dispuesto a poner en práctica mi plan.

Cuando, al cabo de quince días, regresé a Holanda, me dieron la nueva arma que tanto me interesaba. Se trataba de un revólver capaz de disparar un solo tiro, del calibre 7,65 y fabricado de una forma primitiva, lo que no obstaba para que fuera eficaz.

El arma nos fue lanzada por los aviones ingleses accediendo al ruego de uno de nuestros agentes dobles, que llevó a efecto la operación usando la clave destinada y cuyo nombre era "Treasure". Ya digo antes que el arma fue a parar directamente a nuestras manos.

Me apresuré a probar el arma disparando sobre un grupo de patos que nadaban en el arroyo que pasaba bajo las ventanas de la casa en la que habíamos instalado nuestro domicilio. Comprobé que uno de ellos había sido mortalmente herido y que los otros se apresuraban a alejarse. Pero también me di cuenta de que apenas se había oído la detonación y de que las personas que se encontraban en las cercanías no se dieron cuenta de nada.

Entre las armas que los ingleses lanzaron en Holanda, Bélgica y Francia, encontramos ametralladoras de fabricación británica, conocidas con el nombre de "Sten". La primera vez que tuve una de ellas en mis manos, me sentí extrañado por su simplísima construcción y por la escasa calidad de los materiales empleados. Asimismo llegó a mi conocimiento que se preparaba un nuevo tipo de dicha arma, que dispondría de un silenciador, aunque los proyectos sobre ella se mantenían en el más completo secreto, incluso entre los mismos ingleses. Todo ello acució mis ansias de poseer una de ellas, a pesar de ignorar en qué forma podría satisfacer mis deseos. Nuestro "juego radiofónico" no dio resultados en esta ocasión, lo que me hizo pensar que los ingleses se habían enterado de nuestros manejos o bien decidieron no hablar sobre su nuevo invento.

La casualidad me permitió enterarme de que un capitán holandés estaba a punto de salir para las Islas Británicas, a fin de cumplir una misión que se le había encomendado. Tenía la intención de dirigirse a Suecia y, una vez allí, embarcarse en un pequeño bote que le dejaría en determinado puerto de Escocia, donde habría de hacerse cargo de ciertas instrucciones destinadas a agentes británicos que estaban en Holanda.

Por ello, aproveché la ocasión para rogarle me proporcionara un silenciador para el "Sten-MPI". Aquello hizo que fuese el primer ciudadano de Alemania en posesión de semejante artefacto, el mes de junio

de 1943. Me llenaron de entusiasmo las ventajas militares que podría proporcionarnos la posesión de semejante invento. No cesaba de repetirme, una y otra vez, que teníamos la posibilidad de salvar a muchos de nuestros agentes si los equipábamos con tal clase de arma, puesto que si se veían obligados a disparar contra el enemigo, no llamarían la atención como consecuencia del ruido de los disparos. Estaba firmemente convencido de que todos los soldados, tanto los que combatían en el frente como los que tenían a su cargo el cumplimiento de misiones especiales, se sentirían entusiasmados al poseer un arma semejante.

Pero... el Ministerio de Armamento de Berlín no compartía mis puntos de vista. Sin embargo, no cedí en mi empeño e hice una demostración totalmente convincente, ante unos cuantos oficiales que ostentaban altos cargos y estaban conmigo en "Friedenthal", mi nuevo campo de entrenamiento. Les hice andar unos cuantos pasos delante de mí; ordené a un soldado disparase al aire una carga completa, y los señores oficiales se sintieron muy sorprendidos cuando les mostré los cartuchos vacíos sobre el suelo. No obstante, me pusieron innumerables objeciones, afirmando que el silenciador frenaba la fuerza del impacto y limitaba las posibilidades de lograr un blanco certero.

Pero no me di por vencido. Conseguí ser escuchado en ciertas esferas. Y ellas me ayudaron a proponer se iniciara la fabricación del "Sten-MPI" y fuera incluido en los armamentos del ejército alemán. Esta arma era tan eficaz que, incluso, se la podía tirar en un montón de tierra sin que ello impidiera pudiese seguir disparando igual que antes. ¡Lo que no sucedía con nuestras ametralladoras! Además, su fabricación costaba una décima parte de lo que habían costado las perfeccionadísimas armas alemanas. Pero el "sacro burocratismo" volvió a poner sus acostumbradas objeciones. Hasta se llegó a mencionar a Hitler, lo que me hizo recordar que el Führer solía decir:

"Los soldados alemanes sólo lucharán con las armas más perfectas que se hayan fabricado hasta el presente".

Y precisamente a tal frase se agarraron los burócratas para echar por tierra nuestros planes. No puedo negar que la ametralladora inglesa no era tan buena como las nuestras. Sin embargo, tampoco podía pasar por alto que el "MPI" tenía una corta trayectoria de tiro y que a ningún soldado se le habría ocurrido hacer blanco con ella a larga distancia.

El "MPI" me recordaba las pistolas automáticas rusas, usadas por los soviéticos desde 1941 y que tan apreciadas eran por nosotros cuando

podíamos capturar algunas de ellas, hasta el punto de que toda compañía alemana poseía unas cuantas.

El Ejército alemán sólo dispuso de un fusil–ametrallador automático a partir del otoño de 1944, lo que no quería decir que las industrias de armamento no hubiesen ya fabricado una infinidad de ellos muchos años antes de dicha fecha. Pero los altos mandos las rechazaron, porque consideraban que el empleo de las mismas obligaría a los soldados a emplear mayor número de municiones, lo que minaría su severa disciplina de tiro. Pero, ¡cosa incomprensible!, los soldados obtuvieron, sin embargo, las ametralladoras "42", que eran capaces de disparar más de cien tiros en un solo minuto.

Cierto día recibí la visita de un teniente coronel de la División "Brandenburg", que estaba de permiso. Se llamaba Adrián von Fölkersam, condecorado en Rusia con la Cruz de Hierro por sus servicios prestados a la patria. Me informó de que entre las filas de los veteranos brandemburgueses reinaba un gran descontento, como consecuencia de que la División no recibía órdenes de llevar a cabo misiones de importancia. ¡Sucedía todo lo contrario! Hasta les obligaban a taponar brechas en ciertos sectores del frente, misión que podría haber cumplido a la perfección una División cualquiera.

Las pérdidas que se sufrían eran cada vez más elevadas, detalle que no podía ser pasado por alto, pues los hombres de la "Brandenburg" eran soldados perfectamente instruidos cuyas bajas no podían ser cubiertas. Dicha División estaba integrada, exclusivamente, por soldados que denominaban perfectamente varios idiomas y que se habían presentado voluntarios para cumplir misiones muy delicadas.

También me dijo el teniente coronel von Fölkersam que tanto él mismo como otros diez oficiales de su Batallón, estaban dispuestos a colaborar conmigo para ayudarme en la tarea que me habían encomendado hacía poco tiempo. Y me rogó les facilitase la satisfacción de sus deseos. Le observé detenidamente y llegué a la conclusión de que me agradaba desde el punto de vista humano y desde el militar. Tuve, en el acto, la certeza de que me ayudaría incondicionalmente en mi difícilísima empresa. Por ello, le prometí hacer todo lo posible para que sus deseos fueran satisfechos.

A raíz de aquella conversación tuve la oportunidad de hablar, por primera y única vez en mi vida, con el almirante Canaris, jefe del Servicio Secreto Militar alemán.

A pesar de que presumo de ser buen fisionomista, me resulta imposible describir al almirante Canaris. Sólo recuerdo de él que era un hombre de mediana estatura, algo fuerte de constitución, y que tenía la cabeza completamente calva; y de su rostro, sus vidriosos ojos azules, que nunca miraban a la persona que se encontraba frente a ellos y parecían perderse en la lejanía. Todo demostraba que era un peligroso contrincante; un hombre que nunca dejaba traslucir lo que pensaba. Era extremadamente escurridizo y sabía desviar la conversación, de una forma casi imperceptible, cuando seguía unos derroteros que no le interesaban.

Sin embargo, como yo soy muy obstinado, empleé tres horas para convencerle de que pusiera a nuestra disposición los once oficiales de la División "Brandenburg" que se me habían ofrecido para colaborar con nosotros.

Pero Canaris esgrimía un sinnúmero de objeciones para contrarrestar mis argumentos. Hasta llegó a inventarse unos nuevos cuando se encontró en una difícil disyuntiva. Finalmente, conseguí ponerle entre la espada y la pared, pues no encontró nuevos argumentos para rebatir los míos, y acabó aceptando fueran traslada dos los hombres que me interesaban. Pero la entrevista fue muy difícil y puso en tensión mis excitados nervios. No obstante cuando un oficial subalterno más directo se dispuso a dar las órdenes pertinentes al caso, me di cuenta, ¡con asombro!, de que el almirante oponía nuevas objeciones aplazando la fecha de la promesa que me había hecho.

Esperé un tiempo prudencial, ¡unos cuantos meses!, y cuando no pude aguardar más, conseguí que "mis" once hombres de la División "Brandenburg" entrarán a formar parte de nuestra Unidad en 1943, empleando otros métodos.

A mi regreso a nuestra base, completamente decepcionado como consecuencia de mi entrevista con Canaris, no pude dejar de hablar sobre ella con Radl, mi colaborador más allegado. Recuerdo que le dije:

"El almirante Canaris es el adversario más difícil con el que me he enfrentado en el transcurso de mi vida. Me parece un hombre imposible; no se le puede comprender. Por ello, no pude formarme una opinión sobre él. No niego que sea la persona indicada para ostentar el cargo de jefe de una Sección de nuestro Servicio. Sus ojos dejan entrever la inteligencia de su cerebro, pero impiden formarnos una idea de lo que piensa. No ignoro que si ponemos nuestro dedo sobre un espacio en blanco lo atravesamos, pero cuando lo retiramos no encontramos ningún vestigio. Usa una táctica

intermedia: ni niega ni asiente, no acepta el blanco ni el negro; se limita a oscilar entre un simple gris que no le compromete a nada. No ha cedido ni un ápice. Pero ha logrado lo que se proponía. Acepto semejante táctica de un extraño, o de un enemigo, pero no puedo permitir que se me trate de esa forma por un alemán que sólo puede desear el bien de su Patria, al igual que yo mismo".

Tuve, también, ciertos contactos con el Servicio Secreto de la Luftwaffe, que era conocido por nuestros agentes con el nombre clave de "Zeppelin". Tengo que reconocer que el Ministerio del Aire y su correspondiente Servicio Secreto estaba muy bien organizado. Y no miento si afirmo que nunca vi nada tan perfecto. A medida que el tiempo fue pasando, mi Sección colaboró estrechamente con ambos, y tuvimos la ocasión de asombrarnos innumerables veces al comprobar la cantidad de datos que poseían sobre todos los países. La mayoría de los mapas fueron copiados de fotografías que habían sido tomadas desde el aire. Incluso poseían datos perfectos sobre la topografía del terreno de los extensísimos territorios junto al Volga, del lago Aral, que se encuentra al sudeste del país, y de toda la zona comprendida entre Mesopotamia y el Canal de Suez. Pero la mayoría de las fotografías habían sido obtenidas en los años 1940 y 1941, durante la época en que la Luftwaffe alemana era la dueña y señora de todos los espacios aéreos.

Los archivos de aquel competentísimo Ministerio estaban repletos de datos sobre las diversas instalaciones industriales del enemigo.

Me había hecho con varios informes sobre la industria de guerra soviética, con el fin de preparar la "Operación Ulm". Pero cuando eché un vistazo a los archivos de la Luftwaffe, me di cuenta de lo mucho que me quedaba por aprender y de la magna tarea que me esperaba.

No cabía la menor duda de que Rusia había instalado sus industrias más importantes en una zona situada al este de los Urales. Y que, incluso muchas de sus importantísimas fábricas habían sido desmanteladas del emplazamiento en que estaban y trasladadas a las nuevas zonas industriales. Tampoco debíamos de pasar por alto el hecho de que la vastísima zona fabril de la Unión Soviética era mucho mayor que, el Reich de entonces. Por ello, no tuvimos más remedio que buscar nuevas fuentes de información.

Estudiamos y recopilamos los informes obtenidos a través de los prisioneros de guerra, comprobándolos con los datos que en nuestro poder obraban procedentes de ciertas firmas alemanas y francesas que

colaboraron y expidieron materiales a las industrias soviéticas. Por ellos pudimos formarnos una idea aproximada de la estructura industrial de los Urales. Esto no impedía que me quedara mucho por hacer aún, si quería llevar a cabo una labor sistemática que me facilitara la oportunidad de preparar una planificación concienzuda y eficaz.

Sabíamos que nunca podríamos destruir el conjunto de industrias montadas en aquella extensísima zona, ni con la ayuda de la Luftwaffe ni mediante actos de sabotaje. Por tales causas, no nos quedaba más remedio que circunscribirnos a los puntos clave, que debíamos hacer todo lo posible por localizar. Tampoco ignorábamos que entre todas las industrias que habían sido construidas en el transcurso de pocos años, siguiendo un plan estatal preestablecido, existía al menos una que contaba con un "punto flaco". En tal caso se encontraba la de las instalaciones eléctricas que debían abastecer a las restantes de la energía que necesitaban y que "habían surgido de la nada", dicho esto empleando una frase hecha.

En tales circunstancias, el Estado se limitaba a abastecer de la energía indispensable a las industrias que dependían de las centrales eléctricas, sin ampliar las instalaciones por la escasez de posibilidades. Por ello, un "buen blanco" en las centrales eléctricas tendría como consecuencia el paro forzoso de las fábricas que dependían de ellas. Un ataque sistemático al punto débil de la zona, que tanto nos interesaba, nos ayudaría en la ejecución de nuestros planes.

Preparamos concienzudamente un plan de acción con la ayuda de los servicios técnicos de la Luftwaffe, que también tenía gran interés en la empresa, logrando activar nuestro trabajo y consiguiendo unos resultados rapidísimos.

Sin embargo, nuestro sistemático y concienzudo trabajo fue interrumpido al cabo de unos cuantos meses por una orden procedente de "muy arriba" que, tal vez, se basara en bonísimas intenciones, pero que daba a entender que no había sido pensada suficientemente.

Un secretario de Estado del Ministerio de Armamento, que estaba a las órdenes del ministro Speer, había puesto en las manos de Himmler un memorándum que trataba de la gran importancia de los altos hornos de Magnitogorsk, en el mismo centro de los Urales. Himmler, impulsivo como siempre, se apresuró a ordenar:

"La Sección Especial 'Friedenthal' debe prepararse para efectuar actos de sabotaje contra los altos hornos de Magnitogorsk. Es preciso dinamitarlos evitando que puedan volver a funcionar. Exijo que se me

informe mensualmente sobre la marcha de los preparativos y sobre la posible fecha en que se podrá llevar a efecto la operación".

Dicha orden "aterrizó" sobre mi escritorio como si proviniera del otro mundo.

Tras innumerables conciliábulos con todos los técnicos y entendidos en la materia, llegamos a dos importantísimas conclusiones:

En primer lugar, los altos hornos de Magnitogorsk y las fábricas que los rodeaban no nos ofrecían ninguna posibilidad de ataque, porque carecíamos de datos sobre ellos. Ello implicaba que no nos quedaba más remedio que perder varios meses recopilando los datos que nos faltaban.

En segundo lugar, no veíamos la forma en que los "pobres saboteadores" podrían transportar la inmensa cantidad de explosivos que se necesitaban para realizar tan magna empresa hasta una zona que, precisamente por ser considerada de vital importancia, estaría estrechamente vigilada.

Pero... ¿cómo podíamos poner objeciones a una personalidad que estaba tan por encima de nosotros?

Cuando dije que expondría aquellos dos importantísimos puntos por escrito y que los mandarí "hacia arriba", mis colaboradores se rieron en mis propias narices. Me llamaron novato y me informaron de la forma como debía comportarme en semejantes ocasiones. Se empeñaron en hacerme comprender el modo adecuado de actuar y que sólo era uno: los intrincados senderos de la diplomacia. Me dijeron que debía simular que estaba entusiasmado con la orden que acababa de recibir y dar mensualmente un informe sobre los planes que iba trazando para cumplirla; y que sólo podría ir diciendo la verdad con "cuentagotas", cuando a los de "arriba" se les hubiese pasado la euforia.

Todo aquel que no consigue que la orden recibida vaya siendo olvidada poco a poco no puede ser considerado buen diplomático. Pero si lo consigue, se le considera un colaborador ideal digno de toda confianza.

Schellenberg, que me había pasado la orden, me habló de tal forma abriéndome los ojos y haciéndome comprender la realidad. Necesitamos un año y medio para desbaratar dicha orden que nunca habríamos logrado ejecutar.

Poco a poco fui familiarizándome con lo que se conocía con el nombre de "actos de sabotaje militar" y "operaciones de comandos llevadas a cabo por medio de agentes". Como soldado que era, me decidí por los comandos. Pero tuve que convencerme de que Alemania no podía ser considerada

como una buena base para ejecutar operaciones extremas. No debíamos pasar por alto que toda Europa estaba ocupada por nuestras tropas. Por lo tanto, no quedaba más remedio que encontrar un cierto número de ingleses y de americanos que se aviniesen a trabajar para nosotros en sus propios países.

No ignoraba yo que no podía esperarse gran cosa de hombres que estaban dispuestos a vender a su patria por unos cuantos billetes. Los aliados tenían las cosas mucho más fáciles. Contaban con los naturales de los países que habíamos ocupado. Tenían a su disposición infinidad de patriotas dispuestos a dar su vida para sacarse de encima a los "invasores". Por todas las razones expuestas, me decidí a contar, única y exclusivamente, con soldados alemanes que pudieran trabajar estrechamente con uno, tal vez con dos, de nuestros agentes secretos.



CAPÍTULO XIV

Me llaman por orden de Hitler. – Vuela hacia "Wolfsschanze". – El Cuartel General del Führer. – Con los "altos dirigentes". – Me eligen a mí. – "Mi amigo Mussolini". – La misión secreta. – Con el general Student. – Conversaciones relámpago en "Friedenthal". – Febriles preparativos. – Viaje a Italia con el III Ejército. – El Cuartel General de Frascatti. – Invitación del mariscal de campo Kesselring. – Con mis hombres. – Siguiendo las huellas de los enemigos del fascismo.

A mediodía del 25 de julio de 1943 almorcé en el Hotel Eden, de Berlín, con un viejo amigo mío vienés, que había sido profesor en la Universidad. Iba de paisano, y nuestra agradable charla de sobremesa transcurrió pacíficamente. Al abandonar el comedor, nos instalamos en el "hall" del hotel, donde tomamos café. Nuestra conversación versó sobre Viena, nuestra ciudad natal, y sobre nuestras amistades comunes.

Pero de pronto, de una manera inesperada e incomprensible, me vi asaltado por una gran inquietud. Había informado al encargado de nuestra central telefónica del lugar en que me encontraba y podría hallarme en el caso de que se me necesitase. Pero... En aquellos tiempos de intranquilidades uno no sabía nunca lo que podía suceder. No me pude

aguantar más tiempo. Me dirigí a la cabina telefónica y marqué el número de mi despacho. Mi secretaria estaba a punto de sufrir un ataque de nervios. Me informó de que todo el mundo me buscaba desde hacía dos horas. Seguidamente me dijo:

—Le han mandado llamar del Cuartel General del Führer. Han puesto a su disposición un avión, que debe despegar del aeródromo de Tempelhof a las siete en punto.

Comprendí su estado de ánimo, porque nunca, hasta entonces, me habían llamado desde el Cuartel General del propio Hitler.

Intenté ocultar lo mejor que pude el nerviosismo que me embargaba, y ordené:

—Diga usted a Radl que suba en seguida a mi habitación, que ponga en una maleta un uniforme, ropa interior limpia, mis efectos de tocador y que, acto seguido, se apresure a presentarse en el aeropuerto. Pero, ¡repítale que no se olvide de nada! ¿No le han informado sobre la causa de la llamada?

Mi secretaria me contestó desde el otro lado del hilo telefónico:

—No sabemos absolutamente nada. Radl está dispuesto a cumplir su orden en el acto. No se preocupe, no se olvidará de nada.

Me apresuré a despedirme de mi amigo vienés, aunque pude darme cuenta de que se sentía muy impresionado por el hecho de que me hubieran mandado llamar desde el Cuartel General. Me deseó mucha suerte y apretó mi mano fuertemente.

En tanto marchaba en mi coche por las calles de Berlín camino del aeropuerto, estudié detenidamente todas las posibilidades: "¿Acaso me habrían mandado llamar a causa de la Operación 'Franz'?" "No; no podía ser..." "¿Requerían mi presencia para completar ciertos detalles sobre la Operación 'Ulm'?" "Tal vez se trataba de ello". Pero no podía imaginarme lo que podría hacer yo en el Cuartel General.

No tenía más remedio que tener paciencia. Y esperar...

Mi ayudante se encontraba ya en el aeropuerto, cargado con una maleta y mi cartera de documentos. Me metí apresuradamente en el lavabo de caballeros para cambiar mi traje civil por el uniforme militar. Karl Radl comentó conmigo una reciente noticia radiofónica que había anunciado un cambio de gobierno en Italia. Pero no la relacioné con mi viaje al Cuartel General.

Alcanzamos la pista de despegue, en la que encontramos preparado un "Junker 52". ¡Vaya lujo; un imponente avión puesto a mi exclusiva

disposición! Estaba subiendo la escalerilla cuando recordé lo más importante. Me volví y grité a mi ayudante:

—No olvide que debe estar a mano en todo momento. Le llamaré por teléfono en cuanto sepa algo. Dé orden de alarma a nuestras dos compañías. ¡Más vale que estemos prevenidos!

Saludé desde la ventanilla en el mismo instante en que el avión empezaba a rodar sobre la pista.

Cuando alcanzamos cierta altura y volábamos sobre la ciudad de Berlín, los pensamientos volvieron a agolparse en mi mente. No podía menos de hacerme un sinfín de preguntas:

"¿Qué clase de misión era la que me conducía al Cuartel General?"

"¿Con qué personalidades llegaría a entablar conocimiento?"

Todo, ¡absolutamente todo!, parecía estar oculto tras un tupido velo, que me era imposible correr.

Decidí dejar a un lado mis suposiciones y echar un vistazo al interior del avión. Los doce asientos que se alineaban detrás del que yo ocupaba estaban vacíos. Descubrí un pequeño mueble-bar, colocado ante el sillón que ocupaba. Me apresuré en preguntarle al piloto, a través de la puerta de la cabina de mandos, si podía hacer uso de él. Bebí dos copas de un excelente coñac que tranquilizaron mis nervios, y me sentí en disposición de mirar el paisaje que se extendía a nuestras plantas.

Volábamos sobre el Oder. Y los bellos bosques y prados del Neumark parecieron saludarnos con su fresco verdor. Entonces recordé que ignoraba el lugar exacto donde se encontraba el Cuartel General, pues su emplazamiento estaba rodeado del más impenetrable secreto. Conocía el nombre en clave de "Wolfsschanze", y sabía que se encontraba en algún lugar de la Prusia oriental. Cogí el mapa que mi ayudante había puesto en mi cartera, dando muestras de su gran eficacia. Hacia una media hora que volábamos, cuando reconocí la ciudad de Schneidemühl, que se extendía a nuestra derecha. El avión volaba a mil metros de altura, pero pude ver que los rayos del sol se reflejaban en los cristales de las ventanas de las casas de la ciudad y sobre las aguas del Netze. Seguimos una ruta de vuelo que nos llevaba hacia el Nordeste en línea recta.

Pasé un rato en la cabina con los pilotos. Me mostraron el gran lago de Deutsch-Eylau, y las redes ferroviarias de la ruta de Varsovia-Dantzig e Insterburg-Possen, que, vistas desde nuestra altura, se asemejaban a una gigantesca tela de araña. No pude dejar de pensar que ofrecía una visibilidad perfecta para efectuar un ataque aéreo. ¿Se habría dado cuenta

de ello el enemigo? Inmediatamente me dije que era un estúpido por pensar en la guerra y no limitarme a disfrutar del maravilloso vuelo que estaba efectuando en medio de un bello ocaso de verano.

El sol quedó a nuestras espaldas. Comenzamos a perder altura y volamos a unos trescientos metros. La topografía del paisaje había cambiado radicalmente. Era completamente llana y estaba surcada por infinidad de arroyos. Las hojas de los árboles de los bosques tenían un tono verde claro, lo que me dio la impresión de que volábamos sobre bosques de abetos. De pronto percibí una aglomeración de pequeños lagos que miraban hacia arriba como si fuesen unos inmensos ojos azules. El sol estaba a punto de ocultarse, y sus rayos fueron palideciendo poco a poco. Una ojeada sobre el mapa me confirmó que estábamos sobre los Lagos Massurianos, y no pude dejar de evocar que el viejo Hindenburg había librado, en aquel mismo lugar, una batalla decisiva contra los rusos. Nuestro frente actual del Este estaba en Smolensko, a muchos kilómetros de distancia de la Prusia oriental; muchos, ¡muchísimos kilómetros más al este de la frontera alemana...!

El "Junker" comenzó a descender. Y, al poco rato, descubrí un aeródromo junto a las márgenes de un lago. El inmenso "pájaro" aterrizó con gran maestría y rodó por la pista. El vuelo apenas había durado tres escasas horas. Bajé del avión y me dirigí a las barracas del campo, ante las que esperaba un gran "Mercedes" descubierto. Seguidamente, un cabo 1º me preguntó:

—¿Es usted el capitán Skorzeny?

Cuando asentí, añadió:

—En tal caso, debo conducirlo inmediatamente al Cuartel General.

Pasamos por unas bellísimas carreteras flanqueadas por bosques. Hasta que llegamos a una barrera que nos impidió continuar.

Mi chofer me había dado un pase que me apresuré a mostrar al oficial que nos interceptaba el paso. Mi nombre fue inscrito en un libro, me obligaron a firmar y la barrera fue levantada para que pudiésemos continuar nuestro camino.

La carretera se hizo más estrecha. Discurría por en medio de un bosque de abetos. Pasamos por debajo de un puente ferroviario y nos encontramos ante un nuevo control. Tuve que bajar del coche y volver a mostrar mi documentación, que fue minuciosamente estudiada. El oficial de guardia sostuvo por teléfono una breve conversación. Me preguntó el nombre de la persona que me había mandado llamar y tuve que decirle que lo ignoraba.

Volvió a descolgar el teléfono y, acto seguido, me informó visiblemente impresionado:

–El ayudante personal del Führer le espera en la casa de té.

Sus palabras me aclararon las cosas, pero no pude dejar de preguntarme: "¿Qué deseará de mí el ayudante personal del Führer?"

El coche volvió a ponerse en marcha hasta que se paró ante una puerta; la atravesamos y seguimos adelante; llegando a una extensión de terreno circundado por una verja de hierro. Me hallaba en un bello parque, que recordaba mucho el estilo de otros tiempos, en el que crecía gran cantidad de abetos. Los innumerables senderos estaban flanqueados por unas barandas de madera. Vi unas cuantas edificaciones, varias barracas que habían sido diseminadas por el parque a medida que habían ido construyéndose. Las pequeñas praderas estaban cubiertas de hierba y de arbolitos.

Muchas construcciones, y varios caminos, estaban cubiertos por espesas redes de camuflaje en las que se habían "plantado" algunas ramas de árboles con el objeto de que el lugar pareciera deshabitado.

Ya había oscurecido cuando nos detuvimos ante la casa de té. Al descender del coche, vi ante mí una construcción de madera que tenía dos alas de un solo piso; se comunicaban entre sí por medio de un pasadizo. Más tarde me enteré de que el comedor estaba en el ala izquierda; era el mismo comedor en el que el mariscal de campo, Keitel, jefe supremo de la Wehrmacht, almorzaba diariamente en compañía de sus generales y de otras personalidades que iban a visitarle. La casa de té estaba en el ala derecha. Entré en una gran antesala, amueblada con comodísimos sillones de estilo moderno y con varias sillas. Una simple alfombra cubría el suelo de la estancia.

Fui recibido por el capitán de las SS G., ayudante personal de Hitler. Me presentó a cinco oficiales que habían esperado mi llegada. El grupo estaba compuesto por un teniente coronel y un comandante del Ejército, dos tenientes coroneles de la Luftwaffe, y un comandante de las SS. Me molestó que el comandante pronunciara mal mi nombre y me apresuré a corregirle diciéndole:

–No creo que mi apellido sea tan difícil. Sólo precisa ser pronunciado en un correcto alemán: Skorzeny.

No sé por qué di tanta importancia, precisamente en aquella ocasión, a que se pronunciase correctamente mi nombre, ya que estaba acostumbrado a que muchos lo pronunciasen en forma equivocada.

Todo hacía suponer que el grupo sólo esperaba mi llegada.

El capitán desapareció. Y yo aproveché la ocasión para encender un cigarrillo. Tenía la intención de volver a preguntar el nombre de mi camarada de las SS, puesto que no lo había entendido bien, como siempre sucede en las presentaciones. Pero el oficial que me había recibido regresó en aquel instante y nos informó:

–Tengo la orden de conducirles ante el Führer. Todos ustedes le serán presentados. Y deben informarle, en unas cuantas frases, sobre sus diversas experiencias militares. Es posible que les haga unas cuantas preguntas. Siganme, por favor.

¡Creí no haber oído bien! ¡Me sentí desfallecer! ¡Entonces, pasados unos segundos, sería presentado, por vez primera, a Adolf Hitler, el Führer del gran Reich alemán y el jefe supremo de la Wehrmacht! Estaba sorprendidísimo. ¡No podía salir de mi asombro! Pensé que lo más probable sería que mi nerviosismo me empujara a comportarme como un bobo. ¡Ojalá que todo saliera satisfactoriamente! Lo más probable sería que mis hombres de Berlín cubrirían sus pulgares con los otros dedos, deseándome suerte...

Mientras mi mente era invadida por tales pensamientos, caminamos unos ciento cincuenta pasos. Pero no pude darme cuenta en qué dirección.

Entramos en otra construcción de madera, y nos encontramos en una antesala análoga a la de la casa de té. Las indirectas y agradables luces de la estancia me permitieron ver un cuadro enmarcado en sencillo marco de plata. Reconocí en él "La Violeta", de Dürero.

Es extraño que todavía recuerde tal nimiedad, en tanto he olvidado por completo otras impresiones mucho más importantes.

Cruzamos una puerta, situada a la izquierda, y entramos en una gran estancia de unos seis metros por nueve. Varias ventanas se alineaban en la pared de la derecha; de ellas pendían unas sencillas cortinas. Una inmensa mesa, cubierta de mapas, estaba situada ante aquéllas. La pared de la izquierda tenía una chimenea en su mismo centro; ante ella vi una mesa redonda rodeada de cinco sillones que parecían muy confortables. Entre ambas mesas había un gran espacio en el que nos agrupamos para esperar. Nos alineamos por orden de edades, correspondiéndome el flanco izquierdo. Mi vista se posó sobre un escritorio, colocado oblicuamente ante una ventana; su brillante superficie estaba cubierta de manuscritos perfectamente ordenados. Yo pensé:

—¡Me encuentro en el lugar donde se toman las decisiones más importantes de nuestra época!

Y, casi inmediatamente, se abrió la puerta de nuestra izquierda. Nos pusimos "firmes" y miramos al umbral sin parpadear.

¡Me encontraba ante el hombre que había escrito páginas tan decisivas de la historia de Alemania! ¡No puedo describir la emoción que embarga a un soldado cuando, de pronto, está ante su más elevado superior jerárquico! Es posible que mezcle en mi narración algunas impresiones que sentí más tarde. Es comprensible, ya que, entonces, estaba en una situación tan inesperada que sólo puedo recordar pocas cosas de ella.

Adolf Hitler entró en la estancia andando pausadamente. Nos saludó con el brazo en alto; el clásico saludo nazi. Vestía una guerrera sencilla de color gris, que permitía ver su blanca camisa y su negra corbata. Sobre su bolsillo izquierdo estaba prendida la Cruz de Hierro de primera clase; la condecoración más importante de la primera guerra mundial, junto con la placa negra distintivo de los heridos de guerra.

Como Adolf Hitler se hizo presentar por su ayudante al primer hombre de la fila, situado a mi derecha, no pude observarle atentamente. Tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para no dar un paso adelante y mirarle con curiosidad. Me limité a escuchar su voz y las preguntas que iba haciendo.

Los oficiales que me precedían informaron sobre los diversos servicios que habían prestado, manteniendo la posición de "firmes". Llegó el momento en que el Führer se detuvo ante mí y me tendió la mano cuando le fui presentado. Recuerdo que sólo pensé que no debía de inclinarme demasiado. Creo que conseguí mi propósito y que mi saludo militar resultó correcto. Empleé pocas frases para informarle sobre mi lugar de nacimiento, los estudios que había cursado, carrera militar, grado que ostentaba de oficial de la reserva y destino. Seguidamente le expuse las misiones que tenía a mi cargo. Sostuvo mi mirada durante todo el rato que duró mi informe; no dejó de observarme ni un solo momento.

Adolf Hitler dio un paso atrás, nos miró a todos y preguntó:

—¿Quién de ustedes conoce Italia?

Fui el único en hablar. Dije:

—He viajado en motocicleta por Italia, llegando hasta Nápoles. La he visitado en dos ocasiones en viajes puramente privados, mi Führer.

—¿Qué opinan ustedes de Italia?

La pregunta nos sorprendió a todos. Las respuestas fueron vacilantes:

—Italia... Nuestra aliada... Un miembro del Eje... Etcétera...

Pero, al llegar mi turno, manifesté:

—Soy austriaco, mi Führer. Con ello creo decirlo todo. Considero que la separación del sur del Tirol, el trozo de tierra más bello que hemos poseído, es una "espinas" que, siempre, lleva clavada en el corazón todo austriaco.

Me pareció, en aquel momento, que Adolf Hitler me traspasaba con la mirada.

Tenía una estatura mediana y estaba ligeramente inclinado. Al cabo de pocos segundos de silencio, dijo:

—Los caballeros aquí reunidos pueden retirarse a excepción de Skorzeny. Quiero intercambiar con usted unas cuantas impresiones.

No me pasó por alto el hecho de que Hitler pronunciase correctamente mi nombre. Me sentí muy orgulloso y me pregunté si su ayudante le habría informado sobre mi "pique" con él.

Me encontré "mano a mano" con "mi dueño y señor". El Führer se había plantado ante mí. Me di cuenta de que era mucho más bajo que yo y que se inclinaba hacia delante. Súbitamente, se mostró animado al hablar conmigo. Pero, tanto sus gestos como su actitud siguieron siendo parcos. Me miró insistentemente y, al poco, comenzó a hablar:

—Tengo para usted una misión de suma importancia. Mussolini, mi amigo y nuestro fiel colaborador, fue traicionado ayer por su propio rey y, hoy mismo, ha sido arrestado por sus propios conciudadanos. No quiero, ni puedo, dejar en la estacada al hombre más importante de Italia. El Duce significa, para mí, la encarnación del último cónsul romano. No ignoro que Italia nos dará la espalda en cuanto esté regida por el nuevo gobierno. Quiero ser fiel a mi compañero hasta el último momento. Por ello, me veo obligado a ayudarlo en estos momentos tan difíciles. No tenemos más remedio que rescatarlo lo antes posible ya que, en caso contrario, será puesto en manos de los aliados. Le he escogido para que cumpla esta misión tan delicada, porque sé que es un hombre responsable y no ignora que, tal vez, pueda llegar a ser de vital importancia. Debe dejarlo todo para dedicarse a esa importantísima tarea en cuerpo y alma. Sólo de esa forma podrá conseguir resultados satisfactorios.

Hizo una pausa y continuó:

—Pero lo que más importa es que tenga en cuenta que la misión que le encomiendo debe guardarse en el más completo secreto. Sólo le permito que hable de ella a cinco personas. Tengo la intención de volverle a destinar a la Luftwaffe, donde tendrá que ponerse a las órdenes del general Student, al que ya conoce. Ya le he informado de la misión que le

encomiendo. Por tanto, debe limitarse a hablar con él ya informarse de los detalles pertinentes al caso. Sin embargo, todos los preparativos deben correr de su cuenta. Y le advierto, que tanto los comandos que tenemos destinados en Italia como nuestro embajador en Roma no pueden ser enterados de la misión que le ha sido encomendada. No olvide que, tanto los unos como el otro, se han formado una idea equivocada de la situación existente en Italia, lo que les impediría actuar acertadamente. Vuelvo a repetirle que se hace responsable ante mí del secreto que debe rodear la misión que le encomiendo. Deseo tener muy pronto noticias tuyas, y espero que su empresa sea coronada por el éxito.

A medida que escuchaba la voz de Adolf Hitler, iba sintiendo que aumentaba la influencia que ejercía sobre mí. Sus palabras me parecieron tan convincentes, que no me cupo ninguna duda sobre el éxito de mi empresa. Me apresuré a responderle:

—Comprendo sus argumentaciones, mi Führer, y haré todo lo posible para cumplir satisfactoriamente la misión que me habéis encomendado.

Un fuerte apretón de manos dio por terminada nuestra entrevista. Durante nuestra corta conversación, que a mí me pareció muy larga, sentí posados sobre mí los ojos de Adolf Hitler. Hasta me pareció notar que me seguía con la vista cuando le di la espalda para abandonar la estancia. Y cuando me volví desde el umbral de la puerta para saludarle por última vez, comprobé que mis suposiciones eran ciertas: el Führer había seguido todos mis movimientos con su mirada.

El ayudante volvió a hacerse cargo de mí, lo que me alegró porque no habría sabido orientarme solo.

No podía dejar de pensar en mi reciente experiencia. Hice todo lo posible para recordar el color de los ojos de Hitler, que me habían parecido pardos. Pero nunca pude olvidar su mirada, casi hipnótica, que parecía continuaba traspasándome.

Apenas me di cuenta de que volvíamos a encontrarnos en la casa de té. Encendí un cigarrillo para tranquilizar mis nervios; mi cabeza estaba a punto de estallar. Un ordenanza se informó sobre mis deseos, y paré en la cuenta de que tenía un hambre atroz. Le rogué que me proporcionara una taza de té y "algo para acompañarla", y, no tardando mucho, me sentaba ante una mesa perfectamente dispuesta. Coloqué sobre una silla la gorra, los guantes y el "Koppel". Y me dispuse a saborear una succulenta comida. Pero apenas había tomado un sorbo de té, cuando el ordenanza volvió y me informó:

—El general Student le espera en la habitación inmediata.

Se abrió la puerta que comunicaba con una pequeña estancia vecina y estuve en presencia del general, un caballero jovial que respiraba salud por todos los poros de su piel.

Una honda cicatriz en su rostro recordaba las graves heridas que había sufrido en Rotterdam el año 1941. Le informé de que el Führer acababa de darme algunas instrucciones sobre la misión que se me encomendaba.

Inesperadamente oí unos ligeros golpecitos en la puerta. Esta se abrió y tuve la segunda sorpresa de aquel día sin precedentes. Entró el Reichsführer de las SS, Himmler. Hasta aquellos momentos sólo había visto su rostro en fotografías, y su actitud me dio a comprender que conocía muy bien al general Student. Los dos hombres se saludaron efusivamente, en tanto yo esperaba a ser presentado.

Nos dimos un fuerte apretón de manos y, acto seguido, tomamos asiento.

Lo que más me llamaba la atención de Himmler era sus anticuadas gafas. Sus rasgos no revelaban nada sobre la personalidad de aquel hombre poderosísimo. Nos sonrió amablemente y pareció sentirse a gusto en nuestra compañía. Vestía un uniforme corriente, y sólo portaba las charreteras estrechas de los pertenecientes al cuerpo de las SS. Llevaba pantalones y botas de montar. Nunca le vi vestir los cómodos pantalones largos.

Himmler tomó la palabra y nos expuso la situación política de Italia. Estaba convencido de que el nuevo gobierno de Badoglio no conseguiría sostenerse mucho tiempo. Citó innumerables apellidos militares, políticos y nobles italianos. Pero he de confesar que la mayoría de ellos me eran completamente desconocidos. Como Himmler tildó a unos de traidores y a otros de débiles, quise hacer algunas anotaciones. Apenas me había agenciado un pedazo de papel y preparado mi pluma estilográfica, Himmler me apostrofó furioso diciendo:

—¿Se ha vuelto loco? Sepa que no se pueden tomar notas sobre lo que se dice en este lugar. Nuestras conversaciones son secretos de Estado, que sólo deben quedar grabadas en nuestras mentes.

Como se puede comprender, me apresuré a guardar pluma y papel, en tanto pensaba:

—No sé cómo podré componérmelas para retener en mi memoria los cientos de nombres que acaba de citar. Pero es posible que pueda acordarme de algunos.

El general Student no cambió ni una sola palabra conmigo. Himmler, en cambio, no cesó de hablar, de decir nombres y de darnos ciertos datos sobre esta o aquella personalidad. Hice todo lo posible para retener en mi memoria el mayor número posible de apellidos, aunque debo reconocer que no me fue fácil. Himmler opinaba:

—No cabe duda sobre el derrocamiento del régimen italiano; sólo ignoramos la fecha en que tendrá lugar. Pero contamos con la posibilidad de que suceda un día u otro. Los dirigentes italianos que han pactado con los aliados se encuentran en Portugal. Y no debemos pasar por alto tal hecho.

Seguidamente, volvió a decir nombres y más nombres.

Al concluir su perorata, Himmler se enfrascó en una conversación con el general Student. Eran las once de la noche. Y recordé que mis camaradas de Berlín estarían sobre ascuas por no haber recibido noticias mías. Por ello, pedí permiso para retirarme y solicitar una conferencia telefónica.

Encendí un cigarrillo en tanto esperaba que dieran la conferencia. Sin embargo, me di cuenta de que tan sólo conocía la misión que acababa de encomendárseme, pero nada más. De pronto, volví a ver frente a mí a Himmler, que me apostrofó violentamente:

—¿Acaso no puede pasarse sin fumar? Creo que no es usted el hombre indicado para cumplir la misión que acabamos de encomendarle.

Y sin más, me lanzó una mirada que no tenía nada de amable y continuó su camino.

No pude evitar el pensar:

—¡Bien empezamos! Me riñen cuando sólo he fumado dos cigarrillos. Himmler no se ha mostrado amable conmigo. ¿Habrá decidido descartarme? ¿Qué debo hacer ahora?

Aplasté mi cigarrillo, sintiéndome perplejo. Súbitamente apareció ante mí el ayudante del Führer, que me contemplaba con interés. Se veía claramente que habla presenciado la escena, lo que demostraron las palabras que me dijo inmediatamente:

—No se preocupe por el Reichsführer. Riñe a todo aquel que se le pone delante. Siempre está nervioso y no mide sus palabras. Regrese al lado del general Student y hable con él sobre todos los pormenores.

El general y yo necesitamos poco tiempo para ultimar todos los detalles. Se decidió que a las ocho de la mañana volara con él a Roma haciéndome pasar por su ayudante personal. Unos cincuenta hombres de mi Batallón saldrían a la misma hora de un campo de aviación berlinés con destino al

sur de Francia; una vez allí se incorporarían a la primera División de paracaidistas para reunirse conmigo en Roma después.

Al quedar de acuerdo sobre todos los puntos, le dije:

—Ya veremos en Roma cómo se resuelven los demás problemas.

—Creo que nuestra colaboración dará resultados. Duerma bien y hasta mañana por la mañana.

Tales fueron las palabras con las que el general se despidió de mí.

Me avisaron de que me llamaban por teléfono. Al otro lado del hilo escuché la voz excitada del teniente Rald, que clamaba:

—¿Qué sucede? ¡Estamos sobre ascuas esperando sus noticias! ¡Explíquese, explíquese de una vez!

—Debemos salir para cumplir una misión a primeras horas del día de mañana. No puedo informarle sobre nada más. Necesito tiempo para pensar tranquilamente en todos los detalles. Ya volveré a llamarle más tarde. Por el momento, sólo le digo que se tranquilice. Tenga preparados todos los vehículos necesarios para transportar a cincuenta de nuestros hombres. Escoja los mejores de ellos y procure que todos sepan hablar italiano. Propóngame los oficiales que crea debo llevar para esta misión. También opinaré yo sobre esta cuestión. Es preciso que los soldados vayan perfectamente equipados y que se disponga todo aquello que pueda precisarse en un caso de emergencia. Todo debe estar dispuesto a las cinco de la mañana. Volveré a llamarle cuando haya pensado otra vez todos los detalles.

Me sentí contento de "pescar" a un oficial en la casa de té. Entonces ignoraba que los habitantes del Cuartel General velaban hasta altas horas de la madrugada.

Le rogué pusiera a mi disposición un despacho que tuviera teléfono, así como un mecanógrafo que pudiera anotar mis órdenes y ayudarme a transmitirlos a mis hombres. No tardé en tener ante mí una señorita vestida con un bello traje gris. Lo primero que hizo fue preguntarme si ya había cenado y, acto seguido, desapareció, volviendo a aparecer, al poco rato, acompañada por un ordenanza que iba cargado con una bandeja repleta de sabrosos manjares. Sólo pude beber unas cuantas tazas de café y comer unas tostadas de pan. Estaba demasiado nervioso para pensar en mi estómago.

Me obligué a concentrarme y hacer cálculos sobre la cantidad de material que necesitaba para suministrar a mis cincuenta hombres los pertrechos, armas y explosivos necesarios. Hice mi trabajo de una forma

sistemática. Hasta que dispuse de una larga lista. No cabía la menor duda de que mi pequeño grupo debía estar convenientemente armado. Pero era indispensable que los pertrechos fuesen lo más ligeros posible. Cabía la posibilidad de que fueran lanzados en paracaídas. Por lo tanto, cada grupo formado por nueve hombres necesitaba dos ametralladoras, además de las pistolas automáticas individuales de cada soldado. Lo más indicado era que usasen las pequeñas granadas de mano que podían ocultarse en un bolsillo. También teníamos que disponer de los explosivos necesarios, unos treinta kilos de los "plásticos". Debíamos procurar que fueran ingleses, de aquellos que formaban parte de la remesa que acabábamos de capturar en Holanda, puesto que eran mejores...

No podíamos olvidar ninguna clase de fulminantes; los hombres debían cubrirse con cascos y llevar una ropa interior sumamente ligera. Debíamos contar con las suficientes provisiones para poder pasar una semana y con el conveniente material sanitario para caso de emergencia...

Transmitimos telegráficamente a Berlín la primera lista. Tuve entonces tiempo de pensar cuáles de mis hombres podían ser considerados como imprescindibles. Hice un nuevo memorándum:

"El capitán Menzel, un buen jefe de compañía, y el suboficial Schverdt, un buen soldado de infantería y zapador, debían incluirse. El suboficial Warger hablaba muy bien el italiano y era un buen escalador".

Mi lista se fue completando poco a poco de nombres y más nombres. Muchos se sorprenderían por no haber sido incluidos. Pero no podía pensar en todos.

"¡Ah, sí, se me olvidaba. No recordaba a mi chofer, el cabo B.; a los dos Holzer, etc..."

La lista quedó terminada. Volví a pedir conferencia con Berlín y tuve otra conversación con Radl. Este me dijo:

—Estamos sudando a mares. ¿Cómo quiere que preparemos todo eso para las cinco de la mañana? Su lista telegráfica es tan larga...

Le respondí escuetamente:

—¡Seguramente será seguida por otra! ¡Debe conseguirlo, cueste lo que cueste! Yo también sudo a mares. ¡Acabo de hablar personalmente con el Führer!

Mi ayudante se quedó sin habla. Repetí con énfasis:

—Estamos cumpliendo una orden que nos ha sido transmitida por el propio Führer.

Seguidamente comparamos nuestras respectivas listas, comprobando que, casi, habíamos elegido los mismos hombres. ¡Siempre nos entendíamos en todo!

Antes de colgar, Radl me dijo:

–La Compañía está muy excitada. Todos, absolutamente todos, quieren formar parte de la expedición. No he encontrado ni un solo hombre que desee quedarse.

–Infórmeles –respondí– de los hombres que han sido escogidos. Y, ahora, cuelgue de una vez.

Pensé en si me había olvidado de algo. ¡Claro! Los aparatos de radio. Debía disponer de varios de ellos, que estuviesen preparados, para transmitir nuestras noticias diariamente a Berlín. Era preciso que también pudieran funcionar de noche.

Puse un nuevo telegrama, que fue transmitido por la "línea secreta", igual que el anterior. Todo hacía suponer que nos consideraban importantes. Claro que, también, no debíamos de olvidar que si el Servicio Secreto italiano se enteraba de nuestros preparativos todo estaría perdido irremisiblemente.

Hablé con Berlín cuatro o cinco veces más durante aquella noche, porque siempre se me ocurría un nuevo detalle, que consideraba importante. Necesitaba municiones trazadoras para las ametralladoras por si teníamos que atacar en la noche, así como pistolas de señales; ayudantes sanitarios bien provistos de toda clase de medicamentos. Tal vez fuese necesario que nosotros, los oficiales, dispusiésemos de trajes civiles. Y así continué a medida que pasaban las horas.

Serían las tres y media cuando llamé la última vez a Berlin. Tuve la impresión de que todo el mundo trabajaba febrilmente. Según se me comunicó, los camiones no hacían más que ir de un lado a otro en busca de lo que necesitábamos. No me cabía la menor duda de que lograrían estar preparados a la hora fijada. También me enteré de que podíamos contar con algunos oficiales del Servicio de Información, noticia que me alegró porque cabía la posibilidad de que los necesitásemos.

Hice que me dieran una habitación en la que poder descansar. Casi todos los ordenanzas continuaban despiertos. La barraca en la que trabajé estaba en un sótano construido para servir de refugio en caso de ataque aéreo. Tenía un largo pasillo, flanqueado por pequeñas cabinas que servían de dormitorios y hacían pensar en los camarotes de los transatlánticos de lujo. Me dieron una de ellas. Me desnudé y metí en la cama. Hacía mucho

calor; y el ruido de los ventiladores no me permitía conciliar el sueño. Pero... ¡un soldado tiene que acostumbrarse a todo!

Conseguí, al fin, dominar mis nervios y pensar con tranquilidad. Entonces, ¡sólo entonces!, me di cuenta de la excepcional importancia de la misión que me había sido encomendada.

Lo primero que teníamos que hacer era descubrir el lugar donde habían ocultado a Mussolini. Cuando lo hubiésemos logrado, en el caso de que pudiésemos descubrirlo..., ¿qué?

Era más que probable que el Duce estuviese en un sitio seguro y estrechamente vigilado. ¿Nos veríamos, acaso, obligados a volar una cárcel o un fortín? Mi imaginación me obsequió con crueles imágenes.

Daba vueltas y más vueltas en mi lecho, intentando apartar de mi mente los pensamientos que me atormentaban. Pero tan sólo conseguía tener paz durante breves minutos. Seguidamente, el tormento volvía.

No hallaba la fórmula para salir airoso en la empresa. ¿Era posible que se me hubiera encomendado una misión que nos llevara directamente "al cielo"? No tendría más remedio que poner "toda la carne en el asador"; que esforzarme al máximo y estar preparado para abandonar este mundo con dignidad en el caso de que las cosas se pusieran feas.

De pronto pensé:

—Soy padre. He intervenido en la guerra sin haberme molestado en hacer testamento. Pero todavía tengo tiempo de subsanar mi falta.

Encendí la luz y escribí "mis últimas voluntades".

La espesa atmósfera que reinaba en mi alojamiento y el constante ruido de los ventiladores me dieron ambiente para pensar. Era indudable que el día aquel me había hecho traspasar el umbral de una nueva época de mi vida.

No existía ninguna duda de que el soldado Skorzeny acababa de recibir una orden, cuyo cumplimiento influiría sobre el resto de su vida, tanto si podía cumplirla satisfactoriamente como si se sentía imposibilitado de llevarla a cabo. Sabía que si salía con vida de tal empresa y la misión resultaba satisfactoria, ya no formaría parte de la gran masa de gente que vive y muere en el anonimato; que muchas, muchísimas personas, pronunciarían mi nombre.

Tengo que reconocer, sinceramente, que me sentí orgulloso y que decidí hacer todo lo que me fuera humanamente posible para cumplir mi misión, costase lo que costase. Pero, también, me dije que el futuro diría la última

palabra. Sólo el futuro podría probar si estaba capacitado para realizar lo que me proponían hacer.

Ya no quedaba tiempo para dormir. Eran las seis de la mañana. En pijama salí al pasillo y "cazé" a un ordenanza que me enseñó dónde estaba la ducha. Me lavé concienzudamente, dejando que el chorro de agua se deslizase por todo mi cuerpo. Me encontré mejor, y olvidé mis pensamientos durante media hora.

Entré en la casa de té a las siete menos cuarto: había ordenado que un coche me llevara al aeropuerto a las siete y media, porque el general Student dormía en otro sitio. Tenía un hambre de lobo y engullí todo lo que me llevaron los ordenanzas. Comí por dos días, incluso por lo que no pude comer el día anterior. De los prados del jardín se desprendía el rocío de la noche, dejándose acariciar por los rayos solares. ¡Había llegado el momento! Todo mi equipaje era mi cartera de documentos. Antes de partir recibí un telegrama que me confirmó la salida de mis hombres.

Me llevaron a otro aeropuerto que estaba, casi, en la cima de una montaña. Pensé que ofrecía un indicadísimo objetivo para un ataque aéreo enemigo. Era un milagro que no hubiese tenido lugar.

Unos minutos después de mi llegada al campo de aviación, me encontré con el general Student. Me enteré que había pernoctado en el Cuartel General de la Luftwaffe. Vimos que estaba preparado un bimotor "He-111", lo que me hizo comprender que el vuelo sería más rápido que el que yo había hecho el día anterior Con nuestro viejo y querido "Junker". El piloto, al que me presentaron, era el capitán Gerlach, piloto personal del general Student.

Antes de subir al avión, tuve que vestir un mono forrado de piel en la barraca del comandante; y al llegar al aparato, completaron mi uniforme Con un gorro. Me sentía dichoso. Sabía que si el tiempo continuaba siendo bueno el viaje sería una verdadera delicia.

Nos introdujimos en el "vientre" del avión. Los pilotos, el radiotelegrafista y el artillero ocupaban ya sus puestos. Nos preparamos para despegar. El avión tomó cada vez mayor velocidad y puso su proa hacia el Sur. Los azules lagos, los frondosos bosques nos dieron la despedida. Y empezamos a volar a una velocidad de 270 kilómetros por hora y a tres mil metros de altura.

El ruido de los motores era tan ensordecedor que no pude sostener una conversación Con el general Student; me limité, solamente, a informarle que mis hombres de Berlín ya estaban preparados y habían salido en

dirección a su destino. Cuando, pasado un poco de tiempo, el general empezó a dar cabezadas, yo aproveché la ocasión para mirar en mi derredor. Era la primera vez que volaba en un "He-111". Por ello, mi curiosidad era intensa. Me senté en el asiento del copiloto y disfruté de una vista magnífica.

Empezamos volando sobre unos territorios que, en un tiempo, fueron polacos. Pasada media hora, una espesa capa de niebla cubrió el horizonte por el Este. Minutos después vimos unas torres: Varsovia. A continuación volamos por encima de las zonas industriales de la alta Silesia; miles de chimeneas proyectaban columnas de humo hacia el cielo.

Pasamos por encima del Protectorado de lo que había sido Checoslovaquia. Cada vez más, el paisaje se hizo más abrupto: los imponentes acantilados se sumergían en las aguas de los torrentes que atravesaban los llanos; la vista era muy bella, ofrecía una infinidad de variantes. Me di cuenta de que nuestra ruta nos llevaría a volar sobre Viena.

No tardamos mucho tiempo hasta que vi abajo la vieja ciudad imperial. La saludé con el pensamiento y el corazón. Pensé:

—¡Si mi familia supiera...!

Pero, inmediatamente, me dije:

—No. Es mucho mejor que ignore mi destino. En caso contrario se sentiría muy preocupada. Siempre sucede lo que debe suceder. No hay hombre que pueda escapar a su destino.

Enseñé al piloto las cosas de mi patria dignas de verse. Hice que fijara su atención en los viaductos de Semmeringbahn, en los campos de la verde Steiermark. Y Graz, con su bello castillo, mi segunda patria, entró en nuestro campo visual.

Comí el contenido de una bolsa de provisiones que nos entregaron al partir apenas sin darme cuenta de que lo hacía. Mezclé los bocadillos con el chocolate; los dulces y las manzanas. Y, de pronto, me sentí indispuerto. Pero me di cuenta de que el avión no estaba preparado para tales contingencias. Expliqué al piloto mis cuitas, y él me mandó a la parte posterior.

Era alrededor de las doce y volábamos sobre Croacia. Me sentía muy cansado. Pero no quería perderme ni un detalle de aquel maravilloso vuelo. Pensé:

—Ya tendré tiempo de dormir cuando me entierren.

Bajo nosotros vi la cadena de montañas de Karst e intuí, allá, en la lejanía, el océano. No tardamos en volar sobre Pola, el puerto de guerra italiano. Lo que me hizo pensar:

"La antigua monarquía austro-húngara abarcaba hasta aquí".

El Adriático tenía un intenso azul, particularmente bello. Las pequeñas chozas de los pescadores parecían simples puntitos desde la altura en que volábamos. El sol se reflejaba sobre las olas; hasta me pareció que era acariciado por sus rayos.

Volábamos sobre el bello y cálido sur de Europa. Estábamos encima de la península italiana. Vimos a nuestra izquierda la ciudad portuaria de Ancona. El aparato ganó altura para poder pasar por encima de los Apeninos. Cuando los hubimos dejado atrás, descendimos unos trescientos metros. Aquella zona, situada al norte de Roma, ya podía ser considerada como una "presa" de los paracaidistas aliados.

También aquí, en Italia, reconocí desde lo alto muchas ciudades; incluso algunas calles. Le dije al piloto

–Pasé por ellas, en mi moto BMW, el año 1934.

Al fin, llegamos al término de nuestro viaje. Vimos ante nosotros la Ciudad Eterna. Sus siete colinas; el Anfiteatro romano; la Plaza de San Pedro; el Castillo de Santángelo...

Nuestro avión aterrizó en un aeropuerto situado en la parte Este de la ciudad. Eran las doce y media. ¡Habíamos recorrido 1.500 kilómetros en sólo cinco horas y treinta minutos!

Hacía un calor espantoso; me pareció estar en un horno. La bandera del aeropuerto ni se movía, parecía de cartón. Cuando descendí del aparato, me dispuse a despojarme del mono de piloto forrado de piel. Pero recordé que no llevaba puesto el uniforme de la Luftwaffe. Habría llamado la atención con el que llevaba de oficial de las SS al ser presentado como ayudante del jefe de los paracaidistas alemanes. Las horas siguientes las pasé muy negras. El viaje en coche descubierto no me alivió de las torturas del calor.

Frascatti es la típica e idílica ciudad italiana. Precisamente en Frascatti se encontraba el Cuartel General de las fuerzas combatientes alemanas destinadas en Italia, que estaban bajo el mando del mariscal de campo, Kesselring.

El 12 de mayo de 1943 los aliados habían cobrado una gran victoria en Africa. El "Afrika-Korps", del que todos los alemanes nos sentíamos orgullosos, ya no existía. Casi podía decirse que había sido liquidado. No pudo contrarrestar los avances aliados, a pesar de contar con las fuerzas

alemanas e italianas de mar y aire. Hasta, incluso, los aliados pusieron sus plantas en suelo europeo el 10 de julio de aquel mismo año. La primera oleada de invasión había elegido la isla de Sicilia para efectuar un desembarco. Por ello, las unidades alemanas combatían por cada centímetro siciliano codo a codo con sus compañeros italianos. Hacía varios días que los combates se centraban en torno al pueblo de Cefalú, en la costa norte de Sicilia.

Nos detuvimos ante el edificio en el que se alojaba el jefe de la flotilla aérea, que nos invitó a almorzar. No supe cómo disculpar mi atuendo cuando tomé asiento a la mesa. El capitán Melzer, que mandaba los comandos de paracaidistas, se convirtió en mi ángel salvador. Me confié a él; le seguí a una habitación y me despojé del pesado traje de vuelo. Entonces, precisamente entonces, al sentirme aligerado del peso, noté que el cansancio caía sobre mí. Pero conseguí sobreponerme y comportarme como de costumbre. Me causó sorpresa que los alemanes se hubiesen adaptado tan fácilmente a las costumbres italianas. Todo el mundo hacía una siesta de varias horas, desde el último de los soldados hasta el mismo general.

Por tal razón, el capitán Melzer me dejó tranquilo hasta las cinco y media. A dicha hora apareció en mi estancia cargado con ropa interior de verano y con un uniforme completo de oficial igual que el que usaban los oficiales de la unidad de paracaidistas. Completé el uniforme con un gorro de los que usaban los de la Luftwaffe y, finalmente, me presenté al general Student, correctamente uniformado. ¡Incluso podía disponer de un certificado que acreditaba pertenecía al Cuerpo de paracaidistas! No cabía duda de que Melzer era un tipo estupendo.

Me alojaron en la "Villa Tusculum II", asignándome una habitación contigua a la que ocupaba el general Student. Desde mi terraza disfrutaba de una bellísima vista de Roma. No tuve necesidad de mucho tiempo para instalarme; mi cartera de documentos pronto estuvo guardada.

La noche de aquel mismo día, el general Student fue invitado a comer por el mariscal de campo, Kesselring. Me dijeron que yo debía acompañar a mi superior.

¿Quién hubiera podido imaginar, apenas hacía veinticuatro horas, que el desconocido capitán Skorzeny cenaría dicha noche en compañía del jefe supremo de los ejércitos alemanes en Italia?

Llegamos a la casa en que se alojaba el mariscal a las veintiuna horas. Le fui presentado en el vestíbulo. Era la persona más simpática de las que

llegué a conocer. Su personalidad ejercía una gran influencia sobre los soldados que tenían ocasión de tratarle; ella sobresalía sobre sus cualidades de soldado. En cambio, el mayor Westfal, su ayudante más inmediato, era el típico oficial joven, de "la última hornada", muy inteligente y comedido en todos sus gestos.

Cuando terminamos de cenar nos dirigimos al "hall", donde nos sirvieron el café. Me reuní con unos cuantos oficiales jóvenes. Nuestra conversación giró en torno al tema del día: la caída del Duce. Uno de los oficiales dijo que había preguntado a un alto jefe del Ejército italiano si sabía dónde se encontraba Mussolini en aquellos momentos. Como puede suponerse, fui "todo oídos".

Impulsivo como yo era, se me escapó decir:

—No creo que podamos confiar en tal información.

Mi frase fue oída por el mariscal Kesselring, que estaba sentado detrás de nosotros. Parecía muy enfadado cuando tomó la palabra para decir:

—Sin embargo, yo creo en ella. No tengo motivos para dudar de la palabra de honor de un oficial italiano. Considero que sería mucho mejor pensarse como yo.

Enrojecí de vergüenza y me propuse que, en lo sucesivo, no exteriorizaría mis opiniones.

Al día siguiente fuimos recibiendo noticias del aterrizaje de la División de paracaidistas. Los primeros aparatos tomaron tierra en Pratica di Mare, un aeropuerto situado al sudoeste de Roma, en la mismísima costa.

El general Student me acompañó hasta el aeródromo para dar las órdenes pertinentes. Vimos un imponente planeador que volaba sobre el aeródromo. No era muy veloz pero sí consistente, del tipo "Gigant". Era tan grande, que su "barriga" tenía el suficiente espacio para transportar un "Panzer".

Mi unidad no había llegado aún. La idea de esperar hasta el día siguiente se me hizo insoportable. Recibimos noticias de que el convoy aéreo había sido atacado por cazas enemigos; y me informaron de que habíamos sufrido muchas pérdidas, tanto de hombres como de aparatos. Me sentí egoísta, como jefe de unidad que era. Por ello no pude evitar el pensar:

"¡Ojalá que mis hombres se encuentren a salvo!"

Afortunadamente, recibí buenas noticias al día siguiente. Me apresuré a dirigirme al aeródromo. Allí encontré a todos mis hombres, que se mostraron alegres y satisfechos. Posiblemente no me expreso

adecuadamente: "Volvían" a estar alegres y contentos; durante el viaje habían pasado por más de una situación altamente desagradable.

Me asignaron tres barracones en las cercanías del campo. Instalé en ellos a los recién llegados. Tuvieron que hacer varios viajes, desde los barracones al avión, para poder transportar todos los bultos que habían llevado consigo. Di orden de que todos se presentasen ante mí. El capitán Menzel los fue nombrando por orden de lista.

Me di cuenta de que todos los ojos estaban fijos en mis labios; de que cada uno de mis hombres estaba pendiente de mis palabras. Procuré explicarles lo que podía. Les dije:

—Os ruego que no penséis en la clase de misión que os espera. Lo más importante de todo es que procuréis estar en perfectas condiciones físicas para que pueda contar con cada uno de vosotros en todo momento. ¡Podéis retiraros!

Rogué a Menzel procurase que mis hombres se aclimataran lo antes posible. Sólo tendrían la obligación de realizar marchas militares por la mañana y a última hora de la noche. El resto del tiempo debería de ser empleado en deporte y natación.

Regresé a Frascatti en unión de Karl Radl. A él solo le hablé de nuestra misión cuando estuvimos en mi habitación, que debía de compartir conmigo. Se mostró tan sorprendido y excitado como yo mismo lo estuve. Ninguno de los dos dudamos, ni un solo instante, de que nos sería muy difícil llegar a saber el lugar exacto donde estaba el Duce. Ni siquiera hablamos sobre las posibilidades de su liberación. La fecha para intentar llevarla a cabo estaba, todavía, muy lejana.

Recibimos una orden que podía concordar perfectamente con nuestra misión. El general Student había aceptado la responsabilidad de vigilar la ciudad de Roma con tan sólo una División de paracaidistas, ya que la otra combatía en Sicilia. Si teníamos en cuenta los puntos de vista del Führer, debíamos de estar preparados para el momento en que el nuevo gobierno de Badoglio nos volviera la espalda y se convirtiera en nuestro peor enemigo.

En tales circunstancias, era imprescindible que la ciudad de Roma y sus alrededores estuviesen en nuestras manos. Para ello, debíamos ejercer una estrecha vigilancia sobre todas las estaciones y aeropuertos. Si se llegase a dar la circunstancia de que la urbe se encontrase en primera línea, estaríamos en una situación comprometida.

Afortunadamente, había retenido en mi memoria los dos nombres más destacados de los que habían sido mencionados por Himmler: Kappler y



Mussolini es ayudado a subir a la 'cigüeña'.



El capitán Gerlach pilotó una 'cigüeña' transportando a Mussolini y Skorzeny desde el Gran Sasso hasta Pratica di Mare, tras el rescate del Duce.



El Duce y Skorzeny dentro de la 'cigüeña'.

Dollmann. Himmler había propuesto que ambos fuesen puestos en antecedentes de nuestra misión, para que nos ayudaran a encontrar el lugar donde estaba detenido el Duce. Según Himmler, Dollmann era un hombre de toda confianza; se sabía que vivía en Roma desde hacía muchísimos años y que disfrutaba de innumerables relaciones. Kappler era el jefe de la policía alemana de Roma, y también podía prestarnos una valiosa ayuda. Decidimos visitar a los dos al día siguiente para conocerles.

Presenté a mi ayudante al general Student, al que dije que, al día siguiente, buscaríamos a Dollmann y Kappler, para empezar nuestro trabajo lo antes posible. Pero no pudimos informarle de la forma de llegar hasta ellos. En el transcurso de esta última conversación, tuve la oportunidad de enterarme de que el mariscal de campo, Kesselring, había tenido una entrevista con Humberto, el príncipe heredero de Italia. Durante la misma, le preguntó el nombre del sitio en el que permanecía prisionero Mussolini. Según el mariscal, el príncipe heredero no sabía nada sobre el particular, lo que yo puse en duda, pero, aquella vez, me abstuve de hacer el más mínimo comentario, y ello a pesar de que el general Student compartía mi opinión.

La sede de la policía alemana en Roma era una casa corriente, análoga a las demás de la ciudad. Kappler era un hombre joven. Nos recibió con mucha cordialidad. El tiempo demostró que era uno de nuestros más valiosos colaboradores. Estuvo dispuesto a ayudarnos incondicionalmente.

Pudimos enterarnos de que circulaban toda clase de noticias y rumores. Unos afirmaban que Mussolini se había suicidado; otros, que había sido internado en un sanatorio porque padecía una grave enfermedad. Los rumores resultaron ser vulgares chismes de salón. Volvimos, pues, a partir de cero.

Sólo pudimos sacar en claro que el Duce, desatendiendo los consejos de su esposa, sostuvo una entrevista con el rey, la cual había tenido lugar el 25 de julio de aquel año, 1943, a las diecisiete horas. Y que, a partir de aquel momento, había desaparecido. Todo ello demostraba, no cabía la menor duda, de que había sido arrestado en el mismo Palacio Real.

Hice se me pusiera en antecedentes de lo ocurrido.

En Italia, al igual que en Alemania, la iniciación de la guerra no había sido muy bien acogida por el pueblo. Casi podía afirmarse que el país no disfrutaba de un momento de paz desde que los italianos invadieron Abisinia. Aquellos larguísimos años de luchas e incertidumbres habían creado un clima completamente de antiguerra, profundamente arraigado en la opinión pública, el cual se vio acrecentado cuando se perdieron las

colonias africanas. Tales circunstancias, unidas al nivel de vida más bien bajo, tuvieron como consecuencia que el entusiasmo del pueblo italiano se trocara en descontento. El fanatismo por el fascismo y el Duce, del que fui testigo en 1943, se tomó en indiferencia, terminando por degenerar en hosca enemistad.

Incluso los altos dirigentes del fascismo empezaban a renegar de sus "camisas negras". El mismo Ciano, íntimamente emparentado con Mussolini por ser su yerno, se había convertido en uno de sus acérrimos enemigos a pesar de haber ejercido durante mucho tiempo el cargo de ministro de Asuntos Exteriores.

El astuto plan sobre el que se basaba la política exterior de los Aliados había cosechado sus frutos. No había dudas de que la caída del Duce estaba estrechamente relacionada con un círculo de italianos que vivían exiliados en Portugal. Sin embargo, el arresto y la súbita desaparición de Mussolini sorprendió a todo el mundo.

También nos sorprendió mucho que aquel reprochable acto, que podía ser considerado como una cobardía, fuese aceptado tranquilamente por la mayoría de la población italiana.

¿Por qué no hacían demostraciones de protesta? Sólo cabía una explicación a tal pregunta: los verdaderos fascistas luchaban en el frente, en las brigadas formadas por los "Camisas Negras". Pero la aviación enemiga protegía la Casa reinante, y el príncipe heredero formaba parte de la oposición que había conspirado contra el Duce.

No pude dejar de preguntarme si cabía la posibilidad de que en Alemania sucediera una cosa similar. Me apresuré a contestar negativamente, por saber que Alemania no contaba con un partido de oposición, a pesar de lo precario de su situación. Tampoco ignoraba que, en el caso de existir uno e intentar un golpe de Estado, sería aplastado sangrientamente. Y, tal vez, se llegaría al extremo de una guerra civil.

El jefe alemán de la policía tenía frecuentes tratos con un oficial de "carabinieri" que continuaba siendo fiel al régimen fascista, a pesar de que procuraba ocultarlo. Era precisamente el único que, tal vez, podría servirnos de punto de partida para iniciar nuestras pesquisas. Nos dijo:

—El Duce abandonó el Palacio Real en una ambulancia que lo llevó al cuartel de "carabinieri" de Roma.

Nuestras posteriores investigaciones nos confirmaron la veracidad de dicho rumor. Hasta llegamos a saber en qué ala del citado edificio y en qué piso habían alojado a Mussolini. Pero, desde aquella fecha, 25 de julio,

habían transcurrido más de diez días. Todo hacia suponer que el Duce había sido trasladado a otro lugar.

Mas, a pesar de ello, preferí estar prevenido e hice cábalas sobre la posibilidad de rescatar a Mussolini de aquel edificio en que había estado en dicha fecha. Mis pensamientos, como los de Radl, se centraron en tal punto, no dejándonos un momento de reposo.



CAPÍTULO XV

El amor nos ayuda. – El penal de la isla de Ponza. – Una nueva orden del FHQ. – Fortín de Santa Magdalena. – Víctima de una apuesta. – Un truco que da resultados. – Caída al mar. – En Córcega. – Canaris sobre pistas falsas. – Otra vez en el FHQ. – Informe ante Hitler. – "Contraorden". – "Lo conseguirá". – Intento de liberación en Santa Magdalena. – En el último momento. – Apenas unas horas demasiado tarde. – Nuevas pistas. – 60 cumpleaños de Mussolini, el 29 de julio de 1943. – Badoglio, tropas en torno a Roma. – El Hotel del Gran Sasso. – Opiniones propias. – Frascatti bajo las bombas aliadas. – 8 de septiembre de 1943. – Italia capitula. – Situación muy confusa y alarmante.

El presente libro sería demasiado voluminoso si describiese, con todo lujo de detalles, los acontecimientos sucedidos en el transcurso de las últimas semanas. Me limitaré a comentar sólo algunos y a referirme a nuestro trabajo de investigación.

Pasamos varios días sin poder obtener datos positivos que nos pudieran facilitar la tarea. Hasta que una extraña casualidad vino en nuestra ayuda.

En un restaurante de Roma trabajamos conocimiento con un comerciante de fruta, que hacía frecuentes viajes a Terracino, una pequeña ciudad

situada en el golfo de Gaeta, para tratar con sus clientes. El mejor de ellos tenía una muchacha de servicio, que sostenía relaciones con un "carabinieri"; y éste, a su vez, estaba destinado en la penitenciaría de la isla de Ponza. Como le resultaba imposible abandonar su servicio en el penal, envió una carta a su novia. En ella dejaba entrever que en la isla había un preso de categoría.

Dicha noticia nos fue confirmada, poco tiempo después, por los comentarios, hechos al azar, de un oficial de Marina. Incluso llegó a insinuar que el Duce había sido trasladado en su propio buque al puerto de guerra de La Spezia, y que provenía de Ponza.

Daba cuenta al general Student de todas las noticias que iba recogiendo, y él se encargaba de transmitir las al Cuartel General. Cuando nombramos el puerto de La Spezia, recibimos una orden para que preparásemos todo lo necesario a fin de liberar al Duce del navío de guerra en que se encontraba. Tal orden motivó que nos rompiésemos la cabeza durante veinticuatro horas seguidas. Los altos dirigentes se limitaron a ordenar. Pero no tuvieron en cuenta que la empresa que se nos encomendaba era sumamente difícil. ¿Acaso creían que era fácil el secuestro de un hombre en medio de un puerto de guerra, abarrotado de barcos y fuertemente defendido?

Afortunadamente, al día siguiente se nos informó que Mussolini ya no estaba en La Spezia.

Como dato curioso quiero informar al lector que en Berlín se pidió la colaboración de varios espiritistas y astrólogos, para que nos ayudasen a conocer el lugar donde escondían a Mussolini. Tal idea salió de la mente de Himmler, que siempre creyó en las ciencias ocultas. Sin embargo, nunca se nos comunicó un resultado de semejantes "indagaciones". Tanto Radl como yo no creíamos en aquellas cosas. Por ello, hicimos lo posible para redoblar nuestros esfuerzos; y continuar con las investigaciones, que considerábamos más positivas.

Al cabo de algún tiempo, ciertos rumores hicieron que fijáramos nuestra atención en la isla de Cerdeña. No obstante, la suposición de que el Duce estuviera en la "isola di pocco" o bien en un hospital de una pequeña ciudad de montaña de la misma, resultó falsa. Seguidamente los rumores aludieron al fortín de Santa Magdalena, situado en la punta norte de la citada isla.

El capitán Hunäus, un viejo lobo de mar, con algo de reuma, que hacía las veces de oficial de enlace entre la Marina de Guerra alemana y los comandantes de Marina italianos, nos comunicó que un preso "muy importante" había sido trasladado a la isla. Llevando conmigo al teniente

Warger, que hablaba un italiano perfecto, me dirigí al lugar indicado para hacer las averiguaciones necesarias.

Embarqué con el capitán en un bote-R, (destinado a la limpieza de minas). Inspeccionamos detenidamente todo el puerto, y me oculté entre unos veleros para tomar fotografías del mismo. En las afueras de la pequeña ciudad estaba la casa en cuestión, la "Villa Kern", que también fotografié desde algunos centenares de metros de distancia. Llegados a este punto, sólo me quedaba por averiguar la personalidad del "importante preso". Fue entonces cuando entró en acción el teniente Warger.

Lo vestimos de simple marinero y le hicimos pasar por el intérprete del capitán Hunäus. Especulando con el apasionamiento y la indiscreción de los italianos, ordené a Warger que frecuentase las tabernas, que se mezclara con el pueblo y que prestase atención a todo lo que se comentaba. Incluso llegué a decirle que si oía que hablaban del Duce debía afirmar que sabía de fuentes fidedignas, que había muerto de una enfermedad; y que si alguien ponía en duda sus palabras, debería hacer una apuesta. También simularía que estaba un poco bebido, para dar más naturalidad a la situación.

Pero..., nos enfrentamos con una gran dificultad. ¡Wagner era antialcohólico! Le hice un discurso sobre el cumplimiento del deber, sobre los sacrificios que estaba obligado a cumplir todo buen soldado en determinadas circunstancias y sobre la gran misión que se nos había encomendado. Después de algunas horas conseguí que estuviera dispuesto a romper sus principios, al menos en aquella ocasión.

El plan dio resultados. Un frutero que visitaba la villa diariamente para abastecerla, fue la víctima de la apuesta. Ganó fácilmente el dinero que le ofrecimos y nos prestó un gran servicio. Condujo a Warger hasta la villa y le mostró la terraza en la que estaba sentado el Duce.

Warger visitó asiduamente su nuevo puesto de observación. Poco a poco fue enterándose de la forma en que era defendida la "prisión" y del número de hombres que estaban en ella.

Llegó el momento de trazar nuestros planes para la liberación de Mussolini, pero necesitaba de un conocimiento más completo de la zona en que me encontraba. Era imprescindible supiera el lugar exacto en que podía emplazar nuestras baterías y conociese palmo a palmo la topografía del terreno. Los mapas que me facilitaron no me bastaban, y me decidí a volar sobre mi objetivo, pero a gran altura, pues sabía que el lugar era considerado como "tabú" para el vuelo de cualquier clase de aviones. Quería sacar algunas fotografías desde el aire.

El miércoles, 18 de agosto de 1943, todo estaba dispuesto. El "He-111" que pusieron a mi disposición en el aeropuerto de Pratica di Mare empezó volando hacia el Norte; no ignoraba que los aviones enemigos volaban sin cesar sobre las aguas del Mediterráneo. En aquella época, todos los aparatos que se dirigían a Cerdeña debían dar un rodeo sobre Elba y Córcega por meras razones de prudencia. Aterrizamos en el gran aeropuerto de Pausania, Cerdeña, para abastecemos de carburante antes de volver a sobrevolar la isla.

Me desplacé cinco kilómetros hacia el Norte para reunirme con el capitán Hunäus y con Warger en Palau. Me enteré de que los acontecimientos continuaban igual, pero que las medidas de seguridad iban en aumento de día en día.

Regresé al aeropuerto algo más tranquilo y me preparé para iniciar mi proyectada acción. También tenía intención de volar hasta Córcega, para ponerme en contacto con la Brigada de las SS, estacionada en dicha isla. Era seguro de que mi importante misión exigiría pidiese prestados los servicios de un determinado número de tropas, y quería asegurarme su colaboración.

Nuestro avión estaba a punto. Despegamos poco después de las cinco. Ordené que volásemos a cinco mil metros de altura, ya que quería inspeccionar el puerto de guerra para, acto seguido, alcanzar la costa norte. Estaba sentado ante la ametralladora, con la cámara fotográfica y el mapa de la zona, en el que deseaba hacer algunas anotaciones, al alcance de mi mano. Me encontraba absorto contemplando el mar que, aquel día, tenía un colorido especialmente bello, cuando oí la voz del vigía a través del altavoz:

—¡Alarma! Nos siguen dos aviones. ¡Son cazas ingleses!

Nuestro piloto describió un semicírculo. Yo me apresuré a poner el dedo sobre el botón-disparador de la ametralladora, y aguardé a ver lo que sucedía. Pareció que el avión volvía a su anterior ruta, cuando me di cuenta de que estábamos volando en picado. Me volví y contemplé el angustiado rostro de nuestro piloto, que hacía ímprobos esfuerzos para que el avión volviera a su vuelo horizontal. Una rápida ojeada me bastó para darme cuenta de que el motor izquierdo del aparato no funcionaba. Continuamos descendiendo vertiginosamente. No podíamos pensar lanzarnos en paracaídas. Lo último que oí por el altavoz fue: ¡Agarrarse!

Instintivamente apreté con fuerza mis manos sobre los dos asideros del cañón de a bordo. Casi inmediatamente chocamos contra el mar. Debí

darme un golpe en la cabeza, porque perdí el conocimiento durante algún tiempo. Vi unos puntos luminosos ante mis ojos, y sentí que alguien tiraba con fuerza de mi guerrera. Así me encontré en el agua. Nuestro avión se había hundido; la cabina estaba inundada; los cristales habían saltado en mil pedazos y el agua entraba en aquélla a borbotones.

Gritamos, pero a través del conducto para lanzar bombas nadie nos respondió. ¿Habrían muerto nuestros otros dos camaradas? No nos quedaba más remedio que salir del avión lo antes posible. Hicimos grandes esfuerzos para abrir el techo del avión... ¡y el agua entró a torrentes! ¡Aprisa; no podíamos perder tiempo! Sacamos al segundo piloto; aspiré con fuerza y nadé hacia la superficie. Vi que el que había salido antes que yo braceaba con fuerza; al poco rato emergió la cabeza del segundo piloto.

Fue en aquel preciso instante cuando sucedió una cosa insólita: el avión emergió de la profundidad del mar. El piloto y su compañero abrieron las puertas y vieron, acurrucados en un rincón, a los dos soldados que habíamos creído ya cadáveres. Estaban ilesos, pero muertos de miedo. Salieron como pudieron y se agarraron a los salientes del aparato. Nos dijeron que no sabían nadar, a pesar de que eran naturales del puerto de Hamburgo. El piloto consiguió hinchar el bote salvavidas neumático. Y entonces recordé que mis mapas y mi cántara fotográfica estaban dentro del avión. Hice acopio de fuerzas y volví a introducirme en él. Conseguí recuperar mis "tesoros" y salí de nuevo. El bote salvavidas ya flotaba sobre las aguas; en él metí la cámara y la cartera con los mapas. En aquel momento nuestro "pájaro" se irguió y, acto seguido, se hundió en las profundidades del mar.

Los tres que sabíamos nadar, dábamos brazadas de vez en cuando; nos asíamos al bote para descansar y nos mirábamos Unos a otros. A unos cientos de metros de distancia vimos unas rocas que emergían; nadamos hacia ellas.

Aunque eran muy empinadas y resbaladizas, conseguimos escalarlas. Abrí los brazos y aspiré aire con fruición. El piloto señaló mi brazo derecho. Miré y vi que estaba teñido de rojo. Sólo entonces me di cuenta de que tenía clavados en la carne varios pedazos de vidrio, así como algunos más del aparato. Recuerdo que pensé: "¡Si eso es todo!"

El segundo piloto sacó la pistola de señales del bote salvavidas y se dispuso a dispararla, pero yo le dije que sería más prudente esperar a que se acercase un barco.

Pasamos una hora completamente olvidados del resto del mundo. Finalmente vimos que un barco surcaba el horizonte. Nos apresuramos a disparar un cohete rojo de socorro y, no tardando mucho tiempo, vimos, aliviados, que habíamos sido descubiertos. El barco dio la vuelta y echó al mar un bote que no tardó en recogerlos. Cuando estuvimos a bordo, sanos y salvos, nos dimos cuenta de que nuestro salvador era un crucero italiano. Me sentí satisfecho de que su capitán ignorase la causa por la que nos encontrábamos en aquellos parajes. Fuimos recibidos con todos los honores.

El capitán me proporcionó unos zapatos de madera y un pantalón blanco; pero como su estatura era más baja que la mía, tuve serias dificultades para meterme en ellos. No obstante, la solución fue mejor que si me hubiese visto obligado a cubrirme con una hoja de parra. Cuando estuve instalado confortablemente en una hamaca y nos ofrecieron una bandeja de frutas, tuve la impresión de que mi tórax no estaba en las debidas condiciones. Cada vez que hacía un movimiento un poco rápido, sentía fuertes dolores en todo el pecho. Solamente unos días más tarde, el médico constató que tenía tres costillas rotas.

Desembarcamos en Pausania a últimas horas de la tarde. Apenas pusimos pie en tierra firme, me di prisa en establecer contacto con una unidad alemana con objeto de que me proporcionasen un vehículo. Tenía la intención de llegar hasta Palau para pedir al capitán Hunäus un barco que pudiera llevarme hasta Córcega. Sabía que el comandante de la Brigada de las SS me estaba esperando. Por ello, tenía un especial empeño en poder cumplir la primera parte de mi plan.

Era alrededor de medianoche cuando entramos en el puerto de Bonifacio. Los italianos no tenían posibilidades de ponerse en comunicación telefónica con las unidades alemanas. Sin embargo, pusieron a mi disposición un coche a primeras horas de la mañana siguiente. Pude enterarme de que los italianos habían concentrado parte de sus fuerzas en la isla de Córcega y que habían prohibido, durante la noche y hasta las nueve de la mañana, el tránsito de vehículos pesados. No me di cuenta del significado de tan extraña orden hasta mucho tiempo después.

Como consecuencia de un malentendido telefónico, me pasé todo el día corriendo detrás del comandante de la Brigada o viajando delante de él. No pudimos encontrarlos hasta que hubo anochecido. El encuentro tuvo lugar en Bastia, al norte de la isla. Ambos fuimos huéspedes de una unidad de la Marina.

No sospechaba que mi forma de actuar estaba haciendo pasar a mi ayudante horas muy amargas. Cuando, al anochecer del 18 de agosto, no había regresado aún junto a él, tal y como era mi intención, pidió noticias al cuerpo de paracaidistas sobre la suerte que había corrido nuestro avión. Y recibió el lacónico comunicado siguiente:

—¡Lo más probable es que se encuentre en el fondo del mar!

No llegaron hasta él mis llamadas radiofónicas. Y yo no puse pie en tierra firme hasta el anochecer del 20 de agosto. Cuando hube descendido del avión, me apresuré a visitar a mis hombres. Fue entonces cuando me di de narices con Radl. Mis gentes estaban locas de entusiasmo al ver entre ellos a su comandante, al que habían creído muerto.

Debíamos trazar un plan de acción. Teníamos la seguridad de que habíamos encontrado al hombre que buscábamos. Y estábamos seguros de que nuestras suposiciones eran ciertas. El general Student, asimismo, compartía nuestra opinión.

Nuestro optimismo recibió una ducha fría cuando recibimos un comunicado del Cuartel General que decía:

"Nos han llegado informes fidedignos —vía Canaris— según los cuales Mussolini se encuentra prisionero en la pequeña isla de Elba. El capitán Skorzeny deberá preparar, en seguida, una operación con paracaidistas para que éstos sean lanzados sobre la isla y debe informarnos en el momento en que esté dispuesto para llevar a cabo la operación. El Cuartel General fijará el día y la hora de la misma".

Tanto Radl como yo nos encontramos sumergidos en un mar de confusiones. Parecía como si la defensa en Italia poseyera datos sumamente exactos. Transcurridos unos pocos días recibimos un informe "muy secreto", dirigido a todos los jefes de unidad, que decía lo siguiente:

"El gobierno de Badoglio nos ha prometido que Italia seguirá luchando a nuestro lado con todas sus fuerzas. ¡Incluso está dispuesto a combatir más intensamente de lo que lo había hecho el anterior gobierno!"

Nosotros, los que estábamos en Italia, opinábamos de una manera diferente. Por ello no pudimos comprender cómo había llegado el almirante Canaris a aquellas conclusiones y por qué no había esperado antes de pasar sus informes al Cuartel General.

La concentración de tropas italianas en el norte de Roma, que se estaba realizando desde hacía algún tiempo, confirmaba nuestras suposiciones, nada agradables por cierto. Por tal razón, decidimos evitar convertirnos en

víctimas de tales falsas informaciones transmitidas por el FHQ; no estábamos dispuestos a "saltar en el vacío".

El general Student se ofreció para negociar con el FHQ. Después de un continuo tira y afloja, se nos ordenó trasladarnos a la Prusia Oriental. Viajamos en el mismo avión que nos había llevado a Italia. Se nos introdujo en la misma habitación en la que fui recibido la primera vez que visité el Cuartel General. Pero, en esta ocasión, las sillas colocadas en torno de la mesa situada ante la chimenea estaban ocupadas. ¡Todas, absolutamente todas! En aquella ocasión tuve la oportunidad de conocer a los hombres que dirigían los destinos de Alemania.

A la izquierda de Adolf Hitler se sentaba el ministro de Asuntos Exteriores, von Ribbentrop; a su derecha, el mariscal de campo Keitel, y el coronel-general Jodl, a cuyo lado me ordenaron tomase asiento. Al lado de Ribbentrop estaba Himmler; a continuación, el general Student, y, junto a éste, el almirante Donitz. Entre éste y yo, el mariscal del Reich, Göring, hacia lo posible para que su voluminoso cuerpo cupiera en el sillón.

El general Student tomó la palabra para exponer la situación.

Cuando terminó, todo el mundo me miró en espera de que yo hablase.

Debo reconocer que tuve que hacer un gran esfuerzo para dominar mi timidez y hablar a semejante auditorio. ¡No me pasó por alto que ocho pares de ojos no cesaban de mirarme! ¡Y ellos pertenecían a las más altas jerarquías del Reich!

Había llevado conmigo algunas anotaciones; pero en aquel momento me olvidé de ellas. Por tal causa, me limité a describir, con toda clase de detalles, las investigaciones que había llevado a efecto hasta aquel momento. Los innumerables argumentos que servían de base a nuestra creencia de que el Duce estaba en Santa Magdalena acabaron convenciendo a los asistentes a aquella reunión. Cuando expliqué la apuesta hecha por Warger y sus resultados positivos, pude darme cuenta de que tanto Göring como Donitz sonreían divertidos.

Al terminar de hablar eché una mirada a mi reloj. Me sentí sorprendido al ver que había hablado durante media hora. Adolf Hitler se levantó de su asiento y, con un gesto espontáneo, me tendió la mano diciendo:

—¡Creo en sus palabras, capitán Skorzeny; sé que tiene razón! Daré contraorden para que los paracaidistas no sean lanzados en la isla de Elba. ¿Ha pensado en el modo como se podrá libertar al Duce del fortín de Santa Magdalena? Le ruego me exponga todos los detalles.

Saqué papel y lápiz y desarrollé, ante el jefe supremo del Reich, el plan que había surgido en las mentes de Radl y mía para el rescate de tan importante prisionero. También hice constar que nuestra acción sería secundada por algunos oficiales de la Marina, que nos habían ayudado en la concepción del plan. Hice hincapié sobre la necesidad de disponer de una flotilla de lanchas rápidas del tipo "R" y "M", y añadí que necesitaba algunos hombres de la Brigada de las SS destinada en Córcega para reforzar a los míos. También expuse que era indispensable que tanto las baterías pesadas de la Brigada estacionada en Córcega como las destinadas en el norte de Cerdeña estuviesen en disposición de protegerme y cubrirme. Me dejaron exponer mi plan con toda clase de detalles. Tan sólo fui interrumpido, de vez en cuando, por algunos comentarios hechos por Jodl, Göring y el mismo Hitler. Cuando terminé de hablar, el Führer tomó la palabra:

"Apruebo su plan –dijo–, y creo que si lo lleva a efecto rápidamente, y que si su acción está acompañada, en todo momento, por su confianza, podrá salir airoso de la empresa. Ruego al gran almirante Donitz dé las órdenes pertinentes al caso a la Marina de Guerra. Las unidades que se precisen para desarrollar la acción serán puestas a disposición del capitán Skorzeny. El general Jodl se ocupará de los detalles pertinentes. Y llegados a este punto, Skorzeny, debo hacerle saber una cosa de la mayor importancia".

"Es preciso –continuó–, que mi amigo Mussolini sea liberado cuanto antes; pues, en caso contrario, será puesto en manos de los aliados. No cabe duda de que tal acción ha de ser realizada sin ninguna pérdida de tiempo. Posiblemente le ordenaré la acción en tanto Italia sea nuestra aliada, al menos de una manera oficial. Pero también puede darse el caso de que la censure ante la opinión pública si su empresa se resuelve con un fracaso. En esta circunstancia me veré obligado a afirmar que se ha vuelto loco, que ha actuado por su cuenta y riesgo; que los jefes le han ayudado por simple simpatía y por ser víctimas de una psicosis colectiva. etc. ¡Debe usted aceptar semejante responsabilidad por Alemania y su causa!"

No disponía de mucho tiempo para pensar. Tampoco precisé de él. Sabía que estaba dispuesto a hacer cualquier cosa si se encontraba en juego el destino de Alemania; que estaba presto a asumir cualquier responsabilidad con tal de contribuir un poco a la victoria de una causa que consideraba justa.

Charlamos durante algunos minutos y revisamos varias cuestiones. Cuando Göring me pidió detalles para enterarse de los pormenores del reciente accidente de aviación que había sufrido, no pude dominarme y le contesté:

–El "He-111" es un avión indicadísimo para zambullirse en el mar. Hasta se le puede emplear como submarino.

Göring aceptó mis explicaciones; incluso llegó a reírse. Me complació comprobar que el mariscal del Reich tenía sentido del humor.

Cuando me despedí de Hitler, éste me apretó la mano con calor.

–¡Lo conseguirá, Skorzeny; confío en usted! –me dijo.

Sus palabras eran tan convincentes que me dejé contagiar por su fe. Había oído hablar mucho sobre la fuerza persuasiva, casi hipnótica, de Adolf Hitler. Aquel día tuve ocasión de comprobarlo personalmente.

Por la noche pasé bastante tiempo sentado a la mesa del ayudante del Führer, en el comedor del mariscal de campo, Keitel, y conversé con algunos caballeros. Aún recuerdo al príncipe Felipe von Hessen; capitán de Aviación, Bauer; al coronel Rattenhuber; al mayor John von Freyand y al señor Sündermann. Los demás se dieron cuenta, por mi uniforme, de que acababa de llegar de Italia. Por lo tanto, fue lo más natural que sostuviéramos una conversación sobre los acontecimientos que tenían lugar en la península de los Apeninos.

Les expuse mi opinión. Afirmé que el país estaba cansado de la guerra y que no me extrañaría nada que nos deparara algunas sorpresas. Estaba a punto de hablar del partido del "príncipe heredero Humberto", cuando el capitán Bauer me dio un puntapié por debajo de la mesa. Comprendí la advertencia y me apresuré a cambiar de conversación. Más tarde, Bauer me informó que el príncipe von Hessen era el cuñado de Humberto. Todo ello me demostró, una vez más, lo peligroso del terreno en que me movía. Me sentí alarmado. Y no pude dejar de pensar interrogativamente:

"¿Es que ni siquiera podemos hablar con libertad en el Cuartel General del propio Führer?"

Años más tarde volví a encontrarme con el príncipe von Hessen. La situación había cambiado. Aquel nuevo encuentro tuvo lugar en el campo de concentración de Darmstadt. ¡Cómo varían los tiempos! ¡Nos encontrábamos allí por ser considerados unos nazis empedernidos!

Dormí en el "Wolfsschanze" mucho mejor que la primera vez que lo visité. Rogué me asignaran un alojamiento que no estuviese en el interior del "bunker", para no tener qué soportar toda la noche el ensordecedor

ruido de los ventiladores. Prefería arriesgarme a ser despertado por una alarma aérea antes que la seguridad de pasar la noche en vela. A primeras horas de la mañana siguiente despegamos con rumbo a Italia.

A mi llegada conté a Radl todos los pormenores de mi reciente visita al Cuartel General. Incluso le informé de que en el caso de que nuestra misión fracasase sería yo el único responsable. Recuerdo que me contestó:

–Entonces me dejaré encerrar con usted. Es posible que demos con nuestros huesos en el manicomio. Tal vez sea divertido pasar por esa nueva experiencia.

Por una verdadera casualidad me libré de llegar a tal extremo, porque estuvimos a punto de visitar "el nido vacío".

El comodoro de la División de submarinos rápidos que habían puesto a mis órdenes, un capitán de corbeta llamado Schulz, estaba entusiasmadísimo por tomar parte en nuestra misión. Hacía tiempo que deseaba ejecutar una orden de tanta categoría. Volvimos a repasar nuestro plan con suma atención y estudiamos concienzudamente todas nuestras posibilidades.

La flotilla de submarinos debía entrar el día X en el puerto de guerra, simulando una visita oficial. Acto seguido echaría anclas en una ensenada de la pequeña ciudad de Magdalena. El resto de los barcos "R" y "M" serían dirigidos por Radl y se encargarían de recoger: a bordo las tropas acantonadas en Córcega. Los soldados deberían ocultarse para que nadie se diera cuenta de que iban a bordo. Anclarían en Palau, justo frente a la ciudad de Magdalena. Al oscurecer del día X, ambas flotillas deberían maniobrar como si se dispusieran a salir de puerto. Sin embargo, en un determinado momento, los botes "R" y "M" desembarcarían los soldados en tierra. Una parte de ellos se encargarían de aislar la fortaleza del resto de la ciudad, en tanto los submarinos se preparaban a cubrir la operación con sus cañones.

Yo, a mi vez, tenía la intención de abrirme paso hasta la "Villa" con la flor y nata de mis hombres, desfilando tranquilamente y en perfecta formación. Contaba con que mi ordenado desfile desconcertaría a mis probables enemigos, ganando con ello un tiempo precioso. Quería evitar, en la medida de lo posible, verme obligado a hacer uso de las armas en tanto avanzaba hacia la fortaleza. El resto, ¡todo el resto!, debía resolverse sobre la marcha. No debía temer se diera la alarma antes de tiempo, ya que algunos de mis hombres tenían el encargo de cortar las líneas telefónicas.

Cuando el Duce estuviera con nosotros y los ciento cincuenta hombres que lo custodiaban hubiesen sido reducidos, me daría prisa en embarcar con Mussolini en uno de nuestros submarinos rápidos. Una de las entradas del puerto debería estar en poder de nuestros comandos, con el fin de tener libre la salida. Y, por último, deberían ser obligadas las baterías Flak italianas emplazadas sobre la colina y en torno al puerto a entablar combate con las baterías Flak alemanas de Cerdeña.

Pero existía una cuestión que me preocupaba. En lugar próximo, debajo de la "Villa Kern", había varias barracas militares, muy cerca del puerto. Estaban ocupadas por doscientos cadetes de Marina que, en ellas, efectuaban su instrucción. Era preciso que aquel flanco lo tuviéramos bien cubierto. Asimismo nos enteramos que cerca de la costa estaban amarrados dos viejos hidros italianos y un tercero nuevo, flamante, recién pintado. Debíamos situar nuestros comandos de tal manera que imposibilitaran el despegue de los hidros e impedir así que nos siguieran.

A primera hora del día señalado embarqué, en compañía de Radl, en uno de los submarinos rápidos que integraban nuestra flotilla, y salimos del puerto de Anzio. Alcanzamos Santa Magdalena después de una travesía bastante tormentosa. Radl desembarcó y volvió a embarcar en un bote "R" vía Córcega para supervisar el embarque de tropas. Tenía orden de regresar con ellas a Magdalena en cuanto empezase a oscurecer.

En varias ocasiones tuve un extraño sentimiento de inseguridad, especialmente cuando me veía obligado a dejar en manos de otro una tarea que no podía efectuar personalmente. Eso me sucedió aquel mismo día. Warger había vuelto para hablar conmigo, describiéndome con todo lujo de detalles la topografía del lugar y las posiciones ocupadas por el enemigo. Habían sido localizadas cuidadosamente, y la versión de Warger no dejaba nada que desear. Pero como pensé que era mejor estar "muy" seguro, decidí hacer yo mismo una última inspección, acompañado de Warger.

Me vestí de simple marinero y me puse en camino. Durante el trayecto me sentí furioso al descubrir un hilo telefónico que estaba conectado con nuestro objetivo y no constaba en las anotaciones hechas por Warger. Le hice muchos reproches, pues estaba convencido de que una empresa tan difícil como la nuestra podría terminar en fracaso por una nimiedad. Sin embargo, todo lo demás correspondía exactamente con las descripciones de Warger. Vi un doble puesto de "carabinieri" y a sus ocupantes que hacían guardia en la carretera; descubrí, emplazadas, varias ametralladoras en la misma entrada de la "Villa". Desgraciadamente, un alto muro nos impidió

echar un vistazo al jardín que la rodeaba. Me di cuenta de que no llamábamos la atención y de que nadie se fijaba en nosotros. Yo vestía una sencilla blusa de marinero y ayudaba a mi compañero a transportar un cesto lleno de ropa sucia. Nuestra meta era una casa vecina a la "Villa", situada algo más alta que ésta, lo que nos permitió echarle un vistazo. Warger entró en la casa con el cesto para dar a lavar la ropa que contenía. Ascendí un poco por el camino para poder disfrutar de mejor vista. Me aproveché de la ausencia de ciertos lugares "íntimos" de las casas del pueblo italianas, y cuando llegué al lugar que quería, me agazapé detrás de una, roca.

Mi observatorio, realmente, era bueno. Ya conocía la casa, su estructura y los caminos del jardín. Miré todo detenidamente y me pareció que no se habían producido cambios. Aliviado, regresé a la casa de la lavandera. Al entrar, me di cuenta de que uno de los "carabinieri", que formaba parte de la guardia, estaba de visita en la vivienda. Entablé conversación con él utilizando los servicios de Warger, que hacía de intérprete. Hice lo posible para que la conversación recayera sobre Mussolini; pero reparé que el soldado no se mostraba interesado por el tema. Sin embargo, se animó cuando le dije que sabía que el Duce había muerto y que mi información era digna de crédito. Llegó al extremo de afirmarme, con su apasionado temperamento meridional, que estaba en un error. Y le insistí repetidas veces, que un conocido médico me había dado toda clase de detalles sobre la muerte del dictador de Italia.

El "carabiniere" no pudo contenerse más y exclamó:

—¡No, no, "signore", imposible! He visto al Duce con mis propios ojos esta misma mañana. Formé parte de su guardia; lo condujimos al avión blanco que despegó con él.

¡Vaya sorpresa! El hombre estaba convencido de lo que decía y sus explicaciones parecían ciertas. De pronto, recordé que el hidro blanco ya no se mecía sobre las aguas del puerto. Había prestado atención al hecho, pero no lo relacioné con el asunto que tanto nos preocupaba. También comprendí, en aquel momento, por qué los soldados que guardaban la "Villa " se permitían deambular por su gran terraza. ¡Todo, absolutamente todo, me probaba que el "nido estaba vacío!"

No existía la menor duda de que el hombre decía la verdad. Fue una suerte que lo supiésemos a tiempo. ¡No podía ni imaginarme lo que habría sucedido si hubiésemos puesto en práctica nuestro meditado plan para encontrarnos con las manos vacías!

Debíamos apresurarnos a suspender todos los preparativos. Conseguí ponerme en comunicación telefónica con Karl Radl pocos minutos antes de que se dispusiese a abandonar Córcega. Me informó que los hombres ya estaban a bordo. Le grité:

—¡Que desembarquen rápido, sin pérdida de tiempo!

Simulamos que continuábamos nuestros preparativos, como medida de seguridad; por otra parte teníamos esperanzas de poder llevar a cabo la acción, en el caso de que Mussolini fuera devuelto a Santa Magdalena. Y, ¡cosa extraña! Los italianos actuaron de idéntica manera y continuaron custodiando celosamente tanto el interior como el exterior de la villa. Estaba convencido de que la policía secreta italiana actuaba de aquel modo para desorientarnos y borrar así, las huellas del cautivo. Este era para ellos tan importante, que continuaban manteniendo tamaño simulacro, por motivos puramente preventivos. Nos encontrábamos como al principio. No nos quedaba más remedio que empezar desde cero. ¡El trabajo de todos aquellos días había sido en balde, lo mismo que todos nuestros esfuerzos!

Escuchamos un sinfín de rumores, pero ninguno de ellos nos pareció fundado: nuestras investigaciones los desvirtuaron. Un viaje de inspección, que efectué en compañía del general Student al lago de Bracciano, nos ofreció una pista que podía ser buena. Alguien, casualmente, había observado el amerizaje del hidro blanco.

Nuestras ulteriores investigaciones nos dieron oportunidad de comprobar que el lugar de detención del Duce estaba entre los confines de los Apeninos. Un informe, según el cual el Duce estaba en el lago Trasimano, resultó falso. Al cabo de algún tiempo, dos altos oficiales italianos sufrieron un accidente automovilístico, y tal suceso nos proporcionó un punto de partida para indagar en las montañas de los Abruzzos. Al principio, desorientados, seguimos una pista falsa, que nos condujo a la parte occidental de la cordillera.

Llegamos a la conclusión de que la mayor parte de los rumores falsos eran difundidos expresamente. El Servicio Secreto italiano y sus agentes demostraban ser unos adversarios muy difíciles. Llegó un momento en que incluso el Estado Mayor del Cuerpo de Ejército alemán, mandado por el mariscal Kesselring, así como el Departamento de Espionaje Extranjero, demostraron un interés especial en descubrir el paradero del Duce. Reconozco que, más tarde, cuando todo hubo pasado, me sentí satisfecho de que su búsqueda resultase vana.

En agosto el almirante Canaris se reunió, en Venecia, con su colega italiano, general Amé. No pudimos menos de preguntarnos:

"¿Acaso la obstinación del Servicio Secreto italiano ha podido más que el deseo de Hitler de aclarar tan extraño misterio? ¿Estaba decidido Canaris a tomar en sus manos las riendas de las acciones alemanas que giraban en torno a nuestro asunto?

El mariscal de campo Kesselring aprovechó el 29 de julio de 1943, fecha en la que Mussolini cumplía 60 años, para hacer algunas indagaciones sobre el paradero del Duce, ante el mariscal Badoglio.

Adolf Hitler envió a Italia, bellamente encuadernadas, las obras del filósofo Nietzsche. Kesselring "se dio por enterado" y dijo al mariscal Badoglio que tenía orden de ofrecer al Duce, personalmente, el regalo. Pero el intento resultó infructuoso: Badoglio le contestó que no podía complacerle en aquella ocasión.

Mientras tanto, la situación de Roma se había hecho sumamente desagradable en el transcurso de pocas semanas. Nos dimos cuenta de que muchas divisiones italianas estaban siendo emplazadas cerca de la Ciudad Eterna, y de que la operación iba siendo efectuada de una manera paulatina. Sabíamos perfectamente a qué atenemos, a pesar de que los italianos se obstinaban en afirmar que la concentración de tropas era una medida de seguridad para el caso de que se produjera un ataque aliado.

La División de paracaidistas alemanes, reforzada por algunas unidades del Estado Mayor alemán y de la Luftwaffe, se enfrentaba a siete divisiones cuyas fuerzas nos sobrepasaban en número. Llego un momento en que perdimos el control de las fuerzas italianas que, diariamente, se concentraban en Roma.

Mi pequeño servicio de información secreta nos aseguró, al cabo de unos días, que Benito Mussolini se encontraba en un hotel de montaña situado al pie de la cumbre del Gran Sasso.

A partir de aquel momento trabajamos febrilmente para recoger todos los datos y mapas que pudieran orientarnos sobre la topografía del terreno de aquella zona. Con gran consternación nos enteramos de que el hotel en cuestión fue terminado cuando estalló la guerra, por lo que no figuraba en ninguna clase de mapas. La única información que pudimos obtener al respecto fueron las descripciones de un alemán que vivía en Italia y que, el año 1938, había pasado sus vacaciones de invierno en el, entonces, recién inaugurado hotel. También pudimos hacernos con otras informaciones por

medio de un folleto publicado por una agencia de viajes, que describía, con todo lujo de detalles, las delicias de aquel paraíso para esquiadores.

No obstante, tuvimos que reconocer que los datos obtenidos eran insuficientes para orientarnos y llevar a cabo una operación militar tan arriesgada y de tanta importancia. Era absolutamente necesario que pudiésemos contar con algunas fotografías aéreas de toda aquella zona. Por ello, a primera hora del miércoles 8 de septiembre de 1943, el Alto Mando puso a nuestra disposición un avión dotado de cámara fotográfica automática. En aquel vuelo, tan importante y decisivo, fui acompañado por mi ayudante personal y por un oficial del Servicio Secreto (I-C), al que pensábamos confiarle una misión en nuestras ulteriores operaciones.

Temprano, por la mañana, viajábamos en vehículos pesados por carreteras flanqueadas por olivares o huertos frutales, en dirección a la costa, pues precisamente en la costa estaba el aeropuerto de Roma, Pratica di Mare, del que pensábamos despegar. El "tesoro" de la aviación alemana, un "He-111", nos recibió a bordo. Tomamos altura inmediatamente. No ignorábamos que nuestro vuelo debía ser desconocido para los italianos. Decidimos, por ello, inspeccionar la topografía de los Abruzzos desde 5.000 metros de altura. Hasta llegamos al extremo de no informar al piloto de la misión que estábamos cumpliendo. Le hicimos creer que teníamos la intención de tomar unas cuantas fotografías de varios puertos del Adriático.

Cuando estuvimos a treinta kilómetros de nuestro punto de destino decidimos tomar las primeras fotografías con la cámara que llevábamos a bordo. Cuando quisimos hacerlo nos dimos cuenta de que las instalaciones fotográficas del aparato se habían helado como consecuencia del frío reinante en aquellas alturas, por lo que tuvimos que renunciar a nuestra gran cámara tomavistas. Afortunadamente disponíamos de un pequeño aparato fotográfico de mano y lo utilizamos.

Como llevábamos los uniformes del "Africa Korps", padecimos mucho a causa del frío. No podíamos permitirnos el lujo de abrir el abombado techo de cristal del aparato, durante el vuelo; por ello, tuvimos que romper un gran segmento de cristal inastillable, con objeto de poder disponer de un hueco por el que sacar nuestra cámara. Nuestro improvisado observatorio obligaba al fotógrafo a tener la cabeza, los hombros y los brazos fuera de la carlinga del aparato.

¡Nunca habría imaginado que el aire fuera tan frío y el viento tan fuerte! Dije a mi ayudante que me agarrase fuertemente por las piernas y, seguidamente, saqué por el boquete recién abierto todo mi torso,

ligeramente cubierto por el uniforme de verano. Vi que estábamos volando sobre nuestro objetivo, el hotel de montaña; a nuestros pies, el "Campo Imperatore", un gran edificio construido en plena montaña, rodeado por las empinadas cumbres del Gran Sasso, que se elevaban a dos mil metros sobre el nivel del mar. Inmensas rocas de color parduzco, grandes acantilados, picos cubiertos de nieve tardía, y unos cuantos prados se extendían allá abajo.

En aquellos momentos, volábamos sobre el edificio que tanto nos interesaba. Aproveché la ocasión para sacar la primera fotografía. Tuve que dar varias vueltas al dispositivo del mando de placas, muy duro por cierto, para preparar la cámara para la segunda toma de vistas. Aquel movimiento hizo que me diera cuenta de que tenía rígidos los dedos, de tan helados que estaban. No obstante, no presté atención al hecho y presioné sobre el disparador por segunda vez.

Justamente detrás del hotel había una parcela de terreno llano, cubierto de hierba, que tenía la forma de un triángulo. Para mis adentros, decidí:

—Ya he encontrado nuestro campo de aterrizaje.

Un estrecho sendero, que formaba un leve recodo, me hizo suponer que la pradera había sido aprovechada como pista de aprendizaje para los novatos en el deporte del esquí. Y se trataba de la misma parcela de terreno de que me había hablado mi "informador" de Roma. Naturalmente, tomé la tercera fotografía. Inmediatamente, di un fuerte puntapié a mi ayudante, para darle a comprender que ya era hora de que volviera a introducirme en el interior del aparato.

Guardamos, como si fuera un tesoro, la cámara fotográfica con las primeras vistas tomadas. No volví a entrar en calor hasta pasados varios minutos, y ello gracias a que mis compañeros me dieron fuertes golpes en el pecho, espalda y brazos. Radl, con su habitual sentido del humor, observó:

—¿Es que no calienta el sol?

Como yo no estaba para bromas, por sentirme literalmente congelado, decidí hacer pasar a mi querido camarada por la misma experiencia durante nuestro viaje de regreso.

Me metí en la cabina del piloto. Desde ella vi en la lejanía la franja azulada del Adriático. Ordené que descendiéramos a dos mil quinientos metros y que cuando hubiésemos alcanzado la costa, volásemos por encima de ella en dirección al Norte. Estudiamos atentamente el mapa a fin de

despistar al piloto, y ordené inmediatamente que preparasen la máquina para tomar la primera vista del puerto de Ancona.

El aspecto que, visto desde arriba, ofrece la costa del Adriático es único y maravilloso. La pequeña ciudad portuaria se dejaba acariciar por los rayos del sol del mediodía. Poco después, volábamos sobre los balnearios de Rimini y Riccione. Cuando estuvimos algo más al Norte, ordené dar la vuelta para repetir las vistas que habíamos tomado. Después dije al piloto que volviera a ascender hasta cinco mil metros y que volase, con exacta precisión, sobre el pico del Gran Sasso.

Fue entonces cuando le tocó el turno a mi ayudante. Nos arrastramos hasta la cola del avión, apreciando que la temperatura, en el interior del aparato, había descendido por debajo de los cero grados. Renegamos de llevar puesto el uniforme de verano que, en otras circunstancias, nos ayudaba a soportar el sofocante calor de Italia. Puse la cámara fotográfica en las manos de Radl, repitiéndole la forma de manejarla, lo que era necesario, pues en su condición de músico ignoraba todo lo referente a cualquier cosa técnica. ¡Tal vez fuese, precisamente, aquella gran diferencia entre nuestras dos personalidades la que motivaba que nos entendiésemos tan bien! Le pasé a través de la abertura de la carlinga y me agaché a sus pies sujetándole las piernas. Vi que hacía ímprobos esfuerzos para pasar los brazos, la cámara y el torso por el boquete, y pensé que demostraba ser mucho más "patoso" que yo.

Volábamos sobre la cumbre. Calculé que, en un minuto, estaríamos encima mismo de nuestro objetivo. Hice signos de prepararse a mi amigo; no era posible hablar a causa del ruido de los motores. No obstante, haciendo un supremo esfuerzo, grité con todas mis fuerzas:

—¡Haga el mayor número posible de fotografías!

Observé que hacía unos extraños movimientos con los brazos. Era posible que, todavía, no estuviésemos volando sobre el hotel y que se viera obligado a disparar la cámara de lado. Pero me dije que todo podía servirnos. Yo sabía que las fotografías ladeadas, a veces, dan a conocer ciertos detalles de las zonas montañosas que no quedan reflejadas en la placa si se las toma de frente. Al poco rato, Radl me hizo signos de que le ayudase a entrar. Pude ver su rostro amoratado por el frío. Balbució temblando:

—¡Me importa un comino la soleada Italia!

Nos tapamos con todos los paracaídas y papeles que encontramos a mano, y di orden de que descendiéramos un poco. Más tarde volví a ordenar:

—No vuele directamente hacia el aeropuerto. Siga una trayectoria de vuelo algo más hacia el Norte, con el fin de alcanzar el Mediterráneo y entrar en Roma por su parte Norte. Cuando lo haya hecho, descienda cuanto pueda y diríjase al aeródromo.

Esta súbita decisión mía nos salvó la vida. De ello pudimos damos cuenta un cuarto de hora más tarde.

Al alcanzar la costa, el sol de mediodía nos calentó con sus rayos. Me había sentado al lado del piloto y miraba casualmente hacia la izquierda, en dirección a las montañas de Sabina, cuando abrí los ojos como platos. ¡No podía dar crédito al espectáculo que estaba viendo un nutridísimo grupo de aviones volaba rumbo a Frascati, procedente del Sur. No cabía duda de que se trataba de aparatos enemigos. Eché mano a mis prismáticos y pude ver cómo abrían las compuertas de las bombas dejando caer sobre la ciudad su mortífera carga. Fuimos testigos de dos oleadas más. Entonces nos dimos cuenta de que si no hubiese ordenado un cambio de rumbo casualmente, en aquellos momentos habríamos estado en el centro de la formación enemiga y, por lo tanto, irremisiblemente perdidos porque nuestro aparato no llevaba ninguna clase de armas. Pero como íbamos volando a una altura muy baja, no fuimos descubiertos por los cazas y nos libramos de su ataque.

La casa en la que el general Student había instalado su cuartel general no había sufrido desperfectos. En cambio, la nuestra estaba bastante destruida; dos bombas de pequeño calibre habían hecho blanco en ella. Fuimos parados por un oficial, que nos informó de que en los sótanos continuaban dos bombas llamadas "ciegas". Pero no podíamos perder tiempo; era indispensable que alcanzásemos nuestra habitación cuanto antes con objeto de rescatar ciertos documentos de suma importancia que se relacionaban con la misión que teníamos encomendada. Sabíamos que los artefactos podían estallar en cualquier momento. Dimos un gran rodeo, trepamos por los escombros y nos abrimos paso hasta nuestra habitación.

La mitad del techo se había derrumbado. A través del enorme boquete vimos el límpido azul del cielo. Rebuscamos febrilmente entre las ruinas para descubrir la carpeta que guardaba nuestro "tesoro". Algunos soldados nos prestaron ayuda y, al poco, dimos con lo que tanto nos interesaba.

La población civil había tenido muchas víctimas. Las bombas apenas habían causado daño en nuestras instalaciones militares. Las tropas se

afanaban en restablecer las comunicaciones, bastante destruidas. Tendieron unos cables suplementarios y, pasadas unas cuantas horas, los mayores desperfectos estaban reparados.

Tuve que trasladarme a Roma, en compañía de mi ayudante, a fin de tener varias entrevistas con algunos oficiales italianos que, así me acababa de enterar, planeaban la liberación de Mussolini. Deseaba conocer sus planes, pues quería evitar que los de ellos se interfirieran en los míos y nos molestásemos mutuamente. Pude darme cuenta de que estaban cargados de buenas intenciones pero que no tenían tantas "bazas" como nosotros.

Mientras tanto había oscurecido. Viajaba en coche a través de las calles de Roma; me dirigía a recoger a mi ayudante a uno de los centros alemanes que había ido a visitar. Iba distraído hasta que, de pronto, me di cuenta de que el público se reunía ante varios altavoces. Yo pasaba entonces por la Vía Vittorio Veneto. La masa de gente que pululaba por las calles era tan densa que apenas podía avanzar. Comprobé que las informaciones lanzadas a través de los altavoces eran recibidas con un intenso griterío. Oí varios gritos de:

–*Viva il Re!*

Observé cómo varias mujeres se abrazaban y besaban, y que un grupo de gente gesticulante discutía airadamente. Paré el coche y me enteré de una noticia nada satisfactoria:

–¡El Gobierno italiano acaba de capitular!

No podía existir una situación más crítica para nuestras tropas. El paso que acababa de dar el Gobierno italiano no nos cogía desprevenidos. Pero... ¡No contábamos con la fecha! Me di cuenta de que la nueva situación entorpecería, o desbarataría, los planes que habíamos trazado; que dificultaría con creces la misión que me había llevado a Italia.

Encontré a Radl en la embajada alemana.

Más tarde me enteré de que el general Dwight Eisenhower, a las 18,30 horas, había notificado, por Radio Argel, la capitulación de Italia; él fue el primero en lanzar tal noticia, para nosotros de vital importancia. El hecho de que, pocas horas después, el Gobierno de Badoglio transmitiera la misma noticia a través de todas las emisoras, me daba a entender que los aliados habían presionado sobre los italianos, por lo menos en cuanto al tiempo de la difusión de la noticia.

Los aliados habían preparado su ataque a Salerno para la noche del 8 al 9 de septiembre de 1943 y estaban decididos a pasar a la acción, costase lo que costase. Aquel plan, igual que el bombardeo de Frascati, tenía por

objeto conseguir el derrumbamiento del nuevo Gobierno italiano, y fue llevado a efecto sin pérdida de tiempo. Por medio de los informes secretos recopilados por el servicio de espionaje alemán, nos enteramos de que Eisenhower había planeado un lanzamiento de paracaidistas aliados sobre la ciudad de Roma. No ignorábamos que la ejecución práctica de tal acción hubiese sido altamente comprometida para nuestras exiguas fuerzas militares.

Empleamos varios días en adquirir una cierta seguridad de que el Duce estaba en el Hotel de montaña del Gran Sasso. Había obtenido la primera información de dos italianos que, ignorantes de lo que hacían, me ofrecieron el primer punto de partida. Sin embargo, deseaba que mis suposiciones fueran corroboradas por un alemán. Sabía que nadie podía llegar hasta el hotel en cuestión, pues éste se comunicaba con el valle por medio de un teleférico. Quería, era imprescindible, que "mi" alemán interviniera lo máximo posible en el asunto que tanto me preocupaba.

El día anterior se me había ocurrido una idea que deseaba poner en práctica cuanto antes. Conocía a un médico alemán que formaba parte de nuestro Estado Mayor en Roma. Era sumamente orgulloso. Por ello, yo tenía la seguridad de que haría lo posible para ganarse una condecoración. Hablé con él y le dije la forma de poder hacerse con ella.

Los innumerables soldados alemanes que eran atacados por la malaria habían sido enviados, hasta aquel momento, a las montañas tirolesas. Por tanto, rogué al médico que se acercara, de "motu proprio", al hotel del Gran Sasso y lo estudiara detenidamente. No dejé de decirle que aquel edificio, situado a dos mil metros de altura, era indicadísimo para sanatorio en el que pudieran reponerse nuestros soldados enfermos. Debía hacer todo lo posible para hablar personalmente con el director y conseguir que aceptase un cierto número de convalecientes. Aquel mismo día, a primera hora de la mañana, el médico se había ido en su propio coche para poner en práctica mi plan, y yo me sentí muy preocupado hasta su regreso.

El personal de la Embajada había formado un convoy para dirigirse a Frascati bajo la protección de nuestras tropas. Le precedimos; deseábamos encontrarnos en nuestro acuartelamiento cuanto antes.

En cuanto llegué, me hice anunciar al general Student, porque quería discutir con él la situación vigente sin pérdida de tiempo. Los dos estuvimos de acuerdo en que debíamos rescatar a Mussolini lo antes posible; nuestra acción no admitía demoras.

Lo primero, lo más importante de todo, era que la situación en Roma se aclarase, ya que debía ser la "pase de retaguardia" de las tropas alemanas que combatían en el Sur. Debíamos hacer lo que fuere para que la Ciudad Eterna continuase en nuestras manos.

Fortificamos los alrededores y el centro de Frascati, lo que nos permitió pudiéramos disponer de algunas horas de tranquilidad para preparar la transmisión a la tropa de las órdenes que deberían cumplir el día siguiente.

Ya sabíamos los motivos que habían impulsado a los aliados a bombardear la ciudad de Frascati; no se nos escapaba que tanto el Alto Mando aliado como el Gobierno italiano se habían puesto de acuerdo para debilitar las fuerzas militares alemanas destinadas en Italia. Pero..., ¡no lo consiguieron! Continuábamos comunicándonos con todas nuestras unidades que, como es de suponer, estaban en estado de alarma. La noche transcurrió relativamente tranquila, a excepción de ciertas escaramuzas entre tropas alemanas e italianas sostenidas en el sur de Roma.

A primerísimas horas de la mañana del 9 de septiembre de 1943 se entablaron los primeros combates serios en las cercanías de Frascati. No obstante, conseguimos, en el transcurso del día, que toda la cordillera de Sabina quedase en nuestras manos. Las tropas alemanas lograron abrirse paso hasta Roma, que estaba ocupada por gran número de soldados italianos; incluso ellos mismos la cercaban.

Fue casi a la misma hora de aquel día cuando hizo acto de presencia "mi" médico; se sentía desolado de que, como consecuencia de la nueva situación, se hubiese echado a perder nuestro plan referente al "sanatorio". Me informó con toda clase de detalles sobre la forma en que había llegado hasta Aquila y cómo, desde allí, se había dirigido al valle donde estaba la instalación del teleférico que conducía al hotel de montaña que nos interesaba. Me dijo que, una vez en él, hizo lo imposible para continuar adelante; pero sus esfuerzos resultaron infructuosos, puesto que no le dejaron avanzar ni un solo centímetro más. Me explicó que la carretera estaba cortada por un grueso tronco de árbol, y que era estrechamente vigilada por un puesto de "carabinieri". Entabló negociaciones con ellos hasta que consiguió hablar por teléfono con el hotel.

Un oficial le contestó que el hotel había sido requisado con fines militares y que estaba completamente cerrado para cualquier otra clase de actividad. El médico opinó que el "Campo Imperatore" debía ser considerado como un centro de gran importancia, porque había visto una instalación radiofónica provisional en el valle, y porque era muy fuerte la

vigilancia en torno al teleférico. Hasta había oído explicar historias absurdas a la población, según las cuales, hacía poco tiempo, el personal civil había recibido orden de abandonar el hotel, habiéndose iniciado, acto seguido, los preparativos para recibir en él unos doscientos soldados. Muchos oficiales iban al valle con mucha frecuencia; hasta se daba el caso de que algunas personas afirmaban que Mussolini era retenido "allá arriba", lo que no era más que un rumor, puesto que semejante suposición no podía ser cierta, etcétera.

Dejé que pensase lo que quisiera y decidí prescindir de su colaboración.



CAPÍTULO XVI

Roma vuelve a estar en manos alemanas. – El tiempo apremia. – Peligro de una "entrega" a los aliados. – El plan decisivo. – ¿Mussolini en África? – Los "frutos están maduros". – 12 de septiembre de 1943, día X. – Los últimos preparativos. – Ayudas involuntarias. – Las últimas órdenes. – En el planeador. – Aterrizaje prohibido. – "Mani, in alto!". – 10:250. – "Allí está el Duce". – "Aléjate de la ventana" – Dos hombres me siguen. – El planeador destrozado. – "¡El vencedor!" – "El Führer me envía". – La única oportunidad. – Tres en la "cigüeña". – Entre la vida y la muerte. – El piloto lo consigue. – También salvamos a la familia. – Llegada a Roma.

10 de septiembre de 1943. Pasamos dos días y dos noches sin disfrutar ni un solo momento de reposo; no dispusimos de tiempo ni para despojarnos del uniforme. A nuestro general le sucedió algo similar. En estas condiciones, sostuve con él una entrevista decisiva.

Antes de entrevistarme con mi superior quise cambiar impresiones con mi ayudante. Discutimos las posibilidades de un asalto. Sabíamos que no nos quedaba más remedio que poner en práctica, cuanto antes, nuestro plan. Cada día, incluso cada hora de demora, ponía en peligro el éxito de nuestra

empresa; a medida que el tiempo pasaba, aumentaban las probabilidades de que el Duce fuera trasladado de lugar o entregado a los aliados. Y que nuestras suposiciones eran ciertas, lo pudimos comprobar plenamente poco tiempo después. Nos enteramos de que el general Eisenhower había recibido orden de hacerse cargo de Mussolini.

Sabíamos que no podíamos lanzar un ataque por tierra. No ignorábamos que los abruptos acantilados dificultarían nuestra empresa y nos ocasionarían gran número de bajas; tampoco dudábamos de que una concentración de tropas en aquella zona sería descubierta fácilmente, lo que tendría como consecuencia que el detenido fuese trasladado, ocultado o asesinado. Si queríamos evitar que sucediese tal cosa, no nos quedaba más remedio que ocupar toda la cordillera con una gran concentración de tropas y para ello debíamos contar, al menos, con toda una División. Era preciso descartar, pues, la posibilidad de atacar por tierra.

Nuestra mejor aliada debía ser la sorpresa. No podíamos saber si la guardia había recibido la orden de fusilar al prisionero en caso de peligro. Por ello, no nos quedaba más remedio que contar con la rapidez y la sorpresa para impedir sucediese lo que imaginábamos. Sólo nos quedaban dos posibilidades: O bien el lanzamiento de tropas desde el aire, o el intento de un aterrizaje por sorpresa en las inmediaciones del hotel.

Estudiamos detenidamente ambas posibilidades, y nos decidimos por la segunda de ellas. Sabíamos que el lanzamiento de paracaidistas desde semejante altura, efectuado sobre una zona muy elevada sobre el nivel del mar, no era indicado, ya que no podíamos disponer de paracaidistas especializados. También era probable que, a causa de lo abrupto del terreno, los paracaidistas quedasen muy esparcidos, cosa que haría muy difícil una ulterior concentración de fuerzas. Después de mucho pensar, llegamos a la conclusión de que únicamente podíamos llevar a cabo la acción haciendo un aterrizaje con aviones planeadores.

Cuando en la tarde del 8 de septiembre quisimos dar a revelar las fotografías tomadas volando sobre la zona que tanto nos interesaba, comprobamos que nuestro laboratorio fotográfico de Frascati estaba completamente destruido como consecuencia del bombardeo. Ordené a uno de mis oficiales solucionase el problema en el lugar más próximo.

Dicho oficial descubrió un laboratorio fotográfico en un aeródromo militar en el que pudo sacar copias. Desgraciadamente, no pudimos disponer de fotografías en relieve, que nos habrían proporcionado una perfecta imagen plástica de toda la topografía del terreno. Tuvimos que

contentarnos con copias corrientes del tamaño de catorce por catorce centímetros.

Reconocí fácilmente el triángulo de hierba que tanto llamara mi atención cuando volamos sobre nuestro objetivo. Lo elegí como punto de nuestro aterrizaje y tracé mis planes contando con él.

Con el fin de asegurarme la retirada en caso de apuro y para facilitarme el regreso, decidí contar con un batallón de paracaidistas, que debía llegar al valle en el transcurso de la noche y estar preparado para ocupar, a la hora X, la estación del teleférico.

La conversación que sostuve con el general Student fue satisfactoria para mis planes. Me dijo que estaba muy preocupado con mi idea; que veía claramente sus aspectos negativos, pero que no me quedaba otra alternativa si no quería que mi empresa se resolviera en un rotundo fracaso.

Llegados a este punto, pusimos en antecedentes de nuestro proyecto al jefe del Estado Mayor del Cuerpo al que pertenecíamos, así como al del Cuerpo de Paracaidistas IA, que debían ayudarnos a realizar mi plan en su condición de expertos. Ambos me opusieron innumerables objeciones; compartían la opinión de que la operación aérea, lanzada desde aquella altura y sin una previa preparación, sin disponer de un campo de aterrizaje apropiado, jamás había sido planeada ni ejecutada, por lo que, desde el punto de vista estrictamente técnico, era imposible de ser llevada a efecto. Creían que mi plan de lanzamiento ocasionaría, como mínimo, un ochenta por ciento de bajas, lo que haría que las tropas restantes resultaran demasiado débiles para sostener un combate, siendo, por tanto, mínimas nuestras posibilidades de éxito.

No obstante, no me dejé convencer. Reconocí los peligros que corría; pero hice hincapié en el hecho de que toda empresa debía ser puesta en práctica por primera vez en alguna ocasión, no pudiendo saberse, en caso contrario, si resultaba factible.

También dije que si se preparaba la operación detenidamente y se tenían en cuenta todos los riesgos, podríamos evitar grandes pérdidas. La velocidad de descenso de los planeadores debía mantenerse dentro de unos límites soportables. Seguidamente, añadí:

—Estoy dispuesto a aceptar de ustedes cualquier proposición que me parezca más viable.

Después de un sinnúmero de cavilaciones, el general Student decidió apoyar mi plan diciendo:

—Los doce planeadores que usted necesita pueden ser trasladados a Roma desde el Sur de Francia. Como hora X señalo las 6 de la mañana del 12 de septiembre. Esa es la hora en que los planeadores tendrán que aterrizar en la pradera situada cerca del hotel y, al mismo tiempo, el batallón deberá apoderarse de la estación del valle. A primeras horas de la mañana, las fuertes corrientes de aire que suelen originarse en todas las montañas de Italia son más débiles. Instruiré a los pilotos personalmente y les haré algunas observaciones acerca de lo peligroso de su misión, para que estén preparados a enfrentarse con cualquier eventualidad. Tengo que dar la razón al capitán Skorzeny. La operación no puede ser llevada a cabo de otra forma.

Ni Radl ni yo perdimos el tiempo y nos dedicamos febrilmente a repasar los diversos aspectos de nuestro plan. Teníamos que calcular minuciosamente todas las distancias, examinar al detalle los pertrechos que pensábamos llevar con nosotros; y, lo más importante de todo, debíamos trazar un plano para calcular el lugar exacto del aterrizaje de cada uno de los planeadores. Cada aparato podía transportar al piloto y a nueve hombres, es decir, un grupo militar completo. Era imprescindible que cada grupo conociera detalladamente la forma en que debía actuar. Yo mismo tenía la intención de ir en el tercer aparato para poder asaltar el hotel con la ayuda de mi grupo en cuanto pusiera pie en tierra. Los dos grupos que me precedieran deberían cubrirme.

Después de haber estudiado todos los detalles, repasamos, por última vez, nuestras posibilidades de éxito. ¡No pudimos negar que eran muy escasas! Nadie podía saber con certeza si Mussolini todavía continuaba en la montaña en cuestión; nadie podía saber si sería trasladado antes de que nos dispusiésemos a pasar a la ejecución de nuestro plan. A todo ello debía añadirse la incógnita de si conseguiríamos realizar la operación con la rapidez necesaria para impedir a nuestros enemigos cometer cualquier acción contra el Duce. No podíamos pasar por alto tampoco las advertencias de los oficiales de Estado Mayor, que consideraban que nuestra idea no podía ser puesta en práctica.

Era indiscutible que debíamos contar con algunas pérdidas en el momento del aterrizaje, a todo ello debía añadirse que, sin contar las bajas, sólo seríamos ciento ocho hombres y que no todos estaríamos en disposición de actuar al mismo tiempo. Sabíamos que teníamos que enfrentarnos con doscientos cincuenta italianos, que conocían al dedillo la topografía del terreno, habiendo convertido el hotel en un fortín. Sin

embargo, suponíamos que nuestro armamento era mejor que el suyo. Nuestras armas automáticas, empleadas por todos los paracaidistas alemanes, nos permitirían contrarrestar la superioridad numérica del enemigo. Pero sólo en el caso de que no sufriésemos muchas bajas antes de poder atacar.

Cuando llegamos a este punto de nuestras meditaciones, Radl me dijo:

–Le suplico, capitán Skorzeny, que no coja la estilográfica para hacer cálculos sobre el exacto porcentaje de nuestra suerte. Ambos sabemos lo pequeño que es. Pero, a pesar de ello, no nos dejaremos amilanar y la desafiaremos.

Le sonreí y le dije que aún tenía otra preocupación, y muy grande por cierto: ¿Hasta qué punto podríamos jugar la baza de la sorpresa, nuestra mejor arma?

Meditamos sobre ello durante algún tiempo, hasta que el primer teniente Radl dio con la solución.

–Llevaremos con nosotros –dijo– un alto oficial italiano, uno que sea conocido de los "carabinieri" que están en lo alto de la montaña. Su sola presencia bastará para que nuestros enemigos se desconcierten; y evitará una súbita acción contra nosotros o contra la persona del Duce. Debemos aprovechar tal momento para atacar. Tal vez sea nuestra única solución.

Aprobé su brillante idea e hicimos cábalas sobre la mejor forma de "agenciarnos" el oficial en cuestión. Decidimos que lo mejor sería que el general Student recibiera a nuestro hombre la víspera del día señalado, y le convenciera para que formara parte de la expedición. Seguidamente, debía quedarse con nosotros; incluso debía ser custodiado para evitar que cambiara de opinión y nos traicionara. Era imprescindible que se uniera a nosotros sin haber tenido previa oportunidad de hablar con alguien.

Conversamos con un "conocedor" de los asuntos de Roma y repasamos la lista que puso en nuestras manos. Me decidí por un general de "Carabinieri" que había formado parte del Estado Mayor de los "comandos" de Roma y que, durante los combates, se había mostrado relativamente neutral. Le rogamos se desplazase a Frascati la noche del 11 de septiembre para entrevistarse con nuestro general.

Pero hubimos de hacer frente a una inesperada situación. Las noticias que recibíamos sobre la llegada de los planeadores distaban mucho de ser satisfactorias. Nuestros aparatos se habían visto obligados a hacer varios rodeos como consecuencia de los ataques enemigos; además, tuvieron en

contra el mal estado del tiempo. Hasta el último momento esperamos a que llegaran a tiempo los planeadores. Pero nuestras esperanzas fueron vanas.

El general italiano, que acudió puntualmente a la cita, recibió el ruego de comparecer, el día siguiente a las ocho de la mañana, en el aeródromo de Pratica di Mare. No nos quedó más remedio que retrasar la hora de nuestra operación.

La nueva hora X se fijó para las catorce horas del domingo 12 de septiembre, porque no podíamos permitirnos el lujo de perder un día entero. Aquel retraso nos obligó a modificar algunos detalles de nuestro plan y menguó nuestras ya escasas probabilidades de éxito. El aterrizaje sería mucho más difícil debido a lo avanzado de la hora, el mediodía; las corrientes de aire serían más peligrosas, y la acción de los que debían de ocupar el valle resultaba más difícil por tener que ser ejecutada a plena luz diurna y, tal vez, a la vista de gran número de testigos. No se nos escapaba que estábamos forzados a enfrentarnos con un sinfín de imprevistos que, dadas las nuevas circunstancias, tenían que ser resueltos sin dilación.

La tarde del 11 de septiembre, sábado, visité el olivar de un convento de Frascatti, en el que mis hombres habían levantado sus tiendas de campaña. Había decidido utilizar los servicios de voluntarios exclusivamente para llevar a cabo tan arriesgada como difícil empresa; pero debía darles a conocer el peligro que iban a correr. Me presenté ante mis hombres y les hice un pequeño discurso:

—Ha pasado un largo tiempo de espera —les dije—; mañana cumpliremos una misión que no tiene nada de fácil y es de suma importancia. La orden me ha sido transmitida, personalmente, por Adolf Hitler. Debo reconocer que, seguramente, habrá muchas bajas y que no podré evitar tal contingencia. Dirigiré las operaciones personalmente y os prometo que haré todo lo posible para velar por vosotros. Sé que si todos nos ayudamos mutuamente podremos salir victoriosos. El que quiera ofrecerse voluntario, que dé un paso al frente.

Me proporcionó inmensa alegría comprobar que ni uno solo de mis hombres deseaba quedarse en tierra. Poco después, mis oficiales, el jefe de la segunda compañía de paracaidistas y yo, tuvimos que hacer frente a un serio problema: el de escoger a los hombres que pensaba llevarme conmigo. No podía llevar a todos; sólo tenían que ser ciento ocho. Permanecí algunas horas en el campamento y me satisfizo mucho el ambiente de alegría que reinaba entre mis hombres.

Ya había ultimado todos los detalles con el jefe del Batallón de paracaidistas que tenía la misión de apoderarse de la estación del valle; le transmití las órdenes que el general Student me había dado para él. La noche de aquel mismo día el Batallón marchó hacia su incierto destino. ¡La suerte estaba echada! Ciertos rumores afirmaban que el Duce había abandonado el territorio italiano a bordo de un buque de guerra, que había zarpado del puerto de La Spezzia, y que se encontraba en el norte de África, en calidad de prisionero de guerra.

La noticia, lanzada por los aliados, nos proporcionó un gran susto. Después de haber vencido la primera impresión y de dominar la idea de que volvíamos a llegar demasiado tarde, repasé los mapas marítimos y todos los datos sobre los últimos acontecimientos acaecidos hasta la fecha. Como sabíamos el momento exacto en que una parte de la flota italiana había abandonado el puerto de La Spezzia, pude calcular que, incluso en el caso de que se tratara de un buque superrápido; no habría tenido tiempo de llegar a África. Por lo tanto, indudablemente las noticias que los aliados habían transmitido por radio eran completamente falsas; estaban destinadas a confundirnos. Tomamos la decisión de actuar al día siguiente, a pesar de los rumores que circulaban. Los acontecimientos se encargaron de demostrar que estábamos acertados.

¿No era comprensible que, a partir de aquellos momentos, no diera crédito a ninguna noticia difundida por los aliados?

El domingo, 12 de septiembre de aquel año, a las cinco de la madrugada, formando una columna cerrada, nos dirigimos al aeródromo. Una vez en él, nos enteramos de que los planeadores no aterrizarían hasta las diez.

Volví a pasar revista a todos mis hombres; comprobé que sus armas se encontraban en perfecto estado. También inspeccioné nuestras provisiones, que debían bastarnos para cinco días. Las aumenté con varias cajas de fruta fresca, y a la sombra de las barracas y de varios árboles, el ambiente era el de la vida alegre del campo. No obstante, la tensión que suele preceder al cumplimiento de cualquier misión flotaba en el aire; tanto mi ayudante como yo, hicimos todo lo que pudimos para que no degenerase en nerviosismo.

Mientras tanto, las manecillas de mi reloj marcaban las ocho y media. Y el general italiano aún no se había presentado. Ello obligó a que Radl se dirigiese a Roma lo antes posible. Le ordené que me lo trajera sin pérdida de tiempo, empleando la fuerza si lo consideraba necesario. Aunque añadí:

—¡Pero tráemelo con vida!

Radl tuvo que pasar numerosas peripecias, pero consiguió dar con el general en cuestión y llevarlo al aeródromo.

El general Student mantuvo con él un breve conciliábulo, del que fui testigo. Le transmitimos el "ruego" de Adolf Hitler para que contribuyera a la liberación de Mussolini e hiciera lo posible para evitar un grave derramamiento de sangre. Pude apreciar que se sentía orgulloso de haber sido elegido para intervenir en tan decisiva acción; no tuvo fuerzas para negarse a ayudarnos. Aceptó. Y respiramos tranquilos al saber que contábamos con una importante baza a nuestro favor.

A continuación, el general Student estrechó las manos de todos y cada uno de los diecisiete hombres de las SS que integraban mi escolta personal; los mismos que debían aterrizar con el tercero y cuarto planeadores; luego, hizo lo mismo con los otros noventa que formaban el "comando" de paracaidistas, mandados por el primer teniente von Berlepsch. Aterrizaron los primeros planeadores alrededor de las once. No perdimos el tiempo; llenamos los tanques de los aviones que debían remolcamos, y los preparamos para que pudieran despegar en el orden previsto.

Los pilotos, y el capitán de las SS Menzel, el teniente de las SS Radl, el suboficial de las SS Schwerdt, así como el primer teniente von Berlepsch, y otros ocho jefes de grupo del Cuerpo de Paracaidistas, fueron invitados a reunirse en una sala. El general Student les hizo un corto discurso, volviendo a recomendarles hicieran todo lo posible para que la empresa terminara con éxito, rogándoles vencieran las dificultades que les salieran al paso. Prohibió cualquier clase de intento de aterrizaje forzoso, debido al enorme peligro que entrañaba tal operación.

A continuación intervine yo e instruí a los jefes de grupo sobre la misión que nos disponíamos a cumplir; dibujé un croquis sobre una pizarra, señalando el lugar exacto de aterrizaje de cada aparato. Finalmente, nos reunimos con nuestros hombres y dimos las últimas instrucciones a los jefes de grupo. Los soldados habían encontrado su lema, y cada vez que les presentábamos alguna dificultad, exclamaban:

— ¡La superaremos!

Más tarde pude comprobar que aquel lema optimista presidió todas nuestras acciones hasta el final de la guerra.

Volvimos a examinar la ruta de vuelo, el tiempo a emplear en el mismo y la altura con el oficial de la Sección de Paracaidistas que había hecho con nosotros el primer vuelo de exploración. Le ordenamos que viajase en el

primer planeador y marcara la ruta, ya que era el único, a excepción de mi ayudante y de mí mismo, que conocía nuestro objetivo y lo había visto desde el aire. El tiempo de vuelo que debíamos emplear para recorrer los cien kilómetros que nos separaban de aquél fue fijado en una hora exactamente. Por ello, decidimos despegar a las trece horas en punto.

De pronto, inesperadamente, a las 12,30 se dio la alarma aérea. No tardando mucho vimos que las bombas enemigas estallaban en las inmediaciones. Nos dimos prisa en cubrirnos y pensé que mis planes se venían abajo en el último momento. Y reflexione:

—¿Podré llevar a cabo mi misión? ¿No será una locura poner en práctica mi plan en estas circunstancias?

Escuché junto a mí la voz de mi ayudante, que me decía:

— ¡Lo superaremos!

Y tal frase, dicha con tanto entusiasmo, hizo renacer mis perdidas esperanzas. El ataque aéreo terminó poco antes de las trece horas. Nos apresuramos en alcanzar las pistas que sólo habían sufrido ligeros daños: comprobamos, aliviados, que nuestros aparatos no tenían ni un solo desperfecto. Estábamos en disposición de despegar y podíamos hacerlo sin pérdida de tiempo.

¡Dimos gracias a Dios! Corriendo, nadie pensó en ir al paso, alcanzamos los aparatos. Di orden de subir y me hice cargo del general italiano, obligándole a sentarse delante de mí sobre la estrecha banqueta de madera, quedando apretujados como sardinas en lata. Apenas teníamos sitio para nuestras armas. Me di cuenta de que el italiano lamentaba haberse comprometido; habría retirado su palabra si se le hubiese dado la más mínima oportunidad de hacerlo. Hasta llegó a vacilar antes de seguirme al avión. Pero, dadas las circunstancias, no podía permitirse el lujo de tener en cuenta sus sentimientos personales; tampoco disponía de tiempo para ello.

Eché un vistazo a mi reloj de pulsera; era la una en punto. Hice la señal convenida para despegar. Los motores empezaron a rugir; rodamos suavemente por la pista y, seguidamente, me di cuenta de que nos elevábamos. Describimos varias curvas hasta alcanzar la altura conveniente, y la formación de planeadores se dirigió hacia el Nordeste. El tiempo era el adecuado para nuestra misión; grandes nubes blancas flotaban a una altura de tres mil metros, aproximadamente, y nos ocultaban por completo. Sabíamos que si las nubes no eran barridas por el viento, conseguiríamos llegar a nuestro objetivo señalado sin ser vistos, y

podríamos salir de ellas como si fuésemos "espíritus procedentes de otros mundos".

En el interior del aparato hacía un calor espantoso; nos sentíamos apretujados y teníamos la sensación de estar dentro de una jaula. Ni siquiera podíamos hacer el más mínimo movimiento.

En determinado momento, me di cuenta de que el sargento sentado detrás de mí se sentía indispuerto. Contestando a la pregunta que le hice, me respondió que se había comido casi todas sus provisiones. Y añadió:

—En las presentes circunstancias, no sabemos lo que puede sucedernos dentro de una hora.

El hablar empeoró su estado; menos mal que un camarada le alargó su gorra para que pudiera librarse del peso almacenado en su estomago.

El general italiano, sentado ante mí, también se puso pálido; su rostro llegó a adquirir el tono verdoso del uniforme que llevaba puesto. Daba la impresión de que creía encontrarse a las puertas de la muerte.

El piloto me orientaba, como podía, sobre la ruta de nuestro vuelo, que yo comprobaba sobre el mapa que llevaba conmigo. En aquellos momentos acabábamos de pasar por encima de Tívoli. Desde el interior del aparato no podía verse el paisaje; era imposible orientarse mediante tan fácil procedimiento. Las pequeñas ventanillas de sus laterales estaban empañadas, y los respiraderos eran demasiado pequeños para permitirnos atisbar el exterior. Sin embargo, cumplían su cometido; nadie podía decir que el planeador alemán, del tipo "DFS-250", no estuviera bien ventilado. El planeador se componía de unos simples tubos de acero, recubiertos por gruesa lona. Pensé que nuestro perfeccionamiento técnico no había llegado a tal tipo de aparatos y no pude evitar un suspiro.

Pasamos a través de una nube para alcanzar la altura de 3.500 metros que yo había ordenado. Nos pareció estar sumergidos en las tinieblas; no veíamos absolutamente nada de lo que sucedía en nuestro derredor. Pero, al cabo de poco tiempo, volvimos a ser alumbrados por los rayos del sol. Acabábamos de salir de la nube.

Entonces, precisamente entonces, el piloto del avión que nos remolcaba, a través del telefonillo de a bordo, nos dijo:

—Los aparatos uno y dos ya no vuelan ante nosotros. ¿Quién dirige el rumbo a partir de este momento?

La noticia no tenía nada de agradable; temí por la suerte que podían haber corrido nuestros camaradas. En aquellos momentos ignoraba que no volaban detrás de mí los nueve aparatos con los que contaba y que su

número se había reducido a siete. Dos capotaron en el momento del despegue, hundiéndose en un gran boquete abierto por las bombas, no habiendo podido seguirnos por tal razón. Sin pérdida de tiempo contesté:

–Tomaré personalmente el mando del rumbo a partir de este momento; lo haré hasta que lleguemos al objetivo.

No perdí ni un solo minuto. Cogí mi cuchillo de paracaidista y abrí una abertura en la lona a la derecha y a la izquierda del aparato, haciendo lo mismo en el suelo. Las aberturas tenían la medida de un puño. Al menos disponía de alguna visibilidad. En mi interior, alabé nuestros viejos planeadores y me arrepentí de haberlos criticado anteriormente.

Los pequeños orificios me bastaban para orientarme cuando las nubes permitían disfrutar de visibilidad. No me quedaba más remedio que tomar como punto de orientación un puente, el recodo de una carretera o el curso de un río, para comprobar luego su situación en el mapa. Tuve que cambiar varias veces el rumbo de nuestro vuelo, pero pude dirigir la ruta con bastante exactitud.

En tales circunstancias, nuestra misión se veía entorpecida por un sinfín de dificultades. Procuré no pensar que en el momento del aterrizaje no tendría a nadie que me cubriera.

Pocos minutos antes de la hora X reconocí el valle, que se extendía bajo nosotros. Comprobé que el batallón de paracaidistas se desplegaba valle arriba y respiré aliviado al ver que habían alcanzado el objetivo en el momento indicado. Sabía que para lograrlo habrían tenido que superar muchos obstáculos y me dije que, pasase lo que pasase, no podría ser yo menos que ellos.

Ordené:

–¡Ponerse los cascos de aterrizaje; apretadlos fuertemente!

Exactamente debajo vi el hotel. Habíamos llegado al objetivo señalado. Di una nueva orden:

–¡Desenganchad la cuerda de arrastre!

De pronto, se hizo un impresionante silencio en torno nuestro. Sólo oíamos el susurro del viento y nuestra acelerada respiración. El piloto describió una amplia curva y buscó, ansiosamente, al igual que yo, el triángulo de tierra en el que debíamos aterrizar.

Una nueva sorpresa, ¡y nada agradable, por cierto! Acababa de descubrir "mi" prado. Pero, desde más cerca, pude darme cuenta de que su terreno no era llano; era empinado. ¡Incluso muy empinado! Casi tenía la inclinación de un trampolín de esquí.

Estábamos mucho más cerca del terreno de nuestro aterrizaje que cuando tomé las fotografías. Pude ver con claridad las inclinaciones del mismo. No podía aterrizar en semejantes condiciones; el intento sólo podía ser considerado una locura.

Mi piloto, el teniente Meier, debió pensar lo mismo que yo, porque se volvió y me miró interrogativamente. Me rompí el cerebro en busca de una solución apropiada, sin dejar de preguntarme:

—¿Estoy obligado a cumplir a rajatabla las órdenes del general?

En tal caso, debería prescindir de nuestro plan y procurar alcanzar el valle en un vuelo directo. Si no adoptaba la segunda decisión, desobedecería sus órdenes y me convertiría en el único responsable de lo que sucediese a continuación. Tomé la decisión más importante de mi vida y ordené:

—¡Preparados para aterrizar lo más cerca posible del hotel! El piloto no dudó ni un solo segundo. Bajó el ala izquierda del aparato y descendimos casi en picado. Un sudor frío me corrió por la espalda. Calculé mis posibilidades. También me pregunté:

—¿Resistirá el planeador la fuerte presión del aire? ¿Podrá mantener el equilibrio a pesar de su gran velocidad de vuelo?

¡Ya no, disponía de tiempo para hacer marcha atrás! El bramido del aire se intensificó a medida que nos acercábamos al objetivo. Vi cómo el teniente Meier abría el paracaídas que debía frenar el aterrizaje. Y, de pronto, topamos brutalmente con la tierra en medio de un ruido ensordecedor.

Cerré los ojos durante el espacio de un segundo; no estaba en condiciones de pensar. Una última sacudida me hizo comprender que habíamos aterrizado.

La compuerta de entrada había desaparecido y vi que el primero de mis soldados saltaba del planeador. Seguí su ejemplo con el arma en la mano, dejándome caer de costado. ¡Comprobé que estábamos a quince metros del hotel! Vi en derredor gran cantidad de rocas puntiagudas, que habían frenado nuestro planeador en el momento del aterrizaje, pero... ¡también lo habían desgarrado! También me di cuenta de que la "pista" de aterrizaje apenas tenía unos veinte metros y que, en aquellos momentos, el paracaídas que había servido de freno se plegaba detrás del aparato.

El primer puesto de guardia italiano estaba al pie de un pequeño promontorio y ante una esquina del hotel. Los que lo formaban no daban crédito a sus ojos, parecían asombradísimos ante el artefacto que acababa

de lloverles del cielo. No tuve tiempo de ocuparme del "huésped" italiano; me limité a comprobar que salía del planeador detrás de mí.

Corrí hacia el hotel y me alegré de haber ordenado que se me reservara el derecho de hacer el primer disparo, sucediera lo que sucediere. El ataque por sorpresa debía tener éxito. Detrás de mí oía la respiración acelerada de mis ocho hombres de las SS. Tenía la certeza de haber escogido los mejores de ellos y que estaban dispuestos a secundarme en mi acción, que comprenderían el más leve gesto que les hiciera. Pero...debía tener en cuenta que estábamos completamente solos; que sólo disponía de aquellos ocho hombres mandados por el teniente Meier.

Limitándonos a ordenar "Mani in alto!" al desconcertado centinela del primer puesto de guardia, llegamos al hotel y, de pronto, nos encontramos ante una puerta abierta. Al cruzarla vi ante mí un aparato radiofónico y a un operador italiano enfrascado en su tarea. Un fuerte puntapié tiró al suelo la silla en la que tenía asentadas sus posaderas, y un culatazo de uno de nuestros fusiles en las instalaciones hizo guardar silencio a la radio. No disponíamos de un tiempo. Debíamos continuar adelante a marchas forzadas. Los siguientes pasos nos llevaron al otro lado de la habitación, comprobando que no había en ella ninguna puerta que comunicara con el interior del hotel. No nos quedaba más remedio que volver a salir al exterior.

Recorrimos la fachada y doblamos por una de sus esquinas. Comprobamos, seguidamente, que se levantaba y extendía ante nosotros una terraza de dos y medio o tres metros de altura. El suboficial Himmel me sirvió de "soporge", y trepé por su espalda; los demás siguieron mi ejemplo.

Mi vista se posó sobre la fachada principal del hotel y la recorrió detenidamente. Vi una cabeza que se asomaba a una ventana. Reconocí al Duce. ¡Podía sentirme seguro! ¡En aquellos momentos supe que no habían sido vanos nuestros esfuerzos!

Le grité:

—¡Apártese de la ventana!

E, inmediatamente, nos dimos prisa en alcanzar la entrada principal. Nos enfrentamos con los soldados italianos que se apresuraban en salir al exterior, y vimos que acababan de emplazar dos ametralladoras ante la entrada. Saltamos sobre ella y las derribamos. Los "carabinieri" se apretujaron en la puerta. A culatazos, que no tenían nada de suaves, conseguí abrirme paso entre ellos. Mis hombres no cesaban de gritar:

–*Mani in alto!*

Todavía no habíamos disparado ni un solo tiro.

Me encontré en el vestíbulo principal; no tuve tiempo de mirar a mi alrededor, ignorando, por tanto, lo que estaba sucediendo a mis espaldas. A la derecha descubrí una escalera. La subí saltando los escalones de tres en tres hasta que llegué al primer piso. Torcí a la izquierda y continué por el pasillo. Seguidamente, abrí una puerta, ¡la indicada!

Entré en una estancia ocupada por Benito Mussolini y dos oficiales italianos a los que me apresuré a aplastar contra la puerta. Acto seguido, me di cuenta de que el umbral de la puerta parecía un hormiguero humano. Mientras tanto, había aparecido el teniente Schwerdt, que se hizo cargo en seguida de la situación. Ordenó a los dos estupefactos oficiales que salieran al corredor, y cerró la puerta a sus espaldas.

¡La primera parte de nuestra misión había sido coronada satisfactoriamente! ¡El Duce, sano y salvo, estaba en nuestras manos!

¡No habían pasado ni tres minutos desde el momento en que aterrizamos! Ante la ventana aparecieron las cabezas de dos suboficiales, Holzer y Benz, que, por no haber conseguido abrirse paso a través de la puerta, se apresuraron a escalar la fachada para llegar cuanto antes al sitio donde me encontraba. Una vez más pude comprobar que mis hombres no me dejaban en la estacada. Les ordené que salieran al pasillo para cubrirme.

Rápidamente me asomé a la ventana. En aquellos momentos, vi a mi ayudante, Radl, que había dirigido el planeador que voló detrás del mío, que se apresuraba a alcanzar el hotel acompañado de sus hombres, pertenecientes al cuerpo de las SS. Le grité:

–¡Todo en orden; asegúreme la planta baja!

Su aparato, el número 4, había aterrizado a unos cien metros. El capitán de las SS, Menzel tuvo que avanzar arrastrándose; se había roto un pie en el momento del aterrizaje.

Pude ver cómo otros cinco planeadores tomaban tierra sin novedad. Pero, al mismo tiempo, fui testigo de un terrible espectáculo: el octavo aparato, que formaba parte de mi flotilla aérea, osciló peligrosamente, enfiló un abrupto acantilado y cayó en él destrozándose en el abismo.

Casi inmediatamente oí unos disparos que llegaban de lejanía; con toda seguridad se trataba de un puesto de control italiano, que se había obstinado en ofrecer resistencia. Salí al pasillo y grité que el comandante del hotel se me presentara. Este, un coronel de "carabinieri", estaba en las cercanías. Le exigí que se entregara junto con sus hombres, y le previne que

cualquier acto de resistencia sería inútil. Me rogó le diese tiempo para pensarlo y le concedí un sólo minuto.

En aquel preciso instante entró mi ayudante en la estancia, lo que me dio a entender que había logrado abrirse paso. No obstante, parecía que los italianos continuaban manteniendo la entrada, porque no recibimos refuerzos.

Regresó el coronel italiano. Sostenía una botella de vino tinto de marca en las manos, y me la ofreció al mismo tiempo que se inclinaba ante mí diciendo:

—¡Al vencedor!

Una sábana blanca que colgamos de la ventana sirvió de bandera de la paz. Grité algunas órdenes e instrucciones a mis hombres.

Entonces, sólo entonces, estuve en disposición de dirigirme a Mussolini, que estaba en un rincón protegido por el teniente Schwerdt. Me cuadré ante aquél y le dije:

—¡Mi Duce, el Führer me envía para libertaros! ¡Sois libre!

Mussolini me abrazó y respondió:

—¡Sabía que mi amigo Adolf Hitler no me dejaría abandonado!

Lo que sucedió a continuación no nos proporcionó ningún quebradero de cabeza. Los soldados italianos fueron obligados a depositar sus armas en el comedor del hotel; pero los oficiales pudieron conservar sus armas, en cumplimiento de una orden que yo di. Fui enterado de que, además del coronel, habíamos cogido prisionero a un general.

La estación de montaña no sufrió daños; nos resultó fácil apoderarnos de ella. La estación del valle nos transmitió, telefónicamente, un informe análogo. Pero también nos enteramos de que en el valle habían tenido lugar algunas escaramuzas, y que el tiempo señalado se cumplió al segundo. La sorpresa había resultado nuestra mejor aliada. Y nuestra rápida acción contribuyó al éxito de la difícil empresa.

El primer teniente von Berlepsch, que mandaba a los paracaidistas que nos secundaron, se había vuelto a incrustar su monóculo cuando le ordené a través de la ventana que mandara refuerzos por teleférico.

Pensé que lo mejor era estar completamente seguros, y que no estaría mal que el coronel italiano se enterase de que contábamos con refuerzos en el valle. En el primer teleférico subió el mayor Mors, que se había encargado del mando del Batallón de Paracaidistas que tomaron el valle. En cuanto nos encontramos seguros, enviamos a varios soldados al lugar donde había caído el octavo planeador. Con el mayor, llegó al hotel el

inevitable informador gráfico, que tiró varias placas del edificio y sus alrededores, de los destrozados planeadores y de cuantos nos encontrábamos allí. No demostró conocer bien su oficio; confieso que me enfadé mucho cuando la película fue pasada en los noticiarios, pues parecía como si él hubiese estado con nosotros desde los primeros y más difíciles momentos. Y, como es de suponer, en aquellos instantes no estábamos en condiciones de posar para el operador, pues teníamos ante nosotros una tarea mucho más importante.

El mayor Mors me rogó que le presentara al Duce. A mi, entonces, sólo me preocupaba la forma de poder llegar hasta Roma con Mussolini que, a partir de aquel momento, estaba bajo mi custodia.

En el plan que tracé de antemano para lograrlo, incluí tres posibilidades.

Una marcha, con un recorrido de ciento cincuenta kilómetros. Pero tal marcha, a través de unos territorios que, apenas hacia cuatro días, no estaban en manos alemanas, me parecía peligrosa, sobre todo si teníamos en cuenta la presencia de Mussolini, y quedó descartada.

Por tanto, elaboré el plan "A" en colaboración con el general Student. Consistía en un ataque por sorpresa al aeródromo italiano de Aquila, en plenos Abruzzos, a la salida del valle, con el fin de tenerlo en nuestro poder en un corto espacio de tiempo.

Debía transmitir la hora "X" por radio para efectuar dicho ataque; pocos minutos más tarde, tres "He-111" aterrizarían en el citado aeródromo, en uno de los cuales, sin pérdida de tiempo, embarcaría yo con el Duce. Los otros dos aparatos debían proteger la acción y, después, seguir rutas falsas para despistar a nuestros adversarios.

Otro plan, el "B", consistía en el aterrizaje de una "cigüeña" en una de las praderas del valle.

En último lugar, debíamos poner en práctica el plan "C", que consistía en que el capitán Gerlach intentase aterrizar con una "cigüeña " en las mismas alturas donde estaba el hotel.

Ordené a la estación radiofónica del valle, ya en nuestro poder, que transmitiera a Roma la puesta en práctica del plan "A". Pero cuando quise retransmitir detalles complementarios y fijar la hora "X" para el ataque del Cuerpo de Paracaidistas contra el aeródromo de Aquila en las 16 horas, no pudimos continuar comunicando con Roma, cosa que nos llenó de sorpresa. Ello me obligó a prescindir del plan "A".

Mis prismáticos me permitieron observar el aterrizaje de una "cigüeña" en el valle. Utilicé el teléfono del teleférico para ordenar a su piloto

estuviera dispuesto para despegar inmediatamente. Pero me comunicaron que el aparato había tenido algunos desperfectos en el momento del aterrizaje y que no estaba en condiciones de despegar. Sólo me quedaba, pues, la última posibilidad, el plan "C", el más peligroso de los tres.

Las fuerzas italianas, que se nos habían rendido, se dispusieron a ayudarnos. Hasta se unieron; algunas de ellas, a las tropas que enviamos al valle para recoger a los paracaidistas que habían llegado con el avión siniestrado. Por el observatorio habíamos visto ciertos movimientos de paracaidistas en los acantilados, y esto nos hizo suponer que la caída no había sido un completo fracaso. El resto de los "carabinieri" nos ayudaron a acondicionar una pequeña zona de aterrizaje, incluso retiraron las rocas de mayor tamaño. No había transcurrido mucho tiempo cuando el capitán Gerlach volaba con su aparato sobre nuestras cabezas; describió varios círculos en el aire y esperó nuestras señales que debían de indicarle el momento del aterrizaje.

El capitán Gerlach aterrizó con gran pericia, en aquella altura, acción que llevó a cabo la primera y, tal vez, la única ocasión de su vida. Cuando le comuniqué que debíamos volver a despegar en el acto, no pareció muy contento de mi orden; y cuando añadí que seríamos tres a bordo, afirmó que mi idea era irrealizable.

Le llevé aparte para tener con él una conversación, corta pero convincente. Finalmente, se inclinó ante el peso de mis argumentos y se mostró dispuesto a ejecutar lo ordenado. Como es de suponer, yo había sopesado los pros y los contras, y no ignoraba la importancia de la responsabilidad que debía asumir. Sin embargo, no tenía otra alternativa; no me sentía capaz de dejar solo al Duce en las manos de Gerlach.

Sabia que si fracasaba el intento de despegue, mi situación personal sería violenta y me ponía la alternativa de decisiones confusas, y al filo de algo irracional; lo que en momentos normales suele rechazarse lógicamente, además de tener muy en cuenta las convicciones profundas y mi temperamento racial.

¡Tenía la convicción de que no podía presentarme ante Adolf Hitler para informarle de tan grave incidente! ¡No lo podía hacer para decirle que mi misión había sido cumplida satisfactoriamente, pero que el azar había querido se malograra en el último instante. Puesto que no tenía otra alternativa que llevar a Roma sano y salvo a Mussolini, debía compartir con él el peligro, a pesar de tener la seguridad de que mi sola presencia lo acrecentaba! Si sufríamos un percance, compartiríamos ambos la misma

mala suerte. Y esto era mejor que la posibilidad de que yo me salvase y los otros dos sucumbieran.

Hasta mi entrañable amigo Radl compartió mi opinión y los motivos que me movían a insistir en mi idea.

Di instrucciones al mayor Mors y a Radl sobre la forma en que debían emprender el viaje de regreso, y les ordené llevasen con ellos al general y al coronel como prisioneros de guerra y que procurasen llegar a Roma lo antes posible. Tanto los "carabinieri" como los demás oficiales debían quedar desarmados en el hotel de montaña.

El Duce me informó que había sido tratado con suma corrección y que, por lo tanto, no tenía motivo alguno para no mostrarse magnánimo. La alegría que sentía yo por mi reciente éxito era tan grande que quería evitar a mis adversarios la amargura del cautiverio.

A fin de impedir un probable sabotaje, dispuse que dos oficiales viajasen en el teleférico, en las dos cabinas del mismo, en tanto se trasladaban nuestras tropas de la montaña al valle. Una vez el último soldado hubiese puesto pie en aquél, el teleférico debía ser destruido, pues no me interesaba que pudiera volver a ser usado. Dejé en manos del mayor Mors el cumplimiento de esta orden y de sus detalles.

El capitán Gerlach supervisó la construcción de nuestra improvisada pista de despegue, y rápidamente todo el mundo puso manos a la obra.

Sólo entonces dispuse de unos cuantos minutos para prestar atención al Duce. Recordaba pálidamente al Mussolini de 1934. El recuerdo que yo tenía de él, vestido con su flamante uniforme, no se parecía en nada a aquel hombre vestido con un traje azul, que no tenía nada de elegante. Al verle, era fácil darse cuenta de que sufría una grave dolencia. Daba la impresión de que era un hombre enfermo, tal vez acabado; reforzaba tal impresión el hecho de que no se había afeitado, su prominente mandíbula estaba cubierta por una pelambrera gris que no favorecía nada su aspecto. Sin embargo, sus grandes y febriles ojos negros me hicieron comprender que estaba ante el gran dictador de Italia. Me traspasaban, parecían ahondar dentro de mí cuando me hablaba con su peculiar vehemencia.

Tenía mucho interés en enterarme por él mismo de su caída, así como de los pormenores habidos durante el tiempo que pasó como prisionero... Pero sentí pena y quise algunas alentadoras palabras:

—Nos hemos preocupado, constantemente, por la suerte de su familia, Duce. Su esposa y sus dos hijos más pequeños han sido internados, por el nuevo Gobierno, en su propiedad de "Rocca della Caminata". Nos hemos

puesto en contacto con su esposa, Donna Rachele. Al mismo tiempo que nosotros aterrizábamos en este lugar, otro de nuestros comandos, mandado por el capitán Mandel, recibió orden de rescatar a su familia. Estoy seguro de que, en estos momentos, ya goza de libertad.

El Duce me dio un fuerte apretón de manos y dijo:

—Entonces, todo está en orden. Agradezco, capitán Skorzeny, sus desvelos.

El Duce apareció en la puerta del hotel, ataviado con un abrigo negro y cubierta la cabeza con un sombrero flexible, negro, de fieltro. Le precedí hasta la "cigüeña", que estaba a punto para despegar. Yo me apretujé detrás del segundo asiento, y Mussolini se acomodó casi a mis pies. Al subir a bordo yo había notado que dudaba un poco él, y recordé que era piloto y que se había dado cuenta de que le forzábamos a correr una aventura que no tenía nada de sensata. Murmuró algo entre dientes. Yo sólo pude entender:

—¡Si el Führer lo desea...!

El motor se puso en marcha. Hicimos un último saludo de despedida a nuestros camaradas que allí quedaban. Agarré fuertemente, con ambas manos, dos tubos de acero de la conducción y procuré aumentar el equilibrio de la máquina haciendo algunas oscilaciones con mi cuerpo, con el fin de ayudarla a despegar. Comenzamos a rodar. Y, a través de las ventanillas, me pareció oír que mis hombres nos alentaban, gritando, al igual que los italianos.

A pesar de que la velocidad iba aumentando y de que ya estábamos casi al final de la improvisada pista, continuábamos pegados al suelo. Procuré hacer contrapeso con todas las fuerzas de mi cuerpo y aprecié que, en algunas ocasiones, saltábamos sobre algún obstáculo del terreno. Vi una gran hendidura ante nosotros y no pude menos de preguntarme:

—¿Qué sucederá si caemos en ella?

Inesperadamente nuestro "pájaro" alzó el vuelo. ¡Gracias a Dios!

Pero... la rueda izquierda del avión dio fuertemente contra el suelo, la máquina se inclinó un poco hacia adelante y el aparato empezó a trepidar. ¡Cerré los ojos! Sabía que no podía hacer nada; contuve la respiración y aguardé resignadamente a que llegase nuestro fin...

El viento ululaba cada vez con más fuerza en torno a nosotros. Creo que el peligro duró solamente unos cuantos segundos. Cuando volví a abrir los ojos, Gerlach había recuperado el dominio del aparato y lo mantenía en vuelo horizontal. Disponíamos de una ruta de vuelo apropiada, a pesar de

que el aire era muy fuerte. Volamos a unos escasos treinta metros sobre tierra y alcanzamos la salida del valle de Arrezano.

¡Habíamos superado la difícil prueba!

Los tres estábamos pálidos en extremo; pero ninguno dijimos una sola palabra. Prescindi de toda ceremonia y puse mi mano sobre el hombro de Benito Mussolini, al que acabábamos de salvar por segunda vez.

Pocos minutos más tarde me hizo unos comentarios sobre los paisajes que se extendían cien metros por debajo de nosotros. Por motivos de pura prevención no volábamos a gran altura y procurábamos mantenernos cerca de la cordillera.

—Aquí abajo hablé, hace veinte años, ante una gran concentración de gentes... En este otro lugar enterramos a un viejo amigo —recordaba el Duce.

Tan sólo en aquel instante me di cuenta de que Mussolini hablaba un perfecto alemán. En el transcurso de las últimas horas, durante las que tuve que dominar mis nervios, no había reparado en ello, lo había aceptado como una cosa natural.

Tuve ocasión de disfrutar del bello panorama por encima del cual volábamos; era la segunda vez que yo lo hacía en el mismo día, pero, es comprensible, no le había prestado atención. A través de los boquetes abiertos en el planeador, sólo me fue dable vislumbrar algunos retazos del paisaje, aunque mi estado de ánimo no me había permitido admirar su gran belleza. Pero en aquel momento, el panorama se exhibía ante mí en todo su esplendor. Lo abarqué con la vista y sentí una alegría indescriptible.

Volamos sobre Roma y nos dirigimos a Pratica di Mare, donde teníamos la intención de aterrizar. Gerlach nos gritó:

—¡Agárrense con fuerza, aterrizaje de dos puntos!

Al oír su voz recordé nuestro averiado tren de aterrizaje.

Tomamos tierra rodando con precaución sobre la rueda derecha del aparato y el espolón para conservar el equilibrio. También pudimos realizar con éxito esta operación. ¡No en balde era domingo!

El capitán Melzer nos recibió en nombre del general Student. Demostró alegrarse sinceramente por la feliz realización de nuestra empresa.

Tres "He-111" estaban preparados para despegar. Al verles, pensé que debía volver a comportarme con arreglo a los usos tradicionales. Presenté al Duce a los tripulantes de los aviones. Y volví a estrechar, agradecido, la mano de Gerlach, el piloto que acababa de realizar una auténtica proeza.

No podíamos perder tiempo si queríamos aterrizar en el aeródromo de Viena antes de que hubiese oscurecido.



CAPÍTULO XVII

Hacia Viena en compañía del Duce. – Una vez más, airosos. – En el Hotel Imperial. – La "Cruz de Caballero". – Hitler me felicita. – Exigencias. – El partido fascista republicano. – El fallo histórico de Mussolini. – El "último romano". – Un alto en la ciudad de Munich. – La familia del Duce. – La última visita de Ciano. – En el Cuartel General. – Ante los altos mandos de la Wehrmacht. – La opinión de Göring. – Regreso a Italia. – Pérdidas mínimas.

En aquel momento en que nos encontrábamos en un confortable avión, nos sentíamos muy a gusto, sabedores de que habíamos superado un trance difícil. Sin embargo, no podíamos sostener una verdadera conversación a causa del ruido de los motores.

El Duce se apoyó en el respaldo de su asiento con los ojos cerrados. Y yo aproveché la ocasión para seguir el hilo de mis pensamientos. Había cumplido satisfactoriamente la importantísima misión que se me encomendó; mi sano optimismo y mi férrea voluntad vencieron todos los obstáculos que me salieron al paso.

Sabía que la suerte continuaba siendo mi aliada en mi vida de soldado y que se había portado particularmente bien en día tan importante. También sabía que la misión que acababa de cumplir habría fracasado por un simple detalle, tal vez nimio, y que, dadas las difíciles circunstancias que la

rodeaban, habría adquirido las proporciones de una tragedia. Repasé todos los acontecimientos, y me sentí sumamente dichoso por haber podido salir triunfante en la empresa; de que hasta la casualidad me hubiese tendido la mano con gesto de infinita magnanimidad. Me sentí muy agradecido a los camaradas que colaboraron conmigo, demostrándome, en todo momento, que pasase lo que pasase siempre estarían a mi lado. No habría podido conseguir absolutamente nada si ellos no hubiesen hecho gala de una férrea disciplina, de un sincero valor.

Seguidamente pensé en nuestros heridos; afortunadamente, encontramos con vida a todos los que sufrieron el accidente. Deseaba ardientemente llegasen cuanto antes a lugar seguro. Volví a repasar la acción: Cuatro de los planeadores habían desaparecido y yo ignoraba la suerte que corrieron. ¡Había perdido la tercera parte de mi flotilla! Tal vez pudieron conseguir aterrizar en alguna parte...

A un jefe militar le resulta muy doloroso dar por desaparecidos a una parte de sus hombres. Tanto Gerlach como yo, los buscamos en tanto volábamos hacia Roma, pero no encontramos rastro de ellos en ninguno de los valles. ¿Era posible que hubiésemos pagado caro el éxito? Esta pregunta debía ser contestada por mis superiores. Yo tenía la certeza de haber actuado lo mejor que pude, y mi conciencia estaba tranquila.

Volamos por encima de la frontera austriaca y entramos en una zona tormentosa. Ya estábamos en disposición de comunicar por radio con la Patria, cosa que se nos había prohibido hasta que no hubiésemos cruzado sus fronteras. El radiotelegrafista empezó a actuar febrilmente, intentando ponerse en comunicación con el aeropuerto de Viena. No tardó mucho en anunciarnos que sus llamadas no obtenían respuesta desde el aeródromo de Aspern.

La cabina del piloto no ofrecía mucha visibilidad. Gruesas y oscuras nubes ocultaban todo el paisaje. Estábamos obligados a volar a unos dos mil metros de altura para poder pasar por encima de las altas cumbres de las montañas; nos orientábamos por medio de la brújula.

El Duce parecía haber dormido. El radiotelegrafista volvió a informarnos:

—¡No puedo comunicar con Viena!

Poco a poco oscureció; a ello contribuyó la compacta masa de nubes. Miré el reloj. Eran cerca de las 19,30. Debíamos llegar a destino en muy poco tiempo. ¡Casi estábamos llegando al aeródromo y todavía no habíamos podido hablar con él! A medida que transcurría el tiempo me iba

sintiendo intranquilo. No tenía nada de agradable dar vueltas entre las nubes llevando a bordo una personalidad tan importante. Comprobamos que el carburante iba escaseando. El piloto murmuró algo sobre un aterrizaje de emergencia. Pero tal acción era imposible de ser llevada a efecto. Volvimos a hacer cálculos, y dedujimos que estábamos en las cercanías de Viena.

Mientras tanto, había oscurecido por completo. Yo permanecía en la cabina del piloto y hacía lo posible para ver algo a través de la negrura que nos rodeaba por todas partes. Volábamos a gran velocidad. De pronto, pude ver abajo, a través de una nube, una brillante franja que parecía agua. Sólo podía tratarse del lago "Neusiedler". Respiré tranquilo; a partir de entonces todo iría bien, porque conocía aquellos parajes como la palma de mi mano. Atravesamos las nubes con precaución y empezamos a descender. Mis suposiciones resultaron ciertas. Al cabo de poco vimos el lago, que se extendía bajo nosotros a unos cincuenta metros de distancia. Ordené que el aparato virara hacia el Norte. Sabía que podíamos volar tranquilamente a dicha altura hasta llegar al Danubio. Cuando lo alcanzásemos no teníamos más que doblar a la izquierda y estaríamos en Viena. Aterrizamos en Aspern completamente a oscuras.

Hice que el avión se detuviera en una esquina del campo, donde estaba el puesto de guardia. Acto seguido desembarqué y me dirigí hacia los edificios para ver si éramos esperados por alguien. Me informaron de que varios coches, provenientes de la ciudad, habían estado en el aeródromo, pero que al enterarse de que un avión se había visto obligado a hacer un aterrizaje forzoso en Schwechat, localidad situada en las afueras de Viena, se habían apresurado a dirigirse hacia allí.

¡Hacía más de una hora que esperaban el aterrizaje de nuestro aparato! A pesar de ello, me sentí tranquilo por haber llegado sin novedad.

Me costó mucho trabajo conseguir del comandante del aeródromo que pusiera a nuestra disposición un coche para trasladarnos a Viena, pues yo no podía informarle de la identidad de la persona que me acompañaba. Por él me enteré, también, del motivo por el que no habíamos podido comunicar por radio con el campo: ¡El aeródromo de Aspern, junto a Viena, había estado "franco de servicio" por ser domingo! ¡Cosa inaudita si se tenía en cuenta que estábamos en plena guerra, en el año 1943!

Regresé al aparato en el coche facilitado y rogué a Mussolini montara en él. Al llegar a la autopista, nos cruzamos con la columna de coches ocupados por altas personalidades militares, que regresaban. En ellos

llegaban el jefe de Policía y de las SS de Viena, general de División Querner.

Se mostraron encantados de hallar a mi insigne huésped sano y salvo. Cuando se enteraron de que un avión acababa de hacer un aterrizaje forzoso, supusieron que se trataba del nuestro; se mostraron muy satisfechos cuando pudieron comprobar que el aparato en cuestión era uno de los dos que nos escoltaban. Más tarde me enteré de que el otro avión salido al mismo tiempo que nosotros de Roma, también tuvo que aterrizar forzosamente en la parte nueva de Viena, pero ambas tripulaciones habían resultado ilesas.

Confieso que sólo respiré aliviado cuando estuvimos instalados en el coche del general Querner. Tan sólo en aquel momento me vi libre de la inmensa responsabilidad que había pesado sobre mis hombros. Y entonces, ¡sólo entonces!, pude afirmar que había vencido todas las dificultades de tan arduo día. Llegamos al Hotel Imperial, en el que instalamos al Duce, en un apartamento previamente reservado para él.

Aquella noche sostuve con Mussolini una pequeña y divertida conversación.

Como habíamos llegado sin equipaje, el general Querner se las arregló para proporcionar al Duce un pijama y los útiles de tocador más necesarios. Cuando le llevé todo a su habitación, me hizo una divertida observación:

—No es sano dormir con pijama. Yo acostumbro dormir desnudo. Y se lo aconsejo, capitán Skorzeny, haga lo mismo en cualquier situación en que se encuentre.

El intenso brillo de sus ojos me demostró que el "hombre" que había en Mussolini conocía muy bien todos los aspectos de la vida. No pude evitar una sonrisa de comprensión. A continuación le deseé "buenas noches" y me despedí de él hasta la mañana siguiente.

De pronto, sonó el timbre del teléfono de mi habitación. Me comunicaron que Himmler deseaba hablar conmigo. Me felicitó por el éxito de mi empresa y me hizo unas cuantas preguntas. Inesperadamente habló en un tono de camaradería, completamente desconocido en él. Recuerdo que dijo:

—Sé que es usted vienés, Skorzeny. ¿Ha visto ya a su mujer? Cítela en el hotel para que puedan verse esta noche. Es imprescindible que no se separe de Mussolini; deberá permanecer junto a él en el transcurso de los próximos días.

Como es de suponer, aproveché la inesperada sugerencia y llamé a mi esposa. Llegué al extremo de sorprenderla mandando a buscarla con un coche conducido por el ayudante de Querner.

El general, un oficial de su Estado Mayor y un oficial de la zona de Viena, se reunieron conmigo en mi habitación. Otras personas, cuyos nombres no recuerdo, entraban y salían de la habitación. Todos me rogaban les explicara mi gran aventura. Lo hice con sumo gusto. Cómodamente recostado en un sillón, descansaba; tenía estiradas las piernas y sostenía en la mano una copa de coñac. Ni siquiera recordaba que hacía tres días que no me afeitaba y que mi rostro parecía un cepillo. El polvo y el sudor que cubrieron mi persona durante todo el día formaban una espesa costra en mi cuerpo; mi destrozado uniforme no era el más indicado para visitar el salón del mejor hotel de Viena. Pocos minutos antes de la medianoche, un coronel, jefe del Estado Mayor de la zona, se hizo anunciar. Entro en la habitación con aire solemne y se presentó. Mis ojos se abrieron como platos cuando anunció:

—Señor capitán, me presento ante usted cumpliendo una orden que me ha transmitido nuestro Führer. Tengo el encargo de entregarle la "Cruz de Hierro".

Seguidamente se desprendió de su propia condecoración y me la entregó. Una copa de coñac puso fin a la entrevista y me ayudó a dominar la sorpresa. Me pasé algún tiempo estrechando manos y agradeciendo las felicitaciones que me llovieron encima. Volvió a sonar el teléfono. El general Querner contestó a la llamada. Se volvió a mí y dijo:

—¡Skorzeny, el Führer desea hablar personalmente con usted!

Adolf Hitler me agradeció haber cumplido su orden con calurosas palabras. Me dijo:

—Acaba usted de llevar a cabo, felizmente, una hazaña militar que, a partir de este momento, formará parte de la Historia. Me ha devuelto a mi amigo Mussolini, por lo que, en agradecimiento a sus servicios, le condecoro con la "Cruz de Caballero" y le asciendo a comandante de las SS. Acepte mis más calurosas felicitaciones.

Cuando, poco tiempo después, desde Munich, recibí la noticia de que mi comando había cumplido satisfactoriamente también su misión en "Rocca della Cominata" y que la familia del Duce se encontraba, sana y salva, en aquella capital, pude cerrar tranquilo el agitado día que ya quedaba a mis espaldas y despedirme de mis huéspedes. Un baño caliente me proporcionó un placer deseado ardientemente desde hacía horas. Al

dormirme no pude dejar de pensar en mi padre, y sentí que no viviese para presenciar mi inesperada gloria. Sé que ninguna persona se habría alegrado tanto como él; y volví a recordar las palabras que me dijo al principio de la guerra:

—¡No debes pensar en seguida en la "Cruz de Caballero"!

Yo acababa de dar un paso decisivo en mi azarosa vida; el primero de otros muchos que jalonarían mi futuro.

Otros se encargaron de trazar el programa del día siguiente. Dörnberg, una alta personalidad del Ministerio de Asuntos Exteriores, que incluso me sobrepasaba una cabeza, se me presentó para acompañarnos.

También conocí a Baldur von Schirach, el "Gauleiter" de Viena, cuando llegó al hotel para visitar al Duce. Se inició un continuo ir y venir. Me había hecho con un uniforme no apropiado para mi complexión. No obstante, ofrecía un aspecto más aseado que con el desgarrado uniforme de las tropas de paracaidistas que vestía al llegar a Viena la noche anterior.

Fui el primero en saludar al Duce aquella mañana.

Benito Mussolini aparecía rejuvenecido. Me di cuenta de que el trabajo del peluquero había contribuido mucho a ello. Demostró haber recuperado su antigua vitalidad; se veía claramente que había aprovechado la noche para trazar nuevos planes. En cuanto le visité me hizo partícipe de ellos; completó sus ideas cuando volvimos a encontrarnos a bordo de otro avión. Fue la primera vez que oí hablar del "Partido republicano—fascista".

Luego me dijo:

—Cometí una falta, muy decisiva, por cierto, y que he pagado con creces. No me di cuenta de que la casa reinante italiana era, y es, mi mayor enemiga. Habría debido implantar la República en Italia en cuanto terminó la guerra con Abisinia.

En aquellos momentos todavía ignoraba que el domingo, 12 de septiembre, la radio alemana, a las 23 horas, había transmitido una noticia extraordinaria que, más o menos, decía:

—Un oficial vienés de las SS ha libertado, en el día de hoy, a Benito Mussolini, hecho prisionero por el nuevo Gobierno de Badoglio. ¡La difícil operación nos ha ocasionado grandes pérdidas!

Cuando, en la mañana del 13, llamé por teléfono a mi hermano, que estaba en Viena, me di cuenta de que había descubierto mi intervención en operación tan importante.

—¡Entonces fuiste tú! ¡Te felicito de todo corazón! ¡Has demostrado tener un bonito detalle para conmigo eligiendo el día de mi cumpleaños para llevar a cabo tan arriesgada acción...!

A las 11,30 volvimos a dirigirnos aeródromo de Aspern. Esta vez embarcamos en un cómodo avión de pasajeros, un gran "Junker". Me senté frente al Duce. Y tuvimos ocasión de sostener una conversación sin temor a que nos interrumpiesen.

Mussolini me desarrolló, con todo lujo de detalles, su plan para fundar un nuevo partido y constituir nuevo Gobierno. ¡No pude dejar de admirar la gran vitalidad de aquel hombre, que no había disminuido en nada a pesar de su largo cautiverio! Cuando apenas hacía pocas horas que estaba en su compañía, comprendí el significado de las palabras de Adolf Hitler:

—¡Mussolini es el "último romano"!

Nos reunimos con la familia del Duce en el aeródromo de Riem, de Munich. Donna Rachele, su esposa, causaba una impresión de discreción y simpatía en todos cuantos la conocían, que se acrecentaba con su trato.

Hasta las primeras horas del 15 de septiembre, nos hospedamos en la casa destinada a los huéspedes insignes del Gobierno del Reich, de Munich. Fui invitado personalmente por Mussolini a compartir su almuerzo. Y aproveché la ocasión para enfrascarme en agradable conversación con el dictador de Italia. Fue entonces cuando me explicó cómo se había llevado a cabo su arresto.

El 25 de julio de 1943 se dirigió al palacio del Rey, que lo había citado en audiencia, a pesar de que muchas personas, entre ellas su esposa, le aconsejaron que no lo hiciera.

—El Rey —explicó— me agradeció, con efusivas palabras, todo lo que había hecho por Italia. Hasta llegó a afirmarme que siempre sería el hijo predilecto de Italia y que él, personalmente, me consideraba como de su familia. Incluso llegó a llamarme primo suyo.

El hecho de que uno de los miembros de la Casa de Saboya llamase a alguien "primo" era una alta distinción, de la que el Duce disfrutaba desde hacía tiempo.

Tales fueron las palabras con las que "il Re Emanuele" se despidió de Mussolini, después de haberle abrazado efusivamente. Llegó a tomarse la molestia de acompañarle personalmente hasta la puerta. Pero... Ante la puerta esperaban unos cuantos oficiales que le arrestaron y le trasladaron al cuartel de los "Carabinieri" de Roma, en una ambulancia herméticamente cerrada.

Es comprensible que yo tuviera gran interés por saber si todas mis investigaciones habían sido dirigidas hacia el lugar indicado. Y tuve la satisfacción de comprobar que así fue y que las pistas que había seguido no resultaron falsas. Incluso las fechas en las que el Duce había cambiado de "domicilio", por llamarlo de algún modo, concordaban perfectamente con las mías.

Lo único que resultó una novedad para mí fue el hecho de que, realmente, los italianos hubieran decidido entregarle a los aliados una vez proclamado el "alto el fuego".

Me dijo que si a ello se hubiese llegado, se habría suicidado antes que caer vivo en manos enemigas. Un joven teniente de "carabinieri", al que vi en el hotel de montaña, estaba dispuesto a secundar tan drástica decisión.

Durante aquellos días, trabé conocimiento con otros dos miembros de la familia de Mussolini. El conde Ciano y su esposa fueron llevados secretamente a Alemania el mes de agosto, y habitaban en una propiedad situada en las cercanías de Munich. El mismo lunes por la tarde, Edda Ciano visitó a su padre para rogarle que recibiera a su esposo. La condesa tenía muy mal aspecto y parecía intensamente preocupada. No sabía si se preocupaba por su padre, o por su marido... Tanto el Duce como Donna Rachele se negaron a recibir a su yerno, pues Ciano había apoyado a la oposición que se enfrentó con Mussolini. Finalmente, el Duce accedió a conversar con Ciano, en tanto que su esposa se negó rotundamente a ver al conde.

—Le odio; estaría dispuesta a estrangularle —afirmó con temperamento meridional.

Mussolini me rogó estuviese presente en la corta entrevista que iba a tener con su yerno. El conde Ciano se presentó vestido con un elegante traje azul de paisano; lo primero que hizo, fue felicitarnos. Me pareció que intentaba aclarar al Duce su antiguo proceder. Sin embargo, el encuentro fue tan frío que yo me sentí incómodo a pesar de mi simple condición de testigo. Al cabo de pocos minutos, Mussolini dio por terminada la entrevista, y yo acompañé al conde Ciano hasta la puerta, donde me despedí de él.

A continuación, Mussolini me rogó tomase asiento junto a él ante la chimenea del salón. Comenzó a explicarme que, no tardando, iniciaría un proceso contra los principales responsables del complot. No pude mostrarme diplomático en aquella ocasión, y le espeté, recordando la visita del conde:

—En tal caso, se verá obligado, también, a hacer comparecer ante un tribunal al conde Ciano.

El Duce contestó muy seriamente:

—No ignoro que mi yerno debe ser uno de los primeros en comparecer ante un tribunal, y no me hago ninguna ilusión sobre el desarrollo del proceso.

En aquel instante descubrí la tragedia personal de aquel hombre; la inmensa tragedia de un hombre que, en calidad de jefe supremo de una República que era, no tenía más remedio que procesar y juzgar por el delito de alta traición a un miembro de su propia familia.

Aquel hombre, cuya voluntad era de hierro, parecía ser lo suficientemente fuerte para no vacilar en destruir al marido de su hija predilecta. No obstante, creo que nadie pudo saber lo que pasaba en lo más recóndito de su alma. Yo sabía que todos los italianos tenían un alto concepto de la familia. Por ello puedo imaginarme su estado de ánimo en el momento en que se vio obligado a firmar la sentencia de muerte de su yerno.

Cuando nos reuníamos a la mesa, sosteníamos animada conversación, en la que participaban todos los presentes. Los dos hijos pequeños del Duce, que contaban doce y catorce años, respectivamente, se mostraban tan animados que su padre se veía forzado a llamarles la atención.

El Duce acostumbraba servirse unos huevos y un poco de verdura en sustitución de lo que nos servían a la mesa; era muy parco en sus comidas. Como postre siempre prefería la fruta variada. Donna Rachele no hablaba mucho durante las comidas; apenas metía baza en la conversación.

El 15 de septiembre, a primeras horas de la mañana, despegamos en dirección al Gran Cuartel General del Führer, en la Prusia Oriental.

Al llegar al aeródromo del Cuartel General, disfrutamos de un tiempo maravilloso. Cuando se detuvo el "JU" y descendimos del aparato, el Duce fue saludado por Hitler. Acto seguido, el Führer me saludó efusivamente y me citó para aquella misma tarde, con objeto de que le diera una información completa sobre mi acción.

Cuando me recibió, tuve que informarle detalladamente sobre todos los acontecimientos acaecidos en el transcurso de los últimos meses, interesándose por el más mínimo pormenor. No me agradó tenerle que decir que había perdido una tercera parte de mi flotilla aérea, y añadí que, en tal momento, ignoraba aún la suerte que había corrido. Hitler me

prometió que ordenaría se hicieran en Italia las indagaciones pertinentes al caso.

La tarde del día siguiente llegó al Cuartel General, en tren especial, el mariscal del Reich Hermann Göring. También me pidió le explicase mi "historia" con todo lujo de detalles, lo que hice en tanto dábamos un pequeño paseo. Y me condecoró con el distintivo "Fliegerabzeichen" en oro. A pesar de ello, prosiguió echando un jarro de agua fría sobre mi alegría, al reconvenirme por la ligereza de que yo había dado muestras al permitir que el Duce despegase del Gran Sasso en las condiciones en que lo hizo. Aguanté en silencio su rapapolvo. Y cuando hubo concluido, le rogué condecorara con la "Cruz de Caballero" al capitán Gerlach y al teniente Meier. El primero era el hombre que había conseguido aquella "gran proeza" con la "Cigüeña", y el segundo era el piloto de mi planeador. Prometió complacerme. Ya me había ocupado, con anterioridad, de que Hitler distinguiera a mis hombres de las SS, cosa que conseguí. ¡Se lo merecían con creces!

Fui invitado a comparecer aquel mismo día en la casa de té. Hube de hacer un pequeño discurso ante un auditorio de unos quince generales. Tanto el mariscal del Reich como el coronel-general Jodl, estaban presentes. Al principio me sentí un poco cohibido al verme ante tantas personalidades. Pero, acto seguido, me di ánimos y empecé mis explicaciones. Es lógico pensar que no hablé sujetándome a los más estrictos cánones. Pero todo el mundo aceptó mis explicaciones. Muchas de mis palabras, ciertamente irónicas, fueron coreadas por alegres carcajadas, a pesar de que no fuesen propias de la atmósfera de respetabilidad que se respiraba en el Cuartel General.

Al día siguiente, el comandante de las fuerzas militares de seguridad del FHQ (Cuartel General del Führer), coronel Strewe, me invitó a visitarle. Me afirmó que yo le había causado innumerables preocupaciones, y que temía que, a partir de entonces, los aliados imitasen mi ejemplo y decidieran hacer un aterrizaje análogo en el mismo Cuartel General del Führer. Seguidamente me rogó que le aconsejara sobre la forma de tomar las medidas preventivas que le pusieran a cubierto de una acción de tal estilo. No pude negarle que existieran posibilidades de poder asaltar por sorpresa el FHQ. No cabía la menor duda de que podían darse en todos los cuarteles generales. Y todavía no comprendo ahora cómo no se le hubiera ocurrido aprovecharse de ellas a ningún general del Alto Estado Mayor. Tanto los oficiales como los generales de un cuartel general no están

particularmente protegidos en tiempo de guerra. Sus "bastiones", por ello, pueden ser asaltados exactamente igual que cualquier otra fortaleza.

Fue natural que la prensa y los reporteros gráficos me acosaran a preguntas. Se hicieron cargo de "mi caso" y escribieron una sarta de tonterías sobre mí. Igualmente continúa sucediendo en la actualidad. Fue una pena que la mayor parte de sus informes fueran producto de su fantasía y que, no siempre, estuvieran de acuerdo con la realidad. Por otra parte, yo no tenía ningún interés en que "mi caso" fuese ventilado a los cuatro vientos.

Esto no impidió, sin embargo, que los comentarios de la prensa extranjera, incluidas la inglesa y norteamericana, me proporcionaran una gran alegría. Me sorprendió la caballerosidad con que la prensa aliada aceptó y comentó mi acción. En aquel entonces, cuando ésta era todavía reciente y continuábamos estando en guerra, no leí una sola crítica contraria. No hubo nadie que criticase mi persona y nuestra operación. ¡Todo lo contrario!, la elogiaban, llegando hasta el extremo de admirar nuestra forma de actuar. ¡Sólo fui criticado al terminar la guerra...!

Yo habría preferido que la prensa alemana se hubiera limitado a publicar la primera información absteniéndose de dar nombres. Si hubiera actuado de tal manera, habría facilitado muchas de mis futuras acciones y ahorrado un gran número de preocupaciones.

Pasados tres días regresé a Italia junto a mis hombres.

Les llevé la agradable sorpresa de que nos habían dado permiso para Innsbruck. Yo sabía que mis hombres se sentirían muy contentos al enterarse de tal noticia. Volvieron a poner a mi disposición de otro "He-111". En Berlín fui recibido por el jefe de mi Sección, que se había quedado en "casa"; me ofreció un gran ramo de flores y varios obsequios. Mis hombres se sentían orgullosísimos de que su comandante hubiera sido condecorado con la "Cruz de Caballero".

Quise hacer un alto en mi viaje a Viena para disfrutar, en mi ciudad natal, de una corta estancia. El vuelo no vino a ser ninguna diversión. A la media hora de haber despegado, nuestro motor izquierdo empezó a arder. Pudimos alcanzar, con dificultades, un pequeño aeródromo, y tuvimos que hacer un aterrizaje forzoso.

En el pequeño avión de pasajeros con el que regresé a Berlín, estalló un conducto del carburante, lo que nos obligó a hacer, por segunda vez, un aterrizaje forzoso.

Subimos en un viejo aparato de instrucción, un "Junker Weihe" que, a pesar de su antigüedad, logró resistir los embates del viento y aguantó hasta Viena. Hay que agregar, también, que el piloto empezó a sentir un miedo atroz y se negaba a tomar tierra. Mis enérgicas admoniciones y mi promesa de ayudarle en caso de apuro tuvieron como consecuencia un aterrizaje bamboleante, pero feliz.

El lector habrá comprobado que no soy supersticioso. No acepto la superstición. Cada vez que compruebo que algo no marcha bien, lo intento por segunda vez. Hasta ahora, mi manera de actuar me ha dado satisfactorios resultados.

El nuevo "He-111" que volvieron a poner a mi disposición me llevó a Roma el siguiente día. Durante mi ausencia, gran número de tropas alemanas habían llegado a la ciudad. En todo el territorio desarmaron a los soldados de Badoglio que se mostraban irreductibles. Ya no teníamos que temer un peligro inmediato como el que se había cernido sobre nosotros durante los días que sucedieron a la fecha del 8 de septiembre, en que se temía que Italia pactase con los aliados. Por aquel entonces, toda Italia, a excepción de la cabeza de puente aliada, se encontraba segura en manos alemanas, empleando el tono de los informes dados por la Wehrmacht.

Cuando volví a hallarme en Frascati, tuve una agradable sorpresa. Un pequeño y anciano caballero se hizo anunciar mediante su tarjeta de visita. A partir de aquel momento siempre recordaría al conde Adolfo... Me agradeció efusivamente el rescate de Benito Mussolini, y me condecoró con la orden italiana de los "100 Moschettieri", que, tal como indica su nombre, sólo estaba en posesión de cien personas. Se trataba de una medalla de plata sobre la que estaba esculpida una calavera y de la que pendía una cinta negra de seda. Su dorso llevaba la firma de Mussolini. Unos días más tarde, también fui condecorado con la más alta distinción del Fascio italiano. Desgraciadamente perdí las dos condecoraciones cuando llegó el caos; me fueron robadas de mi equipaje.

Asimismo me enteré de algunas novedades que, en parte, me alegraron, y, en parte, me molestaron. Me informaron de que algunos miembros de una agencia de publicidad se habían dirigido al Gran Sasso con el fin de filmar "algunas escenas originales de la operación". Hasta más tarde no pude impedir que una parte de aquellas fotografías fuesen publicadas en las revistas alemanas como "auténticas".

Otra noticia que me dieron no me gustó; pero confieso que sentí un cierto alivio al escucharla. El 12 de septiembre, a la misma hora en que yo

volaba hacia los Abruzzos, el mando alemán en Italia dio orden de abandonar, sin lucha, la isla de Cerdeña, habiéndose mandado a las tropas, no obstante, que libertasen, pasase lo que pasare, a Mussolini, que estaba preso, según el mando, en Santa Magdalena, y que se lo llevaran consigo en su retirada. Mi pequeño servicio de información personal había trabajado con más rapidez, y la misión que me había sido encomendada, al igual que al general Student, fue cumplida satisfactoriamente sin necesidad de pedir prestados los servicios de las fuerzas regulares, que demostraron ser menos eficaces que nosotros. ¡Me sentí orgulloso por haberlas aventajado en todo!

Mis hombres recibieron las condecoraciones que les habían sido concedidas, de mis manos, en el transcurso de una pequeña fiesta. Al informarles que regresaríamos por carretera, vitorearon mis palabras con alegría.

Tenía intención de mostrarles los parajes más bellos de Italia y del sur del Tirol. Al llegar al lago de Garda el I "Panzerkorps", mandado por mi viejo camarada el general Paul Hausser, no nos dejó continuar adelante sin asistir, previamente, a un agasajo y haber aceptado como regalo un bonito "Lancia- cabriolé". Ordené formara parte de los coches puestos al servicio de mi unidad.

Mis explicaciones sobre el "rescate italiano" serían incompletas, si no hiciese mención de los diez hombres que resultaron gravemente heridos durante la operación. Afortunadamente todos curaron y, poco tiempo después, volvían a incorporarse a nuestras filas.

Desgraciadamente, la opinión pública creía que nuestra acción había costado un gran número de bajas; cosa comprensible si se tienen en cuenta las primeras noticias transmitidas por la radio sobre la misma. En una pequeña entrevista que nos hicieron a Karl Radl y a mí ante la radio, procuramos aclarar el equivoco. Pero todos nuestros esfuerzos para atenernos a la verdad, resultaron infructuosos. En el transcurso de los días y de las semanas siguientes, hasta llegué a recibir varios donativos en metálico destinados a las "víctimas del rescate del Duce". Reunimos los donativos en mi despacho y los repartimos entre los paracaidistas de la Luftwaffe.

Cuando estuvimos de regreso en Friedenthal, decidí conceder un corto permiso a mis hombres.

El inmenso montón de cartas que recibí, escritas por soldados y trabajadores que estaban en el interior del país y en los frentes, me proporcionaron gran alegría. Especialmente, los soldados que combatían en

el frente ruso me afirmaban en sus cartas que el ambiente descorazonador que reinaba entre ellos a causa de los "desplazamientos estratégicos", había cambiado de golpe cuando se enteraron de mi acción. Muchos de los hombres que luchaban duramente en los pantanos y en las grandes estepas de Rusia sintieron renacer sus esperanzas de que la guerra pudiera terminar con nuestra victoria.

El comprobar que había contribuido a que renacieran las esperanzas de mis camaradas que luchaban en el frente, me causó un gran bien.

Una cosa es cierta y nadie puede atreverse a negarla: el rescate de Mussolini, entonces, causó una impresión profunda en el mundo entero y fue comentado por todos. Me siento muy orgulloso, por mis camaradas, de que aquellos comentarios hechos durante la guerra, incluso los hechos por nuestros enemigos, fueron totalmente favorables y nunca se emplearon para hacer cualquier clase de propaganda contra Alemania o contra el ejército alemán.

Hace relativamente poco tiempo, me enteré, gracias a una inesperada visita que me hizo un soldado alemán que estuvo prisionero en Rusia, de que nuestra acción había causado un gran efecto psicológico sobre el pueblo ruso.

Mi amigo me explicó que en septiembre de 1943 estaba en un campo de concentración del Este, cerca de Ucrania. El, personalmente, estaba en la enfermería dicho día y fue testigo de que los oficiales ucranianos, encargados de la vigilancia del campo, se emborrachaban como cosacos celebrando de esa forma el éxito de nuestra empresa. Se sintieron de tan buen humor, que trataron benévolamente a todos los prisioneros, ofreciendo, incluso, a mi amigo, una copa de coñac, cosa que estaba estrictamente prohibida. Este, que por entonces hablaba un perfecto ruso, conversó con uno de los oficiales, que le dijo:

—Ahora, después del gran éxito que acabáis de tener en Italia, el ejército alemán volverá a atacar aquí, en Rusia, y no cabe duda de que vencerá. Pronto veremos rodar los tanques sobre nuestra tierra, y entonces la guerra terminará para ambos.



CAPÍTULO XVIII

Crisis en torno a Vichy. – El lobo ladra.

Apenas dispuse de cinco semanas, desde mediados de octubre hasta finales de noviembre de 1943, para reorganizar mis comandos. A primeros de diciembre recibimos la orden, del Cuartel General, de que me dispusiera a emprender la marcha hacia París, sin pérdida de tiempo, con una de mis compañías. Una vez allí, recibiría nuevas instrucciones.

La orden era escueta y, desgraciadamente, poco clara, lo que no es de extrañar si se tiene en cuenta que las ordenanzas militares deben cumplirse sin rechistar, aunque en algunos casos nos ocasionen serias dificultades.

Me ordenaron que procediera a reunir a mis hombres y que me presentara a los mandos de París, los cuales me darían órdenes más explícitas. Conocía París por haber estado allí en 1940 y 1942, cuando unas misiones, puramente técnicas, me llevaron a la bellísima ciudad del Sena. Por aquel entonces, me sentí sobrecogido por su belleza y magnificencia, y me formé de ella una opinión que no ha variado en nada en el transcurso de los años. Estuve, y sigo estando, convencido de que París es la ciudad más bella de Europa.

A pesar de mi alegría por volver a visitar la ciudad, me sentía contrariado por estar obligado a llevar a cabo una misión de la que no conocía absolutamente nada. Sabía que, en muchas ocasiones, las órdenes

no suelen ser bien aclaradas, y su cumplimiento ofrece un sinnúmero de dificultades, lo que no agrada a un verdadero soldado.

En las estaciones de París pude darme cuenta de que imperaba el famoso orden alemán. A cada soldado recién llegado a la capital de Francia, se le "rogaba", por unas inmensas pancartas, que se presentara "en seguida" en las oficinas de la Wehrmacht, situadas en la Plaza de la Opera. Una vez en ellas, se nos daba nuestra cartilla de racionamiento y la dirección del lugar en que debíamos presentarnos seguidamente. Arreglé estos detalles y, a continuación, me dirigí al Hotel Continental de la rue Rivoli.

Cuando llegué aprendí, una vez más, lo que era enfrentarse con un "hombre eficiente" en una importante comandancia de nuestra Wehrmacht. Los varios centenares de habitaciones del hotel habían sido transformadas en despachos, y de ellos entraban y salían numerosos oficiales del Estado Mayor. Finalmente, llegué al lugar indicado, donde fui recibido por un coronel de la I. G., cuyo nombre no recuerdo.

Había recibido la orden de poner a mi disposición un cierto número de tropas, pero no podía decirme exactamente cuántas y para qué fines. Sólo sabía que mi nueva misión tenía alguna relación con la crisis que se había originado en Vichy. Uno de los jefes de la I. C., que llamamos a continuación, tampoco supo aclararnos nada. No obstante, me hizo una exposición de la situación; considerada desde su punto de vista personal. Los cientos de nombres que mencionó, de los que no había oído hablar hasta entonces, me produjeron un verdadero caos mental. Con lo aprisa que iba todo, no pude darme cuenta de la relación que había entre todos ellos y los acontecimientos surgidos.

Durante los últimos tiempos no había disfrutado de un solo minuto de descanso. Por ello, es comprensible que ni siquiera hubiera echado un vistazo a los periódicos. Sólo me sonaban los nombres del mariscal Pétain, del almirante Darlan, de los generales De Gaulle y Giraud y algunos otros. Y con esto, terminaban mis conocimientos sobre las personalidades francesas.

El I. C., un teniente Coronel, me describió la situación, mas o menos, de la siguiente forma:

"En los círculos del mariscal Pétain y de los miembros del Gobierno de Vichy, reinaba un gran descontento motivado por una seria cuestión. Las negociaciones franco-alemanas estaban estancadas desde hacía tres años; no habían avanzado ni un ápice desde el Tratado de junio de 1940 en que se firmó el alto el fuego. Por ello, el tantas veces prometido Tratado de Paz,

que habría fortalecido la posición del gobierno francés, podía ser considerado como un mito".

El citado oficial era de la opinión, que yo compartí, de que no podíamos dejar de ver en la persona del mariscal Pétain a un auténtico patriota: francés; a un hombre al que su acendrado patriotismo llevaba, tal vez, hasta la obstinación; a un hombre que estaba convencido de que su punto de vista personal era beneficioso para su patria y que hacía todo lo posible por salirse con la suya. Pero, por otro lado, los alemanes, desgraciadamente, no estaban en condiciones de hacer muchas concesiones al patriotismo francés.

El I. C. continuó diciendo:

—No podemos descartar la posibilidad de que entre el Gobierno de Vichy y la llamada "Francia Libre" existan algunos lazos de unión que nunca se romperán.

Estas suposiciones, a nosotros, patriotas alemanes convencidos, nos parecieron lógicas. Por aquel entonces el Norte de África estaba ocupado totalmente por los aliados y, como consecuencia de tal hecho, las colonias francesas se encontraban en manos del "contra-gobierno". Además, nuestros enemigos estaban convencidos de que, a partir de 1943, la suerte volvía la espalda a las potencias del Eje, de lo que nosotros no teníamos plena conciencia entonces, pero que, sin lugar a dudas, constituía un gran aliento para nuestros adversarios.

También me enteré de que diversos informes secretos que circulaban desde hacía algún tiempo señalaban que las relaciones entre Vichy y la "Francia Libre" eran tan sólidas que hasta el Gobierno de Pétain había hecho cábalas sobre la posibilidad de refugiarse en África. Según otros informes cabía la posibilidad de que los círculos afectos al general De Gaulle se apoderasen, por la fuerza, de la persona del mariscal y de varios miembros de su Gobierno. Aquélla era la situación de entonces, de la que teníamos conocimiento desde semanas antes a través de las informaciones comunicadas por el FHQ.

Sin embargo, nadie sabía nada sobre el papel que yo debía desempeñar en el asunto. Por tanto no me quedaba más remedio que esperar nuevas órdenes.

Al día siguiente, por la tarde, fui a la Gare du Nord para recibir a mi compañía. Debo aclarar que, a través de mis explicaciones, todo parece muy fácil; pero, entonces, distaba mucho de serlo.

Como mis hombres llegaron completamente equipados, precisé de varios vehículos pesados para trasladarlos. Todo me hizo suponer que en la

Francia ocupada reinaba el famoso burocratismo, y no sólo en Austria. Me dijeron que había una gran restricción de gasolina y de vehículos pesados, y me enviaron de despacho en despacho haciéndome pasar por el desagradable tormento de la burocracia. Después de haber recogido la firma de ¡seis! oficiales de Estado Mayor y de haber subido y bajado la escalera del edificio un sinnúmero de veces, conseguí tener en mis manos las correspondientes órdenes que ponían a mi disposición seis camiones. Tuve que luchar también con los mandos inferiores que debían darme lo prometido y, finalmente, logré llegar puntualmente a la estación; todo por el sencillo hecho de que me "había despertado a tiempo para actuar".

Mis soldados llegaron excitadísimos, ansiosos de enterarse de los detalles de la misión que se nos había encomendado. Pero tan sólo pude decir a mis oficiales que no teníamos más remedio que esperar...

Mi ayudante de entonces, el capitán von Fölkersam, llegó a París con mi compañía, y desde aquel instante me acompañó en todas mis entrevistas. Fue para mí una gran ayuda, un buen camarada en el exacto sentido de la palabra; un hombre imprescindible.

Al anoecer, me dijeron que me preparara para recibir órdenes a medianoche. Como conocía, por propia experiencia, las horas avanzadas en que continuaba trabajando en el Cuartel General del Führer, la orden no me cogió de sorpresa. Eran cerca de las dos de la madrugada cuando, telegráficamente, me transmitieron las siguientes instrucciones:

"Es indispensable que la ciudad de Vichy sea rodeada por un cordón de tropas alemanas. La operación debe llevarse a efecto lo más sigilosamente posible. Las tropas deben emplazarse de tal forma que, en el momento indicado, puedan cercar por completo la ciudad, impidiendo que nadie salga de ella a pie o en cualquier clase de vehículo. Las tropas también deberán estar preparadas para actuar cuando se les transmita la orden en clave –igual que la anterior–, con el fin de apoderarse de la ciudad y facilitar un cambio de Gobierno. El mando de las tropas será ejercido por el mayor Skorzeny, quien debe obtener los medios que precise para llevar a cabo la operación, de los mandos militares de Francia, de las fuerzas de la Policía y de las de Orden Público. En el momento en que las tropas hayan ocupado sus posiciones, deberá informar inmediatamente sobre su emplazamiento al FHQ".

Recuerdo, con exactitud, la clave de aquella orden, por su originalidad: "El lobo ladra".

El capitán von Fölkersam me dirigió una mirada que comprendí en el acto. Sabíamos que aquella noche no podríamos descansar; que nos esperaba un gran trabajo, y que éste debía hacerse con suma celeridad. Extendió ante nosotros un mapa especial de Vichy, que se había agenciado días antes como medida de precaución. Recordé mis experiencias de la campaña francesa de 1940, y rogué a un oficial me proporcionase un mapa "Michelin nº 73", sobre el que fijamos, en líneas generales, nuestra futura acción.

A causa de la gran extensión de terreno que debíamos cercar, sacamos la conclusión de que precisábamos de dos batallones para cubrir toda la zona; incluso solicitamos un tercero como reserva.

Como los preparativos no debían llamar la atención, acordamos que el cierre de caminos y carreteras debería ser hecho por fuerzas de la Policía de Seguridad, encargadas de mantener el orden, ya que su presencia no llamaría la atención tanto como la nuestra. Para la eventual ocupación de la ciudad, debía disponer de un grupo de tropas de primera clase que pudieran colaborar estrechamente con mi unidad.

El jefe de Estado Mayor de la Policía de Seguridad, el general Oberst, y un coronel del mismo Cuerpo, nos prometieron que, en el plazo de cuarenta y ocho horas, trasladarían a Vichy dos batallones motorizados. Pero al día siguiente tuve la sorpresa poco agradable de saber que aquellos dos batallones estarían a las órdenes de un mayor-general de la Policía. Mas, a pesar de todo, según las órdenes recibidas del FHQ, que no dejaban lugar a dudas, dicho oficial superior debía estar a mis órdenes en todo momento. ¡No debe olvidarse que yo era, simplemente, mayor de las SS!

Vi que de tal situación podían derivarse gran número de complicaciones, pero no exterioricé mis temores. Y debo decir, complacido, que me equivoqué. El general se alojó en una pequeña casa de campo, al oeste de Vichy. Por dos veces pude comprobar que la cocina de la casa era tan exquisita, que mi subordinado, el "señor general", no hizo otra cosa que disfrutar de ella.

Al día siguiente me dediqué a convencer a la Wehrmacht para que pusiera a mi disposición una tropa perfectamente instruida.

Lo que no resultó fácil. No podía hacer nada con viejos soldados como los que quisieron asignarme en principio. Lo mismo puedo decir respecto a un batallón de reclutas.

Era indispensable que contase con auténticos veteranos; con soldados que tuviesen una experiencia similar a la mía. De otro modo, no podía

correr e riesgo de planear una acción semejante con tropas que me eran completamente desconocidas, con la posibilidad de tenerla que efectuar dentro de pocos días.

Después de innumerables entrevistas con gran número de oficiales del Estado Mayor, llegamos a la siguiente conclusión: me ofrecieron dos compañías, pero también me asignaron otras dos de protección con "panzers" pertenecientes a la nueva División de las SS, bautizada con el nombre de "Hohenstaufen". Una casualidad me hizo entablar conocimiento con el jefe de la División aquel mismo día, en París. Ello me proporcionó la oportunidad de convencerle de la gran importancia de nuestra misión. El general prometió mandar tropas escogidas y los dos mejores jefes de compañía de su División. Mantuvo su palabra. Pocos días después de la llegada de aquellas dos compañías al pequeño aeródromo situado al norte de Vichy, que había escogido como lugar de acuartelamiento de nuestras tropas de reserva, supe que podría arriesgarme a actuar con aquellas tropas. También sabía que debía volver a jugar las bazas de la sorpresa y de la celeridad; y que aquellos hombres me secundarían.

El día siguiente lo pasé en París enfrascado en los últimos preparativos y en algunas conversaciones. Solucioné el problema del transporte de mis tropas, que no tenía nada de fácil.

Como von Fölkersam y yo habíamos llevado con nosotros sendos trajes de paisano preventivamente, pudimos hospedarnos en el mismo Vichy. De aquella forma estuvimos en el centro de los acontecimientos y tuvimos ocasión de hacernos una idea exacta de la situación.

A última hora de la tarde precedimos a nuestros hombres viajando en coche. Recuerdo que el citado vehículo era un "Hotchkiss" que la Wehrmacht puso a nuestra disposición con su conductor. No pasó mucho tiempo hasta que, no pudiendo resistir la tentación, me puse al volante. Hicimos el recorrido a gran velocidad; batimos un "record" digno de la medalla de oro con la que se recompensaba al vencedor de las pruebas automovilísticas en los lejanos y bellos tiempos de paz. Llegamos a nuestro destino cuando ya era noche cerrada.

En Vichy nos aguardaba una sorpresa. En la casa donde teníamos reservadas nuestras habitaciones, encontramos reunidos a varios caballeros alemanes de nuestra Embajada. A pesar de lo tardío de la hora y de estar en guerra, no tardaron en servirnos una copiosa cena. En el acto nos dimos cuenta de que nuestro nuevo destino nos resultaría muy agradable disfrutando de semejantes placeres. No cabía duda de que en Francia se

vivía mucho mejor que en Alemania, donde era obligatorio el plato único y el rancho. Ciertamente es que, a pesar de ello, nunca habíamos sentido envidia de von Fölkersam que acostumbraba recordar sarcásticamente:

—El mucho yantar nos satisface, pero nos engorda y nos convierte en perezosos.

Sabíamos que no podíamos distraernos con estos gustos si queríamos realizar con éxito la ardua misión que se nos había encomendado. No obstante, me alegré pensando en mis soldados. Podría aumentarles la ración con algunos complementos, cosa que era siempre bien aceptada por los jóvenes comandos, que solían tener un hambre de lobos.

Pudimos echar un vistazo a la ciudad al día siguiente. No teníamos que ocuparnos de las tropas, que no llegarían hasta la noche. Puede imaginarse que no hicimos de simples turistas.

En compañía de nuestro anfitrión, un Oficial de la policía de seguridad alemana, que también iba vestido de paisano, estudiamos detenidamente los edificios ocupados por el gobierno y sus calles adyacentes.

El "Gobierno" tenía su sede en el mayor hotel de la ciudad, situado en el mismo centro de la urbe, que comunicaba por un pasaje cubierto, a la altura del primer piso, con un segundo edificio.

Aquel pasadizo debía jugar un papel decisivo en nuestros planes. Dos fachadas principales del Hotel daban al parque del Balneario, situado en una gran plaza. Lo primero que pensamos fue que aquella extensión de terreno libre sirviera para facilitar el avance de nuestras tropas en el momento de tomar el citado edificio. Pero vimos diseminadas por la plaza algunas edificaciones de menor tamaño que eran utilizadas, como así nos enteramos más tarde, para protección a los edificios gubernamentales. Los soldados franceses que las ocupaban causaron en nosotros muy buena impresión; no había duda de que estaban disciplinados, que habían recibido buena instrucción y que estaban bien mandados. Supimos, entonces, que tendríamos que enfrentarnos con resistencia, en el caso de que la sorpresa no nos sirviera de ayuda e impidiera que los oficiales tuvieran tiempo de dar órdenes y distribuir a sus fuerzas.

Cuando regresé a casa me sentí repentinamente disgustado. Y me reproché severamente por mi estupidez, interiormente. Se me acababa de ocurrir que nos habíamos portado como simples novatos y no como miembros de un comando secreto alemán. ¡En modo alguno como tropas de comandos en víspera de llevar a cabo una importantísima operación! ¿Cómo podíamos permitirnos el lujo de pasearnos por la ciudad en

compañía del Oficial de la Policía de Seguridad que, seguramente, era conocido por todo el mundo? ¡También cabía la posibilidad de que los periódicos de Vichy hubiesen publicado una fotografía de mi "marcado" rostro!

Tampoco habíamos obrado acertadamente al compartir el mismo techo con un oficial de la Policía.

Al hacer partícipe a "Florian", nombre que dábamos a von Fölkersam en el estrecho círculo de nuestras amistades, de mis pensamientos, recuerdo que me dijo algo que me podía servir de lección para el futuro.

—Todavía nos queda mucho por aprender, antes de poder compararnos con nuestro gran ejemplo: los comandos secretos ingleses.

A petición mía me ayudaron, aquella misma tarde, a trabar conocimiento con algunos "señores" alemanes que formaban parte de nuestros servicios en Vichy. Deseaba conocer su opinión sobre la situación del momento y sobre los posibles planes del gobierno del mariscal Pétain.

En el transcurso de la tarde y de la noche de aquel día visité a cuatro de ellos en compañía de "Florian". Pero aquella vez evité ser acompañado por alguien que fuera conocido en la ciudad. Un joven agregado a nuestra embajada me causó una impresión muy favorable. Nos dio un informe corto, pero conciso, sobre la situación; y puso a nuestra disposición todos los informes que poseía. No llegué a conocer, durante nuestra estancia en Francia, a su jefe, el embajador Abetz, pues, por entonces, no estaba en Vichy.

Tuve la impresión de que nuestros diplomáticos no compartían entre sí las mismas opiniones; incluso de que existían dos tendencias, en general, frente a la crisis. Unos opinaban que los franceses no llevarían a cabo ninguna clase de acción, de forma que tampoco nosotros deberíamos actuar; otros, más radicales, creían que el gobierno de Pétain debía ser trasladado a las afueras de París aun en contra de su voluntad. Según éstos tal medida era necesaria, pues únicamente de esa forma podría estar protegido contra un ataque degaullista; además, resultaría más fácil de ser vigilado y preservado de un "rapto" forzoso; y en tales circunstancias, el gobierno podría ser fortalecido mediante la influencia alemana, lo que mejoraría las relaciones que sostenía con nosotros. Poco tiempo después me enteré de que el segundo grupo había ya elegido un castillo en las cercanías de París para ponerlo a disposición del mariscal Pétain.

Yo ignoraba cuál era el grupo que disponía de mayor influencia en el FHQ; tampoco poseía suficientes elementos de juicio para discernir cuál de

los dos mantenía un criterio más acertado. Me limité a echar mano de mi sentido común, y consideré que semejante situación sólo podría arreglarse por medio de un acuerdo entre las dos partes, y que una intervención de fuerza por parte alemana sólo procedía en el caso de que existiera un peligro cierto y probado.

Asimismo, entablamos conocimiento con un Oficial del Cuerpo I de Defensas, un teniente coronel entrado en años que hablaba el francés perfectamente. Representaba al Departamento de Defensa Extranjera de Berlín, la Sección que estaba al mando del almirante Canaris. Aquel caballero nos dio un sinfín de explicaciones como procedentes de fuentes "muy secretas y menos secretas". Voluntariamente nos mostró todos sus informes y hasta nos hizo una exposición de los hechos. Muchos de aquellos informes habían sido dados por tipos a sueldo, simples mercenarios; en cambio, otros procedían de agentes dignos de toda confianza que actuaban en el África del Norte francesa. Pero, en conjunto, las informaciones eran tan contradictorias que no pude imaginarme cómo podrían llegar a tener una idea exacta de la situación en nuestra central de Berlín. Sólo era posible que el almirante Canaris sacara sus conclusiones personales para trasladarlas al FHQ.

Visitamos, igualmente, al jefe de la Policía de Seguridad de Vichy, quien confirmó mi opinión personal, es decir, que la situación distaba mucho de ser clara. Se declaró dispuesto a facilitarme un gran número de informes, cuya veracidad, no obstante, era desconocida. No podíamos conceder mucho crédito a las confesiones arrancadas a los agentes secretos de la "Francia Libre", que constituían la base de sus informaciones. Por dos veces ya habían sido anunciadas acciones que iban a ser llevadas a cabo contra el gobierno de Vichy partiendo del Norte de África, pero... ¡nunca se habían iniciado! Las palabras de mi interlocutor dejaban traslucir que deseaba ardientemente cesara aquella situación de intranquilidad y terminase el inmenso trabajo que le producía la misma; deseaba disfrutar de un período de tranquilidad.

Finalmente, conocimos a un coronel de la Luftwaffe que pertenecía a la Comisión alemana encargada de velar por el mantenimiento del orden, con sede en Baden-Baden. Era banquero de profesión y había sido movilizado durante la guerra. Tenía un conocimiento de las relaciones internacionales como consecuencia de sus actividades durante los años de paz. En seguida nos dijo que era conocedor de muchísimos rumores pero que no les concedía gran importancia. Su opinión personal, según nos dijo, era:

—Lo mejor de todo sería firmar un Tratado de Paz con Francia; hasta sería conveniente hacer lo mismo con Inglaterra, al tiempo. Así todos los problemas quedarían solucionados...

Confieso que sus opiniones no me sirvieron de mucho.

Durante las horas empleadas en aquellas larguísimas entrevistas y conversaciones, no gané mucho en conocimientos. Tenía no sólo gran diversidad de opiniones sobre la situación latente, sino también diversas soluciones para tan difícil asunto.

El conjunto formaba un cuadro sumamente humorístico, con algunas pinceladas de cinismo, unos toques de optimismo y un aspecto en "blanco y negro". Y, unido a él, un conglomerado de sátiras dignas de un estudio psicológico. Con arreglo a como fuese el temperamento del informador con el que conversaba, las palabras que oía eran, o bien resultado de un convencimiento total, o bien estaban matizadas, como en el caso del Oficial de Información, por numerosos "tal vez", "cuandos" "peros" y "quizás". En los casos en que pedía la "bona fides" de las fuentes de información, se me contestaba que eran o fruto de la conversación sostenida con un secretario subordinado francés en la barra de un bar, o procedente de una amiguita de un oficial de Marina del séquito del almirante Darlan; de esto último se podía deducir que la "amiguita" en cuestión no daba gran valor ni a la fidelidad ni al uniforme de sus amantes.

Aquellos dignos caballeros prestaban "sus servicios de información" muy peculiares por cierto, y luego transmitían sus informes a las "esferas superiores". Muchas noticias llegaban a oídos del FHQ mediante tales procedimientos. Ante una situación semejante cabía preguntarse:

—¿Cómo era posible que las "esferas superiores" pudieran formarse una idea exacta de la situación a través de semejantes fuentes de información?

Nuestra misión dependía de aquel gran número de rumores.

Y no podíamos pasar por alto que si nuestra acción se basaba en suposiciones falsas, tal cosa sólo podría acarrear graves dificultades a las relaciones, tanto vigentes como futuras y ya débiles de por sí, entre Francia y Alemania.

No obstante, aquella misma tarde dimos un largo paseo por la ciudad, pudiendo comprobar que en ella reinaba la costumbre, tan propia de los países del Sur, de considerar sagrada la hora de la siesta. Toda la ciudad parecía muerta; sus calles estaban vacías. Ello me animó a decidir, para mis adentros, que en el caso de que se nos ordenase atacar fijaría como hora "X" aquella primerísima de la tarde. En semejantes circunstancias, era casi

seguro que, con un batallón de asalto, podríamos llegar hasta los edificios gubernamentales casi sin ser vistos.

Desde el aeródromo hasta la ciudad sólo había cinco kilómetros de distancia, lo que implicaba un recorrido de siete minutos, incluso para nuestros tanques y "orugas" de protección. Era seguro que nuestras instalaciones estaban vigiladas por el gobierno de Vichy y por los agentes de la "Francia Libre". Por ello, sólo podíamos contar con dos factores: engaño y una actuación equivocada por parte del enemigo; y la mayor rapidez con que debían maniobrar nuestras tropas.

von Fölkersam y yo trabajamos afanosamente en los planes de alarma, poniendo especial empeño en perfeccionar los que afectaban al Batallón de asalto. Ordenamos dos clases de alarma en nuestro centro secreto de adiestramiento; ensayábamos diariamente una operación de dicha clase, tanto diurna como nocturna; en algunas ocasiones la operación terminaba con una pequeña marcha de instrucción en los vehículos pesados, que, a veces, nos llevaba al Oeste, pasando por Charmail, o bien al Norte por Saint-Germain de Fossés, o al Este por Bost. Al regreso pasábamos, una o dos veces, por Vichy, poniendo sumo cuidado en no acercarnos al barrio gubernamental.

Ahora bien, nunca hacíamos nuestras demostraciones a la hora de la siesta –la hora "X" fijada por mí para llevar a cabo la operación–. A esta hora, nuestros soldados solían reunirse en torno a la cocina volante, lo que nos facilitaba que estuviesen al alcance de nuestra mano.

Los puestos de mando de los dos batallones de la Policía de Seguridad tenían su acuartelamiento, si la memoria no me falla, en Cognat, al Oeste de Vichy, y en Bost, al este de la ciudad.

Casi toda la jornada la pasaba recorriendo los alrededores en compañía del capitán von Fölkersam y de mi capacitadísimo Oficial de enlace Fähnrich Ostafel, con el fin de inspeccionar las ocho compañías de la Policía y vigilar la puesta en práctica de mis órdenes por los hombres que estaban bajo mi mando.

Desde la ciudad de Vichy partían nada menos que cinco carreteras, que se bifurcaban en todas las direcciones. A ello había que añadir que innumerables caminos próximos a las rutas principales formaban un espeso entramado de encrucijadas muy difícil de ser controlado. Hasta el más pequeño camino, que tenía una placa con iniciales IC (chemin d'inrérêt commun), o bien los caminos secundarios VO (chemin vicinal ordinaire),

no podían ser pasados por alto y tenían que ser incluidos en nuestras previsiones.

Seis compañías de los dos batallones de la policía estaban acuarteladas en pequeños pueblos, formando un semicírculo en torno a la ciudad en un radio de acción de ocho kilómetros. Disponíamos, asimismo, de las dos compañías de reserva que debían ocupar los once puntos clave de todas las carreteras que partían de la ciudad, con el fin de evitar que nadie entrase, ni saliese de ella. Estaban perfectamente motorizadas y preparadas para actuar.

Las demás compañías de la policía también debían ponerse en marcha en cuanto recibiesen la consigna en clave avanzando en formación cerrada hacia Vichy para establecer, en torno a ella, un estrecho cerco de unos seis kilómetros de extensión. Contábamos que, con tales movimientos, podríamos formar un doble cerco y conseguiríamos que ningún ser viviente pudiese entrar o salir de la ciudad sin llamar nuestra atención.

Durante los primeros días nos limitamos a patrullar. Los dos hombres que estaban de guardia se paseaban, día y noche, por las calles y los caminos de las zonas que tenían la misión de controlar. También exigíamos a los pasajeros de los diversos vehículos que nos mostrasen su documentación, lo que nos permitía dar una cierta justificación a la presencia de nuestras tropas en aquella zona. Por medio de aquellas sencillas medidas de precaución, conseguimos, igualmente, que los componentes de las diversas compañías conocieran cada palmo del sector que les correspondía. Para explicar tales medidas, dijimos a las tropas que preparábamos una acción en masa contra los agentes enemigos, cuyo número iba en aumento de una manera paulatina, según fuentes dignas de crédito, en torno a la ciudad de Vichy y en sus alrededores.

El plan de ataque de los batallones de asalto fue perfilado cada día, a pesar de saber que nos veríamos obligados a dejar que muchos de sus detalles se resolvieran en el momento de la acción, lo que suele siempre suceder en semejantes circunstancias. A pesar de ello, estábamos firmemente decididos a hacer todo lo posible para que la operación no fracasase.

Pasé un sinfín de horas despierto, dando vueltas y más vueltas en el lecho, pensando en todas las posibilidades que podían presentarse. A fuer de sincero, debo reconocer que mis pensamientos no fueron siempre agradables. Estaba obligado a hacer frente a varios puntos oscuros, estrechamente relacionados con mi nueva misión. Me sentía enormemente



Panorámica del Gran Sasso, donde tomaron tierra los planeadores. La 'cigüeña' aterrizó y despegó en un claro de la izquierda, frente al hotel. El observatorio es una construcción actual.

preocupado por la incógnita que se cernía sobre el posible éxito de nuestra acción. Y no podía olvidar que la parte que más nos satisfizo de la liberación de Mussolini fue la exigüidad de pérdidas.

A medida que transcurrían aquellas horas en las que dejaba vagar mis pensamientos, en ese extraño estado que oscila entre la vigilia y el sueño, no podía olvidar que, por dos veces en mi vida, me había visto forzado a entablar conocimiento, súbita e inesperadamente, con jefes de Estado. La primera vez fue el 12 de marzo de 1938, cuando, de una forma sorprendente y nada ceremoniosa, conocí al Presidente de la República Federal de Austria, Miklas. La segunda, el 12 de septiembre de 1943, cuando aterricé en la cima del Gran Sasso, cumpliendo una misión de guerra, y conseguí cumplir satisfactoriamente la orden que había recibido, aprovechando los factores favorables que me salieron al paso. ¿Era extraño que sintiera una gran curiosidad por saber cómo se desarrollaría mi tercer encuentro con un jefe de Estado, en tal ocasión el mariscal Pétain?

Pero... El destino no quiso que aquel planeado encuentro se efectuara y aplazó mi tercer conocimiento con una "alta jerarquía" hasta el otoño de 1944, fecha en que conocí al almirante Horthy, Regente de Hungría, en condiciones estrechamente relacionadas con la guerra.

Nuestros asiduos paseos por la ciudad de Vichy nos proporcionaron un cuadro fiel de la situación; y, al cabo de poco tiempo, pudimos trazar un plano preciso de nuestra acción. Decidimos que el batallón de asalto sería el primero en adoptar el estado de alarma en cuanto se les diese la consigna en clave "El lobo ladra", que debía ser transmitida por el propio FHQ.

Los continuos adiestramientos consiguieron que en menos de diez minutos el batallón estuviese montado en los vehículos, perfectamente armado y a punto de ponerse en marcha. Tenía la intención de dar la alarma, en el caso de que los acontecimientos me lo permitiesen, a las 13,45 horas. La marcha hacia los edificios gubernamentales, en la que no esperaba se me presentasen dificultades ni necesidad de combatir, podía efectuarse en un intervalo de ocho o diez minutos, de forma que la compañía del centro, la I de mi Batallón de Cazadores nº 502, podría estar poco después de las 14 horas en el escenario de los acontecimientos.

Una parte de dicha Compañía, en su marcha, debía apoderarse de un pequeño puente tendido sobre un afluente del Allier, con el fin de mantenerlo, costase lo que costase, para facilitarnos la retirada al aeródromo. Las restantes dos Compañías de protección tenían el encargo de ocupar militarmente la plaza que se extendía ante los edificios

gubernamentales, el parque próximo y las calles que rodeaban la zona, debiendo mantenerla limpia de tropas enemigas y, en caso de apuro, si yo lo ordenaba, proteger con su fuego a mi Batallón de Cazadores mientras asaltaba los dos edificios en los que tenía su sede el gobierno. Pero di una orden rigurosa, acordándome de la avasalladora sorpresa que, en todo momento, acompañó a mi acción italiana:

—¡Sucedá lo que suceda, debemos dejar al enemigo la decisión de disparar el primero!

La orden de "libertad para disparar" a transmitir a nuestras tropas debía darse por medio de una bengala roja disparada por mí mismo, por el capitán von Fölkersam o por el jefe más antiguo de las dos compañías de tanques que tenían la misión de protegernos.

Dos grupos de asalto de mi Compañía debían tomar por sorpresa y, si era posible, evitando disparar un solo tiro, las dos entradas principales, situadas ante el parque y en la estrecha calle que se abría ante las dos construcciones de los dos edificios gubernamentales; también debían apoderarse, si ello era posible, de las escaleras y del primer piso de ambas casas. Yo, por mi parte, tenía la intención de entrar, con un tercer grupo, en el segundo de los edificios para intentar llegar al primer piso del primero a través del pasadizo de comunicación, porque sabía que era allí donde tenía sus despachos la mayor parte del gobierno.

No pudimos hacer más planes. Debíamos dejar el desarrollo de los acontecimientos en manos de la casualidad; o bien, esperar para realizar nuevos proyectos a que el FHQ nos remitiera nuevas órdenes. No debe olvidarse que yo ignoraba, por completo, en qué clase de circunstancias nos serían transmitidas dichas órdenes. No sabíamos si debíamos adelantarnos a un golpe preparado por la "Francia Libre" y romper, al mismo tiempo, todos los lazos con los componentes del gobierno francés que simpatizaban con el general De Gaulle; o bien, si deberíamos obligar al Gobierno de Vichy a trasladarse al Norte bajo nuestra vigilancia.

El tiempo de espera no resultó inactivo. En más de una ocasión se nos ordenó permanecer en estado de alarma. Frente a tales frecuentes órdenes, reaccionamos disponiendo el estado de alarma número I para mi Batallón y mandando al Batallón de la Policía que intensificara sus acciones de patrulla. Pero, en la mayoría de las ocasiones, el FHQ anulaba todas sus órdenes.

Una noche, a mediados de diciembre, recibimos otra de aquellas órdenes y, al mismo tiempo, fui llamado a París. A las cinco de la mañana ocupé

nuestro rapidísimo coche en compañía de Fähnrich Ostafel y enfilé la carretera hacia la capital francesa, pasando por Moulins, Nevers y Montargis. Mas, en esta ocasión, dormí durante el viaje porque sabía que me esperaba un día de trabajo y un viaje de vuelta en la noche del mismo. Llegamos a París alrededor de las diez.

Era esperado en la Comandancia alemana de la rue Rívoli por un representante del Departamento de Defensa Extranjera que, a continuación, me puso en comunicación telefónica con el FHQ del "Wolfsschanze", emplazado en Rastenburg, Prusia Oriental. Un ayudante militar de Adolf Hitler me comunicó, escuetamente, que todavía no se había tomado una decisión definitiva, pero que esperaba que la orden fuese dada en el transcurso del día.

Pasé las horas de espera hablando de cosas sin importancia con varios oficiales. No tenía intención de aumentar inútilmente el nerviosismo que me embargaba.

Hacia las cuatro de la tarde volvimos a llamar al FHQ, rompiendo, con ello, las normas militares que nos obligaban a aguardar pacientemente. Sabía que en aquella hora se celebraba la "conferencia del mediodía" (se hacía en ella una exposición completa de la situación militar de la jornada) y calculé el tiempo en que debía de haber finalizado. Pero me informaron que aún no tenían órdenes definitivas referentes a mi misión. Ello me hizo pensar, una vez más, que "la mejor cualidad del soldado consiste en saber esperar".

Eran las diez de la noche, aproximadamente, cuando fui llamado telefónicamente desde el "Wolfsschanze". Pensé que sería para darme las órdenes definitivas, pero, en vez de ello, me dijeron, escuetamente:

—El Mayor Skorzeny debe regresar en el acto a Vichy. El estado de alarma de sus tropas queda aplazado hasta nueva orden.

Me apresuré a llamar a mi Sección de Friedenthal, pero mi ayudante, Karl Radl —que en esta ocasión había tenido que "quedarse en casa" muy a pesar suyo—, tampoco tenía noticias. Como sabía por experiencia lo desagradable que resultaba tan largo compás de espera, se había afanado en visitar los diferentes servicios de información de Berlín. A pesar de que el problema de Vichy era el comentario del día, no pudo comunicarme nada al respecto. Comprobé que tampoco en Berlín las opiniones eran concordes, que todo el mundo pensaba de una manera diferente sobre la situación reinante en Francia y sobre la denominada "crisis de Vichy". Ninguna

personalidad podía sacar una conclusión de todos aquellos rumores y no podíamos esperar que se nos diera una orden definitiva.

Hablé telefónicamente con el capitán von Fölkersam para darle mis órdenes y, acto seguido, me dispuse a emprender el regreso. Una extraña sensación me decía que, a pesar de las circunstancias, ya se había llegado a una resolución. Sabía, "notaba", que nuestra acción nunca se llevaría a efecto.

Al alba llegué a Vichy. En el decurso de los días siguientes el FHQ nos transmitió diversas órdenes. A la de una "alarma general", sucedía la de "alarma nº I".

Decidimos no dejarnos impresionar. Cuando comuniqué a los oficiales del Batallón de asalto mi opinión de que nunca llevaríamos a efecto la planeada acción, me miraron con expresión consternada. Los jóvenes oficiales habían esperado poder intervenir en una segunda operación "estilo Mussolini".

Como estaban ultimados todos los preparativos, pude darme el lujo de disponer de mis jornadas. Acepté varias veces invitaciones de uno de los jóvenes agregados de nuestra embajada, el doctor Schmied, compartiendo con él y su esposa la mesa. Me di cuenta de que vivían al estilo francés, y me sentí muy a gusto en las confortables estancias de su mansión, situada al Sur de la ciudad, en un promontorio de las afueras de la misma. Sólo el que haya pasado varios meses de servicio, puede comprender el placer que proporciona a un soldado la estancia en una casa bien cuidada, perfectamente gobernada por un ama de casa consciente de sus deberes.

El 20 de diciembre de 1943 recibí orden de suspender todos los preparativos y de iniciar el regreso en unión de mis tropas. Nuestro primer pensamiento fue:

—¡Si nos damos prisa podremos disfrutar de un permiso de Navidad!

El vertiginoso "tempo" con que nos preparamos para iniciar nuestra vuelta sólo podía ser comparado al de un caso de alarma. Al día siguiente llegué a París con mi compañía, después de haberme despedido de las tropas que me "prestaron" y de haberles ordenado se dirigiesen a la sede de sus respectivas comandancias.

Una vez en la capital de Francia, pudimos disponer de un tren para el transporte de nuestros hombres, lo que no esperábamos y nos llenó de asombro. El capitán von Fölkersam y yo tomamos el rápido nocturno de Berlín.

En aquella ocasión, cosa extraña, no nos sentimos desanimados por no haber podido llevar a cabo la operación planeada. Tal vez pensásemos, de una forma inconsciente, que semejante acción no habría resultado favorable para nuestra patria. Una acción semejante, que sólo tenía como base de referencia ciertos rumores políticos bastante embrollados y que no se asentaba sobre una dirección política determinada, no podía dar resultados satisfactorios"

En Berlín nos esperaba mucho trabajo. Debíamos ordenar convenientemente "nuestra operación de regreso". Reconozco que trabajamos febrilmente. Yo acariciaba la idea de disfrutar de un corto permiso, del que me había visto privado en 1940. Me alegraba de antemano al pensar en poder compartir mi primera fiesta navideña con mi hija, que había alcanzado la "digna" edad de tres años.

Terminé mi esforzado trabajo con la ayuda de Radl y von Fölkersam. El 23 de diciembre subí al tren que debía llevarme a Viena, y me sentí alegre, igual que cualquier soldado, de poder volver al hogar. Sabía que La mayoría de mis soldados pasarían las fiestas navideñas en compañía de sus familias, lo que aumentaba mi alegría. Teníamos, momentáneamente, " un compás de espera en la guerra", si se me permite usar esta frase.

Unas semanas más tarde tuve ocasión de hablar con el general Schmundt, un antiguo miembro de FHQ. Respondió concisamente a las preguntas que le hice con respecto al ambiente que reinaba en el FHQ durante la "crisis de Vichy". Mis suposiciones de que la diversidad de los rumores que circulaban sobre la situación de Francia habían impedido tomar una decisión definitiva, quedaron confirmados. Incluso, me enteré que Adolf Hitler compartía la opinión de que existían fuertes lazos de unión entre Vichy y el norte de África. Lo lamentaba –como es de suponer miraba la situación del lado alemán–, pero no podía negar una cierta comprensión a los "patriotas franceses".

Sin embargo, la embrollada situación de Francia, según el punto de vista personal de Schmundt, desempeñaba un papel muy importante en las continuas indecisiones surgidas en torno a un Tratado de Paz entre ambos países. No disponíamos de una base sólida que nos permitiera dar tan difícil como importante paso, pues los gobiernos de Francia y Alemania no compartían sus respectivos puntos de vista sobre la nueva organización de Europa.

Un acuerdo voluntario era difícil alcanzarlo en aquellos tiempos de guerra turbulentos, y quedó pendiente la última decisión.

Desgraciadamente, la situación actual nos demuestra que todavía distamos mucho de haber llegado a un acuerdo colectivo sobre los problemas que se ciernen en torno al continente europeo.

